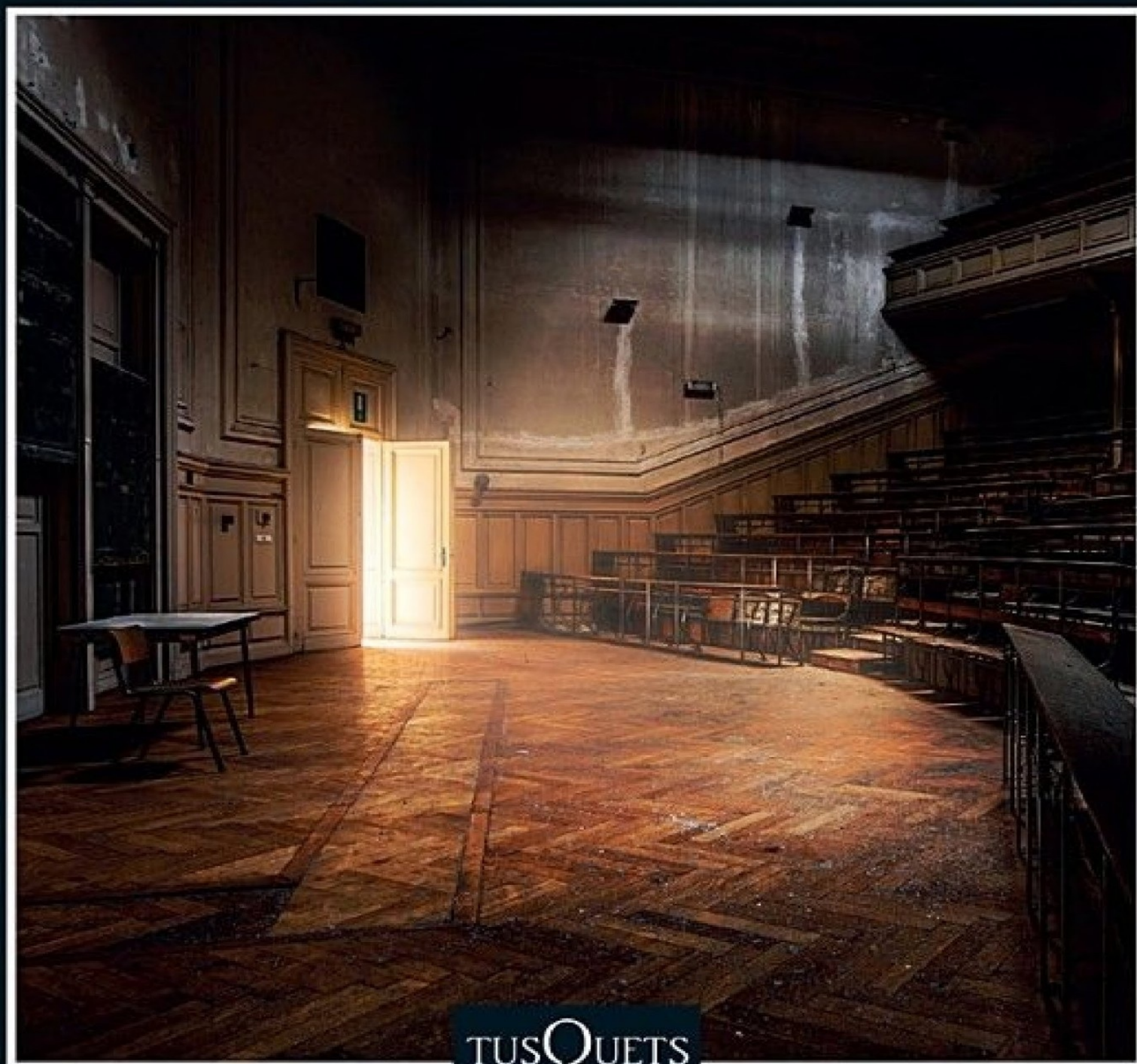


Petros Márkaris

# UNIVERSIDAD PARA ASESINOS

*colección andanzas*

SERIE  
**KOSTAS  
JARITOS**



TUSQUETS  
EDITORES

**PETROS MÁRKARIS**

*Universidad para asesinos*

*Jaritos N°12*

*Traducción de Ersi Marina Samará Spiliotopulu*

*Tusquets Editores*

Título Original: *Seminaria fonon*

Traductor: Samará Spiliotopulu, Ersi Marina

©2018, Márkaris, Petros

©2018, Tusquets Editores

Colección: Andanzas

ISBN: 9788490666814

Generado con: QualityEbook v0.87

Generado por: AsA, 03/04/2019

*Traducción del griego de Ersi Marina Samará Spiliotopulu*

TUSQUETS  
EDITORES

*A Vasilis Papavasiliu,  
a quien debo la idea de esta novela,  
y a Josefina, como siempre*

*Daß da gehören soll, was da ist, denen, die für es gut sind.*

Las cosas deben pertenecer a quien mejor pueda cuidarlas.

Bertolt Brecht, *El círculo de tiza caucásico*

(Traducción de Miguel Sáenz)

—Tasía, hija, te espera un camino muy largo.

—¿Cuesta arriba?

Kaliopi estudia la taza minuciosamente.

—No, no veo ninguna cuesta. Sólo un camino largo y un poco difícil de transitar, aunque al final veo una luz. Como un sol al amanecer.

—Esto parece más apropiado para tu hijo que para ti —le dice Arguiró a Tasía con una sonrisa.

—Mi hijo —le cuenta Tasía a Adrianí— ha enviado el currículum a tres universidades distintas para dar clases de biología. —Se santigua antes de proseguir—: Ojalá tenga suerte. Encenderé un cirio a la Virgen de Tinos.

Esta conversación sobre el futuro de Tasía y de su hijo está teniendo lugar en una pensión de Pápingos.

Resulta que, un buen día, Adrianí se despertó con una repentina y profunda nostalgia de sus raíces en Epiro. Como somos oriundos del mismo lugar, me contagió el virus. Así nació el deseo de regresar a nuestra patria chica. Desde que nos marchamos de Epiro, solo hemos vuelto en dos ocasiones, ambas regadas de lágrimas. La primera, con motivo del fallecimiento de la madre de Adrianí; y la segunda, al morir mi padre. Katerina nos acompañó las dos veces, primero cuando era aún un bebé y luego cuando iba a preescolar.

Esa fue la razón de nuestro viaje a Pápingos. Ahora me encuentro sentado en el comedor de la pensión La Granada en compañía de cuatro señoras, una de las cuales es mi mujer. Hemos acabado de desayunar, pero las damas han pedido más cafés griegos para que la señora Kaliopi les lea el futuro en los posos. Al otro lado de la ventana se extiende el imponente panorama del monte Astraka, donde de pequeños poníamos trampas para cazar pájaros, desde mirlos hasta codornices, o lo que cayera.

Yo, sin embargo, observo sorprendido cómo Adrianí participa y deja que le lean el futuro. Supongo que se ha iniciado en la ciencia adivinatoria gracias a las otras tres señoras, ya que no pudo heredarla de su madre en una época en que las mujeres se entretenían leyendo los posos, a ver si descubrían un rayo de esperanza en el fondo de las tazas de café que iluminara sus vidas. Aun así, no me atrevería a jurarlo, porque me paso los días en Jefatura y, durante mi ausencia, ella podría ir a que le echaran las cartas, a las estudiosas de los posos del café, sin que yo me enterara de nada.

—¿No ves, por casualidad, un edificio grande? —pregunta Tasía a Kaliopi.

—¿Qué tipo de edificio?

—La universidad de mi hijo, mujer. —Tasía le explica lo obvio.

Kaliopi estudia los posos de la taza meticulosamente.

—No veo ningún edificio, pero sí a mucha gente concentrada —concluye.

—Será el departamento, que se reúne para decidir si le aceptan o no — deduce Tasía, y vuelve a santiguarse—. Ay, Virgencita...

—Su turno, señora Adrianí —dice Kaliopi, y toma la taza de mi mujer, que estaba boca abajo.

Decido poner pies en polvorosa, porque no tengo ganas de conocer el futuro de Adrianí, que, con toda probabilidad, también me concernirá a mí.

—¿Usted no cree en los augurios del café, señor Jaritos? —pregunta Arguiró al ver que me levanto de la mesa.

—No quiero saber nada, por si me afecta —le contesto mientras Adrianí me mira desconcertada. No sabe si echarme la bronca por las chorradas que estoy diciendo, o si realmente cree que la lectura del poso podría afectarme de alguna manera.

Salgo del comedor antes de que mi mujer pueda llegar a alguna conclusión, y me detengo en la terraza, delante de la fachada de piedra de la pensión. Respiro profundamente mientras recorro con la mirada la extensión arbolada que llega hasta la cima del Astraka.

Estamos a mediados de septiembre, pero la temperatura todavía es suave, al menos hasta la caída del sol. Al anochecer empieza a refrescar bastante y a menudo tenemos que buscar refugio en un bar o en un restaurante. No me quejo, porque siempre hacemos vacaciones en septiembre. Nos resulta más fácil soportar la canícula en Atenas que formar parte del éxodo masivo de los atenienses, que empieza ya a mediados de julio. Aunque optáramos por ir a una isla remota, o incluso a la montaña, tendríamos que padecer el martirio de la salida y de la entrada en Atenas, cuando la red nacional de carreteras se convierte en una red de barricadas, y Adrianí no para de gritar «¡Cuidado!» cada vez que pongo en marcha el Seat.

Conocimos a la tríada que forman Arguiró, Kaliopi y Tasía en la pensión. Las dos primeras son solteronas jubiladas, y la tercera, Tasía, es viuda, también jubilada. Siempre van de vacaciones juntas. Conocieron a Adrianí enseguida, se presentaron el primer día durante el desayuno, y el segundo día las cuatro mujeres ya eran inseparables. Desde entonces hemos formado un quinteto y hacemos juntos todas las excursiones.

Ahora no tengo ganas de salir a caminar. Además, no descarto que Adrianí ya haya acordado una excursión con sus compinches, y que luego me eche la bronca por mi ausencia injustificable. Me siento en una de las sillas de lona,

miro el monte Astraka y me acuerdo de mi padre, que, cuando estaba de buen humor, me contaba las batallas que se habían librado en torno a esa montaña y al pico Gamila durante la Guerra Civil.

Una llamada en el teléfono móvil interrumpe mis pensamientos.

—¿Qué tal, papá? ¿Cómo va todo? —Es Katerina.

—Estupendamente, hija mía. Hace buen tiempo, luce el sol y tu madre ya ha hecho amistades.

—¿Ya tiene amigas? —se extraña Katerina.

—Tres señoras muy simpáticas que me han nombrado su chófer y guía turístico de la zona.

—Te han pillado —dice mi hija desternillándose de risa.

—¿Y qué tal en Atenas? —pregunto.

—Como siempre en septiembre, cuando todos vuelven al redil —responde ella, y nos despedimos mandando saludos a nuestros respectivos cónyuges.

Me estaba preguntando ya cuánto tiempo se requería para estudiar minuciosamente los posos de un café, cuando Adrianí aparece en la terraza.

—¿Qué augura el café? —quiero saber.

Mi mujer me mira con una sonrisa pícaro.

—No pienso decírtelo.

—¿Por qué no? ¿Crees que si me lo dices te traerá mala suerte?

—Eso es lo que dicen los que creen en estas cosas. Y tú no crees en ellas.

De su expresión deduzco que le han dado una buena noticia, pero no insisto, porque sé que ha decidido cerrarse en banda y no va a contármela.

—Pero ¿qué es eso? —sueno una voz detrás de nosotros.

Nos volvemos y ahí está la tríada. Se han quedado mirando fijamente un pájaro enorme que planea cerca de las laderas del Astraka. Al virar, vemos que tiene el lomo y el vientre de color blanco, mientras que las alas y las patas son rojas. Mantiene las alas inmóviles y desciende lentamente hacia un barranco. Si de verdad es un pájaro, debe de haber venido de otro continente.

—¿Será un águila? —pregunta Kaliopi.

—Pero ¿qué dices? ¿Dónde se ha visto un águila con alas rojas? La canción habla de un águila sin alas, pero nadie ha oído hablar de un águila con alas rojas —le contesta Arguiró.

—No solo tiene las alas rojas, sino que lleva gafas —interviene Tasía.

—¿Cómo que lleva gafas? —se extraña Adrianí.

—¿No ves que lleva gafas negras, como las de los aviadores?

—¿Y si se trata de una persona? —se pregunta Kaliopi.

—Es una persona y es alemana —sueno una voz detrás de nosotros.

Nos volvemos y vemos a María, la dueña de la pensión, plantada delante de



la puerta.

—Son unos alemanes que están zumbados —explica—. Suben hasta la cima del Astraka o del Gamila, se ponen alas y vuelan. Me dijeron que también vuelan desde las laderas del Smólikas, aunque eso yo no lo he visto.

—¡Por Dios bendito!... —comenta Arguiró, y se santigua.

—Mirad abajo, en el barranco —nos indica María.

Miramos y vemos a unos tipos que están agitando los brazos.

—¿Y esos qué hacen? ¿Teatro? —pregunta Arguiró.

—No, son el personal de tierra. Les ayudan a ponerse y a quitarse las alas y el resto del equipo —explica María.

—Están locos —concluye Tasía.

—No sé si estarán locos, pero parece que se lo pasan bomba —interviene Arguiró.

—¿Nos acercamos para poder verlos mejor? —propone Adrianí.

—¿No nos tocaba visitar Zagori hoy? —pregunta Kaliopi.

—Podemos ir mañana, Kaliopi —contesta Arguiró—. Zagori seguirá allí mañana, pero estos podrían irse volando.

Se vuelven todas a la vez y se me quedan mirando a la cara. Está claro que no piensan ir andando hasta el barranco.

—En marcha —digo, por un lado porque no quiero decepcionarlas, y, por otro, porque yo también siento curiosidad por ver de cerca el espectáculo de esas aves extrañas.

—Abrigaos un poco, que en el barranco hace frío —nos advierte María.

Entramos todos en la pensión para buscar unas chaquetas y unos jerséis, y en un par de minutos ya estamos de nuevo abajo y nos subimos al Seat.

El Seat avanza a trompicones por la pista montañosa. A cada tumbo, las señoras sentadas en el asiento de atrás sueltan un grito contenido. A mí me preocupa otra cosa: me temo que tendremos problemas en el viaje de vuelta a Atenas, que el Seat nos dejará tirados y habrá que llevarlo al taller.

—¿Por qué no dejamos el coche aquí? —propongo—. Avanza como una tortuga camino del calvario.

Manifiestan su conformidad al unísono y aparco el Seat junto a un árbol. Caminar tampoco nos resulta fácil, porque la pista está sembrada de piedras y a cada paso se oyen quejas y lamentos. Qué tiempos aquellos en que podíamos ir descalzos por las rocas y los pedruscos, pienso para mis adentros. El único que ha salido beneficiado de todo esto es el Seat.

—Ay, mis pobres pies —gime Arguiró—. Volveré a la pensión hecha polvo y mañana no podré ni levantarme de la cama.

—Yo ya he dicho que era mejor ir a Zagori, pero vosotras queríais ver al holandés errante —contesta Kaliopi.

—¿De qué holandés hablas? Son alemanes, ¿no has oído lo que ha dicho María? —pregunta Adrianí.

Kaliopi se echa a reír mientras las otras tres la miran extrañadas.

Llegamos a los pies del Astraka en el momento en que toca tierra el pájaro de procedencia alemana. Pero no aterriza como los pájaros o los aviones, no; se posa de pie. Una pareja lo recibe en el barranco con aplausos. Cuando el ente volador se quita las gafas, descubrimos que el zepelín es una mujer. Una cuarentona sonriente que hace una reverencia ante su público.

—¡Anda! ¡Pero si es una mujer! —exclama Tasía, sorprendida.

—Lo que me faltaba por ver —comenta Arguiró.

—¿Y por qué no han de volar las mujeres? —reacciona Kaliopi—. Que yo sepa, no todos los pájaros son machos.

Todos nos echamos a reír. Los alemanes se vuelven y nos miran sorprendidos. La pareja, con expresión seria; la mujer voladora, con una sonrisa.

—Vamos a darles la enhorabuena, no sea que quedemos mal —comenta Tasía—. Aunque nos llamen vagos e inútiles, en hospitalidad a los griegos no hay quien nos gane.

Nos acercamos a los alemanes sonriendo. Ellos nos devuelven la sonrisa.

—¡La felicito! —exclama Kaliopi mirando a la mujer voladora con gran admiración.

—*Danke* —responde ella, y añade en inglés—: *Thank you*.

De repente, Arguiró empieza a hablarles en alemán. Los tres le contestan con entusiasmo.

—¿Habla alemán? —pregunta Adrianí a Kaliopi.

—Sí, estudió en el Instituto Goethe. No sabría decirte si lo habla bien o no. Según mi experiencia, que estudié francés en el Instituto Francés, yo diría que, en el mejor de los casos, lo chapurrea.

Me callo un comentario sobre mi inglés, que también es un desastre. Y me consuela pensar que yo, al menos, no fui a ningún instituto extranjero, sino que lo aprendí en la Academia de Policía, y luego me doctoré en Jefatura, hablando con los inmigrantes.

Arguiró interrumpe su conversación con los alemanes para contarnos de qué han estado hablando.

—Dicen que vienen a Grecia todos los años —nos explica—. Son un grupo de amigos. Hoy los demás han ido a volar desde el Gamila. Les gusta venir aquí, porque el ambiente es más agradable y la gente se fija en ellos. Cuando vuelan en Alemania, nadie les presta atención.

—¿Les has preguntado en qué trabajan? —pregunta Tasía.

—Pues los tres son profesores universitarios. La chica enseña sociología. Ese de la perilla da clases de filología alemana y aquel con el sombrero de paja enseña derecho.

—Ratones de biblioteca en invierno, hormigas voladoras en verano. Bonita combinación —sentencia Kaliopi.

Nos acercamos de nuevo para despedirnos de ellos. Los dos hombres enseguida tienden las manos para estrechárnoslas, y me acuerdo de Uli, que nunca saluda sin dar la mano. La chica se limita a hacer un ademán con la cabeza y nos dedica una sonrisa. Será porque aún tiene las manos metidas en las alas.

Cuando llegamos al Seat, estamos tan agotados que nos quedamos sentados en el coche un cuarto de hora para recuperar el aliento. En el asiento de atrás, las mujeres se frotan los pies y las rodillas sin parar de suspirar y soltando gemidos ahogados. La única que permanece quieta e impávida es Adrianí.

—Veo que aún puedes caminar por las piedras —bromeo.

—No puedo, pero echaba de menos los caminos de mi pueblo y estoy disfrutando —responde, y se vuelve hacia sus amigas—: ¿Os dais cuenta de por qué no nos entendemos con los alemanes? —les pregunta.

Todos la miramos sorprendidos.

—¿Por qué? —se extraña Arguiró.

—Porque ellos vuelan alto, como los pájaros, y nosotros nos zambullimos

en las profundidades, como los peces. Así no hay quien se entienda.

La tríada se parte de risa. Yo soy el único que se muestra impasible, porque estoy acostumbrado a los aforismos de mi mujer.

—¡Qué chiste tan bueno, Adrianí! —exclama Tasía.

—¿Siempre es tan ocurrente? —me pregunta Arguiró.

—Siempre, pero ahora que se encuentra en su patria chica, está aún más inspirada —le respondo.

Las tres mujeres vuelven a reír mientras que Adrianí me fulmina con la mirada.

—Sois los compañeros ideales para hacer vacaciones. Si vuelvo a oír hablar mal de la policía, me pondré hecha una fiera —concluye Kaliopi.

Arranco el motor del Seat, satisfecho, ya que me ha tocado un trozo del pastel de los elogios. En el trayecto de vuelta al pueblo conduzco despacito, para evitar zarandear a mis pasajeras, pero también para proteger el Seat de daños mayores.

Llegamos por fin a la pensión y corremos todos a nuestras habitaciones para descansar.

—Eso de la patria chica ¿era necesario? —empieza Adrianí en cuanto cerramos la puerta.

—Pero ¿es que no te cansas nunca? —pregunto anonadado—. Después de este palizón, ¿aún tienes ganas de discutir?

—Si quieres que te diga la verdad, yo también he perdido la costumbre —confiesa mi mujer—. Puede que no gritara de dolor, pero tenía que apretar los dientes y no me ha resultado agradable. Voy a tomar un baño para relajarme.

Espero a que llegue mi turno y, en cuanto terminamos de bañarnos, nos metemos en la cama y nos quedamos profundamente dormidos.

Alguien llama a la puerta y abro los ojos.

—Señor comisario, ¿molesto? —pregunta una voz susurrante.

Me levanto de un salto y me dirijo a la puerta.

—No, acabamos de despertarnos —susurro yo también para no despertar a Adrianí.

—¿Os quedáis en la pensión?

—No, pero dadnos media hora.

—Vale, os esperamos abajo.

—¿Quién es? —Suenan las voces de mi mujer desde la cama.

—La pandilla. Preguntan si pensamos quedarnos en la pensión esta noche.

—Claro que no. No hemos hecho tantos kilómetros para quedarnos aquí encerrados.

Veinte minutos más tarde bajamos al pequeño salón, que por las mañanas

hace las veces de comedor. A pesar de habernos sacado de la cama, somos los primeros en llegar. Pronto aparece Arguiró, y unos minutos después, Tasía y Kaliopi.

Kaliopi propone ir a cenar a otro pueblo.

—Al fin y al cabo, ya pensábamos ir a otra parte esta mañana, antes de que nos distrajeran los alemanes voladores.

—Vale, pero ¿adónde vamos? —pregunta Tasía—. En Zagori hay más de cuarenta pueblos.

—Que lo decida Adrianí, que conoce la zona —propone Arguiró.

—Os llevaré a mi pueblo, Kato Pedinà —dice Adrianí, dándome la razón con aquello de la patria chica—. Hay un viejo puente en la garganta de Vikos y vale la pena verlo.

—Os llevaría encantada en mi coche, pero no conozco el camino y tengo miedo de que nos perdamos —dice Tasía—. Salvo que quiera conducirlo usted, señor comisario, que también conoce la zona.

Tasía tiene un Toyota recién salido de fábrica y no me apetece que me suba la tensión por miedo a abollárselo.

—Déjalo, vamos mejor con el mío para evitar percances.

Nadie se opone, así que volvemos a subir al Seat. Hago mentalmente la señal de la cruz para que se ponga en marcha sin problemas y, por suerte, el coche no me decepciona.

—¿Por dónde vamos? —pregunto a Adrianí, que conoce la zona mejor que yo.

—Por la carretera comarcal que lleva a Ano Pedinà —contesta mi mujer—. Es el camino más corto.

Salgo a la carretera comarcal que va de Astragelon a Eptalofou, giro a la izquierda y enfilo la que conduce a Ano Pedinà. La distancia parecería más corta si la carretera permitiera conducir más deprisa, pero el asfaltado es más bien simbólico y cada cincuenta metros nos obliga a frenar y a avanzar a paso de tortuga.

Al final, siguiendo las indicaciones de Adrianí, llegamos a Mesokhori, la plaza principal del pueblo.

—¿Qué iglesia es esta? —pregunta Kaliopi, y señala una iglesia un poco más abajo, en línea recta desde donde nos encontramos.

—San Atanasio —le informa Adrianí.

—¿Vamos a verla?

—Ya iremos más tarde. Ahora vamos a ver el puente de Vikos, antes de que se haga de noche.

Aparco el Seat y echamos a caminar. Adrianí se pone en cabeza y los

demás la seguimos en fila india, como un grupo de pequeños exploradores.

Decir que vamos por un sendero es mucho decir. Vamos por un camino de cabras lleno de baches. Llegamos sin aliento, pero las vistas merecen la pena. Se trata de un viejo puente de piedra. Nos detenemos en el centro y miramos a nuestro alrededor. A diestra y siniestra se alzan los acantilados de Vikos, mientras que el cauce de un torrente seco pasa por debajo del puente.

Las tres señoras admiran el panorama, y yo también me quedo extasiado, porque ya no me acordaba de aquello. Podríamos pasarnos horas disfrutando de las vistas, pero Adrianí nos devuelve a la realidad.

—Debemos regresar. Pronto se hará de noche y no veremos dónde ponemos los pies.

—La de cosas que nos perdemos los que vivimos en las ciudades —dice Kaliopi.

—Y las que se pierden los que viven en los pueblos... —replica Adrianí.

Enfilamos con cuidado el trayecto de vuelta, aunque ya nos hemos acostumbrado y nos cuesta menos avanzar. Las señoras insisten en ver la iglesia de San Atanasio antes de cenar.

Hago de la necesidad virtud y las sigo, aunque a regañadientes, porque mi estómago empieza a rugir. Por fortuna, nuestra visita resulta forzosamente breve, ya que la iglesia está a oscuras y no permite una exploración a fondo.

Un poco más allá de la iglesia, en Mesokhori, descubrimos una pequeña taberna de piedra.

—¿Es aquí donde comíais en verano? —pregunta Tasía a Adrianí.

—Querida, no nos sobraba el dinero para comer fuera —contesta mi mujer secamente.

La noche es cálida y hay un grupo de gente sentado en la terraza. Kaliopi propone que hagamos lo mismo.

—¿Y si luego hace fresco y pasamos frío? —se preocupa Arguiró.

—No, en esta época no hará frío. Con las chaquetas tendremos suficiente —le asegura Adrianí.

El grupo sentado en la terraza son los dos alemanes y la mujer voladora que hemos conocido por la mañana en el monte Astraka. Los acompaña otra pareja, también de alemanes.

Los del Astraka nos saludan con sonrisas y apretones de manos. Con la ayuda de Arguiró, nos presentan también a la otra pareja.

—Ellos también dan clases en la universidad —informa Arguiró sucintamente.

Nos sentamos a la mesa de al lado y todos pedimos tsípuro<sup>1</sup> menos Adrianí, que prefiere una copa de vino blanco.

—¡Tsípuro! —exclaman los alemanes. Alzan la garrafa que hay encima de su mesa y empiezan a hablar en alemán con Arguiró.

—Desde que han llegado, toman tsípuro todas las noches —traduce Arguiró—. Les chifla.

El camarero trae las ensaladas y la carne asada. El silencio impera en ambas mesas, porque todos empezamos a comer afanosamente. De vez en cuando intercambiamos algún comentario con la ayuda de Arguiró, más que nada para mantener las apariencias, hasta que el camarero nos trae otra garrafa de aguardiente.

—No hemos pedido más tsípuro —se extraña Tasía.

—Invita la mesa de al lado —explica el camarero.

Los alemanes nos sacan de la confusión al alzar sus copas.

—¡Salud! —nos desean, todos a una.

—Salud y muchas gracias —responde Arguiró—. No teníais por qué invitarnos.

Los alemanes empiezan a hablar y ella nos traduce.

—Mañana vuelven a Alemania, porque tienen que incorporarse a la universidad —nos dice—. Los tres empiezan las clases, y la voladora y el otro alemán tienen que retomar sus programas de investigación.

—Han venido a Grecia, han disfrutado del aire limpio de las alturas y ahora volverán a esconderse tras sus libros y sus ordenadores —dice Tasía—. A decir verdad, me dan envidia. Ojalá mi hijo tuviera tanta suerte.

—¿A qué te refieres? ¿A salir volando desde el Astraka? —bromea Kaliopi.

—Pues no me importaría. ¡Anda que no se divierten!

Los alemanes se levantan de la mesa y vienen a despedirse de nosotros, y empieza la habitual ceremonia de los apretones de mano y de los agradecimientos por la garrafa de tsípuro.

Luego nos saludan por última vez desde lejos y nosotros nos quedamos sentados hasta apurar el aguardiente.

### 3

Terminamos de concretar la ruta antes de emprender el viaje de vuelta a Atenas. Adrianí insiste en que tenemos que dirigirnos a la pequeña ciudad de Arta, para así salir luego en Río. Nosotros partimos primero, seguidos del Toyota con Tasía y las otras dos señoras a bordo.

La idea de regresar todos juntos fue de Kaliopi. Quería seguir disfrutando de sus compañeros de vacaciones cuando parásemos durante el trayecto de vuelta. Por eso partimos por la mañana, para que las paradas sean más largas sin que esto suponga llegar a casa a medianoche.

Hay mucho tráfico en la carretera comarcal y avanzamos poco a poco, aunque, de todas formas, habríamos ido muy despacio, puesto que la calzada está llena de baches y remiendos.

Enciendo la radio para relajarme un poco y me topo con uno de esos programas en que todos los amargados y resentidos llaman por teléfono para contarle sus penas al locutor.

—Pon música o apágala —gruñe Adrianí, irritada.

Detrás de nosotros suena el claxon del Toyota. Miro en el espejo retrovisor y veo a Tasía haciéndome señas con la mano. Paro el coche en cuanto puedo junto al arcén. El Toyota se me pega por detrás y Arguiró se baja para hablar con nosotros.

—Tasía pregunta si entraremos en Agrinio a tomar un café.

—¿Por qué vamos a entrar en Agrinio y perder tiempo? —pregunta Adrianí—. Seguro que encontraremos más bares en Patrás. Salvo que preferáis que nos detengamos en la autopista de Korinto a Atenas.

—En la autopista seguro que nos detendremos para comer *suvlakis*<sup>2</sup>. Es tradición nacional —dice Arguiró riéndose.

La certeza de que comeremos *suvlakis* me pone de buen humor. Adrianí conoce bien mi debilidad por las brochetas, aunque ella las aborrece. La última vez que comimos *suvlakis* en casa fue en 2004, cuando se jugó la final de la Champions. Los trajeron Fanis y Katerina para comerlos durante el partido. Adrianí se puso hecha una fiera, pero Fanis le dijo que «una final de Champions sin *suvlakis* es como un partido de fútbol sin pelota». Y mi mujer no supo qué contestarle.

Piso el acelerador porque echo de menos ambas cosas: el café y los *suvlakis*, que hace meses que no pruebo.

Ponemos rumbo al puerto de Patrás, pero nos topamos con un control



policial, con agentes registrando a personas y vehículos. Fuera del recinto portuario hay reunido un grupo de inmigrantes. Están mirando los accesos al puerto y charlan entre sí.

Detengo el coche en uno de los accesos y pregunto a uno de los agentes qué está pasando, por pura deformación profesional, porque en realidad ni me importa ni es asunto mío.

—El pan nuestro de cada día, señor comisario —responde el agente—. Los inmigrantes intentan entrar en el puerto para colarse en algún barco, les da igual adónde los lleve. Nosotros corremos de un lado al otro y no damos abasto. También tenemos que registrar los camiones, porque muchos camioneros cobran a los inmigrantes para meterles de extranjis en un barco.

Hacemos una minirreunión para consensuar en qué bar tomarnos un café, pero Kaliopi y Tasía se muestran taxativas.

—No pienso tomarme un café con vistas a los inmigrantes —declara Kaliopi—. A partir de mañana veremos de sobra en Atenas.

—¿Por qué no vamos a Río? Es más bonito —propone Arguiró.

Nadie se opone y ponemos rumbo a Río.

—Menos mal que Kaliopi no sabe que los clientes de Katerina son inmigrantes —me dice Adrianí.

—Menos mal que no lo ha leído en el poso del café —apostillo riéndome.

Mi mujer me lanza una mirada torva, pero yo me alegro de haberme podido anticipar a las quejas con respecto a nuestra hija.

Tardamos aproximadamente media hora en llegar a Río. Elegimos una cafetería junto al mar. A las mesas contiguas se sientan grupos de amigos.

—Sí señor, aquí se está de maravilla —exclama Tasía con satisfacción.

Adrianí pide un té, yo mi café griego de toda la vida y las tres señoras optan por un capuchino.

—Vosotros, los de Homicidios, ¿tratáis mucho con los inmigrantes? —me pregunta Arguiró.

—¿Cómo no van a tratar con ellos? Si no hacen otra cosa que matarse entre sí —contesta Kaliopi en mi lugar.

—Hay inmigrantes que asesinan y otros que trabajan para ganarse el pan —respondo vagamente, porque no tengo ganas de tocar el tema en vísperas de mi reincorporación al trabajo.

—Si queréis más información sobre los inmigrantes, tenéis que hablar con mi hija. Son su especialidad —interviene Adrianí.

—¿Por qué? ¿Trabaja en una oenegé para refugiados? —pregunta Kaliopi.

—No, tiene un bufete de abogados —responde Adrianí secamente, mientras las otras la miran extrañadas.

Me apresuro a intervenir, porque temo que nos vamos a meter en un berenjenal.

—Los inmigrantes tienen mucha relación con la policía —explico—. Desde las solicitudes de asilo y los permisos de residencia hasta los permisos de trabajo o para abrir un negocio, todo forma parte de una burocracia bastante compleja.

—Ya, pero ¿tienen dinero para pagar? —pregunta Kaliopi.

—No mucho, pero tienen. La mayoría llegan con algunos ahorros.

—¿Acaso pagan los nuestros? —interviene Arguiró—. Mi sobrina tiene un pequeño comercio, pregúntale cuánto dinero le deben.

—Cuando he dicho que no quiero tomar café con vistas a los inmigrantes, es porque se me encoge el corazón cuando los veo, no porque me den asco —se justifica Kaliopi.

Todos nos percatamos de su esfuerzo por desdecirse y damos la callada por respuesta. Nos tomamos el café en silencio, Tasía y yo mirando el mar y las otras tres señoras mirando las mesas a nuestro alrededor.

Dejamos atrás Río y emprendemos el camino hacia Korinto, pero poco antes de llegar a Egio nos encontramos con obras en la calzada. Solo han dejado libre uno de los dos carriles y la cola de coches alcanza los tres kilómetros.

—No llegaremos a Atenas ni al anochecer —se queja Adrianí.

—No hay otro camino. Tarde o temprano llegaremos.

—Ya podrían haber enviado los vuestros a un guardia de tráfico —dice lanzándome una indirecta.

—Los míos son de la Jefatura de Seguridad de Atenas. Estos de aquí son de Tráfico de Patrás o de Egio. O sea, no son de los míos.

Mi mujer no sabe qué responder y yo me quedo con la rara satisfacción de haberla dejado sin argumentos.

Por suerte, un poco más allá de Akrata el tráfico se despeja y empezamos a circular a mayor velocidad. Tardamos más de dos horas en llegar a Korinto. Nos metemos en la autopista de Korinto a Atenas y respiro con alivio. En cuanto vemos un asador, Tasía y yo tomamos la salida al mismo tiempo, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo previamente.

—Yo invito —anuncia Kaliopi en cuanto nos sentamos.

—¿Por qué tú y no yo? —pregunto.

—Porque soy una solterona jubilada y pocas veces tengo la ocasión de agasajar —me contesta la mujer.

Pedimos una bandeja de *suvlakis*, dos ensaladas griegas y un plato de patatas fritas. Personalmente, habría preferido un kebab con cebolla, salsa tzatziki y todo lo demás, pero me parece una grosería estar sorbiendo la salsa mientras pego bocados al kebab, así que me callo. Además, me encanta haber

podido llevar a Adrianí a mi terreno. Veo que aprieta los dientes y pone cara de póquer.

Nos lanzamos a la comida con ferocidad como hacen siempre los griegos, cuyas excursiones fuera de la ciudad van siempre acompañadas de un ataque de bulimia, aunque solo se trate de comer *suvlakis* o hamburguesas.

—No debemos perdernos la pista ahora que volvemos a Atenas —dice Kaliopi—. Ha sido un placer conoceros y nos lo hemos pasado muy bien con vosotros.

—Ya hemos quedado en llamarnos para vernos esta misma semana —puntualiza Adrianí.

No me da tiempo de pensar cuándo han podido quedar porque interviene Tasía.

—Sí, pero nosotras queremos ver también al comisario. No te olvides de las tres Gracias ahora que vas a volver con tus maleantes —me dice riéndose.

Nos despedimos con promesas mutuas de mantener el contacto y tras una serie de efusivos abrazos entre Adrianí y las otras tres mujeres.

Ya son las seis de la tarde cuando llegamos a la calle Aristokleus. Sin embargo, todavía nos queda mucho por hacer, ya que Adrianí ha llenado el maletero de bolsas de plástico.

—¿Qué es todo esto? —le pregunto.

Ella empieza a tocar las bolsas una tras otra, al tiempo que me cuenta:

—Aquí hay hojaldre de Epiro para la tarta de puerros de mañana. —Hace una pausa para explicar—: Me acordé de las tartas de mi infancia y pensé en empezar el otoño con una de puerros. Aunque solo sea para que Zisis no se haga el listillo —añade, y se echa a reír. Luego continúa—: Aquí hay queso feta, y aquí, queso de cabra. Es para la tarta. Y también hay berenjenas.

—¿Berenjenas? —pregunto extrañado—. ¿Es que no hay berenjenas en Atenas?

—Las hay, pero yo quiero preparar berenjenas de Epiro.

—¿Así que mañana comeremos *imam*<sup>3</sup> con berenjenas de Epiro?

—No, mañana comeremos tarta de puerros. Invitaré a los chicos y a Lambros.

Personalmente, habría preferido el *imam*, pero me callo. Cargamos con las bolsas y las metemos en el ascensor.

—Deja las bolsas en la cocina —me manda Adrianí—. Ya las colocaré yo.

Las dejo y voy al dormitorio. El viaje me ha dejado exhausto y mañana me toca ir al trabajo. Necesito dormir.

Mi vuelta al trabajo después de unas vacaciones siempre va acompañada de importantes altibajos anímicos. Porque, por un lado, me siento descansado y de buen humor, pero, por otro, no sé qué me espera y me corroe la ansiedad de la inevitable rutina que me acecha.

En esta ocasión, la jornada empieza con mal pie. Llueve a mares y las calles están atascadas. Consigo llegar al cruce de Agios Savvas, pero me topo con un accidente de tráfico. Una furgoneta ha embestido a un Fiat pequeño y el paso está bloqueado.

Aparco el Seat en la esquina, en la propia avenida Alexandras, y entro corriendo en la Jefatura por la puerta principal. Le digo al guardia que se ocupe de que metan el Seat en el garaje y subo al bar.

Me reciben Velidis, de Delitos Informáticos, y Zonarás, de Asuntos Internos.

—Feliz invierno. ¿Qué tal las vacaciones?

—Muy bien. Echaba de menos Epiro.

—Me alegro. Lástima que aterrices en mal momento —dice Zonarás.

—Si lo dices por la lluvia, es un mal menor. Mientras no me tope con problemas peores...

—Con problemas, no. Con una sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —pregunto, disponiéndome a oír lo peor.

—Guikas se jubila —anuncia Velidis.

Me lo quedo mirando atónito.

—Pero... ¿le tocaba jubilarse? —pregunto cuando consigo recuperar la voz.

—No, pero se acerca el fin de su servicio activo. Las últimas crisis no han hecho más que acelerarlo.

«Esto me pasa por irme de vacaciones en septiembre», pienso. «Aquí estallan crisis y yo descansando en Pápingos.» Sin embargo, no me importa demasiado. No creo que suponga ningún cambio dramático que llegue a afectar mi futuro profesional.

—¿Quién va a sustituirle? —pregunto a Velidis, ya que esto sí que me preocupa bastante más.

—Todavía no se sabe. Deben de estar rumiándolo.

—Por lo demás, la ley y el orden imperan en el territorio —interviene Zonarás riéndose—. Si exceptuamos los molotov que nos lanzan cual bolas de nieve, los trolebuses que son incendiados como rastrojos en el campo y los

gamberros que juegan al ratón y al gato con los polis en Exarjia<sup>4</sup>.

Espera que comente algo, pero yo solo puedo pensar en lo que pasará en el futuro. Les dejo con un «ya hablaremos», y únicamente recupero el aliento cuando llego a la quinta planta.

Noto que en mi interior los sentimientos y la curiosidad se disputan mi atención con igual vehemencia. Mi primer impulso es hacer saber a Guikas que estoy al corriente de la noticia y que me ha faltado tiempo para ir a expresarle mi pesar. A fin de cuentas, hemos pasado media vida juntos y su marcha no me deja indiferente. Al mismo tiempo, me corroe la curiosidad por saber quién le va a sustituir.

Stela me recibe con una tenue sonrisa.

—Bienvenido, señor comisario. ¿Qué tal las vacaciones?

—Muy bien. Nos ha hecho buen tiempo y me ha gustado mucho regresar a mi lugar de origen. Sin embargo, al volver me he encontrado algunas novedades.

La joven suspira y señala con un ademán la puerta del despacho de Guikas.

—Nos va a dejar pronto. Y a saber qué va a ser de mí.

Esto es lo primero que nos preocupa a todos cuando se va alguien con quien tenías una relación más o menos buena. Lo primero que te preguntas es adónde irás a parar; y lo segundo, con quién.

—¿Está en su despacho? —pregunto.

—Sí, recogiendo sus cosas.

Dudo de que vaya a encontrármelo sumido en profundas reflexiones, así que llamo a la puerta y entro sin esperar a que me inviten. Si Guikas pretende recoger sus bártulos, o no ha empezado todavía o ya ha terminado, puesto que el despacho está impecable, listo para ser entregado al próximo ocupante. Lo más seguro es que haya terminado ya, porque nunca guardaba documentos en su despacho. Enseguida los enviaba a los departamentos pertinentes.

Guikas está de pie mirando por la ventana, sea por costumbre o porque quiere memorizar la vista para llevársela consigo. Se da la vuelta al oír que cierran la puerta. Por la expresión de su cara no se diría que la idea de la jubilación le pese. Más bien al contrario, me dedica una de sus raras sonrisas.

—Es lo primero que me han dicho en cuanto he vuelto al trabajo —comento.

Sin dejar de sonreír, me dice:

—Siempre llega el momento de poner el punto final. Dentro de unos días mi vida profesional se habrá acabado. —Me invita a sentarme con un gesto de la mano, y él también se sienta tras el escritorio—. Igual que tú, todos vienen a despedirse con cara de luto —continúa—. Yo, sin embargo, no estoy triste ni me siento perdido. Es más, y que quede entre nosotros, hice algunas llamadas para

acelerar los trámites de mi jubilación.

—¿Por qué? —pregunto extrañado. Me parece increíble que Guikas haya querido acelerar su retiro.

—Se ha cerrado un ciclo, Kostas. Sé muy bien que no puedo aspirar a ningún ascenso y que me pasaría los dos próximos años atado a este escritorio. Además, ocurrió algo que me acabó de abrir los ojos.

—¿Qué ocurrió?

—Fui de pesca. Mi mujer heredó de una hermana de su madre una casa junto al mar en Eretria. Durante las vacaciones nos fuimos hasta allí para ver si necesitaba reformas. Nuestra idea inicial era alquilarla en verano y que nosotros pudiéramos ir a pasar los fines de semana en primavera y en otoño. Una mañana, mientras estaba sentado en el balcón, vi a unos pescadores en el golfo de Eubea. Y de repente sentí el deseo de salir a pescar. Fui a una tienda que vende aparejos de pesca y compré sedales y una caña. Pregunté qué cebos necesitaba y el dependiente me lo explicó todo. Al día siguiente fui a la playa y tiré el sedal al mar. A partir de entonces no dejé de bajar una sola mañana a la playa y me pasaba los días con la caña de pescar. Mi mujer se hacía cruces. Me había convertido en pescador, aunque todavía no había sacado ni un mísero pececillo. Hasta que un día un lugareño que había salido a pasear se detuvo a mi lado y me dijo: «La playa es para las personas, señor comisario. Los peces nadan en las aguas profundas. Y las aguas profundas están lejos, mar adentro.» —Se calla y me mira, más que nada para ver si pensaba que se había vuelto loco. Mi expresión le convence de que le estoy escuchando con auténtico interés y prosigue—: Me enamoré del mar y de la pesca, Kostas. Mi sueño es comprar un fueraborda cuando me liquiden la pensión y salir a pescar siempre que pueda. Mi mujer sigue haciéndose cruces, pero ahora para dar gracias a Dios, porque he encontrado una ocupación con la que pasar mi tiempo libre y no seré un estorbo para ella.

Se calla de nuevo y sonrío.

—Todos los peces que tenía que pescar ya los he pescado en el cuerpo de policía. No creo que vaya a pillar a ninguno más. Tal vez tenga ahora más suerte en el mar. Te lo diré de otra manera: me he pasado la vida viendo los peces en la pecera y no he conseguido nada. Al final me he dado cuenta de que es más fácil ir a pescarlos yo solito.

Estoy delante de un hombre relajado, que se ha quitado un peso de encima. Intento recordar cuándo fue la última vez que vi a Guikas sonriendo sin parar y no lo consigo. Aunque él esté feliz navegando en su barquita, yo, sin embargo, corro el peligro de perder el barco con los cambios que se avecinan.

—¿Tiene idea de quién le va a sustituir? —pregunto, esforzándome por

ocultar mi ansiedad.

—En estos momentos no hay sustituto —contesta y me mira—. Lo que voy a decirte ahora lo tienes que olvidar hasta que haya un comunicado oficial.

—Se lo prometo —le digo con el corazón en un puño.

—Hasta que nombren a un sustituto, vas a ser tú quien asuma extraoficialmente las funciones de subdirector de seguridad, ya que eres el miembro con más antigüedad en servicio. Responderás directamente ante el subcomandante. —Ve la conmoción en mi cara y considera imprescindible insistir en ello—: Y, lo dicho, tú no sabes nada. Aunque te daré un último consejo. Si eres inteligente y, sobre todo, si no le llevas la contraria al subcomandante, como sueles hacer, se te abre la posibilidad de un ascenso. —Enseguida se apresura a bajarme los humos—: No digo que vayas a llegar a director de seguridad, pero podrías salir de tu estancamiento.

Estoy convencido de que este plan lo ha urdido él. Todavía tiene los contactos necesarios para hacer algo así.

—Le agradezco la información y también los consejos —le digo.

—Lo de la información, pase. En cuanto a los consejos, te los he dado a montones y nunca me has hecho caso.

—No obstante, le agradezco los consejos —insisto, y me pongo de pie.

Guikas también se levanta y me tiende la mano.

—Lo hemos pasado bien juntos, Kostas —dice—. Aunque a menudo nos pusiéramos de los nervios, al final siempre llegábamos a un acuerdo, porque confiábamos el uno en el otro.

No le falta razón, si exceptuamos los casos en que se hacía el muerto por temor a quedar en evidencia, como con el subcomandante anterior, que le tenía agobiado.

En realidad, para mí la jubilación de Guikas es la guinda del pastel. Antes de irme de vacaciones ya hubo cambios en mi departamento. Kula y Papadakis se casaron y Papadakis pidió el traslado al Departamento de Inmigración, porque, siendo pareja, no podían trabajar juntos en el mismo departamento. Mi mujer y yo fuimos a la boda, no como padrinos, sino como invitados, y nos marchamos al final de la ceremonia. No nos quedamos en la fiesta posterior.

El segundo en marcharse fue Vlasópulos. Pidió el traslado a la Prefectura de Policía de Jalkida para poder estar cerca de sus hijos, menores de edad, que viven con los padres de él. En su lugar me mandaron a dos nuevos: a Zanasís Askalidis, que vino del Departamento de Narcóticos de Patrás, y a Fotis Dervísoglu, que me mandó Zonarás desde Asuntos Internos.

Askalidis carece de experiencia. Dervísoglu está licenciado en Derecho y tiene algo más de experiencia. El único que ha salido beneficiado de los cambios

es Dermitzakis, que, tras la partida de Vlasópulos, se hizo con el título no oficial de miembro más antiguo del departamento.

Entro en el despacho de mis ayudantes y les pillo dándole al palique. Se callan de inmediato y acto seguido me dan la bienvenida y se interesan por mis vacaciones. Les ofrezco un breve informe sobre lo bien que lo he pasado en Epiro, y les pregunto si ha habido novedades durante mi ausencia.

—Ya sabrá lo de Guikas —dice Dermitzakis.

—Por supuesto. ¿Algo más?

—Lo bueno es que no hay nada más —me contesta—. Kula sigue ocupándose de Internet, Zanasis y Fotis se dedican a repasar viejos expedientes para hacerse una idea de cómo trabajamos aquí, y yo, personalmente, creo que no me puedo quejar. Con la buena noticia de que usted asumirá las funciones de Guikas, aunque sea provisionalmente, y dada la calma que reina en el departamento..., podría decirse que la temporada ha empezado bien.

—Tal vez los asesinos estén esperando a que acabemos de reorganizarnos para empezar a actuar cuando estemos listos —se ríe Dervísoglu.

Los únicos que no abren la boca son Kula y Askalidis. El segundo se siente intimidado por su falta de experiencia, y la primera, por el apadrinamiento de la boda que se torció por el camino.

Le digo a Dermitzakis que se pase por mi despacho en cinco minutos y bajo otra vez al bar para tomarme el café que ha quedado pendiente por culpa de la noticia de la jubilación de Guikas.

Cuando entro en mi despacho, Dermitzakis ya me está esperando.

—Puesto que dices que te aburres, te he encontrado una ocupación para pasar el rato —le digo.

—Estupendo, dígame de qué se trata.

—Vas a ser el tutor de Askalidis. Ha venido de Patrás y está como pez fuera del agua. Ahora tú eres el más veterano, te corresponde hacerte cargo de su formación. Si no, aprenderá a base de cometer errores y no daremos abasto tratando de corregirlos.

—Me encargaré de ello, aunque no me parece muy listo.

—Ninguno de nosotros era listo cuando llegó al servicio —le digo, metiéndole un corte—. Todos hemos ido aprendiendo a cuentagotas.

Damos por acabada la conversación y le pido que haga pasar a Kula. La joven se sienta frente a mí con cara inexpresiva y con la mirada clavada en el suelo.

—Escucha, Kula —empiezo, y voy directo al grano—. No tienes por qué sentirte intimidada cada vez que nos vemos porque tú y tu marido nos propusisteis ser padrinos de vuestra boda y la cosa se malogró. La situación se



torció, yo caí en desgracia y no quería que vosotros me acompañarais en la caída. Ahora el asunto ya se ha resuelto, por suerte para mí y también para vosotros. Ni Adrianí ni yo os guardamos rencor a ninguno de los dos. No ha cambiado nada. Así que quita esa cara de virgen asustada, porque ahora estás casada y lo de virgen no se lo cree nadie.

Ella permanece indecisa por un momento y luego se levanta de un salto y viene a abrazarme. Siento sus lágrimas resbalar por mi mejilla.

—No sabe la alegría que me da —susurra—. Todo este tiempo ha sido un infierno, porque usted siempre me ha apoyado y yo le traté muy mal. Cuando se lo diga a Kostas se volverá loco de alegría.

—Perfecto, yo también me alegro de haber aclarado el asunto —le contesto, y la mando de vuelta a su despacho antes de que nos ahogemos en lágrimas almibaradas.

Nos encontramos en un periodo de transición y no sabemos a quién tendremos mañana por encima de nosotros. Es mejor que el ambiente esté tranquilo en el departamento.

A las tres de la tarde ya he agotado todas las posibilidades de matar el aburrimiento. He bajado tres veces al bar, dos para tomar un café y una última para pedir un bocadillo. Me he sentado a una mesa y, mientras me comía el bocadillo, he escuchado disimuladamente las conversaciones sobre la inminente jubilación de Guikas.

He vuelto a mi despacho decidido a comprar una baraja para jugar al solitario, cuando suena el teléfono.

—El subcomandante quiere verle en su despacho dentro de una hora, señor comisario.

—Gracias, allí estaré.

Desde que el subcomandante anterior fuera trasladado a la Dirección de Cooperación Internacional de la policía he recuperado la paz, porque él me había cogido manía. Ocupó su lugar Pródromos Kapsidis, del Departamento de Inmigración, es decir, de nuestras aguas territoriales y no de las internacionales, como su predecesor. Las noticias que llegaban de Inmigración describían a un hombre de perfil bajo aunque eficiente y colaborador.

Aquella valoración demostró ser cierta, ya que, tras nuestro primer encuentro, que sirvió para conocernos, no hemos tenido más contacto con él, para gran satisfacción mía pero también de Guikas.

Mientras conduzco el Seat hacia la calle Katejaki, intento recordar la buena impresión que me causó, más que nada para calmar la ansiedad. El agente en la antesala me indica que pase directamente al despacho.

La primera sorpresa son los convocados a la reunión. Además del propio subcomandante, están presentes Velidis, Zonarás y Karambetsos, el recién nombrado jefe de la Brigada Antiterrorista. La sorpresa, sin embargo, resulta agradable, porque deduzco que el subcomandante va a anunciar mi ascenso provisional hasta nueva orden.

Kapsidis me saluda con un apretón de manos, y luego se levanta con un «vengan, señores», para dirigirse a la mesa de reuniones. Se sienta a la cabecera y el resto ocupamos los asientos laterales.

—Señores, como ustedes ya saben, su superior, el director de seguridad señor Nikolaos Guikas, se retira del servicio por haber solicitado la jubilación. Les he convocado para comunicarles que todavía no se ha nombrado a ningún sustituto. Mientras no lo haya, asumiré las funciones de director el comisario Kostas Jaritos, por ser el de mayor antigüedad en el servicio.

Tres pares de ojos se clavan de inmediato en mi rostro mientras yo pongo cara de asombro, para resultar más convincente.

—Por lo tanto, a partir de hoy informarán de todos los asuntos al comisario Jaritos —concluye el subcomandante, y se pone de pie.

Los demás hacemos lo propio, y los tres pares de ojos siguen mirándome, pero entonces yo cambio la cara de asombro por una tímida sonrisa.

Nos disponemos a despedirnos cuando el subcomandante se vuelve hacia mí.

—Me gustaría que se quedara un momento, señor comisario.

Los otros tres se dirigen a la salida y yo me siento en el sillón colocado frente al escritorio del subcomandante.

—Quiero que sepa que el señor Guikas no ha tenido más que palabras de elogio para usted —me dice el subcomandante después de tomar asiento él también.

Me gusta lo que oigo, aunque no me sorprende. Puede que Guikas y yo hayamos tenido nuestras diferencias, puede que se guardara las espaldas cuando las cosas se ponían feas, pero, de cara a fuera, nunca ha escatimado elogios hacia mi persona.

—Y no solo han sido los elogios del señor Guikas —prosigue el subcomandante—. Su reputación en el cuerpo supera con creces su cargo actual.

—A veces, estas cosas son proporcionalmente inversas —respondo tratando de disimular mi satisfacción.

—Es lo más habitual, por desgracia —puntualiza él. Me mira un momento y continúa—: Le he pedido que se quedara para decirle que, mientras esté a cargo de la dirección, tendrá plena libertad para actuar como considere oportuno. Yo no voy a pedirle cuentas si no hay una razón concreta. Usted mismo decidirá cuándo es preciso informarme o si necesita mi opinión sobre cualquier asunto.

Tengo la sensación de que me está tomando el pelo. Tal vez sea porque con su antecesor sufrí los tormentos de Job. En cualquier caso, prefiero no hacerme demasiadas ilusiones para evitar sorpresas desagradables en el futuro, y me limito a decir:

—Se lo agradezco. No obstante, yo le mantendré informado.

Nos damos la mano y me voy con una sensación de alivio.

Durante el trayecto de vuelta a Jefatura intento ordenar cuáles serán mis próximos movimientos. Es prioritario reunirme con mis colegas. Puede que me haya convertido en un *primus inter pares*, y que, a partir de ahora, será lo de *primus* lo que contará para ellos, es decir, que ya no formo parte del rebaño, al menos de momento. Por lo tanto, tengo que demostrarles que sigo siendo *par* y que no me he subido a la parra.

En cuanto llego a mi despacho llamo a mis ayudantes para comunicarles la noticia. Los dos nuevos me escuchan sin hacer ningún comentario, pero Kula y Dermitzakis no disimulan su alegría.

—¡Ojalá llegue a director! —exclama Kula.

—O sea, también nosotros hemos sido ascendidos —aventura Dermitzakis, medio en broma y medio en serio.

Intuyo que empezará a vacilar en Jefatura con el clásico «órdenes del director» y me apresuro a cortarle las alas.

—Nadie ha sido ascendido, Dermitzakis. Sencillamente, me han cargado el muerto.

Mando a mis ayudantes de vuelta a sus despachos e intento decidir qué lugar es el más apropiado para reunirme con Zonarás, Velidis y Karambetsos. No quiero convocarlos en mi despacho, porque podrían interpretar mal mis intenciones y pensar que me ha faltado tiempo para empezar a actuar como su superior. Si el despacho de Guikas estuviera disponible, les reuniría allí, ya que es el lugar donde nos hemos encontrado siempre, algo parecido a la vieja pastelería de Flokas. Pero Guikas no se ha ido todavía de Jefatura.

Me devano los sesos, y finalmente concluyo que el mejor sitio es la sala de interrogatorios. Es el único lugar disponible que resulta neutro para todos los implicados. Le pido a Kula que los avise. Me apresuro a acudir el primero, para que no tengan que esperarme. Solo está Karambetsos, de la Brigada Antiterrorista. Pronto llegan también Velidis y Zonarás.

—¿Nos has traído aquí para interrogarnos? —empieza Velidis.

—No. Os he convocado aquí porque es un terreno neutral, para no llamaros a mi despacho y dar la impresión de que voy de jefe.

Zonarás se echa a reír.

—Vamos, Kostas. Ni tú vas a interrogarnos ni nosotros vamos a considerarte nuestro superior, te pongas como te pongas.

El ambiente se distiende y, como suele ocurrir, la distensión invita al cotilleo, sobre todo en un día como hoy, rico en acontecimientos.

—Guikas no me parece demasiado disgustado por tener que jubilarse —comenta Velidis.

—Si queréis saber mi opinión, para él es una liberación —responde Zonarás—. Sabe que ha tocado techo y que no va a subir más. En cuanto se ha quitado de encima las tensiones del ascenso, ha descubierto las virtudes de la libertad.

—Él ha encontrado la libertad, y nosotros la tranquilidad —dice Velidis riéndose—. No sé vosotros, pero a mí me tenía frito, porque no entiende nada de informática.

Los tres se ríen al unísono. Solo yo permanezco serio, porque tengo el

mismo problema y no estaría bien reírme de Guikas.

—¿Y quién nos asegura que el nuevo, cuando llegue, será mejor? — pregunta Karametsos.

—Nadie. Si fuera Kostas, al menos sabríamos con quién nos las tenemos que ver —contesta Velidis.

—No estés tan seguro de que con Kostas estaríamos tranquilos —replica Zonarás.

—¿Por qué? ¿Crees que iría de superior exigente? —pregunto.

—¿Sabes cómo te llama todo el mundo en Jefatura? —dice Zonarás.

—No. ¿Cómo?

—El escarabajo. Jaritos «el Escarabajo».

Karametsos suelta una carcajada.

—Fue lo primero que oí cuando pisé Jefatura.

Podía esperarme cualquier cosa, pero que me hubieran puesto un mote, y encima el de un bicho, jamás se me habría pasado por la cabeza.

—¿Por qué me llaman escarabajo? —pregunto extrañado.

—Porque lo rebuscas todo, no dejas piedra sin levantar. Si quieres investigar a fondo los cadáveres que pasan por tus manos, me parece perfecto, pero si empiezas a rebuscar entre nosotros, estamos apañados. Es verdad que al subcomandante anterior poco le faltó para aplastarte bajo la suela de su zapato, pero lograste salir indemne.

—Entre nosotros, el nuevo subcomandante no se parece en nada a Dimitriadis —dice Velidis—. Parece un hombre tranquilo y conciliador.

Empiezan a hablar del subcomandante, pero yo no puedo dejar de pensar en lo de «escarabajo». ¿Cómo es posible que después de tantos años en este edificio no me haya percatado nunca de que me habían puesto un mote? Seguro que mis ayudantes lo saben y me lo han ocultado.

Aprieto los dientes para aguantar hasta que pongan fin a su cháchara y solo vuelvo a respirar con normalidad cuando llego a mi despacho. Llamo a todo mi equipo, a los viejos y también a los nuevos. Si dependiera de mí, les expedientaría a todos sin excepción.

Los que faltaban llegan con cara de preocupación, sin duda porque creen que ha surgido algún problema.

—¿Ocurre algo, señor comisario? —pregunta Dervísoglu.

—¿Desde cuándo me llaman «el Escarabajo» en Jefatura mientras yo estoy en la inopia? —exijo saber.

Es lo único que no esperaban oír e intercambian miradas de sorpresa e incomodidad. Nadie dice esta boca es mía.

—¿Por qué no me ha dicho nadie nada y he tenido que enterarme por

Zonarás? Estoy seguro de que vosotros lo sabíais y de que también me llamáis escarabajo a mis espaldas. —Hago una pausa, por si alguien quiere abrir la boca, pero a mis ayudantes se les ha comido la lengua el gato—. ¿Qué se supone que debo hacer ahora? ¿Dejar de ser un escarabajo para convertirme en una víbora y picar a todo el mundo?

Kula se mueve inquieta en su asiento. Parece que quiere decir algo, pero no acaba de atreverse. Los demás se vuelven hacia ella y la miran como si fuera su tabla de salvación.

—Lo sabíamos, señor comisario, pero ¿qué podíamos decir? «¿Sabe usted?, le llaman escarabajo...» Es cierto que a veces nosotros también le llamábamos así, pero en broma. —Calla y me mira muy seria—: Yo, en su lugar, no me enfadaría. Me sentiría orgullosa.

—¿Orgullosa por qué? ¿Acaso hay escarabajos dignos de mención?

—No, pero donde abundan los paquidermos, un escarabajo es un *rara avis*, señor comisario.

Todos se echan a reír. Hago un esfuerzo por mantener el semblante serio, pero no lo consigo y tiro la toalla.

## 6

La noticia de mi ascenso provisional ha generado oleadas de alegría. Es lo que pasa con las buenas noticias. Hacen que te olvides de que el júbilo puede ser pasajero, lo mismo que el ascenso.

—Oye, papá, ¿también te subirán el sueldo? —me pregunta Katerina.

—¿Hablas en serio? —interviene Adrianí—. ¿Y qué harán cuando vuelva a su puesto anterior? ¿Se lo bajarán?

—Tienes razón, aunque la esperanza es lo último que se pierde —responde mi hija.

—No sé cuándo se pierde la esperanza, Katerina —dice Zisis—. Lo que sé es que la esperanza es como cuando se abre un resquicio en una puerta. A tu padre se le ha abierto una puerta. Tiene que meter el hombro para mantenerla abierta.

—Mientras no la cierren otros... —es la apostilla optimista de Adrianí.

—Si demuestra ser imprescindible, no la cerrarán —le contesta Zisis, y se vuelve hacia mí—: Tú ya lo sabes, por el puesto que has ocupado hasta hoy. No te tocan porque eres imprescindible.

Zisis defiende su teoría, pero yo estoy pensando en cosas más prácticas. Puede que, al final, lo del escarabajo no sea tan malo, porque ya se sabe que los escarabajos se cuelan por todas las rendijas.

Con esto termina la conversación y nos sentamos todos a la mesa. Es nuestra primera cena familiar con Zisis, Fanis y Katerina después de volver de vacaciones. Uli y Maña están en Alemania, visitando a los padres del chico.

Adrianí ha preparado la comida que venía planeando desde las vacaciones: la tarta de puerros con hojaldre de Epiro y queso de cabra. Los resultados le dan la razón, ya que todos están entusiasmados, algo que expresan más con gruñidos de aprobación que con palabras. Ni siquiera Zisis escatima elogios.

—¡Enhorabuena, Adrianí! Tu tarta es deliciosa. Me quito el sombrero.

A propósito de la tarta, empieza una conversación sobre las vacaciones. Opto por dejar la iniciativa a mi mujer, que se explaya hablando de nuestro viaje por Epiro y de las tres mujeres que conocimos allí y con las que hicimos tantas excursiones.

—Vaya, así que no solo volviste a tu patria chica, sino que además hiciste nuevas amistades —le dice Fanis.

—Son tres mujeres estupendas y disfrutamos de su compañía, ¿no es cierto, Kostas?

Le doy la razón sin dudarlo, pero no digo nada de los posos del café, por si mi comentario le pudiera sentar mal a Adrianí y echara a perder el buen ambiente.

—Además, no solo conocimos a Kaliopi, Arguiró y Tasía, también conocimos a unos alemanes —añade mi mujer.

—¿A unos alemanes? —Quiere saber Katerina.

—¿Os hicisteis amigos de unos alemanes? Si se entera Uli, se entusiasmará —dice Fanis riéndose.

—Unos alemanes que volaban.

—¿Cómo que volaban? —se sorprende Katerina.

—Volaban, hija mía. Se ponían alas y volaban.

—Tío Lambros, ¿has visto alguna vez a alemanes voladores?

—Solo cuando nos bombardeaban con sus aviones —contesta Zisis—. Quizás incluso a algunos que se lanzaban en paracaídas. Pero alemanes con alas no he visto nunca.

Me vi en la obligación de intervenir para explicar mejor el espectáculo de cómo volaban, y terminé contándoles que estuvimos todos juntos tomando tsípuro en la taberna por la noche.

—Esto es lo que nos diferencia de los alemanes —dice Zisis.

—¿El qué? —se interesa Adrianí.

—Que nosotros, en el pueblo, preguntamos: ¿va a volar el burro?<sup>5</sup>, y en Alemania son los profesores universitarios los que vuelan.

El comentario de Zisis nos hace reír y la velada termina entre carcajadas.

—Ya sabes que Lambros tiene razón —dice Adrianí cuando ya se han marchado los invitados y ella ha empezado a recoger la mesa—. Si consigues mantener abierto el resquicio, no se puede descartar que al final te den el ascenso. Cualquier mando nuevo carecería de experiencia y haría falta poner a un veterano a su lado para que no metiera la pata. —Entonces parece dudar por un momento, como si algo le preocupara—. No lo digo porque un ascenso supondría más dinero, Kostas. Tú ya lo sabes. Gracias a Dios, hemos superado todo tipo de dificultades. Lo digo por ti, para que tengas, por fin, el reconocimiento que te mereces. Y, si quieres saber mi opinión, solo te lo darán cuando no tengan más remedio.

—¿Sabes cómo me llaman en Jefatura?

—¿Cómo?

—Escarabajo.

La palabra no pareció sorprenderla ni molestarla. Se limitó a reflexionar un momento.

—Tienen razón. Lo malo es que solo eres un escarabajo en el trabajo, y en



lo personal no lo eres.

Recoge los platos para llevarlos a la cocina mientras yo pongo rumbo al dormitorio. Antes de quedarme dormido pienso que, al final, mi primer día después de las vacaciones ha tenido más altos que bajos.

Al día siguiente por la mañana me acompaña el mismo buen humor mientras conduzco el Seat para ir a trabajar. Paso por el bar de Jefatura para pedir mi café y mi cruasán de costumbre y luego subo a mi despacho.

Pospongo la reunión con mis ayudantes para poder tomarme el café en paz, pero, como de costumbre, el deseo de los mortales no coincide con los designios de Dios. Apenas me dispongo a tomar el segundo trago cuando suena el teléfono.

—Señor comisario, el subcomandante quiere hablar con usted —anuncia la voz de Stela—. ¿Le paso?

—Por supuesto —respondo solícito, mientras por dentro maldigo mi suerte.

—Buenos días, señor comisario. He recibido una llamada un tanto extraña y quisiera saber su opinión. Me ha llamado la señora Klió Rapsanis. ¿Le suena de algo el apellido de Rapsanis?

Reflexiono un instante.

—¿No hay un ministro que se apellida Rapsanis?

—Exacto. Kléarjos Rapsanis, ministro de Reordenación Administrativa. Klió Rapsanis es su hermana. Me ha llamado para comunicarme que su hermano ha sido hallado muerto en su domicilio. Se lo ha encontrado la empleada del hogar esta mañana y la ha llamado. En un primer momento, la señora Rapsani ha supuesto que su hermano había muerto de un ataque al corazón y ha llamado a un médico, amigo íntimo de la familia, para que lo certificara. El médico, sin embargo, tenía reservas y le ha aconsejado que avise a la policía.

—¿No ha dado ninguna explicación de por qué tenía reservas?

—Ninguna en absoluto, solo le ha pedido que avise a la policía. Usted comprenderá que ni nosotros ni la familia queremos que la muerte de Rapsanis salte a las noticias, sobre todo para evitar que cada periodista extraiga su propia versión del suceso. Por eso le he llamado, para que me diga cómo le parece que debemos manejar este asunto.

Pienso un poco antes de responder.

—¿Sabe usted si la hermana y el médico siguen en el domicilio de Rapsanis?

—Así es, y también la empleada del hogar.

—Muy bien. Es obvio que todavía no han avisado a la escolta personal del ministro, porque, de haberlo hecho, nos habrían llamado ellos. Iré yo solo para

hablar con el médico y con la señora Rapsanis. De momento, no voy a informar ni a mis propios ayudantes. Primero escucharé qué tiene que decirme el médico y luego ya veremos qué decidimos.

—Excelente idea. Se lo haré saber de inmediato.

—¿Tiene la dirección del domicilio de Rapsanis?

—Sí, la he anotado. Es un piso en la calle Uranis, cerca de la plaza Drosopulu.

—Le ruego que comunique a la hermana que en ningún caso deben entrar los escoltas personales en el domicilio antes de que yo llegue. Les llamaré en cuanto me haya hecho una idea de la situación.

Cuelgo el teléfono y llamo a Kula.

—Tengo que salir un par de horas. Si hay alguna urgencia, me llamas al móvil.

Menos mal que no he comprado la baraja para jugar al solitario. Habría tirado el dinero.

El recorrido es corto y sencillo. Desde la avenida Kifisiás entro en Filozei y voy contando manzanas hasta llegar al cruce con la calle Uranis. El bloque de pisos donde vivía Rapsanis da a la plaza Drosopulu.

Los escoltas no están en la puerta y esto me alivia bastante, ya que así se reducen las posibilidades de una filtración. El piso de Rapsanis se encuentra en la cuarta planta, según me informa una voz femenina cuando llamo al timbre.

Abre la puerta una cincuentona con los ojos hinchados de llorar.

—Buenos días, señor comisario. Soy Klió Rapsanis —murmura.

—Buenos días. Le presento mis condolencias. Acabamos de tener noticia del triste suceso y he venido para averiguar qué ha pasado exactamente.

—¿Por dónde quiere empezar?

—Me gustaría hablar primero con el médico.

Ella me conduce a una sala de estar espaciosa. En el sofá está sentado un sesentón que se presenta como Kostas Arguirópulos, médico. Me acerco para sentarme frente a él pero se me adelanta y me dice:

—Antes de que hablemos de mis dudas y sospechas, debería usted ver el cadáver.

Se dirige al pasillo y le sigo de cerca. Aprovecho para echar una rápida mirada a la habitación contigua. Es un amplio despacho con las paredes cubiertas de estanterías llenas de libros.

Arguirópulos abre la puerta de al lado, que corresponde al cuarto de baño. Se aparta para no estorbarme al mirar.

En el suelo, delante de la taza del váter, está el cuerpo de un hombre obeso que lleva gafas y luce una perilla. Su gran volumen ocupa todo el espacio entre el lavabo y la bañera. Está claro que iba a vomitar, aunque se desplomó antes de terminar, ya que medio vómito está en la taza y la otra mitad, en el suelo y encima de su ropa.

—¿Ha podido determinar la causa de la muerte? ¿Tiene, al menos, alguna sospecha? —pregunto a Arguirópulos.

El médico intenta ordenar sus pensamientos.

—Si se tratara de un ataque al corazón, cabrían dos posibilidades: o bien le habría dado tiempo de llamar por teléfono para pedir ayuda o habría caído fulminado donde estuviera. En consecuencia, es poco probable que haya muerto de un infarto.

—¿Puede tratarse de un envenenamiento? —pregunto.

—Sí, pero no por ingestión de un alimento en mal estado. Los envenenamientos de este tipo suelen dejar un margen de tiempo para que el paciente acuda a un hospital. Con esto en mente, he investigado un poco más. Venga conmigo.

Le sigo hasta la cocina. La empleada del hogar, una cuarentona, se levanta de la silla y nos deja solos.

Arguirópulos va directo a la nevera y la abre.

—Mire.

En medio de la nevera hay una enorme tarta. Le falta una gran porción triangular. Encima de la tarta hay un cartelito que lleva escrito lo siguiente: AL MINISTRO KLÉARJOS RAPSANIS, POR SU TRABAJO INCANSABLE. UNOS ADMIRADORES ANÓNIMOS.

Hasta yo me doy cuenta de que el texto está impreso.

—La tarta ha levantado aún más mis sospechas y creo que se precisa una autopsia —dice Arguirópulos.

—Gracias, doctor —le digo—. Ha hecho muy bien en avisarnos. No quiero retenerle por más tiempo.

—Voy un momento a ver a Klió, por si necesita algún tranquilizante —contesta, y sale de la cocina.

Veo que la empleada del hogar está esperando en el pasillo y le hago ademán para que entre.

—¿Cómo te llamas?

—Vula Lukidu.

—¿Cuánto hace que trabajas aquí?

La mujer calcula mentalmente.

—Desde hace unos diez u once años.

—¿Cuándo trajeron la tarta? —pregunto.

—Ayer, un poco antes de irme. La traje una joven.

—¿Una chica? —Me extraña, ya que los repartidores suelen ser chicos.

—Sí. Me dijo que la tarta era para el ministro y se fue.

—¿Me la puedes describir?

—No tenía nada en especial. Llevaba casco, camiseta y tejanos.

—¿Los escoltas no le preguntaron adónde iba?

—No hay escoltas, señor comisario. El ministro no quería agentes delante de su casa. Contaba con escolta cuando salía en el coche oficial y también cuando volvía a casa, pero el agente no se quedaba.

—A primera vista, parece que al ministro le gustaba comer —comento con cuidado.

La mujer echa un vistazo a la puerta y baja la voz.

—Era insaciable, señor comisario, aunque los dulces eran su mayor debilidad. Le bastaba ver algo dulce para entrar en delirio. Imagínese que, cuando no le preparaba algún pastel, traía chokolatinas y se pasaba el día mordisqueándolas.

O sea, que los que le enviaron la tarta conocían su bulimia y su debilidad por los dulces.

Informo a Lukidu de que la avisaremos si hace falta que preste declaración oficial en Jefatura, y de que ya puede irse a su casa.

—Me quedo, por si la señora Klió me necesita —contesta ella, y sale de la cocina.

El médico tiene razón. Hay muchas probabilidades de que la muerte de Rapsanis sea resultado de una acción criminal, pero solo la autopsia nos lo puede confirmar. No obstante, mientras tanto podemos iniciar una investigación preliminar, sobre todo para empezar a recoger pruebas.

Antes de dar el siguiente paso, sin embargo, quiero cubrirme las espaldas. Llamo al subcomandante y le hago un informe detallado.

—Es decir, no podemos descartar que se trate de un asesinato —concluye él cuando termino.

—No solo no podemos descartarlo, sino que me parece lo más probable.

—No debe hacerse público hasta que estemos completamente seguros.

—De acuerdo, aunque no podemos mantener en secreto el fallecimiento de Rapsanis. Creo que debemos informar al ministro del Interior y que luego el Gobierno decida cómo quiere tratar este asunto. Si queda entre nosotros, mucho me temo que el asunto pueda complicarse hagamos lo que hagamos.

—Estoy de acuerdo, es la mejor solución —contesta el subcomandante, y ponemos fin a la conversación.

Klió Rapsanis y Arguirópulos se encuentran en el salón. Están hablando sentados en el sofá. Me siento en un sillón frente a ellos.

—Me imagino que el doctor le habrá hablado de sus sospechas, que yo comparto —le digo a Klió Rapsanis.

—Sí, pero ¿por qué querrían matar a Kléarjos? —pregunta ella.

—En primer lugar, aún no estamos seguros de que lo mataran. De momento, se trata solo de una posibilidad que no podemos descartar. Una vez practicada la autopsia, tendremos una imagen más clara de lo sucedido. Por lo tanto, las preguntas que le voy a hacer solo servirán para informarme, para poder estar preparados en caso de que la autopsia confirme lo peor.

—En cualquier caso, le pido que sea breve —interviene el médico—. El estado anímico de la señora Rapsanis es muy delicado y no quisiera que se agravara todavía más.

—¿Sabe si su hermano tenía enemigos? Me refiero a si había recibido amenazas alguna vez, o a si había personas que le provocaran miedo o inseguridad.

—Mi hermano tenía un solo enemigo y ese era la comida, señor comisario. El único enemigo a quien no podía hacer frente era su bulimia. Tanto su familia como yo luchábamos en vano para convencerle de que comiera menos. Cada dos por tres recurría a dietistas, pero siempre desistía a las dos semanas, como mucho. Después comía todavía más, tal vez para reponer los kilos que había perdido.

—¿A qué se dedicaba antes de entrar en política?

—A la docencia —me dice Rapsanis—. Era profesor de filosofía del derecho. Pero llegó un momento en que empezó a apasionarle la cuestión pública y entró en la política. Fue elegido diputado y posteriormente fue nombrado ministro.

No tengo nada más que preguntar y me marchó pensando cómo un profesor de filosofía del derecho acaba siendo ministro de Reordenación Administrativa. No le doy demasiadas vueltas porque, aun siendo un escarabajo, también soy lerdo en política, algo que Guikas me ha recriminado siempre.

Llamo a Dermitzakis y le digo que venga con Kula, pero sin dar explicaciones a los novatos. Después llamo a Dimitríu, de Identificación, y le pido lo mismo: que solo venga con ayudantes de su total confianza.

Dejo para el final a Stavrópulos, del Departamento Forense.

—No creo que sea necesario que vengas —le digo después de explicarle la situación—. Manda a una ambulancia para que recoja el cadáver. Lo único que te pido es que hagas la autopsia enseguida, porque se trata de una personalidad pública y no queremos meternos en líos.

—Veo que te ha faltado tiempo para empezar a dar órdenes después de convertirte en jefe —contesta él, cabreado.

Intento mantener la calma.

—No te estoy dando órdenes. Solo te explico que se trata de un asunto delicado y que el subcomandante no para de llamarme por teléfono.

—El Departamento Forense no responde ante la policía sino ante el Ministerio de Justicia —replica Stavrópulos, y me cuelga.

Por suerte, no me da tiempo de montar en cólera, porque llegan Kula y Dermitzakis. Les describo brevemente la situación.

—¿Qué podemos hacer nosotros? —pregunta Dermitzakis.

—No mucho. Pediré permiso a la hermana para registrar la cocina y el despacho de Rapsanis, por si damos con alguna prueba.

La hermana no se opone, y Kula y Dermitzakis empiezan el registro por el

despacho.

Pronto aparece Dimitríu con dos ayudantes. Le llevo primero al baño, para que vea el cadáver.

—Debió de pasarlo muy mal —comenta él.

A continuación le conduzco a la cocina y le muestro la tarta en la nevera.

—Tenemos que mandarla enseguida al laboratorio para que la analicen —dice Dimitríu, y hace un ademán a sus ayudantes para que se la lleven.

—¿Qué opinas?

—Lo mismo que usted. Tenemos que esperar a los resultados de la autopsia, pero todo indica que se trata de envenenamiento.

Me dirijo entonces al despacho del exministro para ver si mis ayudantes han descubierto algo interesante.

—Papeles, libros y nada más —dice Dermitzakis.

—Salvo que le interesen las chocolatinas —añade Kula señalando el cajón superior derecho del escritorio.

Me acerco y veo que está lleno de tabletas de chocolate y de chocolatinas de todo tipo.

—Las guardaba en el cajón derecho para poder meterles mano más fácilmente —dice Kula.

El registro de la cocina tampoco da frutos. Solo nos queda esperar la llegada de la ambulancia forense, que aparece al cabo de una hora. Es la manera que tiene Stavrópulos de decirme que no recibe órdenes mías.

Stavrópulos se ha desquitado retrasando la llegada de la ambulancia y no tira más de la cuerda. Realiza la autopsia enseguida y, al cabo de un par de horas, me llama por teléfono.

—Lo envenenaron con pesticida. Todavía no puedo darte detalles, pero todo indica que la víctima se metió el dedo en la boca para provocarse el vómito. Sin embargo, ya era demasiado tarde y murió en el cuarto de baño.

Le doy las gracias por la celeridad de su servicio y colgamos. No me cabe la menor duda de que encontraremos el pesticida en la tarta. Esto complica la investigación, porque a saber quién la preparó y quién era la joven que se la entregó a Rapsanis.

Dejo de lado mis reflexiones para informar al subcomandante, que me escucha sin interrumpirme y al final dice en tono fatalista:

—En otras palabras, el caso se nos ha complicado. Habrá que averiguar quién lo asesinó.

—Si la víctima fuera un ciudadano más, y no un exministro, diría que lo mató alguna mujer por celos o por venganza, ya que el pesticida suele ser el método preferido por las mujeres para matar. Rapsanis, sin embargo, no pertenecía a la categoría del común de los mortales. Por lo tanto, debemos empezar a indagar y esto nunca es fácil cuando hay políticos implicados.

—¿Qué hacemos con la prensa?

—Le sugiero —contesto— que informemos al ministerio y que sean ellos los que se lo comuniquen a los medios.

—Tiene razón. Hablaré enseguida con el comandante.

El rápido entendimiento con Kapsidis me sube la moral y los ánimos, pero a partir de ahora las cosas dejarán de ser fáciles. Ahora nos enfrentamos a la pregunta más difícil: cómo iniciar la investigación de forma discreta, sin dejar en evidencia al subcomandante ni a los líderes políticos. Si esperamos hasta el comunicado oficial del asesinato, podríamos perder un tiempo precioso. Además, las investigaciones reservadas suelen ser más fructíferas. Mejor seguir de momento con la misma discreción con la que hemos ido al piso de Rapsanis. Luego ya veremos.

Llamo por teléfono a Dimitríu para coordinarnos.

—Se me ha adelantado —me dice—. Estaba a punto de llamarle yo. El veneno es un pesticida que metieron en la tarta.

Le cuento mi plan y se muestra conforme.



—Iré otra vez al piso con uno de mis ayudantes para buscar huellas dactilares.

Después llamo a Dermitzakis. Le pongo al día del caso y añado:

—Nosotros nos mantendremos en silencio. El ministerio manejará este asunto hasta nueva orden. En consecuencia, nos quedaremos al margen y actuaremos con total discreción. ¿A quién más propondrías para el caso?

—A Dervísoglu. Viene de la Brigada Antiterrorista y sabe moverse con discreción.

—Bien. En estos momentos no tiene sentido hacer nada. Ya he interrogado a la hermana y a la empleada del hogar, aunque no muy a fondo. No podemos interrogar a los vecinos del edificio ni a los del barrio si antes no nos dan luz verde.

El compás de espera no se prolonga demasiado y a la media hora recibo la llamada del subcomandante.

—El ministro quiere vernos en su despacho de inmediato.

«Empezamos bien», pienso. «En mi primer caso como director en funciones están involucrados la cúpula de la policía y el Gobierno al completo. A ver cómo mantengo abierto el resquicio del que hablaban Zisis y Adrianí cuando hasta el mismísimo escarabajo corre peligro de morir aplastado.»

Pongo los pensamientos negativos en cuarentena y salgo rumbo al ministerio. La mala suerte, sin embargo, me persigue, porque me topo con un atasco en la avenida del Mediterráneo. Me enfado conmigo mismo por no haber pedido un coche patrulla con sirena en lugar de coger el Seat. Ahora seguro que llegaré tarde y los problemas empezarán desde el «Buenos días».

Me conducen a una sala con una enorme mesa de reuniones rodeada de una decena de sillas. Dos de ellas están ocupadas por el comandante y el subcomandante. Por suerte, el ministro no ha llegado todavía.

Tras disculparme por el retraso, intercambio apretones de manos con mis superiores y me siento frente a ellos. Esperamos en silencio unos diez minutos hasta que se abre la puerta en el fondo de la sala y aparece el ministro, acompañado de un cuarentón que lleva un expediente bajo el brazo. Al ministro lo reconozco por las fotografías que he visto, pero el otro tipo no me suena de nada. Mis superiores deben de conocerlo, pues se saludan con una sonrisa.

El ministro nos da los buenos días y va directo al grano.

—Les he convocado porque nos enfrentamos a un caso tan delicado como desagradable, que requiere actuar con sumo cuidado. —Calla y se vuelve hacia mí—: ¿Nos puede decir en qué punto se encuentra la investigación y cuáles son los primeros resultados?

Le informo de mi conversación con la hermana de Rapsanis, con el médico

y con la empleada del hogar, y concluyo con los datos que me han proporcionado Stavrópulos y Dimitríu.

—O sea, que se descarta la posibilidad de una intoxicación alimentaria... — dice el ministro, mirándome como si esperara que hiciera un milagro.

—Por desgracia, señor ministro, tanto la autopsia como los análisis del laboratorio confirman que se trata de un acto criminal.

El ministro se da cuenta de que no hay tabla de salvación y decide echar a nadar.

—Lo que les voy a decir ahora cuenta con la aprobación del primer ministro —nos anuncia—. El comunicado oficial del Gobierno dirá que todavía se desconocen las causas del fallecimiento del ministro Kléarjos Rapsanis, y que se están siguiendo todas las líneas de investigación posibles.

Los tres nos miramos y, sin decirnos nada, estamos de acuerdo en que el ministro intenta ganar tiempo en un asunto que no tiene vuelta atrás. La cuestión es quién de nosotros va a decírselo. Entonces dirigimos nuestras miradas al comandante, que es el de mayor rango. Él ya sabe que su cargo conlleva obligaciones, pero está buscando la mejor manera de decírselo.

—Si esta es la decisión que se ha tomado, actuaremos en consecuencia, señor ministro —dice al final—. Pero, como ya le ha expuesto el comisario Jaritos, no cabe duda de que se trata de un asesinato. Los retrasos no van a cambiar los hechos.

El tipo que acompaña al ministro toma la palabra por primera vez.

—No es nuestra intención echar tierra sobre el asunto, si es lo que piensan —nos dice—. Pero en estos momentos hay temas de una relevancia extrema en la agenda gubernamental y no queremos que queden relegados a un segundo plano porque todos los medios de comunicación se están ocupando del asesinato de un ministro. En cuanto hayamos solucionado los temas críticos, anunciaremos que la muerte de Kléarjos Rapsanis fue resultado de un acto criminal.

—Hasta entonces la policía no hará ninguna declaración sobre el caso Rapsanis —añade el ministro—. Si aparecen los periodistas para hacerles preguntas, los remitirán al señor Rodópulos, el encargado de prensa del Ministerio.

—¿Y la investigación? —pregunto de súbito, para saber qué terreno piso—. ¿Seguimos adelante?

—Por supuesto. Continúa abierta en todos los sentidos, y esto significa que seguirán investigando.

—Es lo que les conviene también a ustedes —apostilla Rodópulos.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Porque podrán investigar tranquilamente, sin interferencias de los

periodistas.

Rodópulos es una de esas personas que te caen mal desde el primer momento, pero debo reconocer que no le falta razón.

—¿Qué hacemos con la hermana del ministro? —sigo preguntando.

—También le darán la versión oficial —contesta Rodópulos sin vacilar.

—Entonces no podemos entregar el cadáver a la familia. Se tiene que quedar en el frigorífico.

—¿Por qué? —se extraña el ministro.

—Porque la familia tiene derecho a solicitar una copia de la autopsia. Y el médico de la familia se dará cuenta enseguida de que se trata de un asesinato. De hecho, él fue el primero en albergar sospechas. Él puso en marcha el mecanismo.

—El comisario tiene razón —interviene el subcomandante—. No podemos ocultarle la verdad a la familia.

Se produce un silencio. Nadie abre la boca mientras yo agradezco mentalmente al subcomandante haberme salvado del embrollo.

—De acuerdo, yo hablaré con Klió Rapsanis —dice finalmente el ministro, y se despide de nosotros con un gesto de la cabeza, acompañado de su compinche de prensa.

A nosotros solo nos queda despedirnos también.

—Echarán de menos al señor Guikas —me dice el comandante.

—No solo como superior, sino también porque hemos compartido muchos años de servicio y nos conocemos bien —le contesto. Después me vuelvo hacia el subcomandante—: Le mantendré informado —le digo.

—No me cabe duda —responde él con una sonrisa—. Ya he podido constatarlo.

Así termina el encuentro y cada uno emprende su camino. Llamo por el móvil a Dermitzakis para que se reúna conmigo en casa de Rapsanis, junto con Dimitríu.

Me pregunto si la hermana del ministro estará todavía en el piso o si tendré que ir a verla a su casa.

Por fortuna, la suerte todavía no me ha dado la espalda del todo, porque el trayecto está despejado y, cuando llego a la calle Uranis, la hermana del ministro sigue en el piso.

—Me ha llamado el ministro y me lo ha contado todo —dice en cuanto me ve entrar en la sala de estar—. ¿Quién ha podido hacer esto? ¿Quién le odiaba tanto? —Enseguida se echa a llorar—. Pobre Kléarjos, no se merecía morir así.

—¿Podemos hablar ahora, o prefiere dejarlo para otro momento, cuando esté más tranquila? —pregunto.

—No, no, ahora está bien. —Se enjuga las lágrimas y adopta una posición

de expectación.

—Necesito que me dé algunos datos sobre la vida personal de su hermano —empiezo—. Ya veo que vivía solo. ¿Estaba soltero o divorciado?

—Divorciado. Su exmujer vive en París con mi sobrino, que estudia ingeniería civil.

—¿Sabe si estaban peleados o si el divorcio fue..., cómo lo diría..., hostil?

—No, nada de eso. Lida, mi cuñada, es diseñadora de moda y no podía soportar la obesidad de mi hermano. Solía decir que ni siquiera aquel pintor colombiano que se había hecho famoso gracias a sus retratos de bailarinas gordas aceptaría pintar a Kléarjos, porque le resultaría demasiado gordo. Se esforzó mucho en convencerle de que adelgazara, pero, como ya le he dicho, a mi hermano le resultaba imposible controlar su bulimia. Al final, mi cuñada tiró la toalla y pidió el divorcio. Le dijo que no podía seguir viviendo con un hombre que, por un lado, ofendía su sentido de la estética y, por el otro, hacía todo lo que podía para terminar cuanto antes en la tumba. El divorcio, sin embargo, fue amistoso.

En cualquier caso, si nos ponemos puntillosos, no fue la obesidad lo que lo mandó a la tumba, sino la bulimia. Cualquier otro ministro en su lugar habría mandado al escolta llevar el paquete a la policía para que lo inspeccionaran.

Después de lo que me ha contado Klió Rapsanis, descarto que su exmujer tuviera algo que ver con el asesinato. Además, ella reside en París y es muy poco probable que contratara a un asesino para matarlo con pesticida.

—¿Podría ser que tuviera cuentas pendientes desde la época en que enseñaba en la universidad?

—Tendrá que preguntarlo en el departamento al que pertenecía en la Facultad de Derecho, aunque ya le digo que lo único que podía resultar conflictivo de mi hermano era su gordura. Por lo demás, era un hombre extremadamente amable.

Nos interrumpe el sonido del timbre. Le digo a Rapsanis que no tengo más preguntas. En el recibidor me esperan Dermitzakis con Dervísoglu y Dimitríu con su ayudante. Mando a los míos a inspeccionar el barrio por si logran dar con algo, por pequeño que sea, y le digo a Dimitríu que empiece a buscar huellas dactilares.

Voy a la cocina para hacer algunas preguntas adicionales a la empleada del hogar.

—Antes me has dicho que la tarta la trajo una chica. ¿Recuerdas cuándo fue exactamente?

—No recuerdo la hora exacta, pero fue a primera hora de la tarde.

—¿Qué te dijo?

—Que era un regalo para el ministro.

—¿Y así se lo dijiste tú también?

—Más o menos. Le dije: «Traigo un regalo para usted, señor ministro».

—¿Qué hizo él?

—Abrió la caja, vio la tarta y fue pitando a buscar una cuchara para probarla.

No lo dice con desprecio, sino con tristeza. ¿Los asesinos conocían así de bien a Rapsanis? Seguro que sabían que se lanzaría sobre la tarta en cuanto la viera.

No me queda nada por hacer en el piso y tampoco creo que vaya a ser necesario volver. Me despido de Klió Rapsanis y bajo a la calle.

Dervísoglu me está esperando junto a la entrada principal.

—He encontrado a alguien a quien creo que debería interrogar, señor comisario —me dice.

—Vamos.

No me lleva muy lejos, solo hasta el quiosco que hay enfrente del bloque de pisos.

—Cuéntale al comisario lo que viste el otro día —dice Dervísoglu al quiosquero.

—Vi a una chica en ciclomotor que se paró delante de la puerta del edificio. Cogió una bolsa de plástico, llamó al timbre y entró en el vestíbulo.

—¿Recuerdas a qué hora fue?

—No recuerdo la hora, pero fue por la tarde.

—¿Cómo iba vestida?

—Una chica con casco, vestida como visten todos los jóvenes: camiseta, tejanos y zapatillas deportivas. En mis tiempos nos reíamos de la juventud de Mao, porque iban todos vestidos igual. Ahora nuestros jóvenes hacen lo mismo, pero sin Mao.

—Si llevaba casco, ¿cómo sabes que era una chica? —Le pregunta Dervísoglu.

—Por sus formas.

—¿El ciclomotor era de reparto?

—No. Era un ciclomotor sin más. La bolsa de plástico colgaba del manillar.

Dejo que Dervísoglu y Dermitzakis sigan indagando, y me dispongo a irme cuando, de pronto, se me ocurre una idea. Recuerdo que Kléarjos Rapsanis enseñaba filosofía del derecho. Puede que Katerina, que es abogada, sepa algo de él.

La llamo al móvil.

—Dime, Katerina, ¿te suena de algo el nombre de Kléarjos Rapsanis?

—¿Te refieres a Oliver? —pregunta ella.

—¿De qué Oliver me hablas? —pregunto extrañado.

—Vamos, papá. ¿Has olvidado las comedias de Hollywood de tus tiempos? El gordo y el flaco. Stan Laurel era el flaco y Oliver Hardy, el gordo. A Rapsanis le llamaban Oliver porque era muy gordo. Yo estudié en Salónica y no le tuve como profesor. Pero, si quieres, puedo preguntar a ver si averiguo algo.

—Si te enteras de algo, avísame. Puede que me resulte útil.

«Buena la hemos liado», me digo. «Un escarabajo persiguiendo al asesino de Oliver.»

Me dispongo a tomar el camino de vuelta a casa cuando me interrumpe una llamada de Guikas. No una llamada personal, para más señas, sino a través de su secretaria.

—El señor director le espera en su despacho.

Al principio me cabreo, porque sigue tratándome como a un subordinado y me contacta a través de su secretaria. Pero luego me lo pienso mejor y hasta cierto punto lo comprendo.

No debe de ser fácil asimilar la idea de la jubilación, me digo. Los oficiales del ejército, al menos, tienen el título de militar retirado. Para nosotros no hay «retirado» que valga, sencillamente pasamos a ser ex. Por mucho que te seduzca el sueño del gran pescador, serás un ex hasta el día en que te mueras.

Estos pensamientos me tranquilizan mientras vuelvo a Jefatura. Subo directamente a la quinta planta.

—Está en su despacho —dice Stela.

—¿Viene todos los días? —pregunto.

—Sí, aunque solo un rato. Hace algunas llamadas y se va. No se ocupa de ningún asunto de trabajo.

Entro en el despacho y Guikas me recibe con esa sonrisa que luce últimamente como si fuera una mascarilla para la contaminación.

—Me he enterado de que el ministro os ha convocado en una reunión —dice en cuanto nos sentamos.

—Sí, por la muerte de Kléarjos Rapsanis, el ministro. —Le cuento brevemente el contenido de la reunión.

—A mí no me han convocado —dice Guikas con amargura.

—Seguramente, el comandante no ha querido molestarle con reuniones ahora que está ocupado con su jubilación —le contesto. Soy consciente de que mis palabras suenan a consuelo barato, pero no se me ocurre qué más decirle.

—No es por eso. Simplemente, como estoy a punto de retirarme, he pasado a otra categoría. A la de objetos olvidados —me comenta, confirmando mis sospechas—. Me permiten venir al despacho para uso personal hasta que acabe el traslado. —Suspira y me mira—. No resulta fácil, Kostas. Aunque te engañes a ti mismo diciéndote que te libras de los problemas y no tienes que enmerdarte más, en el fondo sabes que ya sobras y eso te corroe por dentro. —De pronto, le cambia la expresión de la cara—. De todas formas, tú y el subcomandante habéis reaccionado bien. Dejad que el ministro saque las castañas del fuego. En estos

casos, haga lo que haga la policía, le dirán que se ha equivocado. Pues que se hagan cargo ellos. —Calla y me mira—. Sigue así. Has encontrado en el subcomandante a un superior dialogante. Procura no hacer de las tuyas y echarlo todo a perder. —De repente, se echa a reír—. ¿Qué te acabo de decir? Ya estoy otra vez tratándote como tu superior.

—No tiene que ser mi superior para darme consejos —le respondo.

Guikas se pone de pie satisfecho y me tiende la mano.

—Ya hablaremos. Seguiré aquí unos días más.

Bajo al garaje como una bala para coger el Seat y volver a casa. Si paso antes por el despacho, seguro que me lían con otras cosas.

Adrianí está planchando.

—Hay un montón de ropa acumulada desde las vacaciones —me explica—. Termina ya.

Me siento para hacerle compañía hasta que termine. Ella sigue planchando, pero, de pronto, rompe el silencio.

—¿Qué te parece si invitamos a cenar a Tasía, Kaliopi y Arguiró? Son muy simpáticas y nos lo pasamos bien con ellas. No veo por qué no podemos dar continuidad a nuestra amistad.

Me doy cuenta de que haber hecho amistades le hace feliz. Hasta ahora su única compañía era la familia, con excepción de Zisis, Maña y Uli. Es lógico que quiera tener sus propias amigas.

—Claro que sí, las invitamos cuando tú quieras.

Contenta, recoge la tabla de planchar y la ropa y pone la mesa. Queda tarta de puerros de anoche. Adrianí prepara también una ensalada de tomates y nos sentamos a cenar. La tarta está tan deliciosa como ayer y ataco con ganas. No he acabado de meterme el primer bocado en la boca cuando me interrumpe una llamada de Katerina.

—Papá, ¿estás viendo la tele?

—No, estoy viendo la tarta de puerros.

—Pon la tele enseguida. Están hablando de Oliver.

Tardo unos segundos en relacionar el nombre de Oliver con el de Rapsanis.

—¿Qué están diciendo?

—Lo inimaginable —contesta mi hija, y cuelga el teléfono.

Me levanto de la mesa y voy corriendo a encender el televisor. Adrianí me sigue de cerca.

—¿Qué te ha dado de repente? —Se extraña—. ¿Quién ha llamado?

En lugar de contestar, cojo el mando a distancia. Sintonizo las noticias en el momento en que la presentadora habla con un tal Stakatos, el director de informativos del canal.



—¿Cómo ha llegado el comunicado a nuestra emisora, señor Stakatos?

—Diría que de una manera primitiva o, si lo prefiere, propia del terrorismo postdictadura<sup>6</sup>. Nuestro centro de comunicaciones ha recibido una llamada anónima. Una voz ha informado a la operadora de que en la calle, delante de la emisora, había un bolso con el comunicado reivindicando el asesinato del ministro Kléarjos Rapsanis. Yo mismo he ido a recoger el bolso. El resto ya se ha hecho público.

—Sin embargo, el comunicado es tan atípico, por no decir único, como el propio asesinato, ¿no le parece, señor Stakatos?

—Totalmente de acuerdo. En mi opinión, nos encontramos ante un perturbado que asesinó a Kléarjos Rapsanis y, a posteriori, pretende hacer pasar su crimen por un acto terrorista.

—Demos la oportunidad a los telespectadores que acaban de sintonizarnos de leer el comunicado —dice la presentadora.

Acto seguido, aparece el comunicado en pantalla.

Ayer ejecutamos a Kléarjos Rapsanis por alta traición. Kléarjos Rapsanis traicionó el sagrado cometido de los maestros. Sacrificó a sus alumnos, les privó de sus conocimientos para dedicarse a la política y asegurarse un sillón de ministro. Y esto en una época en que nuestras universidades padecen graves problemas de financiación y no pueden convocar nuevas plazas docentes para cubrir las materias necesarias. Operan con graves deficiencias de profesorado. Esta es la alta traición y está castigada con la pena capital.

La muerte de Kléarjos Rapsanis va dedicada a la memoria de Ioannis Zeodorakópulos, profesor de filosofía en la Universidad Aristóteles de Salónica, en la Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas y en la Universidad Panteion, desde 1939 hasta 1967. Ioannis Zeodorakópulos no solo no abandonó jamás a sus alumnos, sino que siguió ofreciendo sus conocimientos incluso después de terminar su carrera académica a través del Centro de Investigación de la Filosofía Griega de la Academia de Atenas, del que fue fundador, así como del anuario del Centro de Filosofía. ¡Que descanse en paz!

El comunicado desaparece de la pantalla y, en lugar del director de informativos, aparece un hombre delgado con gafas y perilla.

—Nos acompaña Nikolaos Borosis, profesor de derecho civil. Profesor, ¿qué opina del asesinato de Kléarjos Rapsanis y del comunicado que hemos recibido hoy?

—La muerte de Kléarjos ha sido un duro golpe para todos sus colegas, aunque, con el comunicado que acaban de proyectar en pantalla, al dolor se añade un sentimiento de rabia. ¿Quiénes son esos autodenominados jueces que deciden ejecutar a un profesor universitario por haber considerado que debía

servir a su país desde una posición de ministro? Tengamos en cuenta que se trataba de un cambio de rumbo provisional. Iba a volver a la docencia en cuanto concluyera su mandato.

—Esto es, precisamente, de lo que acusan a sus colegas, profesor: del uso de las puertas giratorias, como las llaman los que discrepan. Dejan la universidad para entrar en la política y, si no son reelegidos o pierden el sillón de ministro, regresan a la docencia.

—Cada uno sirve a su país desde el lugar que estima conveniente. Lo importante es que haga bien su trabajo. Y el trabajo de Kléarjos era impecable, tanto ejerciendo de profesor como de ministro. Espero que la policía consiga detener pronto a sus asesinos.

El resto no me interesa. Me doy cuenta de que el profesor sigue el famoso principio heleno: no hables mal de tu casa porque se te caerá encima. Claro que este principio es cualquier cosa menos científico, pero ¿a quién le importa la letra pequeña?

Apago la tele y llamo por teléfono a Dervísoglu.

—Hola, Fotis. Querría hacerte una pregunta. Mientras estabas en la Antiterrorista ¿hubo algún atentado que utilizara pesticidas como arma asesina?

—No, señor comisario. Nuestros terroristas usan pistolas para matar, como mucho, alguna bomba de vez en cuando. Nunca han usado pesticidas y tampoco creo que lo haga el terrorismo internacional.

—Pues ya pueden aprender un nuevo método —le contesto.

Cuelgo el teléfono sin ganas de reírme. Sé que nos hemos topado con un asesinato atípico y los asesinatos atípicos siempre dan dolores de cabeza.

—¿Me puedes explicar qué está pasando? —pregunta Adrianí.

Le cuento lo sucedido y ella menea la cabeza.

—Los esfuerzos están muy bien, pero a veces hace falta un poco de suerte —musita—. Y tú, marido mío, no la tienes.

—¿Por qué lo dices?

—Pensamos que se abría un pequeño resquicio, pero tú te has topado con un gordo que no cabe ni por la puerta.

De camino al dormitorio, suena el teléfono.

—El ministro nos espera mañana a las nueve de la mañana, señor comisario —me comunica el subcomandante.

No hay peor desgracia que comenzar el día con una visita al ministerio. Recorro la avenida del Mediterráneo pensando en la conversación que me espera con el ministro y en cómo debo afrontarla. Soy consciente de que no puedo esperar ayuda ni del comandante ni del subcomandante, y no porque les dé igual o porque estén dispuestos en mi contra, sino porque no tienen ni idea de los muchos y variados homicidios que la gente comete.

En estos momentos echo de menos la protección de Guikas, porque él sabía siempre cuándo tenía que asumir el papel de socorrista. Mis nuevos superiores no saben siquiera cuándo toca ponerse el flotador.

Entro de nuevo en la sala de la mesa enorme y las diez sillas. En esta ocasión, soy el primero en llegar. En cuanto me siento se me ocurre —ay, demasiado tarde— que debería haber traído alguna carpeta conmigo. No necesariamente por su contenido, sino para subrayar la importancia de este encuentro.

—¿Alguna novedad, señor comisario? —me pregunta enseguida el comandante.

—Ninguna, excepto el comunicado que todos conocemos.

—¿Cree que el asesinato de Rapsanis pudo ser un acto terrorista? —pregunta el subcomandante.

—¿Un atentado con pesticida? Sería una primicia mundial —replica el comandante.

Nuestra conversación queda bruscamente interrumpida por la llegada del ministro. Viene solo. Se sienta a la cabeza de la mesa y va directo al grano.

—Señores, el comunicado ha complicado las cosas. En primer lugar, porque ya no podemos aplazar el anuncio oficial del asesinato de Kléarjos Rapsanis y esto nos crea problemas. Y, en segundo lugar, porque ahora surge la posibilidad de un atentado terrorista.

—Si el asesinato fue un atentado terrorista con pesticida, podemos sentirnos orgullosos, señor ministro —interviene el comandante—. Grecia habrá vuelto a ganar la medalla a la ingeniosidad.

—¿Cuál podría ser el objetivo de esta supuesta organización terrorista? —se pregunta el subcomandante—. ¿Obligar a todos los profesores universitarios que se han convertido en ministros a volver a la docencia, o aterrorizar a aquellos que piensan entrar en política? Los terroristas quieren destruir el sistema. Los profesores y los académicos les traen sin cuidado.

—¿Qué opina usted, señor comisario? —me pregunta el ministro.

—Estoy de acuerdo con mis superiores. A mí tampoco me convence la versión del atentado terrorista. Sin embargo, tenemos un comunicado, y los comunicados siempre están relacionados con actos terroristas. Yo propondría que investiguemos el asesinato del ministro en colaboración con la Brigada Antiterrorista, por si acaso.

Los tres manifiestan estar conformes con mi propuesta, y el ministro pasa a la siguiente pregunta:

—¿Han dado algún resultado las pesquisas de la policía hasta el momento?

—No, señor ministro —respondo—. Nos hemos limitado a hablar con el médico que manifestó las primeras sospechas, con la hermana de la víctima y con la empleada del hogar. Si hubiéramos ampliado el marco de la investigación, habríamos provocado sospechas y habladurías indeseadas.

—Sería como untar con mantequilla el pan de los medios de comunicación —remata el comandante.

—Una primera conclusión es que los que enviaron la tarta conocían bien a Rapsanis y su debilidad por los dulces —prosigo.

—Un dato muy fácil de averiguar —me interrumpe el ministro riéndose—. Lo sabía todo el mundo, desde sus colegas de la universidad hasta el ujier del ministerio.

—El otro dato que hemos averiguado es que la tarta la entregó una chica en ciclomotor.

—¿Una mujer? —se extraña el ministro.

—Sí. En el momento de la entrega llevaba casco de motorista y ropa unisex.

—¿Nos conduce a algo esto? —pregunta el comandante.

—Por un lado, podría apoyar la versión del atentado terrorista. Hay muchas mujeres en las filas de los terroristas. Por otro lado, quizá no signifique nada. Buscaron a una chica con ciclomotor, le dieron dinero y la enviaron a casa de Rapsanis con la tarta.

—En cualquier caso, ahora ya tienen las manos libres para investigar el asesinato de Kléarjos Rapsanis. La única condición que sigue en pie afecta a las declaraciones a los medios de comunicación. De estas nos ocuparemos nosotros en exclusiva. Usted se limitará a informar al señor Rodópulos del curso de las investigaciones.

Me reprimo para no expresarle mi gratitud y darle un beso. El ministro se despide de nosotros, y mientras se va el comandante nos convoca a su despacho.

—Tenemos que coordinarnos para no liarla con Rodópulos —dice en cuanto nos hemos sentado—. Él se quejará de que no le informamos a tiempo o

de que nuestra información es insuficiente, y no parará de ver problemas. Le conozco desde el día que puso el pie en el ministerio junto con el ministro.

—Haremos una cadena —dice el subcomandante riéndose—. El señor comisario me mantendrá informado constantemente. Lo único que le pediré es que sea más detallado en sus informes. Basándome en ellos, redactaré un comunicado de prensa diario y se lo entregaré a Rodópulos. Si él decide ampliarlo con sus propias opiniones y estimaciones, la responsabilidad será suya. Yo guardaré copias de los informes que le entregue. —Después se dirige a mí—. Si el señor Rodópulos le pide más datos, dígame que los informes son competencia exclusiva del subcomandante.

—¡Muy bien, Pródromos! Es la solución ideal —exclama el comandante entusiasmado.

Yo me limito a expresar discretamente mi agradecimiento mientras por dentro doy saltos de alegría por haberme librado de la presión del pelotón mediático.

Mientras me dirijo a Jefatura pienso que he pasado de los senderos pedregosos del subcomandante anterior a la autopista del actual. Pródromos Kapsidis no me da consejos ni intenta abrirme los ojos a las intrigas que me rodean, como hacía Guikas. Simplemente me guarda las espaldas para que pueda hacer mi trabajo sin interferencias.

Llego a mi territorio de muy buen humor. Paso primero por la cantina y, armado con mi café y mi cruasán, me dirijo al despacho de Karambetsos. Prefiero hacerle yo una visita a convocarle en mi despacho y crear una relación superior-subordinado que no corresponde.

Al verme entrar con el café y el cruasán, Karambetsos se echa a reír.

—Si supiera que íbamos a desayunar juntos, te llevaría a una cafetería en Kifisiás donde hacen unas tortillas con beicon estupendas —me dice.

—No he venido para desayunar contigo. He empezado la jornada con una reunión con el ministro y no me ha dado tiempo de desayunar —le explico.

Le describo con todos los detalles posibles el encuentro en el despacho del ministro. Karambetsos escucha con atención y al final sonrío.

—Sabes tan bien como yo que nunca se ha cometido en el mundo un atentado terrorista con pesticidas. Los terroristas atacan con armas de fuego o con bombas. Las posibilidades de que la muerte de Rapsanis se deba a un acto terrorista son nulas.

—Casi nulas —le corrijo.

—¿Por qué casi? —se extraña él.

—Por el comunicado. Eso excluye, de hecho, una serie de móviles. Queda descartado, por ejemplo, que el asesinato fuera un crimen pasional o el resultado

de desavenencias conyugales, igual que no se contempla que tuviera una motivación económica ni de conflicto de intereses. El comunicado declara un móvil muy concreto.

—Ya he leído el comunicado. No quiero contrariarte, pero no me creo que lo mataran unos universitarios para disuadir a otros colegas de que dejen la docencia para meterse en política.

—O al revés. Para atemorizarles para que vuelvan a la universidad.

—Me parece cogido por los pelos —dice Karambetsos.

—Lo está, pero aún no tenemos nada, y no podemos descartar ninguna posibilidad. Nosotros intentaremos sacar algo en claro de su círculo más cercano. Me gustaría que tú te encargaras de investigar el comunicado, así al menos sabremos qué se esconde detrás de eso. Vosotros sois especialistas en el tema. Si nos encargamos nosotros, podríamos meter la pata y causar más mal que bien.

—De acuerdo, nos encargaremos de ello.

—Bien. Estaremos en contacto para intercambiar datos.

Salgo del despacho de Karambetsos con medio café y medio cruasán. Paso por el despacho de mis ayudantes y los convoco a una reunión para trazar un plan de acción.

—¿Por dónde empezamos? —les pregunto en cuanto se sientan.

—Si quiere mi opinión, por la universidad —responde Dermitzakis.

—¿Por qué? —pregunta Dervísoglu.

—En primer lugar, porque el comunicado deja claro que el asesinato de Rapsanis está relacionado con la universidad. Resulta lógico, por lo tanto, empezar por allí. En segundo lugar, si empezamos por los políticos, no sabemos si querrán hablar con nosotros ni si nos van a decir la verdad.

—Vale, pero en la universidad, para poder avanzar, habrá que decidir a quién preguntar en primer lugar para obtener información. No podemos ir llamando a las puertas a ciegas —interviene Kula.

—Fotis, tú estudiaste derecho, ¿no es cierto? —pregunto a Dervísoglu.

—Sí, señor.

—¿Tuviste a Rapsanis de profesor?

—Solo durante un semestre, señor comisario. Después me enteré de que había pedido una excedencia de un año. No le volvimos a ver. Se metió en política y en las siguientes elecciones salió elegido diputado.

—Es decir, pidió la excedencia y participó en la campaña electoral mientras cobraba de la universidad. Buen tipo —dice Dermitzakis en tono despectivo.

—¿Quién lo sustituyó? —pregunta Kula.

—Fenekidis, un interino.

—Tal vez debamos empezar por él —pienso en voz alta.

—Hay algo más que podríamos hacer paralelamente —salta Askalidis por primera vez.

—¿El qué? —pregunto, curioso.

—Yo puedo ir a la Facultad de Derecho, sentarme en la cafetería y escuchar las conversaciones. Quizá pille algo interesante.

—¿Estás loco, Zanos? —reacciona Dermitzakis—. ¿Meterte sin refuerzos en la boca del lobo? Si los radicales se enteran de que eres madero, te darán un buen repaso.

—Soy de Patrás. Nunca he puesto el pie en la Facultad de Derecho ni en ninguna otra facultad de Atenas. Nadie me reconocerá. Además, tengo un amigo que está haciendo el doctorado en derecho de familia. Podría ir con él.

Me doy cuenta de que debo poner fin a la discusión.

—Estas cosas no se hacen, Zanos, aunque todos reconocemos tu valor y tu buena predisposición. Te llevaré conmigo cuando vayamos a la universidad, pero irás como policía.

Mando a Dervísoglu a buscar información sobre el profesor interino para que podamos localizarle. Yo me dispongo a recurrir otra vez a Klió Rapsanis para que me informe sobre el círculo de amistades que su hermano tenía en la universidad.

Acabo de descolgar el auricular cuando Kula entra en mi despacho.

—Ha venido un joven de unos veinticinco años. Quiere hablar con usted.

—¿Quién es?

—Solon Rapsanis, el hijo de Kléarjos Rapsanis.

Es un muchacho alto y delgado como un taco de billar. Lleva la cara sin afeitar. Se detiene a un paso de la puerta y se me queda mirando.

—¿Es usted Solon Rapsanis? —pregunto para sacarle del momento embarazoso.

—Sí, soy Solon Rapsanis, hijo de Kléarjos Rapsanis —me responde, y se acerca.

Le invito a sentarse con un gesto de la mano.

—¿Ha venido para el entierro de su padre?

—He venido porque me lo pidió la tía Klió, la hermana de mi padre — explica, y añade—: Me ha dicho que viniera a verle, por si quiere preguntarme sobre mi padre. Solo mantengo el contacto con mi tía. Rompí la relación con mi padre, y con mi madre también.

Calla y espera a ver mi reacción, pero yo guardo silencio. ¿Qué voy a decirle? ¿Que en mi familia no pasa un día sin que no hablemos por teléfono con mi hija y que ella y su marido cenan con nosotros un par de veces por semana?

Al ver que no reacciono, Rapsanis hijo prosigue:

—Se lo voy a contar yo antes de que usted me pregunte. Crecí en un hogar en el que la madre brillaba por su ausencia, ya que se pasaba el santo día en su estudio. Y mi padre, cuando no estaba en la universidad, se encerraba horas enteras en su despacho. —Hace una pausa y sonrío—. Perdón, esto último no era así exactamente. Se pasaba horas enteras entre su despacho y la cocina. Cuando mamá volvía a casa, empezaban los gritos y las discusiones.

—¿Por la comida? —pregunto.

—¿La tía Klió ya se lo ha contado? Ese era el único motivo de discusión, y mi madre siempre tenía razón. Si papá hubiera podido mudarse a un restaurante para poder pasarse el día comiendo, lo habría hecho. Mamá no soportaba verlo. Es muy refinada y, por suerte, en eso me parezco a ella.

—¿Cuándo se separaron sus padres?

—Cuando terminé el bachillerato. Es lo que esperaba mamá, a que terminara el bachillerato. En cuanto me gradué le dijo a papá que ya no quería vivir con él y pidió el divorcio. Dejó los trámites en manos de un abogado y enseguida nos mudamos a París. Me matriculé en la Universidad de Lyon, para estar lejos de ambos. Papá enseñaba filosofía, mamá diseñaba *prêt-à-porter* convencida de que un día sería la nueva Pierre Cardin, y yo estudié ingeniería civil para no tener siquiera relaciones profesionales con ninguno de ellos.



—Por lo que me ha contado hasta el momento entiendo que no tenía relación alguna con su padre. No obstante, quisiera preguntarle si conoció en alguna ocasión a algún amigo o colega de él, alguien a quien tuviera en gran estima.

El joven se encoge de hombros al tiempo que reflexiona.

—Cuando estaba en primero de bachillerato, papá me llevaba a veces para que conociera a sus amigos de la universidad. Un día me presentó a un profesor de derecho, un hombre mayor que mi padre con el que estaba entusiasmado. «Es una eminencia», repetía una y otra vez. «Una eminencia.»

—¿No recordará su nombre, por casualidad? —pregunto, con la esperanza de encontrar alguna pista.

Solon Rapsanis rebusca en su memoria. Al poco contesta:

—Sí, se llamaba Kardasis... Manolis Kardasis.

—Gracias, señor Rapsanis. Ha sido de gran ayuda.

El joven deduce que nuestra conversación ha terminado y se pone de pie. Antes de llegar a la puerta, sin embargo, se detiene y se vuelve.

—No habría venido siquiera para el entierro si no me lo hubiera pedido la tía Klió —dice—. Mi tía es la única persona de la familia por la que siento afecto. Todo lo demás lo detesto, incluido mi nombre. Fue idea de mi padre llamarme Solon<sup>7</sup>, porque quería que estudiara derecho. En la escuela viví un infierno por culpa de este nombre, tanto en primaria como en secundaria. Un día le pedí a una chica de mi clase si quería salir conmigo y ella me contestó: «Solon, lo siento, pero con este nombre te vas a quedar solo». Tampoco en Francia me va mejor. Todos me llaman «Solón... Solón...». A mí me suena a *saumon*, que significa «salmón» en francés, y me pone de los nervios. ¿Se imagina lo que es llamarte Solon y acabar siendo un vulgar salmón?

Abre la puerta y sale sin despedirse.

—Un momento —le llamo, y se detiene en el umbral—. Deme su número de teléfono, por si necesito hablar con usted de nuevo.

Me da dos números, uno de Grecia y otro de Francia. Luego me tiende la mano.

—Disculpe, ni siquiera me he despedido. Cuando hablo de mi familia se me nubla la mente.

En cuanto se marcha Rapsanis hijo, llamo a Kula.

—Necesito que busques información sobre un tal Manolis Kardasis, profesor de derecho. Es urgente.

Me dispongo a terminar el cruasán y el café, que ya está frío, cuando me interrumpe Askalidis.

—Ya sé que me ha dicho que no puedo ir a la Facultad de Derecho, pero se

me ha ocurrido otra cosa —anuncia.

—¿Cuál?

—Darme una vuelta por los bares que frecuentan los estudiantes, desde Kesarianí hasta Exarjia. Allí nadie me va a preguntar quién soy. Soy un cliente más. Hasta podría ir acompañado de un íntimo amigo mío. Me limitaría a escuchar lo que se dice del asesinato de Rapsanis. Quizás averigüe algo útil.

—Buena idea, adelante. Te felicito por haberlo pensado. Pero ten cuidado. No participes en las conversaciones. Escucha lo que se dice y vente a informar. El resto es cosa del equipo.

A Askalidis se le ilumina la cara y se va satisfecho. Nos mandaron a un listillo de Patrás que ha resultado ser listo de verdad, me digo. Acto seguido, me entra la depre. La policía es un servicio público como todos los demás. Nadie ve con buenos ojos a los que echan mano de iniciativas propias para destacar entre el rebaño. Askalidis corre el riesgo de quedarse estancado, como me ha pasado a mí. Así que debo protegerle. Me veo convirtiéndome en Guikas y esto no me gusta nada.

Pronto aparece Kula con información sobre Manolis Kardasis. Ha encontrado hasta su lista de obras publicadas, que no me interesa en absoluto. Me da el teléfono de su despacho, que lo ha conseguido de la secretaría. No han querido facilitarle su número de móvil.

Llamo enseguida y una voz me contesta:

—Kardasis.

—Profesor, soy el comisario Jaritos. Estamos investigando el asesinato de su colega Kléarjos Rapsanis y me gustaría verle, si es posible.

Sigue un silencio.

—¿Me está llamando a Jefatura para declarar? —pregunta fríamente.

—No. Solo quisiera hacerle algunas preguntas referentes a la vida académica del profesor Rapsanis.

—¿Puede venir usted a mi despacho?

—Por supuesto.

La avenida Alexandras está atascada, aunque la situación mejora un poco en la calle Ippokratus. Dejo el Seat en el garaje de Asklipiú y me dirijo a la Facultad de Derecho. En la secretaría me indican dónde está el despacho del profesor Kardasis.

Es un hombre bajito que ya lleva seis décadas sobre las espaldas. No le debe de faltar mucho para jubilarse. Se pone de pie y me tiende la mano.

—Le escucho. ¿Qué desea saber? —pregunta en cuanto me siento.

—Nos han informado de que le unía una estrecha amistad con Kléarjos Rapsanis, y pensamos que usted podría facilitarnos algunos datos que nos

podrían resultar útiles.

Él me mira y sonrío.

—Soy hombre de derecho y respeto la confidencialidad, señor comisario. Sé que usted no tiene la obligación de revelar sus fuentes de información. No obstante, si no forma parte del secreto de sumario, por pura curiosidad me gustaría saber quién le ha dicho que era amigo de Kléarjos Rapsanis.

—No es ningún secreto. Nos lo ha dicho su hijo.

El profesor menea la cabeza.

—Su hijo... ¿Qué ha sido de ese pobre chico?

—Según nos ha contado, estudió ingeniería civil y vive en Lyon.

—Menos mal —dice Kardasis, y repite—: Menos mal. —Enseguida muda el gesto y continúa hablando—: Pasemos al tema que nos ocupa. Yo no fui amigo de Kléarjos Rapsanis, señor comisario. Era él quien deseaba mi amistad. —Al ver mi extrañeza, prosigue—: Sin duda, sabe de la pasión de Kléarjos por la comida.

—Sí. Me lo han contado su hermana, su médico y su hijo.

—Lo que me imagino que no le han contado es que Rapsanis no era solo insaciable con la comida. Lo era con la universidad, con los distintos programas y con los presupuestos destinados a la investigación. Lo único que le interesaba era su proyección personal. Su obesidad hacía evidente su bulimia trófica. La bulimia profesional no se detecta por señales externas. Esa solo la conoce su círculo académico.

—¿Cree que fue eso lo que le condujo a la política? —pregunto.

Él se echa a reír.

—Veo que lo ha entendido. Fue únicamente eso. Mantenía estrechas relaciones con el partido, que más tarde le dio un puesto de diputado. Entraba y salía de los despachos y apoyaba a todos los candidatos que proponía la línea del partido. En las elecciones a rector votaba a favor del candidato favorecido por el Gobierno.

—Por lo que me cuenta, parece lógico que tuviera enemigos en la universidad —deduzco.

Kardasis me mira con una sonrisa condescendiente.

—Los tenía, pero si piensa que su elección como diputado y su posterior ascenso a ministro alimentaron ese odio, está equivocado.

—¿Por qué?

Kardasis continúa sonriendo.

—Porque interrumpió sus vínculos con la universidad mientras era ministro, y aquello supuso un alivio para sus colegas, que empezaron a recibir más subvenciones destinadas a la investigación gracias a que ya no tenían a

Rapsanis cerca. ¿Por qué asesinarle, si había engordado su trozo del pastel de la financiación? —Semejante argumento no se me había ocurrido. Kardasis se da cuenta de que me parece plausible y continúa—: Es más probable que se lo quitaran de en medio sus oponentes políticos. Rapsanis llegó inesperadamente a la política y privó a algunos del sillón ministerial. Por lo tanto, era lógico que lo odiaran. Si quiere mi opinión, el comunicado podría interpretarse desde este ángulo.

—¿Qué quiere decir? —le pregunto.

—El asesino o asesinos le acusan de haber traicionado la función docente. De no haberlo hecho, algún político de carrera sería ministro ahora en lugar de un don nadie como Rapsanis.

Esta interpretación parece cogida por los pelos. Al mismo tiempo, sin embargo, suena lógico que aquellos que se libraron de su presencia en la universidad no tuvieran razones para matarlo. Él solito les había cedido su espacio.

La conversación con Kardasis no me ha aportado nada nuevo, aunque el profesor me ha ofrecido un posible móvil que abre la puerta a otros escenarios, sobre todo en el terreno político, que hasta el momento no había considerado en absoluto.

Sin nada más que preguntarle, me levanto.

—Tiene mi teléfono —añade—. Si necesita algo más, puede llamarme.

Me detengo delante de la puerta.

—¿Cree que debería hablar con algún otro académico? —pregunto a Kardasis.

Él se encoge de hombros.

—Puede hacerlo, pero le recomiendo que no se haga muchas ilusiones. No se engañe, somos un gremio y en los gremios nadie habla mal de sus colegas, especialmente cuando uno de ellos ha sido víctima de una muerte violenta. Yo no sirvo como ejemplo. Me jubilo dentro de un año y esto me convierte en una excepción. —Calla y reflexiona un poco—. Claro que está Seféroglu. Es el profesor que dirigió la tesis doctoral de Kléarjos. Seféroglu también le ayudó a salir elegido. Por desgracia, hace años que se retiró. Está jubilado y no sé dónde vive. Intentaré averiguarlo y le llamaré.

Le doy las gracias de nuevo y me marcho. Por el camino intento idear una manera de acercarme al entorno político de Rapsanis. No resulta nada sencillo y se tiene que hacer con el visto bueno del ministro, o me juego el cuello. Si solicito el permiso del ministro, sin embargo, será él quien decida con quiénes he de hablar, y eso no me conviene en absoluto.

Si Sotirópulos estuviera vivo, me resultaría fácil encontrar un cabo del que

tirar: él los tenía todos en el bolsillo. Intento pensar en un periodista de confianza entre los que entran y salen de mi despacho tras cada asesinato, pero no me decido. El ministro ha puesto coto a nuestros contactos con los medios de comunicación, y si se enterara de que he estado hablando con periodistas a sus espaldas, no solo cerraré el famoso resquicio, sino que lo sellaré con cemento armado.

Seféroglu es mi única esperanza. Mañana pediré a Kula que lo busque, a ver si descubrimos dónde vive, en caso de que siga vivo. La solución intermedia es Fenekidis, el que se hizo cargo de las clases de Rapsanis cuando este saltó a la política. Aunque también Fenekidis pertenece al gremio al que aludía Kardasis.

Al abrir la puerta de casa me encuentro con Adrianí vestida, emperifollada y lista para salir.

—¿Qué pasa? —pregunto sorprendido—. ¿Quién nos ha invitado a cenar? ¿Es que han vuelto ya Maña y Uli de Alemania?

—Se nos ha adelantado —responde mi mujer con un tono de voz misterioso.

—¿Quién?

—La *troupe* de las vacaciones. Arguiró nos ha invitado a cenar para recordar los buenos momentos de nuestras aventuras.

Vale, pasamos buenos momentos juntos durante las vacaciones, no lo niego, y merecen ser recordados. Pero yo vengo de una reunión con el ministro, de un encuentro con Rapsanis hijo y de otro con el profesor de derecho. Estoy hecho papilla.

—¿No podríamos aplazarlo? No puedo con mi alma.

—¡Oh, vamos! Seguro que Arguiró se ha pasado el día en la cocina. ¿Qué va a hacer con toda la comida una mujer sola? ¿Nos la envía a casa en un táper, o la reparte entre las oenegés?

Podría quejarme porque no me ha preguntado antes de aceptar la invitación, pero sé cuánto desea mantener el contacto con las tres Gracias y pongo punto en boca.

El otro problema es que Arguiró vive en Marusi y el trayecto es largo. Subo otra vez al Seat de mala gana, esta vez con Adrianí a mi lado, y enfilo la calle Mijalakopulu hasta la avenida Reina Sofía. No encontramos dificultades hasta el inicio de la avenida Kifisiás, pero, desde allí hasta el hospital de la Cruz Roja, nos quedamos atrapados en un embotellamiento que continúa hasta dejar atrás el paso peatonal subterráneo y la salida hacia Jalandri. Por suerte, a partir de allí el tráfico se despeja y llegamos sin más problemas a la esquina con Mitropóleos. Arguiró vive en la calle Spiros Lúis.

Kaliopi y Tasía ya están allí y nos reciben con besos y abrazos.

—Vamos a la mesa, que se enfría la cena —dice Arguiró.

Como entrantes, ha preparado judías secas con achicoria silvestre, pulpo al vinagre y trucha ahumada. Antes de empezar a cenar abre una botella de vino blanco y llena nuestras copas. Después alza la suya.

—Brindo por la salud de todos, y para que nuestras vacaciones terminen siempre con amistades y recuerdos tan bonitos.

Todos alzamos nuestras copas deseando que el brindis se haga realidad. Empezamos a comer con gran apetito y yo devoro la achicoria silvestre, una de mis debilidades.

Mientras cenamos hablamos de Epiro, de la pensión donde nos alojamos y de los alemanes voladores.

Terminados los entrantes, Arguiró nos sirve el plato principal, que es mero con verduras y especias. Las dos invitadas y mi esposa sueltan exclamaciones de admiración mientras yo me alegro de que la cocina de Arguiró sea distinta de la de mi mujer. Así queda descartada la competitividad culinaria entre las dos.

Caigo con apetito sobre el mero, porque hace mucho que no como pescado. Adrianí raras veces lo cocina. Llegan a mis oídos palabras sueltas de la conversación, pero me he entregado hasta tal punto al deleite culinario que no presto la menor atención. Hasta que, en un momento dado, pillo la indirecta de Kaliopi:

—Parece que al comisario no le interesa nuestra conversación.

Nada más oír la frase, veo la mirada descalificadora de Adrianí y me doy cuenta de que debo buscar una excusa.

—La culpa es de tu cocina —digo a Arguiró—. Está todo tan sabroso que me he dejado llevar por el placer de comer.

—Es verdad —afirma Tasía—. Aunque me temo, amigo Kostas, que tienes otros asuntos cabeza.

—¿Qué asuntos? —pregunto extrañado.

—El asesinato del profesor. ¿Cómo se llamaba? ¿Kapsanis?

—Rapsanis. Es un caso complicado, ciertamente, aunque para nada pensaba en ello.

—¿No será un caso parecido al de Edipo? —pregunta Arguiró.

—¿De quién? —quiere saber Adrianí.

—Edipo. Era el rey de Tebas en la Antigüedad, el que mató a Layo, su padre. ¿No será otro caso de parricidio?

Edipo me suena de algo, Layo no me suena de nada, pero, sobre todo, detesto hablar de los casos que me atormentan cuando estoy fuera de servicio. Sin embargo, me esfuerzo por no rebasar los límites de la amabilidad.

—Eso queda descartado. El hijo de Rapsanis vive en Francia y estaba allí cuando asesinaron a su padre. No recuerdo por qué Edipo mató a su padre, pero Solon Rapsanis no tenía razón alguna para matar al suyo. Sus padres se habían divorciado y el chico no hablaba con su padre desde que terminó el bachillerato. Al margen de eso, es imposible que le mandara una tarta envenenada desde Francia.

—Si quieres mi opinión, Kostas, le mató una mujer —dice Kaliopi en

medio de la conversación.

Yo estoy disfrutando de la comida y me da absolutamente igual si a Rapsanis le mató una mujer, un hombre o una hurí del paraíso. Me contengo, no obstante, y finjo interés.

—¿Por qué lo dices?

—Porque los pesticidas son armas de mujer. ¿No habrá caído víctima de un desengaño amoroso?

—¿Estás en tus cabales, Kaliopi? —interviene Tasía—. ¿Te imaginas a ese paquidermo causando un desengaño amoroso? Además, hay otra cosa que debería tenerse en cuenta. Las mujeres suelen meter el pesticida en la tarta de San Fanurio<sup>8</sup>. ¿Le mandaron acaso una tarta de San Fanurio? —me pregunta.

—No, era una tarta normal.

—¡A ver! —estalla Adrianí—. Arguiró nos ha preparado una cena deliciosa, hemos disfrutado de cada bocado, ¿y ahora queremos de postre tarta de San Fanurio envenenada? Si tanto os gusta, venid a casa y os prepararé una. Tengo una receta buenísima, exenta de pesticidas.

—Adrianí tiene razón —dice Arguiró—. Voy a buscar el postre.

—Perdona, Kostas —se disculpa Tasía—. Pero es que siento debilidad por las historias policiacas.

—Pues venid una noche a cenar y Kostas os contará tantas como queráis. Os prepararé tila y luego me esconderé en la cocina, porque a mí no me gustan esas cosas.

Las tres estallan en carcajadas mientras Arguiró hace su aparición con una bandeja de baklavá.

—Lo he hecho yo misma —anuncia—. Espero que os guste.

—Para que no te quedes con la preocupación y puedas disfrutar del postre —le digo a Tasía—, que sepas que, de momento, no ha habido ningún avance en las investigaciones.

—Gracias, Kostas. Ahora ya puedo saborear el baklavá.

Veo que Adrianí se santigua, como hace cuando está a solas conmigo para mostrar que se ha quedado atónita con mis noticias.

El baklavá, en cualquier caso, está buenísimo y nos lanzamos todos sobre nuestros platos.

Terminada la cena, el estómago me pesa una tonelada. Espero treinta minutos para guardar las apariencias, y, después, con la excusa de que me tengo que levantar muy temprano, Adrianí y yo nos marchamos tras los abrazos y las despedidas de rigor.

—¿Qué mosca le habrá picado a Tasía con eso de que le interesan tanto los crímenes? —me pregunta mi mujer ya en el coche.



—Ella hace lo mismo que tú —le contesto.

—¿A qué te refieres?

—A que se apalanca delante del televisor para ver series policiacas. Y si tiene la suerte de que se le presenta un crimen de verdad junto con el policía que lo investiga, la curiosidad es superior a sus fuerzas. Prefiere..., ¿cómo lo llaman ahora?..., el *live*. El asesinato de Rapsanis y el comisario Jaritos investigando son como un *reality show*.

—Yo el *reality show* ya lo tengo en casa, pero no veo series policiacas. Prefiero las telenovelas románticas y las familiares. Tampoco me interesan tus casos, por muy *live* que sean, como los llamas con tanto orgullo.

Llegamos a casa y, antes de acostarme, me tomo sal de frutas porque, tal como tengo el estómago, me va a costar conciliar el sueño.

Sigo con la barriga hinchada y me pesa como una piedra, así que decido prescindir del cruasán y limitarme a un café para desayunar.

En cuanto me asomo al pasillo me topo con el tropel de reporteros que me están esperando. Me reprimo para no estallar en carcajadas de regocijo.

—Habéis venido en vano —anuncio.

—No nos diga que no tiene ninguna noticia sobre el asesinato del ministro.

—La oficina de prensa del Ministerio del Interior se hace cargo de los comunicados sobre la muerte de Kléarjos Rapsanis.

—¿Y eso? ¿Acaso el ministerio se encarga de investigar el caso? ¡Nuestro ministro tiene dotes de sabueso y nosotros sin saberlo! —replica una periodista enclenque con ironía.

—Nosotros investigamos y la oficina de prensa emite los comunicados. Estas son las órdenes del ministro.

—No puede ser, algo tendrá que decirnos también usted —interviene la bajita con las medias rosa.

—Que habléis con el señor Rodópulos, el encargado de prensa del ministerio.

Aprovecho el desconcierto general para entrar en mi despacho. Lo primero que veo es una nota avisándome de que Karambetsos ha preguntado por mí, y le llamo enseguida.

—¿Podemos hablar? —me pregunta él.

—Claro.

—Voy ahora mismo.

Aviso también a Dervísoglu, ya que estuvo en la Brigada Antiterrorista antes de la llegada de Karambetsos y podría resultarnos útil.

Karambetsos irrumpe en mi despacho comunicado en mano. Al ver a mi ayudante, le saluda con un gesto de la cabeza.

—¿Así que tú eres el que se las piró antes de asumir yo el mando? —se ríe.

—Yo mismo —responde Dervísoglu con una sonrisa.

Ahí termina la conversación a dos y Karambetsos centra su atención en mí.

—Este comunicado no lo escribió ningún terrorista —asevera categóricamente.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque carece de sesgo ideológico. No hay comunicado terrorista sin declaraciones ni moralejas ideológicas. Aunque a nosotros nos parezca ridículo,

para los terroristas fundamentar sus actos ideológicamente es una cuestión de honor.

—Y tú crees que este comunicado carece de ello.

—Eso es. Dice algo sobre la traición del sagrado cometido de un maestro, sobre el abandono de la docencia en tiempos difíciles, pero todo esto se acerca más a un predicado religioso que a un manifiesto terrorista.

—¿Tú qué crees, Fotis? —pregunto a Dervísoglu—. Aquí puedes hablar con total libertad, estás en otro departamento.

—El comisario Karambetsos tiene razón, aunque me parece que hay otra interpretación posible.

—¿Cuál es? Ilústranos y veremos —dice Karambetsos en tono un tanto despectivo.

—Los comunicados terroristas se refieren a crímenes cuyo autor no tenía diferencias económicas ni personales con la víctima. El crimen se comete para enviar un mensaje. No me malinterpreten. No pretendo decir que el asesinato de Rapsanis fue un acto terrorista. Solo digo que el comunicado, tal como está redactado, tiene como objetivo aterrorizar.

—¿Qué hacemos entonces? —Me pregunta Karambetsos. Es evidente que pasa de Dervísoglu y solicita instrucciones directamente de su superior provisional y atípico.

—Creo que todos coincidimos en un punto. Aunque no nos encontremos frente a una organización terrorista de las de siempre, los autores igualmente pretenden aterrorizar, como dice Fotis. Nadie nos garantiza que mañana no vayamos a encontrar una segunda víctima. Lo único que podemos hacer es mantener los ojos y los oídos bien abiertos, tanto vosotros en la Antiterrorista como nosotros en Homicidios.

—De acuerdo —dice Karambetsos, y se pone de pie. Echa a andar hacia la puerta pero se lo piensa mejor.

—¿Hacemos un trueque? —me pregunta.

—¿Qué tipo de trueque?

—Tú me das a este de aquí y yo te doy a uno de los míos.

Sale del despacho sin esperar respuesta. La cara de Dervísoglu tiene una sonrisa de oreja a oreja.

—Te felicito —le digo—. Muy buen razonamiento.

Me da las gracias y se va. Parece que el baklavá de anoche no fue el único dulce capaz de alegrarme, pues saber que me han tocado en suerte dos ayudantes eficientes también es un verdadero placer.

De repente, con la miel todavía en los labios, se me pasa una idea por la cabeza. «Esto te sucede, Jaritos, porque en vez de limitarte a hacer tu trabajo

pierdes el tiempo en reuniones con ministros y sus secuaces», me digo.

Enseguida llamo por teléfono a Dimitríu.

—¿Tomasteis fotografías de la tarta que envenenó a Rapsanis? —le pregunto.

—Por supuesto. Tal como la encontramos dentro de la nevera y luego otra vez en el laboratorio.

—¿Puedes enviarme una copia digital de la más nítida?

—Enseguida se la envío.

Cuelgo el teléfono y voy directo al despacho de mis ayudantes.

—Dimitríu nos va a enviar una foto de la tarta que envenenó a Rapsanis. En cuanto llegue, quiero que recorráis todas las pastelerías, por si averiguamos en cuál de ellas compró la tarta el asesino. Iréis los tres hombres. Kula se queda, por si la necesito.

Vuelvo a mi despacho, me siento en la silla y respiro profundamente. Menos mal que he actuado a tiempo, de lo contrario se nos abriría tal agujero en la investigación que no habría manera de taparlo. Aun así, me cuesta perdonarme a mí mismo por mi torpeza.

Afortunadamente, Kula interrumpe mi autocrítica, como diría Zisis.

—Ha venido un profesor que quiere hablar con usted.

—¿Ha dicho cómo se llama?

—Sí, Fenekidis o algo parecido.

Recuerdo de inmediato que es quien sustituyó a Rapsanis cuando dejó la universidad para dedicarse a la política.

—Dile que pase.

Fenekidis es mucho más joven que Rapsanis y que Kardasis. Debe de rondar los cuarenta y cinco, es alto y no luce perilla, sino que va bien afeitado, algo que desentona bastante hoy en día. Lleva traje sin corbata. En esto, al menos, va acorde con la moda.

—Buenos días, señor comisario. Soy Marios Fenekidis —se presenta.

—El señor Kardasis me dijo que fue usted el profesor que se hizo cargo de las clases de Kléarjos Rapsanis —le digo.

—Ya lo sé. El profesor ha tenido la amabilidad de ponerme al día. He pensado que tarde o temprano usted querría hablar conmigo, y he preferido presentarme voluntariamente.

—¿Por qué? ¿Cree que tiene algo urgente o significativo que comunicarme? El hombre no responde enseguida, no está seguro de cómo empezar.

—Al profesor Kardasis le falta poco para jubilarse, señor comisario. Yo, por el contrario, tengo años de docencia por delante. No causaría buena impresión si me vieran hablar con la policía dentro del recinto universitario, ni

siquiera en los alrededores. No me refiero a mis colegas, sino a ciertos grupos de estudiantes. Por eso he preferido venir a verle, para que parezca que me ha llamado usted.

No hace falta ser un genio para entender a qué grupos de estudiantes se refiere.

—Tiene razón, quería hablar con usted y me alegro de que haya venido —le contesto—. Las opiniones que hemos recabado sobre Kléarjos Rapsanis, tanto de su familia como de sus allegados, son muy contradictorias. Usted estaba en contacto con él a diario. Me gustaría conocer su opinión.

—Él mismo era un nido de contradicciones, porque todo se le hacía pequeño —me dice Fenekidis.

—¿Por su obesidad? —pregunto, puesto que lo primero que mencionaron sus familiares y amigos fue su bulimia.

—Por su ambición, señor comisario —responde Fenekidis, confirmando así las palabras de Kardasis—. No había lugar lo bastante grande para contener la ambición de Kléarjos Rapsanis. A los demás profesores nos basta con la investigación y la enseñanza, pero para Kléarjos no eran suficientes. La universidad se le quedaba demasiado pequeña para sus ambiciones. —Reflexiona un momento y suspira—. Es una lástima, porque era un académico excelente en su materia. Sus clases estaban siempre llenas. A él, sin embargo, no le interesaba la función docente, sino su proyección personal. Cedía los programas de investigación a su equipo. A mí también, para serle sincero. Él dedicaba su tiempo y sus conocimientos a Facebook, a Twitter y a los artículos que escribía para la prensa, porque estaba convencido de que esa era la mejor manera de promocionarse.

—¿Cree que eso le creó enemistades y antipatías en su ámbito profesional?

—Sí, aunque él no era el único. Son muchos los que desean la seguridad que ofrece un puesto en la universidad, pero que luego se dedican a otras ocupaciones para alcanzar la fama. La más común de todas es la política, y a eso precisamente se dedicó Kléarjos.

—¿Sabe si solía tener desacuerdos o desavenencias con sus colegas?

—No, era un hombre discreto. Solo una vez... —Hace una pausa para ordenar sus pensamientos—. Lo recuerdo porque me impresionó. Fue justo después de ser elegido diputado. Entré en su despacho mientras él hablaba por teléfono en un tono que le era del todo ajeno. «¡Déjame en paz, tía, joder! ¿Te crees con derecho a darme consejos porque una vez cruzamos dos palabras?», oí que le decía a alguien, y después le colgó. Me acuerdo porque me sorprendió su actitud. Nunca le había oído hablar así.

—¿Recuerda si mencionó el nombre de su interlocutora?

—No. En cuanto colgó el teléfono empezó a hablar del tema que nos concernía sin dar ninguna explicación.

Puede ser un dato importante y puede que no. Vete a saber después de tantos años.

—¿Le habló alguna vez de personalidades políticas que fueran, o no, de su agrado?

Fenekidis reflexiona.

—A quien mencionaba a menudo y con mucha simpatía era a Yannis Anagnostidis, asesor del primer ministro. Y el que le caía sumamente mal era Dionisis Sjinás, diputado de la oposición.

—¿Cree que su asesino podría pertenecer al entorno universitario? —pregunto con mucho tacto.

—Descarto por completo que haya sido otro profesor —contesta Fenekidis categóricamente—. Que haya sido algún estudiante frustrado, que le odiaba por alguna razón..., me parece exagerado, pero no puedo descartarlo. —Hace una pausa y me mira—: Si quiere mi opinión, él se lo buscó, señor comisario.

—¿A qué se refiere?

—A que se quitaba de en medio sin contemplaciones a cualquiera que se interpusiera en el camino de sus ambiciones. Hasta que alguien no aguantó más y lo mató. El veneno es típico de los crímenes pasionales, usted lo sabe mejor que yo. En cuanto al comunicado, creo que es una cortina de humo para desviar la investigación policial.

Tal vez tenga razón. Las explicaciones sencillas a menudo son las más convincentes. No tengo nada más que preguntar y le agradezco la visita.

En cuanto se marcha, telefono a Velidis y le pido que investigue las cuentas de Facebook y de Twitter de Rapsanis.

—Sobre todo, me interesan las personas con las que se comunicaba —le explico—. Si encuentra alguna discusión o desavenencia con alguien en concreto, quiero que me informe de inmediato.

—Me has alegrado el día, Kostas —dice Velidis, y me cuelga el teléfono.

Pregunto a Kula si ha localizado la dirección o el teléfono de Seféroglu.

—Hay un artículo sobre él en Wikipedia, pero no constan ni sus datos personales ni de contacto.

—Sigue buscando y mira si tiene cuenta en Facebook o en Twitter —le digo.

—Ya lo he mirado, pero nada —responde ella.

Lo lógico sería interrogar a los dos políticos cuyos nombres me ha facilitado Fenekidis, pero no me atrevo a proceder sin el visto bueno previo del ministro. Estoy a punto de llamar al subcomandante cuando entra Dervísoglu en

mi despacho.

—Askalidis y Dermitzakis siguen buscando, pero yo he encontrado a un pastelero al que preferiría que interrogara usted mismo.

—¿Dónde está? —pregunto.

—Le he llevado a la sala de interrogatorios.

—Vamos para allá.

Sentado en una silla hay un cincuentón que viste un mono blanco con una taza de café delante.

—Yorgos, dile al comisario lo que me dijiste a mí en la pastelería.

El pastelero me mira y me dice con tono terminante:

—Esta tarta no es de pastelería, es casera.

Me deja atónito, y doy las gracias por haber tenido, aunque tarde, la idea de mandar a mis ayudantes a recorrer las pastelerías de la ciudad.

—¿Cómo lo sabe? —le pregunto.

El pastelero se vuelve hacia Dervísoglu.

—Saca la foto.

Askalidis saca la foto de su bolsillo y la deja encima de la mesa, delante de él.

El pastelero la gira para que yo pueda verla mejor.

—Comisario, mire la cobertura de nata, es totalmente desigual. Y mire las fresas, los espacios entre ellas no son uniformes. Y la base es de supermercado. Vaya a cualquier pastelería y verá que las tartas de ingredientes similares tienen todas el mismo aspecto. Esta es casera.

Le doy las gracias y le pido a Askalidis que le tome los datos.

Vuelvo a mi despacho inmerso en múltiples pensamientos. Alguien preparó la tarta en su casa, la cargó de pesticida y la mandó como obsequio a Rapsanis. ¿Sería la mujer de la llamada telefónica de la que me ha hablado Fenekidis? Es posible, pero a ver quién es el guapo que encuentra cabos sueltos después de tanto tiempo. Ahora el caso se complica todavía más, porque el que preparó la tarta seguro que compró los ingredientes en tiendas distintas, para borrar sus huellas.

Llamo por teléfono al subcomandante para ponerle al corriente de los acontecimientos. Como de costumbre, él escucha sin interrumpirme.

—Todo esto es muy desagradable —concluye.

—Lo sé. Cabe la posibilidad de que la tarta la preparara la misma joven que después la entregó en casa de Rapsanis. Con el casco de motorista y la ropa unisex, sabía que nos resultaría imposible identificarla. Estamos buscando a ciegas y esto dificulta la investigación. En todo caso, me gustaría hablar con algunos políticos.

—Dame sus nombres.

Le doy el del asesor del primer ministro y el del diputado de la oposición, y el subcomandante me asegura que me contestará cuanto antes. En otras épocas, en los tiempos de Guikas, habría ido a interrogarles sin pedir el permiso de nadie. Pero tal como están las cosas, cumplo escrupulosamente con todas las formalidades. Como tengo miedo de cerrar el resquicio de la puerta, he metido el escarabajo en un tarro de vidrio. Aunque también podría ser porque aún recuerdo el calvario que pasé con el subcomandante anterior y prefiero cubrirme las espaldas.



Dermitzakis y Askalidis me informan de que ninguna pastelería ha reconocido la tarta como propia, y de que todas aseguran, aunque sea de forma indirecta, que debió de ser de confección casera.

—Si no me necesita, voy a darme un paseo por las cafeterías —me dice Askalidis.

Dermitzakis se lo queda mirando con acritud.

—¿Desde cuándo salimos a tomar café en horario de servicio? —exige saber.

—Pregúntale al señor comisario —contesta Askalidis.

Le doy luz verde e informo a Dermitzakis de la conversación que había tenido con su compañero de trabajo sobre los bares que frecuentan los estudiantes.

Dermitzakis me escucha con cara de disgusto.

—¿Y no debería saberlo yo? —pregunta al final.

—Deberías estar al tanto, tienes razón. Se me ha olvidado informarte por culpa de las dichas reuniones. La culpa es mía.

Se va de mi despacho contento de haber visto reconocidas sus razones. Me contengo para no recordarle que, en nuestra primera conversación, me había dicho que Askalidis no le parecía ningún genio, cosa que había quedado desmentida.

En cuanto termino con Dermitzakis, le toca el turno a Velidis.

—Casi todo lo que hemos encontrado en Facebook son conversaciones, consejos y respuestas a las preguntas de sus alumnos —me informa él—. En Twitter, sin embargo, hemos encontrado un constante cruce de mensajes con un tal Sjinás. Según parece, Rapsanis tenía graves desacuerdos políticos con él. Si quieres, ven a echar un vistazo y me indicas lo que te pueda resultar útil, porque hay mucho material.

Cuando acudo a su despacho, me lo encuentro sentado ante su ordenador.

—Aquí está todo —me dice, y me cede su asiento.

El choque entre Rapsanis y Sjinás podría calificarse de frontal. Me remonto al inicio de la discusión y descubro que lo que había empezado como una conversación muy amable acabó siendo casi un intercambio de insultos. En uno de los tuits, Sjinás le decía a Rapsanis: «Has entrado en política. Has cumplido la ilusión de tu vida. Pero pronto dejarán de llamarte Rapsanis para llamarte Engañanis. Porque vosotros solo sabéis engañar a la gente».

Y Rapsanis le contestó: «¿Y qué has estado haciendo tú en el Parlamento todos esos años, Sjinás? Empezaste como un diputado mediocre y sigues siendo un diputado mediocre. Votas siempre a quien te mandan y aplaudes las intervenciones de tu líder. Esto es el Parlamento para ti: una función teatral, donde al final el espectador aplaude al actor protagonista».

En otro intercambio de tuits, anterior a este y, tal vez por eso, más amable, Sjinás decía: «Si dabas las clases en la universidad con la misma mentalidad con la que actúas en política, lo siento por tus alumnos».

De momento, los tuits que he leído hasta ahora me bastan.

—Envíaselos a Kula para que los imprima —digo a Velidis—. Envíaselos también al subcomandante, aunque solo desde el momento en que empiezan a ser agresivos. Leer el resto sería una pérdida de tiempo.

—Ha llamado Stela —anuncia Kula en cuanto entro en mi despacho—. Guikas quiere verle.

Ahora que se ha jubilado, ya no le llaman «señor director», ni siquiera «señor Guikas». Ahora es «Guikas» a secas.

Subo a la quinta planta y me encuentro a Stela con lágrimas en los ojos.

—Quiere despedirse de usted —me dice, y se muerde el labio para no estallar en sollozos.

Guikas está de pie junto a la mesa de reuniones. Su despacho parece un piso vacío en espera de que pase la mujer de la limpieza antes de la llegada del nuevo inquilino. Encima de la mesa hay una bandeja con una botella de Coca-Cola y dos de zumo, uno de naranja y otro de limón. A su lado, tres cajas de pastelería con pastas dulces y saladas y trufas de chocolate, respectivamente.

—Ya me he despedido de los demás —dice mientras se me acerca—. Te he dejado en último lugar, porque mi relación contigo es distinta.

De repente, me abraza y me estrecha contra sí.

—Te echaré de menos, Kostas. Te echaré mucho de menos —murmura emocionado.

—Yo también le echaré de menos —mascullo, tratando de contener las lágrimas.

Nos soltamos y nos sentamos en las sillas.

—Tómame algo a modo de despedida —me invita.

No me gustan la Coca-Cola ni los zumos, pero me sirvo un poco de zumo de naranja. Guikas alza su vaso y brindamos.

—Venga, a nuestra salud —dice—. La vida continúa para los dos. —Hace una pausa antes de proseguir—: El comandante quería organizar una fiesta de despedida, pero me negué. Lo último que quiero es verlos desfilar a todos delante de mí para expresar lo mucho que me echarán de menos. Sé muy bien

que todos están contentos de deshacerse de mí. Y yo tampoco quiero tener que decir lo bien que lo he pasado con ellos, cuando algunos no hacían más que sacarme de mis casillas. No me hace falta una fiesta hipócrita de despedida. Prefiero despedirme de ti y de algunos colegas más con los que he compartido experiencias, y retirarme sin hacer ruido.

Tras tantos años de relación entre superior y subordinado, de pronto descubro al ser humano que se llama Guikas. ¿Dónde se había metido todo este tiempo? O, para ser más exacto, ¿dónde estaba escondido?

—Seguiremos en contacto, ¿de acuerdo? —me pregunta.

—Por supuesto. Quedaremos para tomar un café y ponernos al día. Siempre que no haya salido a pescar —concluyo en tono de broma para relajar un poco el ambiente.

—Quiero pedirte algo más.

—Dígame.

—¿Puedes encontrar una solución para Stela? Está deprimida porque no sabe adónde van a trasladarla. Esta mañana ha ido a encender una vela a la Virgen para que no le toque un mal destino.

—Me ocuparé del tema —le contesto, y nos ponemos de pie.

Nos damos otro abrazo y me voy. Fuera me encuentro a Stela hundida en la desesperación.

—No te pongas así. Encontraremos una solución —le digo, y ella me mira sin decir nada.

En cuanto entro en mi despacho llamo por teléfono al subcomandante.

—Ya tengo los tuits entre Rapsanis y ese diputado, pero no pienso dárselos al ministro —me dice—. Si los lee, podría asustarse y no autorizar las conversaciones.

—Yo solo se los he enviado para que los lea usted y se haga una idea de la situación. No tiene por qué leerlos el ministro. ¿Puedo pedirle un favor? —pregunto tras una breve pausa.

—Depende de lo que quiera pedirme —se ríe el subcomandante.

—Le ruego que no traslade todavía a la secretaria del señor Guikas. Que se quede en Jefatura, como una especie de coordinadora entre Homicidios y los demás departamentos. Si se hace cargo uno de los míos, perderé al menos medio colaborador, y, en estos momentos, estamos faltos de personal, como usted ya sabe.

—Ningún problema. Que siga en su puesto provisionalmente y ya revisaremos el caso cuando se aclaren las cosas.

Se inicia un compás de espera, porque debo aguardar, por un lado, el resultado de la conversación del subcomandante con el ministro, y, por el otro,

los frutos de las pesquisas de Askalidis en los bares, a ver si ha pescado algo.

La inacción me pone de los nervios, así que llamo a Stela por teléfono y le pido que pase por mi despacho. La joven se sienta frente a mí en silencio, convencida de que está a punto de recibir su sentencia condenatoria, es decir, el anuncio de su traslado a un destino desconocido.

—No pongas esa cara de funeral —le digo—. De momento, seguirás en Jefatura y te encargarás de coordinar las reuniones entre los diferentes departamentos de la Dirección de Seguridad. Yo no soy el nuevo Guikas en el lugar del viejo Guikas, y tú no serás mi secretaria. Cumplirás las funciones de coordinadora. Las reuniones tendrán lugar, como siempre, en el despacho de Guikas, que al no estar ocupado nos va a ir la mar de bien. En mi ausencia, te comunicarás con Kula. Ahora bien, si mañana deciden reorganizar la Dirección de Seguridad, esto no solo te afectará a ti, sino también a mí y a todos los demás. De momento, sin embargo, esto no está previsto.

Su cara se ilumina y su cuerpo se endereza en la silla, como si le hubieran quitado un peso de encima.

—No sé cómo agradecersele, señor comisario —dice con alivio—. De veras que no lo sé.

—No me lo agradezcas a mí, sino al subcomandante. La decisión ha sido suya. —Ya tengo a una Kula agradecida en el departamento, no necesito a otra—. Vuelve a tu despacho y tranquilízate —concluyo.

Parece que la inacción sabe que no me cae bien, porque, nada más salir Stela de mi despacho, aparece Askalidis por vía telefónica.

—Señor comisario, he tenido suerte y he encontrado a un viejo alumno de Rapsanis que está haciendo su doctorado en Alemania. Acepta hablar con usted de Rapsanis, pero no quiere ir a Jefatura.

—Ningún problema. Llévale a la cafetería que hay al final de la avenida Alexandras.

—Bien. Estaremos allí en diez minutos.

Informo a Kula y a Stela de que, si llama el subcomandante, le digan que he salido por motivos de trabajo. Llego a la cafetería antes que Askalidis y pido un café.

Al poco aparece Askalidis acompañado de un joven con perilla.

—Le presento a Fedon Neófitos, señor comisario. Fedon fue alumno de Kléarjos Rapsanis y ahora está haciendo su doctorado en Alemania.

—Te agradezco que hayas aceptado colaborar —le digo a Neófitos.

El joven se encoge de hombros.

—Lo considero mi deber moral. Se lo debo a él —responde, y añade—: Aunque, a partir de cierto momento, ya no se lo merecía.

—¿Por qué no? ¿Qué te hace pensar que ya no se lo merecía?

—La decepción —contesta él sin vacilar—. Rapsanis era un gran profesor. Durante todos los años que fui alumno suyo, y después, cuando hice mi trabajo fin de máster bajo su supervisión, jamás tuve motivos de queja. Después del máster decidí hacer el doctorado, también bajo la dirección de Rapsanis. Pero, de pronto, pasado un trimestre, todo cambió.

—¿Por qué? —pregunta Askalidis.

—Porque se le contagió el virus de la política. Lo abandonó todo, le pasó sus clases a Fenekidis, que era su ayudante, y empezó a frecuentar la sede del partido, a asistir a las concentraciones y a escribir artículos. Cada vez que tenía dificultades con el doctorado, yo le buscaba, y cuando por fin lograba localizarlo, él trataba de escabullirse. Aquello me decepcionó mucho, lo dejé todo y me fui a Maguncia.

—¿A qué crees que se debió aquel cambio tan repentino? —pregunto a Neófitos.

—He dicho que fue repentino, pero no es cierto —se corrige el joven—. Todo empezó con un viejo alumno que también había hecho el doctorado con Rapsanis. Cuando terminó, se apoltronó en un puesto del partido. Si me pregunta de qué le servía el doctorado para ese puesto, le responderé que no lo sé. Rapsanis mantenía relaciones de amistad con él, y fue ese alumno quien le convenció de que se metiera en política. El exalumno es ahora asesor del primer ministro. Quizá supiera cuál iba a ser su destino y por eso necesitaba el doctorado —me cuenta Neófitos, y se echa a reír.

De modo que ese es el asesor del primer ministro a quien quiero entrevistar. Ahora que conozco su relación con Kléarjos Rapsanis, me da absolutamente igual que me autoricen la entrevista o no. Ya sé que lo único que voy a oír son elogios y más elogios de Rapsanis.

—Le diré dos cosas más, señor comisario, para que sepa cuál es mi posición. La primera: no tengo ningún inconveniente en que alguien abandone la vida académica para hacer carrera política. Basta con que se dé de baja de la universidad y se dedique a la política, puesto que esta actividad le atrae más. Por desgracia, Rapsanis y otros muchos que entran en política conservan su puesto en la universidad, por si acaso, y terminada su carrera política, vuelven a la docencia. La segunda cosa es que en Maguncia descubrí qué significa estar en una universidad de verdad. El profesor que me supervisa se encuentra disponible las veinticuatro horas del día. Le daré un ejemplo. En un momento dado me encallé en el trabajo. Quería comentar el problema con mi profesor, pero me daba corte molestarle, porque aquí no se tiene costumbre de hacer algo así. Cuando en una de nuestras reuniones programadas le conté el problema, me

echó una bronca. «¿Por qué no viniste a verme o me llamaste por teléfono en cuanto topaste con esta dificultad?», exigió saber. «No quería molestarle, y esperé hasta el día de nuestra reunión», le contesté. «Estoy aquí para ayudarte con tus problemas en el momento mismo en que desees comentarlos conmigo.» Me lo dijo en un tono que no admitía objeciones.

—¿Coincidiste en la facultad con un tal Seféroglu?

—¿Yannis Seféroglu? Era una leyenda en la facultad. El profesor que siempre estuvo del lado de sus alumnos. Imagínese: cuando la universidad tuvo problemas de financiación y no podía convocar nuevas plazas de docentes, Seféroglu, que ya estaba retirado, iba a dar clases como profesor emérito, para que los alumnos pudieran seguir estudiando.

—¿Dónde está ahora? —pregunto, con la esperanza de aclarar el tema.

—Tiene cáncer. Tuvo que someterse a terapias y se vio obligado a abandonar las clases. No sé dónde está.

Esto explica por qué no hemos podido localizarlo. El sonido de mi móvil interrumpe en ese momento nuestra conversación.

—Dionisis Sjinás podrá recibirle en su despacho dentro de media hora —suenan la voz del subcomandante—. Luego estará ocupado y mañana hay sesión en el Parlamento.

—¿Dónde está su despacho?

—En el número treinta y dos de la calle Ypsilandu, planta baja.

—Voy ahora mismo.

Me levanto y tiendo la mano a Neófitos.

—Perdona, pero el deber me llama. Te agradezco la información que nos has facilitado.

Vuelvo a paso ligero a Jefatura para coger el Seat.

Camino de Ypsilandu, intento poner en orden mis pensamientos al tiempo que repaso toda la información que hemos podido recabar hasta el momento.

La vida familiar de Rapsanis se había deshecho mucho antes de su divorcio. En eso coinciden las opiniones de su hermana y también de su hijo. Tanto en mi carrera profesional como en mi vida personal, pocas veces me había topado con un hijo que detestara tanto a sus progenitores como Solon Rapsanis a los suyos.

No obstante, no parece que el asesinato de Rapsanis guarde relación con sus desavenencias familiares. Tanto la exmujer como el hijo viven en Francia desde hace tiempo. Me resulta altamente improbable que vinieran a Grecia cinco años después, como mínimo, de la ruptura de la familia para asesinar al padre o al exmarido. Podemos registrar las listas de pasajeros de las líneas aéreas, aunque estoy convencido de que no encontraremos nada de interés. Además, la distancia enfría las pasiones. Como me dijo el hijo de Rapsanis, él y su madre habían empezado una nueva vida. Si la mujer hubiera tenido la intención de matar a su ex, lo habría hecho tiempo atrás.

Quedan los círculos universitarios. También aquí coinciden dos opiniones distintas, la de Fenekidis y la de Neófitos. Ambos ratifican que Rapsanis era muy bueno en su labor docente. También coinciden en su decepción porque abandonó su carrera universitaria y a sus alumnos para dedicarse a la política. Y aunque la decepción es un sentimiento muy afín a las ideas de traición y de venganza, aquí también existen sólidos argumentos en contra. Neófitos lo dejó todo y se fue a Maguncia. Él mismo afirma que está muy satisfecho con el cambio, así pues, ¿por qué razón querría asesinar a Rapsanis? Fenekidis, por su parte, por mucho que se declare decepcionado, se benefició de la ausencia de Rapsanis, y gracias a ella inició su ascenso en el escalafón universitario. Por lo tanto, él tampoco tenía motivos para asesinarlo.

También existe una versión contraria, la de Manolis Kardasis, que no parecía tener en gran estima la labor docente de Rapsanis. En sus declaraciones puso más énfasis en las maquinaciones de su colega y en las antipatías que se había ganado dentro de la Facultad de Derecho. Este podría ser el móvil de su asesinato, aunque a Kardasis le parezca poco probable. Al mismo tiempo, sin embargo, me cuesta mucho imaginar a un colega de Rapsanis preparando una tarta envenenada para matarlo.

Inmerso en estas reflexiones llego sin darme cuenta a la calle Ypsilandu. Llamo al timbre del número 32, junto al que reza: DIONISIS SJINÁS -

DIPUTADO. Abre la puerta una cincuentona enfundada en un modelito de color naranja. Me presento y, sin más dilación, me conduce al despacho de Sjinás.

Dionisis Sjinás parece tener la misma edad que Rapsanis, pero, aparte de eso, los dos hombres no tienen nada en común. En contraste con el enorme volumen corporal de Rapsanis, Sjinás es, desde este punto de vista, lo que llamaríamos «un canijo». Es bajito, menudo y va vestido con traje y corbata de marca, como si quisiera compensar su aspecto insignificante con el precio de su ropa.

Se pone de pie y me tiende la mano al tiempo que me invita a sentarme en un sillón de respaldo bajo frente a su escritorio.

—El ministro me ha pedido que le reciba y hable con usted, señor comisario —empieza a explicarme—. Sinceramente, no sé cómo puedo contribuir al esclarecimiento del asesinato de Kléarjos Rapsanis, aunque no he querido oponerme al deseo del ministro. Tal vez porque me gustaría contrarrestar la agresividad de mis intervenciones dentro del Parlamento con una buena disposición a colaborar fuera del hemiciclo.

—Quería hablar con usted porque dispongo de información según la cual usted conocía a Kléarjos Rapsanis.

El diputado me interrumpe antes de que pueda continuar.

—Cuando dice que nos conocíamos, ¿sabe a cuándo se remonta mi relación con Kléarjos?

Me pilla desprevenido y me veo obligado a reconocer que no lo sé.

—A nuestros años de estudiantes —aclara él—. Entramos en la universidad el mismo año y en la misma facultad. Una vez terminada la carrera, él siguió estudiando, porque quería dedicarse a la docencia, y yo entré a trabajar en un bufete de abogados, porque deseaba dedicarme a la abogacía. Por el camino, fui asesor legal de un sindicato obrero y desde allí pasé a la política. —Hace una pausa para pensar en cómo proseguir—. Debo decirle que mi relación con Kléarjos nunca fue..., ¿cómo lo diría?... cordial. Más bien todo lo contrario. Estábamos constantemente enfrentados. Kléarjos siempre tenía las de ganar, porque era un estudiante ejemplar. Yo, en cambio, era muy mediocre. Él no perdía ocasión para despreciarme y eso me exasperaba. Por otro lado, se dedicaba a adular a los profesores, a hacerles la pelota, y procuraba sacar las máximas ventajas a cambio.

—¿Su relación continuó después de terminar los estudios?

—No. Se reanudó cuando él decidió entrar en política, y entonces descubrí que nada había cambiado desde la época estudiantil.

—¿Qué quiere decir?

—Discutíamos como antes. Aunque ahora era yo quien tenía las de ganar,



porque tenía experiencia en política mientras que él era un novato.

Decido poner mis cartas sobre la mesa.

—Voy a serle sincero. Hemos leído sus discusiones con Rapsanis en Twitter. En realidad, esta es la razón de mi visita.

Sjinás no parece enfadado. Para mi sorpresa, se echa a reír.

—¿Ha visto cómo nos insultábamos? —pregunta, y se pone serio de repente—. ¿Sabe qué me sacaba realmente de quicio? En la universidad siempre se salía con la suya. Se burlaba de mí, me trataba como si fuera un inútil. Y no solo a mí. Había conseguido hacer una carrera brillante, según me informaban viejos compañeros de clase. Para mí, por el contrario, la política significaba mi única salida de la mediocridad. Y, de repente, Rapsanis invadió mi terreno. Enseguida pensé que tendría que soportar sus ofensas en mi propio terreno. La idea me resultaba insoportable.

—Me han dicho que fue un viejo alumno suyo el que le convenció de que se dedicara a la política. ¿Lo conoce, por casualidad? —pregunto con mucho tacto.

—¿Se refiere a Anagnostidis? —Se echa a reír de nuevo—. ¡Vamos, comisario! ¿Cree que Anagnostidis le convenció por haber llegado a ser asesor del primer ministro? No, la razón fue otra.

—¿Cuál? —De pronto, soy todo oídos.

—El amor, señor comisario. Se enamoró de una mujer en Facebook.

Tardo un momento en reponerme de la sorpresa.

—¿Sabe de quién se trata? —le pregunto.

—Por desgracia, desconozco quién se esconde tras el personaje virtual. Ambos utilizaban seudónimos. Rapsanis se hacía llamar Stan no sé qué. ¿Le suena de algo ese nombre?

—Supongo que es el flaco de las películas, ya que en la universidad le habían colgado el mote de Oliver por culpa de su obesidad. —Por dentro doy las gracias a Katerina por haberme abierto los ojos.

—Exactamente. Y su compañera aparecía como Lisístrata no sé cuántos. Imagínese, un hombre triunfador, conocido en los círculos académicos dentro y fuera de Grecia, pero completamente solo en la vida. Ya sabrá que su mujer y su hijo lo abandonaron. De pronto, conoce en Facebook a una mujer que lo admira, lo endiosa y declara estar enamorada de él. Eso bastaba para que cayera en la trampa, sobre todo, tratándose de alguien con la ambición desmesurada de Rapsanis.

No me lo trago.

—¿Usted cree que decidió entrar en política porque una mujer le declaró su amor en Facebook?

Sjinás ríe otra vez.

—¿Está en Facebook, señor comisario?

—No.

—Entonces, por desgracia, no puede comprender el amor en los tiempos del sexo virtual. Lisístrata le presionaba continuamente. Le decía que la política era su espacio natural, que solo hombres como Rapsanis eran capaces de elevar el nivel de la política griega y de limpiarlo de gente como yo, los mediocres. Por eso no me creo que le convenciera Anagnostidis. Si Rapsanis se puso en contacto con él, pienso que lo hizo después de que le hubiera convencido Lisístrata. Rapsanis necesitaba que Anagnostidis le abriera la puerta de entrada en la política.

Si la teoría de Sjinás fuera cierta, se explicarían el pesticida y la tarta de confección casera.

Me pongo de pie, porque no me queda nada por preguntarle.

—Muchas gracias, señor Sjinás. Realmente ha sido de gran ayuda —le digo.

—No sé si el ministro se alegrará de saber lo que le he contado —responde él con una sonrisa.

No le contesto, porque yo tampoco sé si se alegrará. Ni siquiera sé si se enterará, todavía no he tomado ninguna decisión al respecto.

Vuelvo a Jefatura y recupero el aliento en el despacho de Velidis.

—Tengo una misión urgente para ti —le digo, y le doy los seudónimos de Rapsanis y de su amante virtual—. Quiero que localices su correspondencia online, pero lo difícil no es esto. Es mucho más importante averiguar qué persona real se esconde tras el personaje virtual. —Y le entrego el papelito con las falsas señas de Lisístrata—. No pierdas tiempo con Stan, ya sé quién es.

—Esta no es una misión, es toda una adjudicación de obra —dice Velidis riéndose—. Veré lo que puedo hacer, aunque podría llevar su tiempo.

—Da igual, lo importante es que lo consigas.

Me dispongo a bajar a mi despacho, pero cambio de opinión en el ascensor. Ya basta de fatigas para hoy. Es hora de volver a casa.

En casa hay reunión de familiares y amigos. Además de Katerina y mi yerno Fanis, han venido Maña y Uli, recién llegados de Alemania, así como Zisis.

—¡Vaya sorpresa tan agradable! —exclamo encantado—. ¡Por fin, hace tiempo que no nos vemos!

—Perdona, pero los que habían desaparecido eran Maña y Uli. Fanis, yo y el tío Lambros siempre hemos estado aquí —me corrige Katerina.

—¿Qué tal en Alemania? —pregunta Adrianí a Maña.

—No sé qué decirle, Adrianí. Es la primera vez que voy de vacaciones a las montañas a hacer excursiones todo el día. —Se vuelve hacia Uli—: ¿Cómo se dice en alemán?

—*Wandern* —le responde Uli.

—Eso es. *Vándern* —confirma Maña.

—¿Qué significa? —Se extraña mi mujer.

—Que echas a andar por los montes, las laderas y los valles. Pero no como hacemos nosotros aquí, caminar una horita y basta. Nos alojábamos en un hotel, salíamos a caminar por la mañana y no volvíamos hasta la noche, hechos polvo, claro está. Es decir, yo volvía hecha polvo, Uli estaba en la gloria —explica Maña.

—¿También volabais, Uli? —pregunto.

El chico me mira estupefacto.

—¿Que si volábamos?

Adrianí se encarga de contarle nuestro encuentro con los alemanes que bajaban volando del monte Astraka. Uli la escucha y estalla en carcajadas.

—Me habría encantado estar con vosotros —afirma.

—¿Por qué? ¿Te habría gustado volar?

—No, me habría gustado ver vuestras caras cuando los alemanes bajaban batiendo las alas.

—Te aseguro que nos quedamos de piedra. Aunque, al final, resultaron ser muy simpáticos —concluye Adrianí.

—Es un deporte que se practica mucho en Alemania —explica Uli.

—¿Te refieres a subir a las montañas, ponerse alas y lanzarse al vacío? —pregunta Fanis.

—Solo os digo una cosa —interviene Maña—. Ya hace tiempo que Uli y yo somos pareja. Nos conocimos en la playa, entre chapuzón y chapuzón. Desde

entonces hemos ido de vacaciones juntos, hemos hecho excursiones. Esta ha sido la primera vez que le he visto en las montañas alemanas y, creedme, es un hombre distinto.

—¿Distinto por qué? —Se sorprende Uli.

—Porque te comportabas como un crío. Corrías de loma en loma. De regreso en el hotel, yo tenía que pedir cada noche una palangana para meter los pies en agua tibia con sal, mientras tú estabas en el séptimo cielo.

—Voy a buscar la cena. He hecho tomates rellenos —anuncia Adrianí.

Suenan exclamaciones de entusiasmo, pero Katerina le corta el paso.

—Un momento. Antes tenemos que anunciaros algo. —Abre el bolso y saca una botella de vino, que no parece griego.

—¿Qué es esto? —pregunta Adrianí.

—Champán francés. Hoy estamos de celebración.

—¿Qué celebramos? —pregunto.

Katerina se dirige a Fanis.

—¿Se lo dices tú?

—No. Lo tienes que anunciar tú.

Katerina se vuelve para mirarnos.

—Estoy embarazada —anuncia.

Por un instante, nos quedamos todos callados. Luego empiezan las felicitaciones, las enhorabuenas y los aplausos. Yo sigo callado, porque tengo un nudo en la garganta que no me deja hablar, pero Adrianí se levanta de un salto.

—¡El café! —exclama—. ¡El poso de café dijo la verdad!

—¿De qué café hablas? —pregunta Katerina mientras los demás la miran sorprendidos. Todos excepto yo.

—¿Eso dijo el café y no me lo querías confesar? —pregunto a mi mujer.

—No quería porque eres un incrédulo y podrías gafarlo —contesta ella.

—Mamá, ¿lees los posos que quedan del café? —Se sorprende Katerina, y, por primera vez, la veo santiguarse como hace su madre.

—Tu padre y tú no creéis en esas cosas, pero, mira por dónde, ha resultado ser verdad —responde Adrianí en tono triunfal.

—Pero a ver, querida suegra, ¿cómo pudo el café anunciar la llegada del bebé? —le pregunta Fanis.

—Por las marcas en el poso, lógicamente. ¿Cómo, si no? —contesta Adrianí, sorprendida por la ignorancia de su yerno.

—Menos mal que no fue un café doble, o podría haber anunciado la llegada de mellizos —se mofa Fanis.

—Ya os podéis burlar, tú y tu mujer, pero el café acertó —insiste Adrianí.

—¿Es niño o niña? —pregunta Maña.

—Es un niño —le responde Katerina—. Lo supimos ayer.

Adrianí la mira.

—¿Desde cuándo sabes que estás embarazada? —le pregunta.

—Hoy se cumplen tres meses.

—¿Y lo has mantenido en secreto a tus padres durante tres meses? —Mi mujer se vuelve enfadada hacia mí—. ¡Mira, tú que siempre defiendes a tu hijita!

—Mamá, antes tenía que decidir si me lo quedaba. No quería daros una alegría que acabase en frustración.

—No sabes lo que me ha costado convencerla, Adrianí —dice Fanis.

—Fanis, hijo, te lo agradezco y te admiro, porque ya sé que tengo una hija muy tozuda. —Calla y mira a su hija y a su yerno—. ¿Cómo lo llamaréis? —pregunta—. Si es que ya lo sabéis, claro.

—Ya lo sabemos —responde Katerina, y se dirige a Fanis—: Esto lo anuncias tú.

—Lambros —dice Fanis—. Se llamará Lambros.

Se produce un silencio prolongado, porque esperábamos un nombre de la familia, como es la costumbre. Después, sin embargo, todos empezamos a aplaudir. El único que no lo hace es Zisis, que permanece inmóvil con la mirada fija en un punto indeterminado delante de él.

—Quiero ponerle tu nombre, porque estoy en deuda contigo, tío Lambros —dice Katerina.

Zisis alza la cabeza lentamente para mirarla.

—¿Qué me debes, Katerina? —pregunta con voz entrecortada, como un balbuceo.

—¿Te acuerdas de cuando quería emigrar a otro país? Tú me disuadiste con aquella comida de campo de concentración, como en Makrónisos, que nos preparaste a Fanis y a mí. Decidí quedarme, Maña y yo abrimos el bufete, y ahora voy a tener un hijo. No pasa un solo día sin que te agradezca que me impidieras marchar. Por eso estoy en deuda contigo.

Zisis no reacciona y los demás tampoco sabemos qué decir. Como de costumbre, es mi mujer la que aligera los ánimos. Abraza a Katerina y le estampa un sonoro beso en la mejilla.

—Nos has dado una gran alegría, hija mía —le dice—. ¡Vamos a sacar las copas para brindar!

Madre e hija regresan con siete copas en una bandeja. Fanis descorcha el champán con cuidado, para que el corcho no salga disparado. Luego llena las copas. Cada uno coge la suya y nos ponemos de pie.

—¡Por nosotros y por el que vendrá! —exclama Adrianí—. ¡A la salud de nuestro pequeño Lambros!

Nos disponemos a chocar las copas cuando, de pronto, Zisis deja la suya encima de la mesa. Se acerca corriendo a Katerina y la abraza.

—Gracias, Katerina —murmura—. Nadie me ha regalado nunca nada en la vida, ni siquiera mis padres, que eran pobres de solemnidad. Por eso no sé qué decir. Ni qué hacer. Pero te doy las gracias. Katerina, Fanis, os doy las gracias.

Suelta a Katerina y se va de la sala de estar casi a la carrera.

—¿Qué le pasa? —se extraña Uli.

Me levanto para ir tras él, pero Adrianí me lo impide.

—Déjale. Se ha emocionado y no puede contener las lágrimas. No quiere que lo veamos llorar.

Es su turno de acercarse a Katerina para abrazarla, a ella y también a Fanis. Espero a que termine para hacer lo propio.

—¿No te importa que no le pongamos tu nombre a nuestro hijo? —me pregunta Fanis.

—¿Hablas en serio? —interviene Adrianí—. Hay un Kostas en cada casa. Lambros, en cambio, es un nombre menos común.

—Pródromos, como mi suegro, tampoco nos entusiasmaba —dice Katerina.

—Con los tiempos que corren, imagínate ir al colegio con semejante nombre, menudo calvario —comenta Maña.

—Lambros es un nombre bonito, aunque no entiendo qué tiene de malo Pródromos —se extraña Uli.

—Dime, Uli, ¿cuál es tu nombre real?

—Ulrich.

—Claro y te llaman Uli. ¿Cómo llamarían a Pródromos? Makis, seguramente<sup>9</sup>. ¿Sabes cuántos Makis hay en Grecia?

—Sí, tantos como Ulis en Alemania —responde el chico, que ya domina el griego a la perfección.

Zisis reaparece en medio de las carcajadas generales. Ha recuperado su expresión habitual. Se dirige a la mesa y alza su copa.

—Por la llegada al mundo de Lambros —dice, y se vuelve hacia Katerina y Fanis—. Que tenga salud y que os llene de alegrías y de satisfacciones. Enseñadle a vivir y a pelear en el mundo tal como es, y no como le gustaría que fuera. Pensad cuánto tuve que sufrir yo hasta conseguir adaptarme.

Recibe los aplausos de todos, y Maña le dice a Katerina que hay que poner copas limpias para el vino. Las jóvenes se dirigen a la cocina y Adrianí las sigue para buscar la cena.

Junto con los tomates rellenos nos sirve queso feta y dos bandejas más con pimientos y pepinillos en vinagre. Nos disponemos a lanzarnos sobre nuestros platos cuando mi mujer alza su copa y nos contenemos.

—A la salud de nuestro nieto, Kostas —dice—. Hemos pasado tiempos buenos y tiempos difíciles, aprietos y bonanzas, pero al final hemos salido adelante. Pronto seremos abuelos. ¿Qué más queremos?

Alzo mi copa yo también y brindamos. Luego nos lanzamos sobre nuestros platos.

Mientras intento contener el entusiasmo de Adrianí por su recién adquirido estatus de abuela y sus ensoñaciones de un futuro color de rosa, suena el teléfono.

—Centro de operaciones, señor comisario. Nos acaban de informar de que se ha encontrado un cadáver en el parque de Ática.

—¿Quién os ha avisado?

—Ha sido una llamada anónima. Una mujer nos ha dicho que el cadáver de un tal Arjontidis se encuentra en las inmediaciones del Centro de la Juventud.

Llamo enseguida a Dermitzakis para informarle. Le pido que avise al forense y a Identificación, y que mande un coche patrulla para que pase a recogerme por casa. Luego llamo a Kula y le pido que busque en Internet información sobre el tal Arjontidis.

El coche patrulla llega un cuarto de hora más tarde. El conductor pone en marcha la sirena y sale a la avenida Kifisiás para entrar en Psijikó.

La llamada de Kula me pilla dentro del coche.

—Aparte de un Arjontidis fabricante de muebles, el que podría interesarnos es Aristotelis Arjontidis, profesor en la Facultad de Filosofía de Atenas y secretario de Estado de Educación.

Fantástico. Ya tenemos a una segunda víctima de procedencia académica y con carrera política. El incremento del número de víctimas aumentará inevitablemente las presiones de los políticos sobre la policía, y pronto nos estaremos tirando de los pelos.

El coche patrulla baja por la calle Musas y se detiene delante del Centro de la Juventud. Estoy a punto de llamar a Dermitzakis para preguntarle si han podido localizar ya el cadáver, pero se me adelanta Dervísoglu, que, a todas luces, me ha estado esperando.

—Venga, señor comisario. Está detrás del Centro de la Juventud.

En cuanto salimos al camino que separa el Centro de la zona arbolada del parque, veo los coches patrulla y los curiosos allí reunidos. Dermitzakis ha rodeado el lugar del crimen con un precinto rojo.

La víctima es un hombre vestido con chándal, que está tendido de bruces en el suelo. Las heridas mortales saltan a la vista. Alguien le ha destrozado el cráneo con un objeto pesado. La sangre le baña el cuello y llega hasta el chándal. Cuando la víctima se ha desplomado por culpa del golpe en la cabeza, el agresor le ha clavado un cuchillo junto al omóplato izquierdo, justo a la altura del



corazón. El cuchillo ha desaparecido, pero la cuchillada ha rasgado el chándal y lo ha teñido de rojo.

La cara de la víctima se apoya de lado sobre la hierba. Veo de reojo a un cincuentón alto y delgado con gafas y perilla.

Decido prestarle atención más tarde, y me dirijo al público expectante:

—¿Alguno de vosotros conocía a la víctima? —pregunto a la concurrencia.

—Todos lo conocíamos —contesta una mujer—. Es Aris Arjontidis, secretario de Estado de Educación.

—No solo secretario de Estado. También era profesor universitario —añade un hombre.

—Lo conocíamos porque venía a correr casi todas las mañanas. Era un fanático del *jogging* —dice la mujer.

—No sabrá, por casualidad, dónde vivía, ¿verdad? —pregunto.

—Si no me equivoco, en la calle Meletopulu, muy cerca del parque —interviene una joven—. Lo sé porque yo vivo en Tepelenú, y a menudo veía el coche patrulla cuando pasaba por Meletopulu.

«El mismo modo de operar», pienso. En el caso de Rapsanis, los asesinos conocían su bulimia y atacaron aprovechando su punto débil. En el caso de Arjontidis, conocían su afición a correr y le han tendido una emboscada. Sin duda, le seguían desde hacía tiempo y han esperado el momento oportuno para atacarle.

La furgoneta de Identificación y la ambulancia llegan a la vez. El primero en bajar es Dimitríu.

—¿Qué hay? —me pregunta.

—Más de lo mismo. Solo que esta vez no lo han matado con tarta y pesticida, sino que ha sido víctima de una agresión.

Dimitríu se aleja de mi lado y se acerca a la víctima. Se detiene junto al precinto y observa el suelo. Después vuelve otra vez a mi lado.

—Hay marcas de neumático junto al cuerpo. No pondría la mano en el fuego, pero, a primera vista, diría que son de un ciclomotor. Ahora bien, si esto guarda relación con el crimen o no, me lo ha de decir usted.

—¿De un ciclomotor? —repito—. En el primer asesinato también hay implicado un ciclomotor. Una chica llevó la tarta envenenada a casa de Rapsanis en un ciclomotor.

Dimitríu me suelta la famosa máxima:

—Una casualidad que se repite deja de ser casualidad.

Ve llegar el coche de Stavrópulos, que baja y se nos acerca.

—A ver si lo adivino. ¿Otro profesor universitario?

—Bingo, aunque en esta ocasión se trata de una agresión en toda regla.

Stavrópulos se acerca a la víctima. Dimitríu empieza a dar instrucciones a su equipo. Yo aprovecho para mandar a Dervísoglu y a Dermitzakis a la calle Meletopulu.

—Averiguad dónde vivía Arjontidis exactamente y empezad a recabar datos. Sobre todo me interesa que localicéis a algún vecino que tenga por costumbre pasear por el parque o cruzarlo, por si ha visto algo fuera de lo normal. Askalidis se queda conmigo, por si lo necesito.

Stavrópulos está agachado sobre la víctima. Ha sacado una lupa de su cartera y está examinando la espalda del cadáver. Al poco se levanta y se me acerca.

—Como siempre, te cuento mis primeras impresiones, que son provisionales. Primero le han golpeado con una barra de metal en la cabeza y luego le han clavado un cuchillo. Estas heridas son evidentes y no creo que la autopsia aporte nada distinto. Sin embargo, hay algo más, aunque solo es una impresión. Todavía no estoy seguro.

—No importa. La impresión también nos puede ayudar.

—En el chándal hay unas huellas que podrían ser marcas de un neumático. El equipo de Identificación es experto en este tipo de cosas, pero, si quieres mi opinión, han embestido a la víctima por detrás con un vehículo, esta ha perdido el equilibrio y se ha caído. Después la han golpeado con la barra metálica y la han acuchillado. El resto te lo diré después de la autopsia.

—¿Puedes calcular la hora de la muerte?

Stavrópulos consulta su reloj.

—Ahora son las diez y pico. Ha debido de morir entre las siete y las ocho de la mañana. La sangre todavía no se ha coagulado en las heridas.

—Gracias, has sido de gran ayuda. —Él se dispone a ordenar que trasladen el cadáver a la ambulancia, cuando le detengo—. Dame un par de minutos.

Busco a Dimitríu y le cuento las impresiones de Stavrópulos. Él llama enseguida a uno de sus ayudantes y se acercan a la víctima. Empiezan a examinarle la espalda, Dimitríu con una lupa y el ayudante palpando con las manos. Al poco rato, Dimitríu se endereza.

—A primera vista, el forense tiene razón. Alguien ha embestido a la víctima por la espalda con una moto y la ha tirado al suelo. Para que caiga de bruces, el motorista ha debido de levantar la rueda y golpearle en las lumbares. Si le hubiera golpeado en las pantorrillas, lo más seguro es que hubiera caído de espaldas. No obstante, podremos confirmarlo cuando mandemos la ropa al laboratorio.

Indico a Stavrópulos que ya puede levantar el cadáver. Al ver que los camilleros colocan el cuerpo de Arjontidis encima de la camilla, los espectadores

se dan cuenta de que el *show* ha terminado. Se disponen a dispersarse, pero los detengo.

—¿Se encuentra entre ustedes la persona que ha descubierto el cadáver y ha avisado a la policía? —pregunto—. No se preocupen, no se van a meter en un lío, sencillamente nos ayudaría saber cómo lo han encontrado.

La gente intercambia miradas hasta que la mujer que ha hablado primero da un paso adelante.

—He sido yo —declara—. No suelo pasar por aquí, pero quería ir a la calle Kapernisiotis y el camino más corto es cruzando el parque. Lo he visto tirado en el suelo y ensangrentado y he llamado a la policía con el móvil.

—Gracias. Le tomaremos los datos, es solo una formalidad, y luego se puede marchar.

Llamo a Askalidis para que le tome los datos, y me dirijo al coche patrulla que me ha traído hasta aquí. El conductor piensa que nos vamos y se dispone a arrancar el motor. Le detengo y le pido que baje del coche. Quiero quedarme solo para informar al subcomandante.

Él me escucha sin interrumpirme. Cuando termino, guarda silencio.

—Tengo un problema con usted, señor comisario —dice al final. Me preparo para recibir la hostia sin rechistar—. Me resulta muy simpático y aprecio mucho nuestra colaboración. Pero las noticias que me da no me gustan nada.

—A mí tampoco me gustan —respondo aliviado—. Por desgracia, este es un caso muy lamentable y complicado, que se enreda todavía más por la implicación de personalidades políticas.

—Exacto. Por eso mismo no sé qué debo hacer. ¿Informo al ministro?

—Le sugiero que informe solo al comandante. Seguramente, podré darle detalles más precisos cuando nos veamos, aunque no sé cuándo concluirá la búsqueda de datos.

—Le esperaré, sea la hora que sea.

Cuelgo y veo que Dermitzakis me está esperando junto al coche patrulla.

—Hemos localizado al chico que se encarga del Centro de la Juventud. Está esperando para hablar con usted.

—¿Habéis averiguado algo de Arjontidis?

—Sí, vivía solo en un piso en el número cinco de la calle Meletopulu. Un agente de la policía se encargaba de su protección, pero no se ha dado cuenta de nada. La empleada del hogar también está esperando a que usted la interroge.

El encargado del Centro es un joven que ronda los treinta y nos está esperando en la puerta.

—Vengo todas las mañanas y echo un vistazo por los alrededores para ver si todo está en orden. Últimamente una moto rondaba el Centro y entraba y salía

del parque. Al verme, aceleraba y se iba, siempre en direcciones distintas.

—¿El motorista era un hombre o una mujer? —pregunto.

—Era un hombre, aunque no podría precisar su edad, porque llevaba casco.

Fantástico. En el primer asesinato aparecía una mujer con casco, en el segundo, un hombre con casco.

—¿Te acuerdas de la hora, más o menos? —pregunta Dermitzakis.

—No vengo siempre a la misma hora. Unos días llego a las ocho, y otros a las nueve. Normalmente, llego sobre las nueve.

—¿Habías visto alguna vez a Arjontidis? —pregunto.

—Muchas veces, aunque solo cuando volvía de correr. Él venía muy temprano, antes de que yo empezara mi ronda.

—¿A qué hora se abre el Centro? —pregunta Dervísoglu.

—Solo se abre cuando hay algún acto o alguna actividad escolar, si no permanece cerrado. A mí me pagan solo por los días que abre. No obstante, vengo a hacer mi ronda todas las mañanas, por si pasa algún desaguisado y acabo perdiendo mi único trabajo.

Le dejamos y nos dirigimos a la calle Meletopulu. El escolta sigue apostado delante de la entrada del edificio.

—¿Ya te has enterado de lo sucedido? —le pregunto.

—Me lo han dicho los compañeros.

—¿No ibas con él cuando salía a correr?

—No, porque él no quería, señor comisario. Me había dejado claro que quería estar totalmente solo, para poder centrarse en sus pensamientos.

—¿Has visto algo fuera de lo normal últimamente?

—No. La rutina de todos los días.

—¿Te has fijado en algún ciclomotor que pasara por esta calle, por delante del edificio?

El escolta se encoge de hombros.

—Por aquí pasan muchos ciclomotores, igual que por toda Atenas.

—No te estamos preguntando por los ciclomotores que circulan por Atenas —interviene Dermitzakis—. Queremos saber si te fijaste en un mismo ciclomotor que pasara por esta calle todos los días.

—No, mis órdenes son detener e interrogar solo a los desconocidos que quieren entrar en el edificio.

Lo doy por imposible y entramos en el bloque de pisos. Espero no tenerlo nunca a mi servicio en Jefatura.

Subimos al ático y nos abre la empleada del hogar.

—Cuando me han dicho que ha muerto, he pensado que sería un ataque al corazón, por culpa de su manía de salir a correr. Después me he enterado de lo

que le han hecho. —Se santigua y se echa a llorar.

—¿Hace mucho que cuidabas de él? —le pregunto.

—Hará unos quince años. Desde que se mudó a este piso.

Suena el timbre de la puerta y la mujer va a abrir. Es Dimitríu con su equipo. Mando a mis ayudantes a registrar la vivienda y me quedo a solas con la empleada del hogar.

—¿Arjontidis tenía familia? —pregunto.

—No. Era soltero y vivía aquí solo. Sus padres y su hermana viven en Corfú.

—¿Daba clases en la universidad?

—Sí, en Atenas. Centraba sus estudios en las islas Jónicas, aunque no sabría decirle exactamente por qué.

—¿Recuerdas, por casualidad, cuál fue su reacción cuando le nombraron secretario de Estado?

—Estaba muy orgulloso. Casi daba saltos de alegría, y me dijo: «Por fin podré hacer algo positivo para poner orden en nuestro sistema educativo, María».

—¿Recibía visitas en casa?

—Jamás —responde María categóricamente—. El señor Arjontidis solía decir que su casa era su refugio y su guarida, donde se aislaba para estudiar. Hasta con sus amigos quedaba siempre fuera de casa. Llevo muchos años en esta casa, y no recuerdo ni una sola vez que tuviéramos invitados para comer ni para cenar.

No me queda nada más que preguntarle, y decido darme una vuelta por el piso. Me basta echar un vistazo por encima para ver que María dice la verdad. ¿Cómo iba a invitar a sus amigos? El fallecido ni siquiera tenía una sala de estar. Los dos espacios principales, contiguos, forman un enorme despacho, y todas las paredes están cubiertas de estanterías cargadas de libros. Esto sin contar las pilas de libros amontonados en las esquinas. Aparte del sillón giratorio que hay del otro lado del escritorio, los únicos asientos existentes corresponden a un sofá de tres plazas. Hasta el televisor está empotrado en una de las estanterías. Es obvio que Arjontidis se limitaba a girar su sillón para ver la tele. No necesito mucha imaginación para deducir que comía en la cocina.

—Nada, señor comisario —me informa Dermitzakis—. Aquí no hay más que libros, y los cajones del escritorio están llenos de papeles y documentos. Queda por registrar el ordenador y los cedés, pero esto es cosa de la Científica y del laboratorio.

Entro en la habitación contigua, que resulta ser el dormitorio. Dentro hay una cama individual, un sillón en la esquina y un armario ropero lleno de trajes y

ropa interior.

No vale la pena perder más tiempo en el piso. Será mejor darnos un paseo por el barrio, por si averiguamos algo útil. Sin embargo, no me hago demasiadas ilusiones.

Por desgracia, la investigación del asesinato de Arjontidis resulta más complicada que nuestras pesquisas sobre la muerte de Rapsanis. Este, al menos, tenía una hermana y un hijo que nos han ayudado a hacernos una idea de cómo era y nos han facilitado varios nombres. Con estos datos hemos conseguido abrir algunas puertas y tirar adelante con la investigación. En cambio, la familia de Arjontidis vive en Corfú, y dudo mucho de que pueda ofrecernos datos de interés.

Las pesquisas puerta a puerta en la calle donde vivía Arjontidis no nos aportan nada. Los vecinos coinciden en que era un hombre tranquilo, que vivía encerrado en sí mismo. Sus relaciones con los vecinos no iban más allá de los saludos de rigor.

Claro que sigue sin respuesta la pregunta de cómo un hombre tan reservado pudo ascender hasta el puesto de secretario de Estado, cuando todo el mundo sabe que en política no tienes nada que hacer si no cuentas con amigos, conocidos y contactos. En consecuencia, Arjontidis debía de moverse en un círculo al margen de su vida personal, un círculo que todavía no conocemos.

Puesto que interrogar a sus colegas políticos y universitarios no dará resultado alguno si no sabemos por dónde empezar ni qué preguntar, tomo una decisión arriesgada. Le digo a Askalidis que se pase mañana por los bares que frecuentan los estudiantes y que busque a algunos que estén dispuestos a hablar conmigo. Parece más acertado saber de boca de los alumnos qué es lo que debemos preguntar a sus profesores. Siempre que los estudiantes acepten hablar conmigo, claro está.

Ahora son las cinco de la tarde y estoy en la avenida del Mediterráneo, camino del Ministerio del Interior. Mientras conduzco, intento poner en orden mis pensamientos para estar en condiciones de dar al subcomandante un informe preciso y acordar con él los pasos a seguir.

El subcomandante me está esperando en su despacho y se pone de pie en cuanto cruzo la puerta.

—Vamos al despacho del comandante —me indica—. Él también quiere estar informado.

—¿Estará también el ministro? —pregunto con cierta inquietud, ya que preferiría no hablar con él antes de acordar las vías de la investigación con mis superiores.

—No, no se preocupe. El comandante y yo hemos acordado entregar al

ministro un informe por escrito, aunque únicamente después de hablar con usted y decidir entre los tres los pasos a seguir.

Entramos en el despacho del comandante. No parece estar demasiado entusiasmado de vernos, más bien todo lo contrario, y nos mira con cara de pariente afligido antes de decir:

—Señores, la situación es muy grave. No solo porque han asesinado a personalidades públicas, sino porque todo el peso del Gobierno caerá sobre nuestras espaldas. —Se vuelve hacia mí—. Soy consciente de que le afectará especialmente a usted, señor comisario. Por otro lado, usted es nuestra única esperanza, ya que solo un policía con su experiencia es capaz de desatar este nudo gordiano.

En lugar de acompañarnos a la mesa de reuniones, se sienta detrás de su escritorio, y nosotros hacemos lo propio en los sillones que hay frente a él.

Les detallo, punto por punto, toda la información que hemos podido recabar hasta el momento, y les explico por qué el caso de Arjontidis es más complicado que el de Rapsanis.

—¿Qué espera averiguar cuando se descubra la identidad de la mujer que presionaba a Rapsanis para que entrara en política? —me pregunta el comandante.

—Mucho y nada en absoluto —contesto—. Es posible que, efectivamente, esa mujer quisiera tenderle una trampa, aunque también cabe suponer que se trataba de un juego amoroso que Rapsanis, estando tan solo en la vida, acabó tomando en serio.

—En otras palabras, estamos dando palos de ciego —dice el subcomandante.

—Se me ha ocurrido una idea que podría resultarnos muy útil pero que es un tanto arriesgada, de modo que me gustaría conocer su opinión y contar con su aprobación antes de ponerla en práctica —les digo. Mis superiores guardan silencio y esperan a que continúe—. Desde hace poco, tengo a mis órdenes a un agente nuevo y muy eficiente —comienzo mi explicación—. Él introdujo en el caso Rapsanis a un viejo amigo suyo que en la actualidad está haciendo el doctorado en Alemania. Ese amigo aportó información que nos resultó muy útil. Gracias a aquel encuentro, se me ha ocurrido volver a mandar a Askalidis, así se llama el agente, a buscar entre los estudiantes a algunos que estén dispuestos a hablar con la policía. Creo que el contacto con ellos nos puede aportar datos muy relevantes de cara, sobre todo, a nuestras conversaciones con los colegas universitarios de Arjontidis. Sin embargo, como ustedes saben muy bien, los estudiantes de las universidades griegas pueden ser cualquier cosa, desde agitadores a miembros de sindicatos estudiantiles. Así que no puedo



garantizarles que mañana no salgan a hablar en público o que no suban nuestras conversaciones a Internet. Por eso he preferido informarles y solicitar su permiso.

Mientras les cuento todo esto no doy crédito a lo que están escuchando mis oídos. Si este caso se hubiera producido en los tiempos de Guikas, habría hecho lo que me hubiera salido de las narices sin pedir permiso a nadie. Ahora, en cambio, me guardo las espaldas. No solo por el famoso resquicio abierto, sino por la reunión familiar de anoche y por el bebé que está de camino. No quiero que mi nieto crezca escuchando la historia del abuelo que cayó heroicamente por amor al arte.

El subcomandante me echa un chaleco salvavidas.

—Ha hecho bien en comunicárnoslo, aunque este encuentro planificado con los estudiantes se producirá dentro del marco de la investigación. Si mañana algunos de ellos se van de la lengua, diremos que el interrogatorio se produjo dentro de la más absoluta legalidad, como parte de la investigación.

—En nuestra conversación anterior todos, más o menos, coincidimos en descartar el atentado terrorista. ¿Sigue opinando lo mismo? —me pregunta el comandante.

—En lo que se refiere al segundo asesinato, la barra metálica y el cuchillo tampoco forman parte de las armas que suelen emplear los terroristas griegos. Este nuevo caso, no obstante, nos plantea un problema.

—¿Cuál? —pregunta el subcomandante.

—La existencia de una banda organizada. En el caso de Rapsanis, una joven que iba en ciclomotor con la cabeza cubierta con un casco entregó la tarta. En el caso de Arjontidis, aparece un hombre con casco y ciclomotor. Esta coincidencia significa que los asesinatos han sido perpetrados por una banda organizada, que cuenta con ejecutores y personal de apoyo. Es decir, formalmente no nos encontramos frente a un grupo terrorista, aunque sí ante una banda organizada que sabe cómo planificar un crimen.

—Estoy de acuerdo con usted, aunque no me tranquiliza nada —dice el comandante.

—Hay algo más que, por desgracia, no le gustará en absoluto —concluyo.

—¿A qué se refiere?

—En ambos casos, los asesinos conocían muy bien a las víctimas y todos los pormenores de sus vidas personales. Sabían que Rapsanis se lanzaría sobre la tarta en cuanto la viera. El caso de Arjontidis es todavía más grave. Los agresores sabían que se trataba de un hombre solitario, sin un círculo de amistades, que disfrutaba saliendo a correr solo todas las mañanas. Le siguieron y esperaron el momento más conveniente para golpearle. De todo ello se deduce

que nos encontramos frente a unos asesinos despiadados y muy bien organizados.

El comandante se dispone a responder, pero en ese momento le interrumpe el teléfono.

—Sí, señor ministro. Por supuesto, vamos ahora mismo.

—Quiere vernos enseguida —le informa al subcomandante antes de volverse hacia mí—. Es una feliz coincidencia que esté usted aquí. Venga con nosotros.

Para mí la coincidencia es cualquier cosa menos feliz, pero no puedo negarme.

Como de costumbre, el ministro nos está esperando en la sala de reuniones.

—Pero ¿qué está pasando? —grita fuera de sí—. ¿Se dan cuenta de que con esta nueva víctima la opinión pública está alarmada y de que el Gobierno se halla en una posición muy difícil?

—Somos conscientes, señor ministro —contesta el comandante.

—¿Puedo saber en qué punto se encuentran las investigaciones?

Dos pares de ojos se dirigen hacia mí. Al final, me veo obligado a hacer exactamente aquello que quería evitar. Ofrezco al ministro una imagen general de la situación aunque sin entrar en detalles.

—En otras palabras, no hemos avanzado ni un paso —comenta el ministro.

—Se necesita tiempo para resolver un crimen, señor ministro —interviene el subcomandante.

—Y, mientras tanto, la banda seguirá asesinando a profesores universitarios y a miembros del Gobierno sin que nosotros podamos hacer nada para impedirlo.

—Hay algo que usted puede hacer, señor ministro —le digo.

—¿El qué?

—Reforzar la escolta de los miembros del Gobierno y recomendar a los ministros que provienen del campo académico que no den ni un paso sin sus escoltas personales. Kléarjos Rapsanis llegaba a su casa acompañado de su escolta pero, una vez allí, le despedía. Aristotelis Arjontidis tenía a un escolta apostado en la entrada del edificio, pero no permitía que le acompañara cuando salía a hacer *jogging* y lo pagó con su vida. Los ministros que provienen de la universidad no deben desplazarse sin protección y tampoco deben tocar nada que llegue a su casa o a su despacho antes de que lo revise la policía.

—Tiene razón. Voy a encargarme de ello ahora mismo —me dice el ministro—. A partir de ahora no se ocupará de ningún otro caso que no sean los asesinatos de los dos ministros.

—Ya lo hago, señor ministro —le aseguro.

—Ha estado usted muy acertado —me dice el comandante, satisfecho,

cuando salimos del despacho ministerial.

Me despido de mis superiores y me marcho contento, porque también en esta ocasión me he sabido contener y no he perdido el control de la situación.

Subo al Seat y pongo rumbo a casa. Me encuentro el piso sumido en el silencio. El televisor está apagado y no veo a Adrianí por ninguna parte. Se me ocurre que ha podido ir a ver a las tres Gracias para anunciarles la llegada del retoño, cuando oigo un ruido en el dormitorio.

Mi mujer está agachada sobre un viejo baúl de sus padres, que solemos guardar en un rincón de la habitación cubierto con un paño que tiene un bordado decorativo. Nunca he sabido qué guardaba ahí, pero ahora veo esparcidos por el suelo telas bordadas, varios jerséis y unas fotografías enmarcadas, mientras Adrianí no deja de buscar.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto sorprendido.

Ella levanta la cabeza del baúl y me mira.

—Aquí guardé la ropa de bebé de Katerina —me explica—. Quiero sacarla para echarle un vistazo, algunas prendas podrían irle bien al niño.

Me quedo atónito. No sé si echarme a reír o pensar que mi mujer se ha vuelto loca.

—Adrianí, faltan seis meses para que abra los ojos al mundo —le digo tratando de mantener la calma—. No conocemos su estatura ni cuánto pesará. Además, Katerina era niña.

—Todos los bebés visten igual, sean niños o niñas. Lo único que cambia es el color. Quiero sacar la ropa, separarla, lavarla y que esté lista para la habitación del niño cuando se cambien de casa.

—¿Se van a cambiar de casa? ¿Cuándo te lo han dicho?

Adrianí me mira como si fuera un extraterrestre.

—¿Has perdido el juicio? En el piso solo hay un dormitorio. ¿O es que quieres que el niño no tenga su propia habitación? Cambiarán de casa. No necesito que me lo digan para saberlo.

Ella no, pero yo sí, porque soy un zoquete.

La dejo con sus cosas sin interrumpirla más, y busco refugio en el salón, frente al televisor. Tal como me esperaba, el asesinato de Arjontidis acapara las noticias. Aparece Rodópulos, que ha sido invitado a los estudios de la televisión. Está en la inopia, y suelta una ristra de vaguedades sobre las investigaciones y el intenso trabajo de la policía. Hasta que la presentadora se encuentra acorralada porque no sabe qué más preguntarle y le da pasaporte.

Adrianí viene a sentarse a mi lado.

—¿Has terminado de remover la ropa de bebé? —pregunto.

Ella me mira en silencio, y al final admite:

—Vale, ya sé que es una tontería. Pero me siento tan feliz que ya busco excusas para ocuparme de mi nieto.

—No te preocupes, podrás ocuparte de él todo el tiempo que quieras —la tranquilizo—. Katerina tiene su trabajo y tú te harás cargo del bebé. Me veo alimentándome de *suvlakis*.

—Oye, que no te dejaré pasar hambre —reacciona ella, ofendida—. Tal vez no tenga tiempo para preparar tomates rellenos, pero siempre habrá verduras o pollo al horno.

—¿Por qué no vamos a cenar ahora que aún hay tomates rellenos?

Apagamos el televisor y Adrianí sirve los tomates que han sobrado de anoche. Cenamos en silencio, pensando en nuestro nieto.

De nuevo están apelotonados frente a la puerta de mi despacho. En cuanto aparezco, se abalanzan sobre mí.

—Señor comisario, denos alguna información porque no damos pie con bola. Si seguimos así, nos despedirán por inútiles —empieza la bajita de medias rosa.

—Venga, señor comisario, que nos conocemos desde hace muchos años y siempre hemos tenido buenas relaciones —añade el joven de la eterna camiseta—. En nombre de estas buenas relaciones, le pedimos que nos dé información sobre los asesinatos. Le damos nuestra palabra de que no revelaremos la fuente.

Acepto el argumento de las buenas relaciones a pesar de la lata que siempre dan, pero no me apetece tener problemas con el ministro ni con la dirección de la policía, y menos aún cuando nos hemos llevado tan bien hasta el momento.

—Mi silencio nada tiene que ver con nuestras relaciones, sean buenas o malas, sino con las órdenes que he recibido de la dirección política del Ministerio —explico al pelotón—. Todos los comunicados relativos al caso corren a cargo del jefe de prensa del Ministerio, el señor Rodópulos. Fue el propio ministro quien tomó esta decisión. Por lo tanto, es a él a quien tenéis que dirigiros.

—Pero ¿es que no le vio anoche en la televisión? —vuelve a intervenir la enclenque—. Le entrevistaron para las noticias, pero, en esencia, no dijo nada, ya fuera porque no sabía nada o porque no quería revelar nada. Es la policía la que lleva a cabo la investigación de los dos asesinatos, de modo que es la policía la que tiene la obligación de informarnos, y no acabo de entender sus reservas, comisario. Podría interpretarse como que el rodillo burocrático se ha llevado por delante también a la policía.

Sus compañeros se vuelven al unísono y la fulminan con miradas iracundas.

—Nuestra Constitución garantiza únicamente la independencia de la justicia —respondo a la enclenque—. La policía no es independiente, obedece las órdenes de los líderes políticos. Si usted o sus colegas tienen problemas con este método de información, tendrán que recurrir al despacho del ministro para resolverlos.

Dicho esto, entro en mi despacho, dejo el cruasán encima del escritorio y tomo un sorbo de café. Estoy disfrutando de la situación. Después de hacérmelas pasar canutas durante años, ahora vienen a mendigar información apelando a nuestra buena relación. Por otra parte, debo reconocer que Rodópulos es un

inútil. Tarde o temprano meterá la pata, y entonces tendremos que correr todos a tapar el agujero. Nuestra única esperanza es que los medios de comunicación se subleven y exijan mayor transparencia.

Llamo a Askalidis y le mando a recorrer las cafeterías que frecuentan los estudiantes.

—Pero ten mucho cuidado con quién hablas y a quién eliges. No olvides que estamos bajo estricta vigilancia y caminamos por la cuerda floja —concluyo.

—No se preocupe, no iré solo. Me acompañará un amigo que está preparando su máster en criminología. Es él quien elige a los estudiantes. — Hace una pequeña pausa antes de continuar con una sonrisa—: Aunque reconozco que no lo hace por amor al arte. En el fondo, espera poder llamar a nuestra puerta si necesita ayuda con su máster.

En cuanto Askalidis sale de mi despacho llamo a Stela y le pido que convoque enseguida a Velidis y a Karambetsos a una reunión en el despacho de Guikas.

Llego a la quinta planta al mismo tiempo que Velidis. Karambetsos aparece un poco más tarde. Se detiene en la puerta, mira a su alrededor y nos dice:

—Chicos, aquí falta algo.

—Falta Guikas y nada más —le contesta Velidis—. Pregúntanos a nosotros, que llevamos más tiempo en el servicio y colaboramos mucho más con él.

Espero hasta que se calmen las emociones por la ausencia de Guikas, y empiezo con una descripción pormenorizada de las condiciones en las que se planificó y se ejecutó el asesinato de Arjontidis.

—¿Sigues pensando que no se trata de un grupo terrorista? —pregunto a Karambetsos.

—Lo sigo pensando, aunque tengo algunas dudas.

—¿Por qué?

—Porque se ha producido un segundo asesinato. Coincido contigo en que nos enfrentamos a una banda organizada, muy bien organizada, de hecho. Si se producen más asesinatos, sin embargo, mucho me temo que los límites entre la banda organizada y el grupo terrorista quedarán muy desdibujados. A fin de cuentas, la banda asesina para aterrorizar a aquellos profesores que abandonan la universidad para dedicarse a la política. Lo dijo tu ayudante, Kostas, y tiene razón. Aunque es verdad que el *modus operandi* no es el propio de los grupos terroristas, esto, en sí, no quiere decir nada. Puede que sí lo sea en el próximo asesinato.

—Entonces, ¿qué propones?

—Mandaré a mis hombres a darse una vuelta por los ambientes que frecuentan quienes colaboran con los terroristas. No porque considere que los

dos asesinatos han sido obra de los terroristas, al menos de momento no pienso tal cosa. Los que más me interesan son la chica y el hombre con el ciclomotor. No podemos descartar que estos sí provengan de las filas del terrorismo. Si al final resulta ser así y logramos localizarles, tal vez encontremos algunos cabos sueltos.

—Tienes razón, muy inteligente por tu parte. —Me dirijo a Velidis—: ¿Alguna novedad? —pregunto.

—Si te cuento la novedad, vas a desternillarte de risa o a darte de cabeza contra la pared —me contesta.

—¿Por qué?

—Hemos podido averiguar quién se esconde detrás del seudónimo de Lisístrata. Es una tal Glykería Karambini, residente en Kozani. Karambini no tiene ninguna relación con la política, ni con el Parlamento, ni con los partidos. Sin embargo, tiene cuatro cuentas más en Facebook, todas con seudónimo. Además de Lisístrata, se hace llamar Antígona, Erató y Safo. Con apellidos falsos, por supuesto. Esta señora se pasa la vida en Internet, donde establece relaciones amorosas. Debo decirte que parece muy metódica. Primero bucea en Internet en busca de un futuro amante, se entera de su historia personal, de sus actividades profesionales y de su situación familiar. Solo después establece contacto.

—¿Fue así como pilló a Rapsanis?

—Exacto. Averiguó que era profesor en la universidad, que estaba divorciado y que vivía solo. Era la víctima ideal. Y Rapsanis enseguida mordió el anzuelo.

—No solo mordió el anzuelo, sino que contrajo el virus de la política —dice Karambetsos—. Y ahora somos nosotros quienes tenemos que desenredar la madeja.

Sjinás dio en el blanco, pienso. El amor en los tiempos del sexo virtual. En cualquier caso, para nosotros este descubrimiento representa un revés. Glykería no tiene nada que ver con la política ni con la universidad. Sencillamente, es una mujer que ha encontrado la manera de satisfacer su vicio y, además, de formas muy diversas.

El teléfono interrumpe mis pensamientos, es Stela.

—Uno de sus colaboradores quiere hablar con usted.

Me lo pasa y oigo la voz de Askalidis.

—Señor comisario, tengo a un grupo de estudiantes que aceptan hablar con usted. ¿Adónde los llevo?

—Al mismo sitio que llevaste al estudiante de Alemania.

Le digo a Karambetsos que pida a los de la Científica el ordenador de

Arjontidis para poder registrarlo.

—Espero que no aparezca ninguna relación amorosa mía —dice Velidis riéndose.

Salgo a la avenida Alexandras y me dirijo a la cafetería. Busco a Askalidis con la mirada y lo veo sentado a una mesa con tres chicas y un chico.

—No han querido sentarse fuera, por si alguien los ve —explica Askalidis.

—Mejor así, estaremos más tranquilos.

—Perdone la pregunta, pero ¿cómo debemos dirigirnos a usted? —pregunta una de las chicas.

—Llamadme señor comisario o señor Jaritos, lo que os parezca mejor.

—Prefiero llamarle señor Jaritos. Lo de comisario se me atraganta —contesta el chico.

—¿Sois todos de la misma facultad? —empiezo.

—No. Zeanó y Anna estudian derecho —explica Askalidis señalando a una joven rubia con coleta, que está sentada a mi lado, y a otra, de pelo castaño y corto, sentada enfrente—. Nikos y Lukía están en la Facultad de Filosofía.

El joven tiene la cabeza rapada. Lleva cintas trenzadas alrededor de ambas muñecas. La muchacha es morena y tiene una melena que le llega a los hombros.

—¿Ya sabéis de qué quiero hablar con vosotros?

—Sí, Zanos nos lo ha explicado —responde el chico.

—¿Por dónde quiere que empecemos? —pregunta Zeanó, la que está sentada a mi lado—. ¿Por la universidad, que está para echarse a llorar? Hay basura por todas partes, empiezas a estudiar con un profesor, haces los trabajos que te manda, pero terminas el curso con otro. Cuando hay clases, de repente quedan interrumpidas porque hay protestas y se ocupan las aulas. Cuando por fin se marchan todos, siempre faltan ordenadores. ¿Qué quiere que le digamos? ¿Qué profesores son buenos y quiénes no? Los que acuden a las aulas, imparten clases, nos mandan hacer trabajos y nos dedican una parte de su tiempo son buenos. Lo demás, mejor dejarlo estar.

—Puede que tengas razón, pero nuestro trabajo es precisamente este, preguntar —le contesto, y todos se echan a reír.

—Déjeme que se lo explique y lo entenderá enseguida —se ofrece Nikos—. Los estudiantes se dividen en dos categorías. Los que quieren estudiar y los que quieren tener un título.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunta Askalidis.

—Los que van a por el título son de la vieja escuela, de cuando te presentabas a un examen de ingreso, sacabas una nota, entrabas en una facultad, terminabas la carrera y pasabas a trabajar en el sector público. Así tenías el futuro garantizado. Esto ya se ha acabado. Muchos de los que participan en las



protestas y ocupan las aulas pertenecen a esta categoría. A media carrera abren los ojos, se dan cuenta de que la licenciatura no les conduce a ningún sitio y empiezan a romper cosas para desfogarse. Queda la otra categoría, la de los que quieren estudiar, como nosotros. También nosotros queremos licenciarnos, para luego seguir estudiando en el extranjero, por si logramos un futuro mejor.

Decido tirar del freno, ya que la situación de las universidades no es de mi incumbencia.

—Quiero haceros una pregunta más concreta. Me gustaría saber qué opináis de Aristotelis Arjontidis.

Nikos y Lukía intercambian miradas, y al final es Lukía quien toma la palabra.

—Mire, Arjontidis daba clases de literatura de las islas Jónicas. En sus clases había siempre muchos estudiantes. Debo decir que nadie ha hablado nunca mal de Arjontidis. Era impecable en su trato con todos.

—Solo que con algunos era más impecable que con otros —añade Nikos con una sonrisa pícaro.

—¿Quiénes eran esos otros? —pregunto.

—Los miembros de las organizaciones estudiantiles. Sobre todo, los que pertenecían al partido que acabó nombrándole secretario de Estado. Añadiré algo más a lo que le ha contado Lukía. Arjontidis no tenía amistades entre sus colegas. Su relación con ellos era meramente profesional. Sus amigos eran los estudiantes de las organizaciones. Salía con ellos y se relacionaba con ellos. Cuando le nombraron secretario de Estado de Educación, los de fuera por fin comprendimos ese amor por aquel sindicato estudiantil.

—¿Tenía enemigos o adversarios en la facultad?

—A mí no me consta —contesta Lukía en tono categórico—. Lo único que sabemos es que, cuando había huelga o los estudiantes ocupaban las clases, algunos profesores se cabreaban y protestaban, mientras que Arjontidis miraba para otro lado y disimulaba.

Ahora ya sabemos, al menos, con quién se codeaba Arjontidis y que resulta bastante improbable que su asesinato se debiera a rivalidades y odios académicos. A ver quién es el guapo que descubre en estas circunstancias al asesino de un hombre que no tenía un círculo de amigos íntimos ni enemigos dentro de la universidad, y que mantenía buenas relaciones con sus alumnos.

—¿Qué diríais vosotros de Rapsanis? —pregunto a los otros dos.

—Más o menos lo mismo —responde Zeanó—. La única diferencia es que Rapsanis manipulaba. Repartía los mejores trozos de la tarta a los suyos. Esto le generó muchas antipatías en el mundo académico. No entre los estudiantes, sino entre los miembros del personal de investigación que pertenecían a su

departamento.

—¿Qué os pareció que dos de vuestros profesores abandonaran la universidad para dedicarse a la política? —pregunto a todos en general.

Los cuatro se miran. Lukía se encoge de hombros.

—Hubo muchos estudiantes que se enfadaron, no solo nosotros. Uno no abandona la universidad cuando está luchando por mantenerse de pie. Por otra parte, ¿qué le voy a decir? El mundo universitario está tan deteriorado que algunos piensan que hasta la política es mejor opción.

Suena mi móvil.

—¿Ha leído el comunicado sobre el asesinato de Arjontidis? —oigo que me pregunta la voz del subcomandante.

—No, estoy de servicio fuera de Jefatura.

—Cuando lo lea llámeme y hablemos.

Doy las gracias a los cuatro estudiantes, dejo que Askalidis pague la cuenta y nos ponemos todos de pie.

—Chicos, perdonad pero tengo que irme —les digo—. En nuestro trabajo nunca sabes cuándo te caerá la teja en la cabeza.

Vuelvo a Jefatura a toda prisa. Kula ya ha impreso el comunicado y lo ha dejado encima de mi escritorio.

Ayer ejecutamos a Aristotelis Arjontidis por alta traición. Igual que Kléarjos Rapsanis, Arjontidis traicionó el sagrado cometido del Maestro. Sacrificó a sus alumnos y les privó de sus conocimientos para entrar en política y ser secretario de Estado. Ni siquiera ministro. **SECRETARIO DE ESTADO.** Queremos enviar un mensaje a todos los miembros del profesorado que abandonan los centros de enseñanza superior y a sus alumnos a su suerte por un sillón de ministro o de secretario de Estado. Que ninguno de ellos se sienta seguro. Nuestra ira, nacida de su ingratitud, superará todos los obstáculos.

La muerte de Aristotelis Arjontidis va dedicada a la memoria de Georgios Th. Zoras, profesor de literatura griega medieval y moderna en las universidades de Atenas y de Roma, así como cofundador del Instituto de Estudios Helénicos Bizantinos y Modernos de Roma. Georgios Th. Zoras dedicó su vida a la enseñanza y a la investigación. Un profesor como Aristotelis Arjontidis, que enseñaba literatura de las islas Jónicas y no supo tomar ejemplo de Georgios Th. Zoras, el estudioso por excelencia de esa materia, merece la pena de muerte como castigo.

En cuanto termino de leer, llamo a Kula.

—¿De dónde has sacado el comunicado?

—Me ha avisado Stela. La han llamado del despacho del subcomandante.

Llamo a Dermitzakis y a Dervísoglu.

—¿Habéis leído el comunicado? —pregunto.

—Sí, comisario —contestan al unísono.

—Quiero saber qué opináis.

—A mí hay algo que me llama la atención —dice Dervísoglu.

—¿Qué?

—Que los asesinos han de ser personas cultas.

—¿Y eso por qué? —se extraña Dermitzakis.

—Porque conocen a antiguos profesores, como Zeodorakópulos y ahora Zoras. Yo estudié en la universidad y nunca había oído hablar de ellos.

—Vamos, les basta con abrir un diccionario enciclopédico o buscar en Wikipedia para encontrar información —replica Dermitzakis en tono despectivo.

—Has de saber qué o a quién buscas en el diccionario —le contesta Dervísoglu—. Si no sabes quién era Zeodorakópulos o quién era Zoras, ya puedes pasarte días buscando en el diccionario que no los encontrarás, porque no sabes qué estás buscando.

—Hay algo más —interviene Kula.

—¿De qué se trata? —pregunto, curioso.

—Al menos algunos de los asesinos debieron de estudiar en Atenas. En ambos casos, mencionan a profesores de la Universidad de Atenas. Nunca se han referido a Salónica, por ejemplo.

Las observaciones de ambos son muy acertadas.

—Os felicito, chicos, tenéis toda la razón —les digo.

Les doy pasaporte para poder llamar al subcomandante. Los dos salen de mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja, y Dermitzakis, con la cola entre las patas.

Comunico al subcomandante las observaciones de mis ayudantes.

—Tienen razón, pero ¿cómo ayuda esto a la investigación? —me pregunta él.

—No ayuda de forma directa, pero ahora sabemos que algunos de los asesinos son personas cultas y que estudiaron en Atenas. Por lo tanto, tenemos que centrar las investigaciones en la capital.

—De acuerdo, aunque esto aumenta las probabilidades de que se trate de atentados terroristas. La mayoría de los terroristas, al menos en Grecia, han pasado por la universidad.

No se me había ocurrido esto.

—Tiene razón —reconozco.

—Hay otra mala noticia.

—¿Cuál? —pregunto mosqueado.

—A partir de este momento, usted se encargará de informar a los medios de comunicación. El ministro por fin se ha dado cuenta de que Rodópulos es un inepto y le perjudica.

Éramos pocos y parió la abuela.

Reflexiono sobre cuáles deben ser mis siguientes pasos tras leer atentamente el comunicado, y concluyo que la solución más sensata es Karambetsos. Le llamo por teléfono y le pido que se reúna conmigo en el despacho de Guikas.

Mientras que los demás andamos perdidos por los espacios siderales, la única que está contenta es Stela, que, al ver que sigue habiendo idas y venidas en el despacho de Guikas, siente que su puesto de trabajo está asegurado.

Karambetsos ya ha leído el comunicado y ahora me escucha atentamente.

—Tienes razón —afirma cuando concluyo—. Realmente, los datos que ofreces apuntan a unos criminales de nivel. No se trata de una banda de inmigrantes ni de un grupo de vulgares extorsionistas. Y también el subcomandante tiene razón cuando dice que una banda de asesinos cultos se acerca mucho al perfil de una organización terrorista.

—¿Alguna idea?

—Ideas tengo muchas, aunque no sé hasta qué punto se ajustan a la realidad —me contesta Karambetsos—. Se me ocurre una posibilidad, aunque bastante remota. Si se confirma, tal vez podamos desenredar la madeja. Te lo diré mañana.

Ponemos fin a la reunión y bajo a la tercera planta. En cuanto salgo del ascensor me llegan unas voces, y me doy cuenta del trance que me espera.

Están concentrados en el pasillo, delante de la puerta de mi despacho. Me recibe un abanico de caras sonrientes con una única excepción, la de la reportera enclenque, aunque esta es hosca por convicción.

—Como puede ver, lo hemos conseguido, señor comisario —anuncia Merikas, el que vino a sustituir a Sotirópulos—. Me imagino que ya le habrán informado.

—Me han informado —respondo, y abro la puerta de mi despacho para que puedan entrar. Si nos quedamos en el pasillo, no habrá quien trabaje en toda la planta.

Ellos asaltan primero el despacho, y, en cuanto cierro la puerta, me asaltan a mí.

—¿Puede ofrecernos un informe detallado de las investigaciones de ambos asesinatos, señor comisario? —empieza la bajita de medias rosa—. Han pasado muchos días y todavía no hemos conseguido tener una idea clara ni de los crímenes, ni de las víctimas, ni de las investigaciones correspondientes.

Les hago una descripción pormenorizada de los dos asesinatos y del punto en que se encuentran de momento nuestras investigaciones. Lo único que me callo es el nivel cultural de los agresores y su posible relación con el mundo terrorista.

—¿Creen que el asesino actuó solo en ambos casos? —pregunta Merikas.

—No. Todos los indicios apuntan a que se trata de una organización criminal.

—¿Descartan la posibilidad de que los asesinos sean estudiantes? —pregunta el joven de la camiseta.

—No la descartamos, aunque, de momento, no hay indicios de que se trate de estudiantes.

—En otras palabras, no han avanzado ni un paso —observa la enclenque.

De pronto, Lukidu, una cincuentona que me merece una consideración especial porque Sotirópulos también la apreciaba, se vuelve cabreada hacia la enclenque.

—¿Puedes hacernos un favor, Aretí? ¿Quieres dejar de hacerte la lista?

—No me hago la lista, hago un reportaje. Y no tienes ningún derecho a interferir en mi trabajo —responde la enclenque, cuyo nombre he oído por primera vez.

—No es un reportaje, es una crítica —le reprocha Merikas—. No eres la jefa del comisario para criticar su trabajo.

—Vamos, vamos..., me parece que ya hemos agotado el tema por hoy. Cuando volváis a necesitarme, sabréis dónde encontrarme —intervengo en tono conciliador, y les abro la puerta para que salgan a pelearse en el pasillo.

Una vez solo, me doy un margen de tiempo para ordenar mis pensamientos. Hemos avanzado en el análisis del caso, pero aún no hemos podido acercarnos a los culpables. Mi única esperanza es la ventanita que me ha abierto Karambetsos.

Decido dar carpetazo por hoy e irme a casa. Puede que la investigación esté estancada, pero tengo a dos ayudantes nuevos muy listos y esto me sube la moral.

Ya estoy en la calle Mijalakopulu cuando, de pronto, me asalta una idea. Hemos examinado todas las posibilidades, hemos llegado a algunas conclusiones interesantes, pero no se nos ha ocurrido comentar el caso de Rapsanis con un psicólogo. Puede que la soledad sea explicación suficiente de por qué cayó tan fácilmente en la trampa de la mujer de Kozani, sin embargo, un psicólogo tal vez nos abra vías de investigación cuya existencia ni siquiera sospechamos.

La única psicóloga en la que confío es Maña. Cambio de rumbo y, en lugar de ir a casa, me dirijo al bufete de abogados que Katerina regenta con ella.

—¿Quiere que avise a su hija, señor comisario? —me pregunta la secretaria en la recepción.

—Luego. Primero quiero hablar con Maña.

La joven aparece enseguida. Me mira, preocupada.

—Hola. ¿Ocurre algo?

—Sí. Necesito el consejo de una psicóloga, si puedes dedicarme un rato.

—Por supuesto. Pase, ya he terminado con las consultas de hoy. —Me coge del brazo y me conduce a su despacho—. Espero que no tenga problemas psicológicos por culpa del nieto que se llamará Lambros —me dice riéndose.

—De momento no. Lo que tengo es un caso de asesinato que me está dando quebraderos de cabeza y me gustaría que me ilustraras.

—¿Se refiere a los asesinatos de los dos profesores?

—Exacto. —Le cuento la historia de Rapsanis y cómo una mujer de Kozani consiguió influir en él hasta el punto de que se metiera en política—. ¿Puedes explicarme qué es lo que impulsa a un profesor de reconocido prestigio a dejarse llevar por una mujer que no ha visto en su vida, hasta el extremo de abandonar su puesto en la universidad para abrazar una carrera en la política?

Maña reflexiona un poco.

—Intentaré explicárselo. No será fácil, ya que usted no está activo en Facebook ni en Twitter. Entre muchas otras cosas, Internet se ha convertido en un lugar de encuentro de personas solitarias. En el pasado, uno iba al parque, se sentaba en un banco y esperaba a que alguien se sentara a su lado para entablar conversación. O iba a un café y empezaba a charlar con el que se sentaba a la mesa de al lado. Era la manera de vencer la soledad y, a menudo, era una forma de hacer nuevos amigos. Hoy en día ya no se va al parque ni al café. Uno se sienta ante el ordenador, le da al teclado y espera encontrar interlocutores en Facebook. —Hace una pausa y espera, por si tengo preguntas sobre el tema. No las tengo y continúa—: Hay, sin embargo, dos diferencias muy significativas. Mi padre, defensor de la dictadura militar, solía decir: «La cara es el espejo del alma». Aquí no hay caras, señor comisario. Llegas a tener un montón de amigos pero no conoces sus caras. La única esperanza es un encuentro en Facebook. La otra diferencia tiene que ver con la comunicación. En el banco y en el café la comunicación es oral. En Internet la comunicación se hace por escrito. Esto significa que los que hacen amistades en Internet tienen un mínimo nivel de educación. Pero lo más importante es que la palabra escrita ejerce mucha más influencia que la palabra oral. El *scripta manent*, lo escrito queda, es una expresión muy sabia, y lo escrito queda en Internet. Si hablamos con alguien, a menudo tenemos que esforzarnos en recordar qué nos dijo exactamente. En Internet basta con retroceder hasta el mensaje escrito para recuperar literalmente

lo que se ha dicho. —De nuevo hace una breve pausa, me observa y prosigue—: Pasemos ahora al profesor en cuestión. Imparte clases en la universidad, por lo tanto, le seduce la palabra escrita, como a todos los profesores. Si la mujer que se puso en contacto con él tiene cierto nivel de educación y cierta habilidad en la escritura, no le habrá sido nada difícil convencerlo. Lo segundo, que por desgracia nunca sabremos, es el grado de soledad que afligía a ese hombre. No sabemos cuánto le costó el divorcio ni el hecho de haber perdido todo contacto con su hijo. Usted me lo ha descrito como una persona ambiciosa. Si a eso añadimos su bulimia, que subraya el cariz insaciable de su carácter, entenderá que el trabajo de la señora de Kozani debió de ser muy fácil.

Calla y me mira, esperando mi reacción.

—Gracias, Maña. Me lo has dejado todo muy claro —le digo—. Ahora ya tengo el perfil de Rapsanis. —Todavía no sé si necesitaré un perfil de Arjontidis.

Se abre la puerta y entra Katerina.

—¡Enhorabuena! Vienes al bufete y pasas de tu hija embarazada —dice riéndose.

—La hija embarazada haría bien en no intentar sacar provecho de su embarazo —repone Maña.

—¿Qué querías? —me pregunta Katerina.

—Que Maña me ilustrara. Y lo ha hecho.

—Si ves que se alquila algún piso de dos dormitorios por el barrio, avísame.

—¿Queréis mudaros?

—Obviamente. Cuando llegue el niño ya no cabremos en casa.

Adrianí ha dado en el clavo. Otra vez. No se lo voy a decir, porque me echará uno de sus sermones empezando por el «¿Qué te dije?», y no me apetece nada.

Me la encuentro en la cocina descargando las bolsas de la compra.

—Esta noche disfrutarás de mis anchoas al horno —anuncia—. Mañana habrá otra vez tomates rellenos y cositas varias.

—¿Y eso?

—He invitado a cenar a Kaliopi, Arguiró y Tasía. Me llamó Arguiró para quedar. Le dije que dentro de unos meses seremos abuelos y se alegró mucho. Se me ocurrió que era una oportunidad para devolverles el convite.

Espero a que termine de colocar la compra, y después me siento a la mesa hasta que lleguen las anchoas.



*política*. f. 1. El arte o la ciencia de la gobernación o administración de la polis y/o del Estado; la ciencia relativa a la organización y gestión del Estado, tanto en lo referente a los asuntos internos como a los externos. «Se dedica activamente a la política; es un político nato.» | 2. La forma de dirigir los asuntos del Estado; el programa que aplica el gobierno en cada una de sus funciones. La política agraria/económica/educativa de un gobierno. La forma de afrontar y resolver los problemas derivados de la relación de un estado con otros estados, política exterior. | 3. La participación activa en la vida política de un país: «La política fue su ruina». | 4. La acción del político. | 5. Manera hábil de actuar o comportarse en determinado asunto.

No me parece probable que la señora Glykería, de Kozani, haya leído la entrada en el diccionario de Dimitrakos referente a qué es la política. Sin embargo, no me cabe duda de que debió de decirle a Rapsanis la frase que sirve como ejemplo en el libro y que todos conocemos: eres un político nato.

Aun si aceptamos que este método sirvió para convencer a Rapsanis, no podemos decir lo mismo de Arjontidis. Me inclino hacia otra interpretación que podemos considerar válida para los dos: que ambos hubieran leído la primera acepción de la entrada en el Dimitrakos: «El arte o la ciencia de la gobernación o administración de la polis y/o del Estado; la ciencia relativa a la organización y gestión del Estado, tanto en lo referente a los asuntos internos como a los externos».

Esta última interpretación se adapta como un guante a ambas víctimas, ya que debieron de pensar: «El derecho es una ciencia, la filología es una ciencia y la política también es una ciencia. En realidad, no cambiamos de territorio. Sencillamente, pasamos de una ciencia a otra».

Mañana me merece mucho respeto y confianza pero, evidentemente, ella tampoco ha leído el diccionario. De lo contrario, no se habría tomado tantas molestias en analizar a fondo el caso de Rapsanis. Me habría remitido directamente al Dimitrakos.

Encima de mi escritorio se encuentra el informe forense del asesinato de Arjontidis. Dejo a un lado el café con el cruasán para leerlo. Stavrópulos confirma que Arjontidis fue asesinado en torno a las ocho de la mañana. El otro dato interesante incluido en el informe de la autopsia es que la muerte no sobrevino como resultado del golpe en la cabeza, sino de la cuchillada que le atravesó el corazón.

Sigo leyendo por si aún hay más datos relevantes por descubrir, cuando me interrumpen las voces de una mujer en el pasillo.

—Quiero que me digan cómo murió Aris<sup>10</sup>. ¡Soy su hermana y exijo saberlo!

Abro la puerta y veo a una mujer de cabello blanco rizado, que a primera vista parece mayor que Arjontidis, gritándole a Kula, que se esfuerza por tranquilizarla.

—Pase a mi despacho, por favor —le digo. La mujer aparta la mirada de Kula para fulminarme con ella—. Soy el comisario Jaritos, yo mismo le daré la información que solicita.

La mujer entra en mi despacho. Despido a Kula con un ademán y cierro la puerta. Señalo la silla a la mujer y me siento frente a ella.

—¿Puedo preguntar quién es usted?

—Soy Victoria Arjontidis, la hermana de Aris Arjontidis. Quiero saber cómo murió mi hermano.

—Le puedo decir cómo murió su hermano. Lo que aún no puedo decirle es quién lo mató.

Le describo lo sucedido por encima, sin entrar en demasiados detalles, para no trastornarla todavía más.

—¿Y le mataron los que matan a profesores por haberse dedicado a la política?

—Así es, aunque todavía no sabemos quiénes son. ¿Me permite que le haga algunas preguntas que podrían facilitar nuestra investigación?

—Me puede preguntar lo que quiera, pero antes necesito aclarar algunas cosas. Yo no tengo la formación que tenía Aris. Nuestros padres nos dejaron algo a cada uno. A Aris le pagaron los estudios y a mí me dejaron la tienda familiar de recuerdos turísticos. Es decir, que yo de estudios no tengo ni idea. Crecí en la isla de Corfú, y es allí donde vivo ahora. Raras veces vengo a Atenas de visita. A Aris solo lo veía cuando venía a la isla de vacaciones.

—De nuestras investigaciones hemos deducido que su hermano era una persona más bien reservada. No tenía amigos íntimos ni dentro ni fuera de la universidad, y solo mantenía relaciones asiduas con algunos estudiantes.

—Pero no se relacionaba con todos los estudiantes, sino únicamente con aquellos que estaban metidos en política. Aris era una persona reservada, como usted dice, pero tenía dos pasiones: la filología y la política. Cuando mis padres lo mandaron a Italia a estudiar, allí también se metió en política. Ahora bien, no sé cómo se metió ni qué hizo, porque yo solo me acuerdo de la política cuando toca ir a votar. Mi hermano tenía un amigo italiano que vive en Grecia, un profesor de traducción e interpretación de la Universidad Jónica. Él fue quien le

enseñó italiano a Aris.

—¿Sabe su nombre, por casualidad? —pregunto y cruzo los dedos por que lo recuerde.

La mujer piensa un poco.

—Guido no sé qué..., no me acuerdo del apellido. —De repente, se le ocurre una idea. Saca su teléfono móvil y marca un número—. Lukás, perdona si te molesto pero es urgente. ¿Te acuerdas de cómo se llamaba aquel profesor que enseñó italiano a Aris? —Me hace señas para que le dé un papel y un boli. Ella escucha y anota—. Gracias, Lukás... Qué le vamos a hacer... No queda otra que tirar para delante. —Cuelga el teléfono y me da el papel—. Este es el nombre. Guido Pestoni. Sé que ahora vive en Atenas, aunque no tengo su dirección ni su teléfono. Aris mantenía la amistad con él. Supongo que tendrá su número en el móvil.

—Gracias, señora Arjontidis. No quiero retenerla más. Ha sido de gran ayuda.

—¿Cuándo podré llevarme a mi hermano a Corfú para el entierro?

—Hoy mismo, si así lo desea. La autopsia ha concluido. —Le doy el teléfono del Departamento Forense para que se ponga directamente en contacto con ellos.

En cuanto sale de mi despacho llamo a Dimitríu.

—¿Habéis registrado el móvil de Arjontidis?

—Todavía no. No nos pareció urgente.

—Por favor, regístralo tú de inmediato. Quiero que busques el contacto de un italiano. —Le facilito el nombre del profesor de interpretación y traducción.

Esta era la diferencia entre Rapsanis y Arjontidis. Rapsanis entró en la política por vana ambición. A Arjontidis le interesaba la política desde sus años de estudiante en Italia y conservaba ese interés, alimentándolo a través de sus amigos en las organizaciones estudiantiles.

Estoy sobre ascuas, pero, por suerte, Dimitríu no prolonga demasiado mi inquietud. Tarda menos de media hora en llamarme por teléfono.

—¡Lo he encontrado! —anuncia con tono triunfal, y me da el número de Pestoni.

Llamo enseguida, rezando por que me responda. Afortunadamente, mis ruegos son atendidos.

—Guido Pestoni —suena su voz.

Me presento y le explico por qué necesito hablar con él.

—Con mucho gusto, puede venir ahora mismo. Vivo en Glyfada. —Y me da la dirección de su casa.

Llamo a Dermitzakis y le pido un coche patrulla, ya que con el Seat

perdería mucho tiempo y tengo prisa por demostrar que la investigación avanza, sobre todo al ministro.

Por suerte, Pestoni vive en la calle Zemis, muy cerca de la avenida Poseidón. Ordeno al conductor que ponga la sirena y que pise el acelerador a fondo. Con la sirena aullando y los coches haciéndose a un lado para dejarnos pasar, solo tardamos un cuarto de hora en llegar a Glyfada.

Pestoni vive al principio de la calle. Me abre la puerta su mujer, una griega que ya está en los setenta y que me conduce enseguida al despacho de su marido.

Guido Pestoni debe de ser algo mayor que su mujer, aunque es un hombre de porte erguido y todavía muy apuesto, a pesar de la edad. Se levanta para recibirme.

—¿Quiere que hablemos de Aris? —me pregunta, y se le escapa un suspiro—. Estoy tan conmocionado que no sé si podré hablar de los temas que le interesan, comisario. Deme unos minutos —dice, y se aleja de su escritorio.

Abre la puerta del balcón del despacho, que tiene vistas al golfo Sarónico. Permanece un rato inmóvil, de espaldas a la habitación. Su griego es impecable, apenas se puede distinguir un leve acento extranjero cuando habla.

Finalmente, vuelve a entrar en el despacho, cierra la balconera y se sienta tras el escritorio.

—Nací en Cerdeña y el mar siempre me tranquiliza. Por eso decidimos vivir en Glyfada. —De repente, parece recordar el propósito de mi visita—. ¿Qué desea saber? Le escucho.

—Según me han informado, Arjontidis fue alumno suyo y aprendió italiano con usted.

—Sí, es cierto. Entonces yo impartía clases en el Departamento de Lenguas Extranjeras. Arjontidis se matriculó para aprender italiano, porque quería ir a estudiar a Italia. No le interesaban las asignaturas de traducción ni de interpretación. Su pasión eran los poetas y novelistas de las islas Jónicas. Llegó a insistir en que estudiáramos el italiano a través de los poemas que Solomós<sup>11</sup> escribió en esta lengua, imagínese. Entró en la universidad a la primera. Pudo haber estudiado en Roma, pero prefirió hacerlo en Pavía.

—¿Por alguna razón en concreto?

—Solomós había estudiado en Pavía. Quería hacer su carrera en la misma universidad que el poeta.

—Nos han dicho que en Italia desarrolló cierta actividad política.

Pestoni reflexiona un momento antes de contestar.

—Arjontidis era un joven... ¿Cómo le diría?... Que no tenía claro qué hacer, señor comisario. Por un lado, era un fanático de sus estudios, especialmente de la literatura jónica y del poeta Solomós. Por otro lado, sin embargo, le encantaba la

actividad política. En la universidad ingresó en las filas de Lotta Continua. ¿Conoce Lotta Continua, comisario?

—No. Es la primera vez que la oigo nombrar.

—Se trata de una organización revolucionaria que en su tiempo tuvo mucha influencia en las universidades. La policía vigilaba sus movimientos y Arjontidis era extranjero. Temí que lo obligaran a volver a Grecia y que tuviera que abandonar sus estudios. En cierta ocasión, cuando fue a Corfú a pasar las vacaciones de Navidad, me puse en contacto con él para hablar del tema. Me contestó que no tenía por qué preocuparme, que tomaba muchas precauciones. Al final, se volcó totalmente en los estudios, Lotta Continua empezó a desarticularse y Arjontidis terminó la carrera e hizo su doctorado en Italia.

Todo esto explica el tipo de relación que Arjontidis mantenía con sus alumnos. Los viejos amores no se olvidan tan fácilmente. Sin embargo, al menos a primera vista, no consigo vislumbrar una relación entre su actividad política en Italia y su reciente asesinato. En cualquier caso, voy a tener que hablar con Karambetsos, aunque antes he de informar al subcomandante.

Doy las gracias a Pestoni y bajo a la calle. Busco un rincón tranquilo y llamo al subcomandante.

—¿Cree que la actividad política de Arjontidis en Italia puede tener que ver con su asesinato? —me pregunta él cuando ya le he informado de las novedades.

—Me parece cogido por los pelos. A Rapsanis lo asesinaron por las mismas razones, aunque él no había tenido una actividad política similar. No obstante, pediré la opinión de Karambetsos.

—Vuelva a llamarme después de hablar con él —dice el subcomandante.

Subo al coche patrulla y llamo a Karambetsos. Le digo que han surgido nuevos datos y que me espere.

—Yo también tengo una sorpresa para ti —me anuncia.

—Te escucho, espero que sea agradable.

—Te la contaré cuando llegues. ¿Qué sorpresa sería, si no?

El conductor vuelve a poner en marcha la sirena.

En cuanto llego a mi despacho llamo a Karambetsos.

—Quedamos en la sala de interrogatorios —me dice él, jovial.

—¿Qué se nos ha perdido en la sala de interrogatorios? ¿Nos vamos a interrogar el uno al otro? —pregunto extrañado.

—Conocerás la sorpresa —me contesta.

—No. Antes tienes que venir a mi despacho, porque urge hablar de otro asunto. Luego ya iremos juntos a la sala de interrogatorios.

Karambetsos se da cuenta de que se trata de algo importante y no insiste.

—Voy enseguida.

Cuando aparece, nada más sentarse pregunta:

—¿Hay novedades?

Le cuento con todo detalle los datos que he recopilado sobre la actividad política de Arjontidis en Italia durante mi conversación con Pestoni. En cuanto pronuncio el nombre Lotta Continua, Karambetsos se pone de pie de un salto.

—¿Lotta Continua? ¡Es una organización terrorista!

—Pestoni me la ha descrito como una organización revolucionaria que operaba en las universidades y en las fábricas.

—Pestoni vive en Grecia y es posible que esté mal informado. La policía italiana la incluye en la lista de organizaciones terroristas.

Tengo mis dudas, aunque reconozco que aquí el especialista es él.

—¿Podemos ponernos en contacto con la policía italiana? Así sabremos si Arjontidis estaba en la lista de sospechosos de los polis italianos.

Karambetsos me mira con una sonrisa pícaro.

—Antes de hablar con los italianos, toca la sorpresa —responde—. Veamos primero qué nos puede contar y luego hablamos.

—Pero ¿se puede saber de qué demonios de sorpresa se trata? —estallo indignado, porque ya me tiene harto con tanto misterio.

—El demonio de sorpresa tiene nombre y apellido, y se llama Nikos Kordonás. Hace años pertenecía a una organización terrorista de corte y confección nacional. Le pillamos en el momento en que iba a colocar una bomba en los bajos del coche de un empresario. Tras su detención cooperó con nosotros y se benefició de una condena reducida. Hace tiempo que está en libertad, rechaza la lucha armada y sigue cooperando voluntariamente con la policía. Cuando le necesito, siempre hago que lo detengan, por cuestiones de seguridad. No quiero que él pierda la vida, ni que nosotros perdamos a nuestro confidente.

Nos dirigimos a la sala de interrogatorios, donde, al poco, un agente nos trae a Kordonás. Es un hombre alto con perilla, que ya debe de haber rebasado los cuarenta años. Karambetsos nos presenta y Kordonás se limita a pronunciar un «hola» desabrido.

—Nikos, necesitamos que nos alumbres —empieza Karambetsos.

—No estés tan seguro de que pueda hacerlo, a lo mejor estoy en las tinieblas —contesta Kordonás.

—¿Te has enterado de los asesinatos de los dos profesores universitarios que se dedicaron a la política?

—Claro. También leí los comunicados.

—¿Crees que los asesinatos pudieron ser obra de una organización terrorista?

Kordonás lo mira estupefacto.

—Pero ¿qué estás diciendo, Karambetsos? ¿Tantos años en la brecha y todavía no has aprendido nada? —exclama indignado—. ¿Desde cuándo los terroristas matan a profesores por haberse metido en política? ¿Se la suda que den clases o que entren en el Parlamento! Las organizaciones terroristas tienen como objetivo combatir el sistema capitalista. Con los atentados pretenden demostrar que es un sistema muy frágil y que son capaces de desestabilizarlo. ¿Has leído alguna vez un comunicado terrorista que hable de traición porque alguien ha dejado de dar clases y que rinda homenaje a viejos profesores porque eran más consecuentes? Los comunicados terroristas tienen siempre una base ideológica. Esos dos que he leído suenan más a castigo divino.

—Te lo preguntamos porque estamos seguros de que los asesinatos no fueron obra de un único agresor, sino de una banda organizada —le explico.

Él me mira con desprecio, como si fuera un ser inferior.

—Ahora ha conseguido sacarme de mis casillas hasta a mí, que estoy arrepentido, comisario —espeto.

—¿Por qué?

—Karambetsos ya lo sabe, pero se lo cuento también a usted, para que se entere. Llegó un momento en que me di cuenta de que matar y poner bombas no tiene ningún sentido. Pagué por mis acciones cumpliendo condena en la cárcel. Cuando salí, hice un curso de manipulación de alimentos y ahora trabajo en un puesto de comidas rápidas. Dicho esto, no puedo aceptar que cualquier banda que campe por ahí sea una organización terrorista. En ese caso, las bandas de ladrones de coches, las que venden droga o las que entran en las casas a robar serían todas organizaciones terroristas, y eso me ofende, incluso ahora que lo he dejado.

—Vale, vale, eso ya ha quedado claro —interviene Karambetsos con ánimo

conciliador—. Queda descartada la participación de una organización terrorista en los asesinatos. Pero hay algo más para lo que te necesitamos.

—A ver...

—La segunda víctima había estudiado en Italia. Hemos sabido que, cuando estaba en la universidad, se relacionaba con un grupo terrorista que se llamaba Lotta Continua.

Kordonás da un respingo.

—¡Pero bueno! ¡No tienes ni la más mínima idea de lo que estás diciendo! —grita a Karambetsos—. Lotta Continua no era una organización terrorista. Era una organización de estudiantes e intelectuales como Adriano Sofri<sup>12</sup>. Comparada con las Brigadas Rojas, Lotta Continua era una oenegé.

—La policía italiana la cataloga como grupo terrorista.

—Mira, yo no tengo relaciones con la policía italiana. Me bastan y me sobran las que tengo con la policía griega. Seguramente, la clasificaron como terrorista cuando detuvieron a Sofri por asesinato, con pruebas falsificadas, por cierto, y lo mandaron a la cárcel con el mismo razonamiento con el que vosotros consideráis hoy que cualquier grupo organizado puede ser terrorista.

—Vale, Nikos. Nos ha quedado claro, muchas gracias —le dice Karambetsos amablemente.

Kordonás se dirige a mí.

—Busque en otra parte, comisario —me dice—. Los que mataron a los dos profesores quisieron castigarlos por desertores. Para nada pretendían castigar al sistema.

Abre la puerta, suelta un *ciao* y se va.

—¿A qué conclusión has llegado como experto en el tema? —pregunto a Karambetsos.

—En primer lugar, quiero aclarar que Kordonás es legal y que confío en él. De manera que nos quedamos con la banda y descartamos la organización terrorista.

Estoy a punto de decirle «algo es algo», cuando suena mi teléfono móvil.

—Señor comisario, el ministro quiere vernos en su despacho dentro de media hora —anuncia la voz del subcomandante.

—Voy ahora mismo. —Cuelgo el móvil y le digo a Karambetsos—: Tengo que irme. Nos espera el ministro.

—Te has convertido en la réplica de Guikas —contesta. Yo me cabreo, y él se echa a reír.

Cojo el Seat, porque he decidido ir directamente a casa después de la reunión. No hace falta ser adivino para saber que el encuentro con el ministro se prolongará hasta tarde. Esta noche vienen a cenar con nosotros las tres Gracias y



no tengo ganas de dar cabezadas cuando nos sentemos a la mesa. Además, no me queda nada por hacer en Jefatura hasta mañana por la mañana.

Voy directo al despacho del subcomandante, porque tengo miedo de toparme con el ministro y prefiero evitar a toda costa cualquier conversación privada con él.

Todavía no nos han convocado, de manera que aprovecho la oportunidad para informar al subcomandante de mi reciente conversación con Kordonás.

—Así que la posibilidad de un atentado terrorista queda definitivamente descartada —dice mi superior cuando termino.

—Karambetsos la descarta y estoy de acuerdo con él.

Nos vemos obligados a interrumpir nuestra conversación cuando nos avisan de que el ministro nos está esperando.

Nos lo encontramos sentado a la mesa de reuniones, acompañado del comandante.

—Quiero un informe detallado, porque estoy muy preocupado —dice el ministro a modo de introducción—. Dos miembros del Gobierno han sido asesinados, y tengo la impresión de que las investigaciones no avanzan en absoluto.

—En esta fase, las investigaciones avanzan por descarte, señor ministro — responde el subcomandante—. Así se va estrechando el círculo de sospechosos, cosa que nos permite centrarnos en los más probables.

—¿Y a qué conclusiones han llegado hasta el momento?

—Hoy mismo hemos descartado del todo la posibilidad de un atentado terrorista. El señor comisario se lo explicará.

Empiezo por Kléarjos Rapsanis y su relación virtual con Glykería Karambini. Al ver que el ministro no me hace preguntas, continúo con el caso de Aristotelis Arjontidis, sus estudios universitarios y su implicación en Lotta Continua cuando estaba en Italia. El ministro me escucha ceñudo y en silencio. Resulta fácil darse cuenta de que mi relato no le complace en absoluto.

—Teniendo todo esto en cuenta, debemos descartar por completo la posibilidad de un atentado terrorista, señor ministro —concluyo—. El móvil de los asesinatos es justo el que se menciona en los comunicados. Por otra parte, también estamos seguros de que no nos encontramos ante un agresor aislado, sino ante una organización criminal.

—Lo que me acaba de contar de mis colegas fallecidos no debe trascender a los medios de comunicación, señor comisario. Sobre todo, la relación de Arjontidis con esa organización terrorista en Italia. Se puede imaginar las consecuencias si estos datos se filtraran a la prensa.

—No se filtrarán, al menos no lo harán por mí, señor ministro. Sin

embargo, estos hechos también se conocen fuera del ámbito de la policía. Los conoce nuestro confidente y el amigo italiano de Arjontidis. Por lo que se refiere a este segundo, puesto que no ha hablado del tema hasta ahora, podemos suponer que tampoco lo hará en el futuro. Pero ¿quién nos garantiza que no hablará el confidente?

—Dígale a Karambetsos que le amenace —es la contundente respuesta del ministro—. ¿Alguna cosa más?

—Sí, señor ministro —le digo.

—Le escucho.

—Necesito su permiso para hablar con estudiantes que sean miembros de las organizaciones estudiantiles sobre sus relaciones con Arjontidis.

—¿Lo considera necesario? —pregunta el comandante.

—Arjontidis era un hombre muy reservado. Nos enteramos por casualidad de su amistad con el profesor italiano, y, gracias a él, de sus actividades políticas mientras estudiaba en Italia. Los estudiantes tal vez nos ofrezcan pistas nuevas si nos cuentan de qué hablaban con Arjontidis.

—Preferiría que se viera con sus colegas —responde el ministro—. Si se enteran en la universidad de que ha estado entrevistando a miembros de las organizaciones estudiantiles, podríamos tener problemas.

—No le falta razón —dice el comandante cuando salimos del despacho del ministro.

—No se lo voy a discutir, pero carecemos de fuentes de información y nos encontramos en un punto muerto.

—Inténtelo con los colegas universitarios. Quizá saque algo en claro. —Sus palabras suenan más a consuelo que a consejo.

Ya en el coche, se me ocurre que podría volver a hablar con Pestoni. Tal vez Arjontidis le mencionó a algún profesor con el que mantenía buenas relaciones.

Arranco el motor y pongo rumbo a casa, sintiéndome ya en la antesala del agotamiento.

Las mujeres me reciben con gritos de entusiasmo. Una tras otra se lanzan a mis brazos y me dan besos acompañados de cálidas felicitaciones.

—¡Enhorabuena, que el niño sea feliz y tenga salud!

Después de tanta efusividad, nos sentamos en el salón para charlar, y Adrianí no pierde la oportunidad para colgar la medalla a Kaliopi.

—Acertaste con el café, amiga mía. ¡Te felicito! —le dice.

—Qué va, fue pura casualidad —responde Kaliopi con condescendencia.

—No le hagas caso, es una crac —interviene Tasía—. Cuando Kaliopi lee el poso del café, nunca se equivoca. Sé bien de qué te hablo.

La conversación en torno a las habilidades adivinatorias de Kaliopi es lo último que quiero oír en estos momentos. Por suerte, Arguiró cambia de tema y centra su interés en mí.

—Pareces cansado, Kostas.

—No es cansancio, pero nos hallamos en plena investigación de un caso complicado que me pone de los nervios.

—¿Esa historia de los dos profesores asesinados? —pregunta Tasía.

—Sí. Es una historia muy enrevesada y no conseguimos encontrar ni un cabo suelto.

—¿Qué tal si le pides a Kaliopi que te lea el café? —propone Adrianí—. Quién sabe, podría descubrir quién es el asesino.

Las tres Gracias estallan en carcajadas, mientras que, tras su intervención exitosa, mi mujer se dirige a la cocina a por la cena. Pensándolo bien, razón no le falta. Si no cambia la situación, ya me veo recurriendo a una adivina.

—¿De verdad no habéis hecho ningún progreso? —me pregunta Tasía, que siente debilidad por las historias policiacas y encuentra en mí a una fuente acreditada.

—Los casos que se mueven dentro de un círculo social o profesional cerrado siempre resultan difíciles de resolver —le explico—. Todo el mundo protege a los suyos y suelta la información con cuentagotas. Lo único que sabemos seguro es que ambos asesinatos fueron perpetrados por una banda criminal.

—Hemos llegado a un punto en que cada día aparece una banda nueva —comenta Kaliopi—. Aunque es la primera vez que oigo hablar de una organización que se dedica a matar a profesores universitarios.

—Me temo que os costará Dios y ayuda encontrar a los culpables —opina

Arguiró.

—Ya los pillaremos. Lo importante es que no haya nuevas víctimas antes de que los identifiquemos.

—Dejad este tema tan aburrido y venid a la mesa —nos llama Adrianí, que aparece con la cena—. Os hemos invitado para celebrar un acontecimiento feliz, no para hablar de crímenes.

Me entran ganas de estamparle un beso, ya que no me resulta nada agradable hablar con terceros de los casos que me preocupan, y menos en un día como hoy, que ha sido especialmente duro. Por otro lado, no quiero mostrarme grosero cortando la conversación de cuajo. Maldigo mi flaqueza e intento pensar en opciones alternativas para cambiar de tema.

En cuanto nos reunimos en torno a la mesa se oyen gritos de entusiasmo.

—¡Bueno! Quedamos en que nos invitabas a cenar, no en que traerías la cocina del Gran Bretaña<sup>13</sup> a tu casa —exclama Arguiró.

—En el Gran Bretaña se puede comer de todo, aquí solo encontraréis guisos de verduras al horno —puntualiza Adrianí—. No tiene ningún sentido preparar carne asada cuando Atenas está llena de asadores y todos los restaurantes la sirven como primer plato.

Lo de los asadores es una indirecta para mí, porque me gustan los *suvlakis*. Recorro la mesa con la mirada mientras vamos ocupando nuestros asientos. Adrianí ha preparado tomates rellenos, tal como me había anunciado, pero también berenjenas *imam*. El primer plato consiste en remolacha con salsa de ajos, acompañadas de caballa ahumada.

—Si no os gustan los tomates rellenos, podéis comer berenjenas *imam* o viceversa. No os preocupéis, no me voy a enfadar —declara mi mujer.

—¿Hablas en serio? ¿A qué griego no le gustan los tomates rellenos? —pregunta Tasía.

—No lo has pillado. Nos obligará a comer ambas cosas, para que después tengamos que ponernos a dieta durante días —puntualiza Kaliopi.

—Siempre existe la solución de la fiambra —aclara Adrianí.

—Ya. Hemos venido a cenar y volveremos a casa con la comida bajo el brazo —bromea Tasía.

—Dime una cosa, ¿piensas alimentar a tu nieto a base de guisos de verduras? ¿Quieres que sea vegetariano? —pregunta Arguiró a mi mujer.

—No creas. Si se parece a su abuelo, será un asiduo de los asadores —zanja Adrianí, remachando su indirecta.

Yo me limito a desempeñar las sencillas funciones del anfitrión. Descorcho la botella de vino y lleno las copas. Con las exclamaciones de «salud» empiezan otra vez las enhorabuenas para los abuelos y los buenos deseos para el pequeño

Lambros.

—Yo también tengo algo bueno que anunciaros —dice Tasía cuando termina la ronda de felicitaciones—. Mi hijo ha ganado un proyecto en la Universidad de Birmingham. Es un trabajo de dos años y, si lo lleva a cabo con éxito, tiene muchas probabilidades de que le ofrezcan un puesto de profesor.

—¡Bravo, enhorabuena! —exclamamos todos al unísono.

—Seguro que lo consigue. Zemis es un chico muy competente y tiene una buena formación. Ya era hora, porque lo ha pasado fatal —dice Kaliopi.

A continuación se hace un silencio, durante el cual solo se oye el sonido de los cubiertos.

—Te felicito, Adrianí. Eres una gran cocinera. Tu comida es un poema —dice Arguiró al final.

Tasía se muestra más atrevida:

—Deberías salir en la tele para enseñar a los telespectadores cómo es la auténtica cocina griega.

—No te hagas ilusiones, que ningún programa me aceptaría —contesta Adrianí.

—¿Por qué no? —pregunta sorprendida Arguiró.

—Porque a nadie le interesa la cocina griega de nuestras madres. ¿No ves que siempre hay cosas raras en los menús? Carne con salsa de naranja e higos secos, o judías con uvas pasas y bergamota. He dejado de ver esos programas porque me quitan el apetito.

Todos nos echamos a reír.

—Pues esta noche hemos engordado al menos dos kilos —afirma Kaliopi.

—Vamos, mujer. ¿Crees que con un par de kilos de más seremos más solteras? —bromea Arguiró.

Adrianí recibe los cumplidos en silencio, inclinada sobre su plato, como siempre.

Tasía ha traído el postre, una tarta de chocolate con fresas.

—No sé hacer tartas, pero la pastelería donde la he comprado es excelente, os lo garantizo —declara.

Después de la cena nos sentamos a charlar una horita más, no de asuntos policiales, sino de cosas intrascendentes. Al final de la velada nos despedimos con abrazos y con la promesa de volver a vernos muy pronto.

Voy al comedor para ayudar a Adrianí a recoger la mesa, pero ella no me deja.

—Vete a dormir. Estás cansado, Arguiró tenía razón.

No espero que me lo diga por segunda vez.

—La comida ha sido excepcional esta noche —le digo—. Ha sido una

sorpresa incluso para mí, que me tienes mal acostumbrado.

—Gracias, Kostas —me responde—. Espero que también le guste a tu nieto cuando pueda probarla.

*banda*. f. 1. Cada uno de los grupos de contribuyentes en los que estaban divididos los ciudadanos atenienses más ricos y a los que estaba encomendada la satisfacción de determinadas necesidades, o la consecución de objetivos militares concretos. | 2. Nombre de una unidad de la armada ateniense. | 3. Compañía, pandilla. | 4. Clase escolar. | 5. Clase romana durante el gobierno del cónsul Servius Sulpicius. | 6. Banda criminal<sup>14</sup>.

Qué suerte tienes, Dimitrakos, de no vivir en nuestra época, pues no solo conocerías la decadencia de la palabra «banda» de grupo de ciudadanos ricos o clases escolares a pandillas de todo pelaje, sino que serías testigo de la degradación de la palabra «rico» hasta convertirse en sinónimo de vacilón y, de ahí, de fantoche.

Mientras conduzco camino de Jefatura no me puedo quitar el diccionario de la cabeza. Y solo cuando llego a mi despacho puedo colocarlo mentalmente en la estantería, porque me urge llamar a Pestoni.

—Ha salido a dar su paseo matinal, señor comisario —me informa su mujer—. A esta hora sale siempre a caminar junto a la orilla del mar.

Cuelgo el teléfono después de rogarle que me llame cuando vuelva a casa.

Como no tengo nada mejor que hacer, llamo a mis ayudantes para hacer juntos un repaso de la situación. Quiero ponerles al día de mis encuentros con Pestoni y con el ministro y, al mismo tiempo, aprovechar para ordenar mis pensamientos.

—Todo esto está muy bien, señor comisario —dice Dermitzakis cuando termino—. Tanto la charla con los estudiantes como haber podido descartar la participación de un grupo terrorista. Sin embargo, me parece que no avanzaremos ni un paso si no hablamos antes con algunos colegas de Arjontidis. Aunque los estudiantes conozcan las relaciones de este con las organizaciones juveniles, no saben nada de sus relaciones con los demás profesores. Por no hablar de que no me fío ni un pelo de los estudiantes.

—¿Por qué no te fías de ellos? —pregunta Askalidis.

—Porque la hostilidad entre los estudiantes y la policía es proverbial. ¿Quién me asegura que nos han dicho la verdad y que no nos han mentado a propósito para despistarnos?

—Estoy de acuerdo contigo en casi todo —le digo a Dermitzakis—. No obstante, no podemos contactar con los profesores a ciegas. Hay que encontrar a alguien que no nos cuente solo lo que le conviene. Por eso he vuelto a llamar a

Pestoni, porque era amigo de Arjontidis y puede que le hubiera mencionado a algún otro profesor con el que tenía amistad; en este caso, empezaríamos por él.

Justo en este momento llama Pestoni. Ni que nos hubiéramos puesto de acuerdo.

—Mi mujer me ha dicho que quiere hablar conmigo.

—Sí, señor Pestoni, necesito que nos ayude. Estamos buscando en la universidad, entre los colegas de Arjontidis, a alguien que mantuviera una relación más estrecha con él. Como ustedes se conocían desde que él era un estudiante, he pensado que quizá le habló de algún profesor en concreto que destacara entre su círculo de conocidos.

Se produce un silencio. Al principio pienso que Pestoni intenta recordar, pero me doy cuenta de mi error en cuanto empieza a hablar:

—Había alguien, aunque no era un compañero de trabajo —dice con cierta vacilación.

—¿Quién era? —pregunto, pensando otra vez en las organizaciones terroristas.

—Una de sus alumnas, que estudiaba el posgrado con él. Arjontidis me hablaba a menudo de su relación con ella, aunque creo que ni él mismo sabía qué tipo de relación mantenían exactamente. ¿La relación entre un profesor y una estudiante de posgrado, una relación de amistad o una de amor? Estoy bastante seguro de que ni él mismo lo sabía a ciencia cierta.

—¿No sabrá, por casualidad, el nombre de esa amiga?

—Sí, se llama Pavlina Menekidis.

—Muchas gracias, señor Pestoni.

En cuanto cuelgo el teléfono me vuelvo hacia Kula.

—Tenemos que localizar a una tal Pavlina Menekidis. Arjontidis mantenía con ella una relación peculiar, además de que por lo visto era la única persona con la que se relacionaba de manera un poco más estrecha. Quiero que la abordes tú, y que la convenzas de que hable con nosotros. Si la llamo yo, podría cerrarse en banda. Será más fácil que se abra a otra mujer.

Con esto termina la reunión y mis colaboradores vuelven a sus despachos. Me preparo mentalmente para afrontar el enervante periodo de espera hasta el próximo acontecimiento, pero, en esta ocasión, no acierto. Me levanto para bajar al bar y pedir otro café para matar el tiempo cuando suena el teléfono.

—Soy el profesor Kardasis, señor comisario. ¿Recuerda que le mencioné a un profesor emérito y que me dijo que quería hablar con él?

—Claro que lo recuerdo.

—El señor Seféroglu aún recibe quimioterapia, pero se encuentra bien. Le he explicado la situación y ha aceptado hablar con usted. ¿Quiere apuntar su



teléfono?

Me da el número y lo anoto.

—Muchísimas gracias, señor Kardasis. Ha sido de gran ayuda.

—Esperemos que saque algo útil de su conversación con él.

Marco el número enseguida y me contesta una voz femenina.

—Quisiera hablar con el señor Seféroglu.

—¿De parte de quién?

—Soy el comisario Jaritos, le llamo de parte del profesor Kardasis.

—Espere un momento, por favor.

Enseguida me llega una voz muy briosa al otro extremo de la línea.

—Buenos días, señor comisario. Manolis Kardasis me dijo que le gustaría reunirse conmigo.

—Así es, señor Seféroglu. ¿Cuándo le iría bien quedar?

—Me gustaría que viniera ahora que me encuentro bien, pues últimamente no estoy siempre así. Vivo en la calle Spefsipu, en Kolonaki.

Me da el número y le digo que voy enseguida.

Por suerte, el trayecto desde la avenida Alexandras hasta Kolonaki está despejado y no tardo mucho en llegar. El profesor Seféroglu vive en una casa de estilo neoclásico, de aquellas que pertenecían a la burguesía opulenta de Kolonaki en el periodo de entreguerras, cuando movía los hilos de la política griega.

Me abre la puerta una mujer de origen asiático, que me conduce a una habitación a la izquierda de la entrada. A diferencia de los despachos de Rapsanis y de Arjontidis, este es pequeño y tiene una única librería detrás del escritorio.

Seféroglu se levanta para recibirme y me tiende la mano. Debe de tener más de ochenta años, es de mediana estatura y de complexión delgada.

—Siéntese, señor comisario. ¿Le apetece un café?

—No, gracias. Ya he tomado dos esta mañana.

—Le he pedido que venga enseguida porque hace dos años que lucho contra un cáncer. Ayer mismo concluí un nuevo ciclo de quimioterapia. No sé si será el último, pero lo que sí sé es que no tengo que ingresar en el hospital, al menos por un tiempo, y esto me pone de buen humor. En esta habitación me he habilitado un estudio provisional, ya que me resulta difícil subir a la primera planta, donde está mi despacho de toda la vida. —Hace una pausa y luego entra en materia—: Le escucho. ¿Qué quiere saber?

—Mis preguntas guardan relación con la investigación que estamos llevando a cabo de los asesinatos de los profesores Kléarjos Rapsanis y Aristotelis Arjontidis. Como usted ya sabrá, los asesinos alegan haberles matado

porque abandonaron la docencia para dedicarse a la política. Cuando hablé con el profesor Kardasis, me dijo que usted no solo conocía a Kléarjos Rapsanis, sino que conoce a fondo la situación de las universidades griegas. Su ayuda será inestimable, porque le confieso que todavía no hemos hecho ningún avance significativo.

Seféroglu se toma su tiempo para contestar. Cuando al fin empieza, habla despacio, como si tuviera que explicar un complejo problema matemático a uno de sus estudiantes.

—He leído los dos comunicados, señor comisario. No hace falta que le diga que rechazo de plano ambos asesinatos. Lo extraño y contradictorio de esta situación es que, mientras que los asesinatos son actos execrables, las causas que aducen los asesinos en sus comunicados son legítimas y se ajustan perfectamente a la realidad.

—¿Quiere decir que los asesinos tienen razón? —pregunto estupefacto.

—No diría que tienen razón. Los asesinos nunca tienen razón, hasta aquí estamos de acuerdo. Afirmaría, no obstante, que las razones que invocan en sus comunicados no carecen de fundamento. —Hace una pausa, por si tengo preguntas que hacer, y luego continúa—: Nuestras universidades se enfrentan a problemas gravísimos, señor comisario. Los más acuciantes son los económicos. Se encuentran en una situación financiera tan lamentable que no pueden convocar nuevas plazas de profesorado para cubrir las vacantes existentes. Conozco a profesores eméritos que siguen impartiendo clases para que los alumnos no pierdan sus estudios. Es lo que hacía yo también hasta que enfermé de cáncer. Por desgracia, ahora ya me resulta del todo imposible. Es decir, cuando las universidades se enfrentan a dificultades tan apremiantes, es una inmoralidad abandonarlas para dedicarse a la política.

—Tal como hicieron Rapsanis y Arjontidis —respondo para volver a centrar el tema.

—No puedo decirle nada de Arjontidis. No le conocía en absoluto. A Rapsanis, en cambio, le conocía desde que era estudiante. Su dedicación a los estudios era casi sagrada, y era un alumno extremadamente inteligente. Su único problema era su gran voracidad. Se licenció con matrícula de honor y fui yo quien le convenció de que permaneciera en la universidad. Moví cielo y tierra para que le concedieran la primera plaza que se convocase. —Calla y da un suspiro—. Por desgracia, pronto empezaron los problemas.

—¿A qué problemas se refiere?

—La creación de camarillas o la adhesión a las ya existentes. La división de sus alumnos entre afines y los de fuera. Todo esto forma parte del sistema clientelar que sufre nuestro país. Al principio, atribuí su actitud a su pasión por

abrirse camino. Por supuesto, yo era consciente de que estas maniobras también tenían lugar dentro de la universidad, de que formaban parte del sistema clientelar. Sin embargo, cuando Rapsanis dejó su plaza docente para ser elegido diputado, me di cuenta de que allí había algo más, una especie de entrenamiento previo, de precalentamiento para su carrera política.

—Tal vez usted pueda explicarme lo que intento comprender y nadie me ha podido explicar hasta el momento. ¿Cómo es posible que una persona que se ha pasado la vida entera en la universidad, dedicada a sus clases y a la erudición, lo deje todo plantado, es decir, que eche a perder todos esos esfuerzos, con el único propósito de llegar a ser ministro? Si logro entender su manera de pensar, quizá podamos delimitar el círculo de posibles sospechosos.

—Ha hablado de erudición. ¿Dónde está buscando a los culpables? ¿En los círculos de eruditos?

—Para serle sincero, no solo allí, aunque también.

Seféroglu me mira con una sonrisa.

—Los eruditos ya no existen, señor comisario. Solo existen los intelectuales.

—¿Cuál es la diferencia? —pregunto, porque el tema se me escapa por completo.

—Las personas eruditas son gente de biblioteca, de estudio y de trabajo científico. Los intelectuales son especialistas en todo y expertos en nada. Los eruditos tienen conocimientos, los intelectuales tienen opiniones y les gusta publicitarlas a la menor oportunidad. La expresión de una opinión se caracteriza por dos cosas, ambas de origen sexual.

—¿Sexual? —repito, como si no pudiera creer lo que oigo. ¿Acaso se ha propuesto Seféroglu volverme loco?

—Sí, comisario, sexual —confirma mi interlocutor—. La primera característica es la lujuria analítica. Los intelectuales lo analizan todo por sistema. Padecen una enfermedad para la que aún no hay cura: la analisitis. La segunda característica es el hedonismo de la autoescucha. Se oyen hablar a sí mismos y se erotizan. —Menea la cabeza con expresión triste—. Los eruditos ya no existen, señor comisario, como ya no existen los profesores universitarios.

—¿No existen los profesores universitarios? —le pregunto, estupefacto, al tiempo que me pregunto a mí mismo con quién he estado hablando todos estos días.

—No. Los profesores universitarios hoy en día son meros profesionales, podrían ser inspectores de Hacienda, banqueros, policías como usted o militares como mi padre, no hay ninguna diferencia. Con los verdaderos profesores universitarios pasa lo mismo que con los eruditos y los intelectuales de los que

hablábamos antes. Aquí se cierra el círculo. —Me mira y parece disfrutar de mi desconcierto—. Soy consciente de que, en un primer momento, esto le confunde más que le ayuda —me dice—. No es esta mi intención. Le he hecho toda esta introducción para explicarle que las personas que asesinaron a Rapsanis y a Arjontidis son gente del pasado.

Enseguida lo pillo, porque intuyo que, por fin, estamos entrando en materia.

—¿Gente del pasado? ¿Me lo puede explicar mejor?

—Gente de la universidad de antaño, con profesores que no eran como los de ahora, sino docentes de verdad e intelectuales con vocación de servicio. En mi opinión, los asesinos han actuado así porque detestan a los profesores universitarios actuales, los consideran traidores por haber abandonado la docencia para pasarse a la política. En otras palabras, desean resucitar la universidad de antes. Viven en otro mundo y ese mundo es el pasado. No pierda el tiempo con los profesores y los estudiantes de ahora. Estos se han acostumbrado a la nueva realidad y les parece normal. Busque en el pasado. —Respira profundamente y se apoya en el respaldo del sillón—. Ahora le ruego que pongamos fin a esta conversación. Me siento cansado.

Me pongo de pie de inmediato.

—Profesor, le agradezco sus explicaciones y el tiempo que me ha dedicado. Su punto de vista me ha abierto nuevas perspectivas y nuevas vías por las que canalizar nuestra investigación.

—Le deseo buena suerte —me dice, y nos despedimos.

La mujer de origen asiático me está esperando al otro lado de la puerta y me acompaña hasta la salida.

Me monto en el Seat y me quedo sentado un rato, intentando poner en orden todo lo que me ha dicho Seféroglu. Para empezar, es el único que ha sabido interpretar correctamente los comunicados, con excepción de Kordonás, que descartó enseguida los atentados terroristas. La opinión de Seféroglu es que los asesinos quieren castigar a aquellos a quienes consideran responsables del declive de las buenas universidades de antes. Por eso hacen referencia a profesores de épocas pasadas. Los criminales no son terroristas, son nostálgicos del pasado.

La otra cosa que me ha dicho, que busque en el pasado, también me abre nuevas posibilidades. Solo que estas son una puerta que se abre al caos. Porque, ¿de qué pasado se trata y dónde he de buscar? Me parece muy poco probable que encontremos a viejos profesores que asesinen con pesticidas y claven cuchillos en la espalda de los profesores que han llegado a ser ministros.

Ya hemos establecido que los asesinos son gente culta. La única explicación razonable es que se trate de personas decepcionadas con sus

estudios, que quieren volver a los buenos viejos tiempos.

Cuando por fin pongo el Seat en marcha, tengo la cabeza como un bombo.

Durante todo el trayecto de vuelta intento encontrar pistas que me conduzcan al pasado. Está claro que en todas las investigaciones llega un momento en que tienes que remontarte al pasado, aunque, normalmente, sabes qué estás buscando y dónde debes buscarlo. En esta ocasión, sin embargo, es como tirar los dados y cruzar los dedos para que salga una pareja de seises.

Poco antes de llegar a Jefatura concluyo que el único procedimiento razonable sería solicitar de las facultades de Derecho y de Filosofía el listado de viejos profesores jubilados, por si allí encontramos algún nombre que nos pueda ayudar a avanzar con respecto a la línea de investigación que me ha facilitado Seféroglu.

Llamo enseguida a Dervísoglu, que tiene estudios universitarios y está más familiarizado con la burocracia.

—Quiero que redactes una lista de los profesores que en el pasado impartieron clases en las facultades de Derecho y de Filosofía, y que ahora son eméritos —le digo.

—De acuerdo, pero voy a tener que pasarme varios días en los archivos de las facultades y en el Museo de la Historia de la Universidad para repasar los registros y los anuarios —me contesta Dervísoglu—. Además necesitaré una orden, no de la policía, sino del juez, para poder moverme sin que me pongan trabas.

—Pediré al subcomandante que la solicite de la fiscalía para no demorarnos con trámites innecesarios.

—¿Hasta dónde debo remontarme?

Es una buena pregunta, que no se puede responder sin cierta reflexión. No hace falta retroceder hasta la época de los profesores que los asesinos mencionaban en sus comunicados. La mayoría de ellos ya ha muerto y, en caso de que alguno siga con vida, estará condenado a la inmovilidad o a guardar cama por culpa de la edad.

Lógicamente, deberíamos remontarnos hasta la época en que tuvo lugar el gran vuelco de la ética universitaria. Sin embargo, no quiero molestar a Seféroglu de nuevo, puesto que está enfermo y agotado por los tratamientos de quimioterapia.

—¿Qué me propones tú, que has pasado por la universidad? —pregunto a Dervísoglu.

—Señor comisario, yo me entusiasmé cuando entré en la facultad, estaba

encantado cada vez que aprobaba una asignatura, pero nunca fui más allá, porque no me interesaba.

Es una explicación lógica, pero no nos ayuda en absoluto. De repente, me acuerdo de que queda pendiente el contacto de Kula con la amiga de Arjontidis. Si ya ha dado con ella, nos podría ayudar a arrojar nueva luz sobre la investigación.

—De acuerdo. Tenemos tiempo para pensarlo hasta que llegue la orden del fiscal —le digo a Dervísoglu.

Acto seguido llamo a Kula.

—¿Qué hay de la amiga de Arjontidis? ¿Has podido localizarla?

—¿Menekidis? La he localizado enseguida, no ha sido tan difícil. Da clases en una academia privada. Me ha dicho que puede venir a Jefatura a hablar con nosotros.

—Llámalas y pregúntale si puede venir ahora. Urge que hablemos con ella.

En cuanto Kula sale de mi despacho, llamo al subcomandante y le cuento mi conversación con Seféroglu.

—¿Cree que puede tener razón? —me pregunta pensativo.

—No sé todavía si tiene razón, pero, ya que estamos dando palos de ciego, no perdemos nada si investigamos también esta posibilidad. —A continuación le explico por qué quiero acelerar el trámite de la orden del juez.

—Enseguida llamo al fiscal.

Kula me informa de que Menekidis está de camino. Todavía no hemos encontrado ningún cabo suelto, pero, al menos, nos hemos puesto en movimiento. Algo es algo.

Sigue una llamada del subcomandante, que me anuncia que la orden estará lista en una hora y que podemos ir a buscarla. Enseguida aviso a Dervísoglu.

—¿Por dónde piensas empezar? —le pregunto.

—Creo que por la Facultad de Derecho. Porque allí me encuentro como pez en el agua, pero también porque la primera víctima fue Rapsanis. —Muestro mi conformidad y colgamos el teléfono.

Al cabo de quince minutos aparece Kula acompañada de una joven que ronda los treinta y cinco. Delgada, morena y sin maquillaje, pero con un encanto que salta a la vista.

—Me han comunicado que quería verme en relación con el asesinato de Aris Arjontidis, señor comisario —dice, y me tiende la mano.

—Sí, me gustaría hacerle algunas preguntas, señora Menekidis —respondo, y la invito a sentarse con un ademán. También a Kula.

—Si quiere hacerme preguntas, seguro que ya le han hablado de mi relación con Aris.

—Para empezar, sabemos que usted cursó un máster bajo la supervisión de Arjontidis —se me adelanta Kula.

Menekidis la mira con media sonrisa.

—Vamos. Ya saben que nuestra relación iba más allá del máster. —Se vuelve hacia mí—: Hace ya varios años que no había ningún contacto entre Aris y yo, comisario —me dice—. Sin embargo, su asesinato me ha conmocionado tanto que estoy dispuesta a contestar a todas sus preguntas, por si así puedo contribuir a detener a su asesino.

—Acaba de decir que su relación iba más allá del máster. ¿A qué se refiere? —pregunto.

—Yo fui alumna de Aris Arjontidis en la universidad. Cuando terminé el posgrado, quise hacer el doctorado sobre el poema «Pórfyras» de Solomós. Le propuse dirigir mi tesis y él aceptó. —Hace una pausa para ordenar sus pensamientos—. Aris era una autoridad en literatura de las islas Jónicas, sobre todo en la obra de Solomós, señor comisario. Era apasionante oírle hablar de la poesía de Solomós. Los problemas empezaban allí donde terminaba la poesía.

—¿Qué quiere decir?

—Aris admiraba a Solomós como poeta, pero lo despreciaba por completo como ser humano. Su alcoholismo se le indigestaba, no soportaba la relación del poeta con su hermano, Dimitrios. En términos generales, su opinión de Dionysios Solomós estaba dividida entre la admiración por el poeta y el desprecio por el hombre.

—Todo esto que me cuenta es muy interesante, pero no veo qué relación puede tener con su asesinato —le digo.

—No se precipite, señor comisario —me contesta la joven sin impacientarse—. Cada vez que empezábamos a hablar de la vida personal de Solomós, terminábamos hablando de política. Aris empezaba por la aristocracia de Zákynthos, repasaba la vida de Solomós en Italia y terminaba con sus propios años estudiantiles y con las organizaciones políticas italianas, el Partido Comunista de Italia, las Brigadas Rojas y Lotta Continua. Cuando cogía este derrotero, Aris perdía de vista la ciencia, se olvidaba de Solomós y solo pensaba en las luchas sociales. —Hace una pausa y concluye—: No se daba cuenta de que, desde determinado punto de vista, él mismo era una réplica de Solomós.

—¿Puede explicarnos esto último? —pregunta Kula.

—Tal como admiraba al poeta y despreciaba a la persona de Solomós, Aris también era un gran científico, pero un pésimo politólogo.

Mientras escucho a Menekidis, mi mente vuelve involuntariamente a mi conversación con Seféroglu y a su distinción entre los eruditos y los intelectuales. Arjontidis guardaba su saber en un estante para hacer disertaciones



sobre política.

—En cualquier caso, yo me enamoré del erudito —continúa Menekidis—. Tuve la ingenuidad de creer que el hombre de letras y el amante vencerían al politólogo. —Mueve la cabeza, tal vez para poner énfasis en su ingenuidad, y prosigue—: Me equivocaba. Todas y cada una de nuestras citas amorosas arrancaban con Solomós, tropezaban con la política y, al final, Aris me ofrecía sexo como quien se toma el postre en la cama. Nunca me preguntaba por mi familia, ni cómo estaba yo, ni si tenía problemas.

Miro a Kula de reajo y veo que está mirando a Menekidis desconcertada. No le cabe en la cabeza lo que está escuchando. Y, si soy sincero, a mí tampoco.

—Aquella situación insostenible se prolongó dos años enteros —continúa Menekidis—. Hasta que conocí a un médico que era una persona normal. Trabajaba en el Departamento de Cirugía de un hospital público y deseaba tener una relación normal conmigo. Cuando le dije a Aris que había iniciado otra relación y que quería poner fin a la nuestra, casi no pudo disimular su alegría. Hasta me deseó mucha felicidad con mi nuevo novio. Mi decepción y mi indignación fueron tales que presenté mi tesis doctoral tal como estaba, inacabada, sin dedicarle ni un día más de trabajo. Tenía la sensación de que vivía en una realidad virtual y necesitaba tocar con los pies en la tierra. Me casé con el médico y solicité un puesto de profesora en la enseñanza media. Y mientras espero a que me destinen a una escuela, trabajo en una academia privada. Sin embargo, parece que me precipité, porque mis frustraciones no terminaron con nuestra separación.

—¿No acabaron? —pregunta Kula, más como mujer que como policía.

—Mi gran decepción llegó cuando me enteré de que había entrado en política y le habían nombrado secretario de Estado de Educación. Aris había defendido siempre las organizaciones extraparlamentarias y las luchas callejeras. Odiaba el sistema y sentía desprecio hasta por el Partido Comunista de Italia. No me explico cómo un hombre así pudo aceptar formar parte del sistema y, para más inri, del Gobierno. Todavía no me puedo quitar de la cabeza que me engañara durante dos años. Aún no me lo explico.

—¿Qué no se explica? —pregunta Kula.

—Que cómo un profesor al que sus alumnos escuchaban fascinados cuando impartía clases sobre los poetas jónicos y Dionysios Solomós fue capaz de abandonar la enseñanza y las materias que tanto amaba para ser secretario de Estado. Ni cómo es posible que un hombre con conciencia política, un activista antisistema, entre en este sistema y encima acepte un cargo gubernamental. Por muchas vueltas que le dé, no encuentro una respuesta convincente.

La joven calla y nosotros esperamos a que recobre la serenidad.

—A pesar de todo, la noticia de su asesinato me ha dejado trastornada — prosigue Menekidis al cabo de un rato—. Con independencia de la opinión que me merecía Aris, había tenido una relación con él y no me ha resultado nada fácil aceptar que lo han matado. Por eso he venido en cuanto he sabido que ustedes querían hablar conmigo. Es una forma de dar salida a mis emociones.

«Ha venido para hablarnos de su relación con Arjontidis y quitarse un peso de encima», pienso. Sin embargo, no nos ha revelado nada que nos ayude a avanzar.

—¿Conocía usted a sus amigos? —pregunto.

—Solo tenía un amigo, un profesor italiano que le había enseñado su lengua. Aunque nunca me lo presentó. Aparte de él, todas sus amistades eran formales. Aris era lo que se suele llamar una persona reservada, señor comisario. Imagínese que lo único que llegué a saber de su familia era que vivían en Corfú. Nunca me hablaba de sus padres ni de su hermana.

—De acuerdo, pero para meterse en política y llegar a ser secretario de Estado debía de tener contactos y amistades. No se llega a ocupar un cargo gubernamental sin tener contactos —expone Kula, con toda la razón.

—Seguro que los tenía, pero los mantenía en secreto. Se lo diré de otra manera: Aris establecía relaciones bajo la lógica de la clandestinidad. Yo no sabía cuáles eran sus amigos ni de qué hablaba con ellos, de la misma manera que esos amigos tampoco sabían nada de mí. Ahora bien, no tengo ni idea de si esa táctica de ocultación era resultado de las experiencias vividas en Italia y de sus actividades políticas en el seno de organizaciones extraparlamentarias.

—¿Cuándo tuvo lugar el cambio en las universidades? —pregunto.

—¿A qué se refiere?

—A en qué momento los profesores que se dedicaban en cuerpo y alma a la enseñanza de pronto se dejaron seducir por la política.

—No sabría decirle. Las cosas ya eran así cuando yo entré en la facultad. Aris no era el único, había más. Por algunas conversaciones de las que fui testigo, diría que las cosas fueron cambiando a lo largo de la década de los ochenta. Aunque tampoco pondría la mano en el fuego.

No tengo nada más que preguntarle, y dejo que se marche tras agradecerle su colaboración.

—¿Qué opinas? —pregunto a Kula cuando nos quedamos solos.

—¿De Menekidis o de Arjontidis?

—Empecemos por ella.

—En su caso, la cosa está clara. Se dejó deslumbrar por su profesor y se enamoró de él. Luego llegó el momento en que se dio cuenta de que aquella relación no conducía a ninguna parte, e hizo lo que haría la mayoría: entabló otra

relación y volvió a la normalidad.

—¿Y Arjontidis?

—En este caso, Menekidis ha planteado dos interrogantes, ambos legítimos, en mi opinión. ¿Podría haber estado Arjontidis más involucrado de lo que pensamos en el terrorismo en Italia y, como resultado, tuviera que vivir en una especie de clandestinidad para evitar problemas con la policía que supondrían el fin de su carrera? Y, en segundo lugar: ¿cómo pudo llegar a ser secretario de Estado sin amistades ni contactos personales? Usted ya sabe que esto es imposible. En consecuencia, tenía contactos y amistades, pero las mantenía en secreto.

—Coincido contigo en ambos análisis. Por lo tanto, lo primero que debemos hacer es ponernos en contacto con la policía italiana para averiguar si tienen más datos sobre las actividades políticas de Arjontidis en Italia. Lo segundo será más complicado. Aunque llegemos a descubrir cuáles eran las amistades políticas que lo impulsaron hasta el cargo de secretario de Estado de Educación, nos servirá de bien poco. Porque ha habido un asesinato y sus amigos mantendrán la boca cerrada por miedo a perjudicar al partido.

Kula vuelve a su despacho y yo me veo obligado a darle la razón a Seféroglu por segunda vez. La única manera de lograr abrirnos camino será volviendo al pasado.

La llamada de Dervísoglu me pilla justo en el momento en que me dispongo a marcharme.

—No he tenido que esperar una hora sino tres, señor comisario. He podido hablar con la secretaria de la Facultad de Derecho en el último momento. Me pregunta que hasta dónde hay que remontarse buscando en los archivos.

Esto no se me había ocurrido. La secretaria tiene razón. No podemos solicitar datos al tuntún y sin precisar. Tenemos que definir una fecha de partida. El problema es que yo no sé cuándo pasamos de la vieja época universitaria a la nueva y debería preguntar a algún experto. Menekidis nos ha dicho que a lo largo de la década de los ochenta, pero habría que precisar más.

La solución ideal sería Seféroglu, pero no quiero molestarle otra vez. Podría llamar a Fenekidis, aunque tendría que explicarle mi encuentro con Seféroglu y prefiero dejarlo correr. Solo me queda Kardasis. Me doy tiempo hasta mañana por la mañana para poder pensarlo mejor.

—Diles que les contestaremos mañana —indico a Dervísoglu.

Decido que mi jornada laboral ya ha terminado y me marchó para casa.

Cuando enfilo la avenida Reina Sofía, me entran ganas de hablar con Zisis. Siempre que me siento confuso, hablar con él me relaja, y muchas veces me ayuda a aclararme las ideas.

Sigo bajando hasta la plaza Síntagma, para luego coger la calle Sólonos y llegar a Kypseli por Mavromateon.

Zisis no se encuentra en su puesto junto a la entrada.

—Lambros está en la cocina preparando la cena, señor comisario. ¿Quiere que le llame? —me pregunta una mujer mayor que me ha reconocido.

No quiero interrumpir su trabajo, pero, ya que he venido, me gustaría, al menos, darle las buenas noches.

—Si es posible. Será un momento. Si no, pasaré otro día.

Zisis aparece enseguida luciendo un delantal de cocinero.

—¿Vienes directo de Jefatura? —pregunta.

—Sí. Vengo a verte porque hace tiempo que no hablamos.

—¿Sabe Adrianí que estás aquí?

—No, iré a casa luego.

—Llámalas entonces y dile que has venido, para que no te espere.

No sé adónde quiere ir a parar y empiezo a preocuparme.

—¿Ocurre algo? —pregunto.

—Esta noche sois mis invitados, para celebrar la llegada de mi tocayo.

—¿La de Lambros?

—¿De quién si no? ¿Katerina y Fanis dan mi nombre a su hijo y yo ni siquiera los voy a invitar a cenar? Pero, como mi pensión está rozando el límite entre la vida y la muerte, no puedo invitaros a un restaurante. Así que he decidido invitaros a mi casa. Este refugio de los sin techo ahora es mi casa. Ya he avisado a Katerina, a Fanis y a Adrianí.

Me quedo mirándole anonadado.

—¿Y te has metido en la cocina para hacer la cena tú mismo? —le pregunto sorprendido.

—Ya sabes que me divierte cocinar. Ahora llama de una vez a Adrianí, porque te meterá la bronca por haberla dejado esperando.

Saco el móvil para llamar a mi mujer, mientras Zisis vuelve a la cocina para ocuparse de la cena.

—Este Lambros ha conseguido que me caigan bien hasta los comunistas — anuncia Adrianí con entusiasmo—. ¡Si me lo hubieran dicho hace tiempo, habría dicho que están locos!

—¿No habrás venido para hablar de algo en concreto? —me pregunta Zisis, que ha vuelto a salir de la cocina.

—Sí, pero no corre prisa. Ya hablaremos en otro momento.

Zisis se dirige a la mujer que me ha recibido.

—Anna, por favor, dile a Anguelikí que le eche un vistazo al pastel de verduras y que me llame si me necesita. —Después se vuelve hacia mí—. Yo me he encargado de preparar el pastel de verduras que tanto os gusta, y Anguelikí está haciendo el estofado. Su estofado de ternera es delicioso. Les he pedido a los otros que viven conmigo que me dejen usar la sala de recreo esta noche. Hace buen tiempo, ellos pueden cenar al aire libre o en sus habitaciones. No han puesto ninguna objeción. Te lo digo para que no te sientas culpable por desplazarles. —Calla y me mira con atención—. ¿Te preocupa algo?

Me coge del brazo y me conduce a la sala de recreo de la residencia. En el centro de la sala han puesto una mesa para cinco comensales. Nos sentamos a la mesa de al lado. Empiezo a contarle toda la historia de los dos asesinatos y de las investigaciones que hemos podido llevar a cabo hasta el momento. Pongo especial énfasis en lo que me ha contado Seféroglu. Cuando termino, Zisis se echa a reír.

—Quiero que me presentes a ese profesor —dice—. Ya era hora de que conociera a un tipo de derechas con las ideas claras, aunque sea en mi vejez.

—¿Cómo sabes que es de derechas? —le pregunto extrañado.

—¿Acaso conoces a algún hombre de su edad cuyo papi fuera militar y que

no sea de derechas? Es como si me dijeras que conoces a alguien que pasó por Makrónisos o Ayios Stratis<sup>15</sup>, pero no es de izquierdas. —Se pone serio y reflexiona—. Desde luego, yo no tengo la experiencia del profesor, ya que solo estudié en las universidades populares, pero creo que tiene razón.

—¿Había universidades populares cuando eras joven? —pregunto sorprendido.

—Todos aquellos barrios obreros, Asírmatos, Durguti, Kesarianí, Peristeri, Keratsini, eran nuestras universidades populares, las universidades de la vida. Allí estudiamos nosotros.

De pronto, le interrumpe Anna, que se asoma a la puerta de la cocina y le hace un ademán para que se acerque. Al poco, reaparece Lambros con una sonrisa de satisfacción.

—La cena estará lista en diez minutos. Espero que los tuyos no tarden, para que no se enfríe.

—¿Por qué crees que Seféroglu tiene razón?

—Porque los que cometen los asesinatos son nostálgicos del viejo sistema conservador que tenía las líneas de segregación perfectamente delimitadas. En aquella época los profesores de universidad eran profesores de universidad, y los zapateros remendones eran zapateros remendones. Hoy en día, un profesor universitario puede ser también ministro, y un futbolista puede salir elegido diputado. Los viejos quieren restaurar el sistema de antes, nuestros contemporáneos se han acomodado al nuevo.

—O sea, me aconsejas que haga lo mismo que me dijo Seféroglu, que investigue entre los viejos profesores y sus alumnos.

—¿Por qué solo entre ellos? —Se extraña Zisis—. Puede tratarse de cualquiera. Hasta de los cargos directivos de los centros universitarios, que están indignados con el sistema actual.

Nuestra conversación queda interrumpida por la llegada de Fanis, Katerina y Adrianí.

—Lambros, me has robado la sorpresa que le iba a dar a Kostas —le dice Adrianí mientras le da un abrazo.

Katerina le da una caja de pastelería.

—¿Qué es esto? —pregunta Zisis.

—La tarta que hemos comprado para celebrar la llegada de Lambros. No la tuya, la del bebé —explica Katerina riéndose.

Zisis se fija en el vientre de mi hija.

—¡Oye! ¿Ha crecido?

—Qué va, no ha crecido. Solo está desarrollando curvas —responde Fanis. Katerina le echa una mirada de fastidio, pero mi yerno se echa a reír.

Zisis nos invita a sentarnos a la mesa que ya está puesta y acto seguido vuelve a la cocina. Está estresado con la cena. Me acerco a la puerta y echo un vistazo al pasillo. Está vacío. Los sin techo ya se han retirado discretamente a sus habitaciones.

—Tengo curiosidad por ver qué nos ha preparado —dice Adrianí.

—Cada loco con su tema —contesta Katerina riéndose.

—Cocinar es un arte, no una locura —aclara mi mujer en tono severo.

Katerina sigue tomándole el pelo.

—Tú a callar, que si no llega a ser por mí no te invitan.

La discusión entre madre e hija queda zanjada cuando Zisis entra en la sala con el pastel de verduras.

—Lo he hecho porque sé que os gusta a todos. Luego vendrá el plato principal.

Fanis ha traído dos botellas de vino tinto. Descorcha la primera y nos llena las copas. Brindamos por que el embarazo de Katerina llegue a buen término y empezamos a cenar.

—Lambros, yo también he intentado hacerlo, pero no le llega al tuyo ni a la suela de los zapatos —le dice Adrianí—. Dime cómo lo haces, seguro que tienes trucos que no me quieres revelar, porque tu pastel de verduras es insuperable.

—¿Preparas tú el hojaldre? —le pregunta Zisis.

—Qué va, compro la masa preparada. Sólo me faltaría tener que hacerla, por suerte ya no vivimos en la época de nuestras madres.

—Es que yo preparo el hojaldre. Ahí está la diferencia —afirma Zisis, y se levanta para ir a buscar el resto de la cena.

Es la primera vez en los anales de la cocina que alguien deja a mi mujer sin argumentos en estos temas.

Zisis regresa con una bandeja de verduras hervidas.

—Esperad, esto es solo la guarnición. Voy a buscar el segundo plato —nos advierte.

El segundo plato es estofado de ternera, tal como me había anunciado. Mientras tanto, Fanis ha descorchado la segunda botella de vino. En cuanto suenan las primeras alabanzas del estofado, Zisis nos dice: «Esperad un momento», se levanta de la mesa y va a la cocina.

Pronto reaparece, acompañado de una señora mayor vestida de negro.

—Os presento a la señora Anguelikí —nos dice—. El estofado lo ha preparado ella, no yo.

La señora Anguelikí acepta nuestros elogios con una sonrisa recatada, nos da las gracias y se retira.

Cuando llega el turno de la tarta, Zisis nos propone lo siguiente:

—¿Os importa si no comemos la tarta para que pueda compartirla con mis compañeros mañana? Nos han cedido la sala de recreo y se han retirado a sus habitaciones para no molestarnos. Se merecen, al menos, un trozo de tarta.

Su propuesta es aceptada por todos. Nos quedamos un rato más, hasta terminar el vino. Luego Adrianí insiste en ayudar a Zisis a recoger la mesa.

Justo entonces se me ocurre preguntar a mi hija:

—Katerina, tú lo sabrás mejor que yo. ¿Cuándo cambió la situación en las universidades?

—¿A qué cambio te refieres?

—A esa manía de los profesores de abandonar la docencia para dedicarse a la política.

Katerina se encoge de hombros para indicar que no tiene la menor idea. Pero entonces interviene Fanis.

—Esto ya sucedía antes —me explica—. ¿Cuántos gobiernos hemos tenido con profesores que ocupaban cargos políticos? La diferencia es que entonces los profesores se quedaban en la política, es decir, ponían fin a su carrera universitaria. La situación actual, en la que los profesores se benefician de las puertas giratorias, es cosa de las últimas décadas. ¿Por qué lo preguntas? ¿Te interesa la política o hacer carrera académica? —bromea.

Le cuento mi problema, y él reflexiona al respecto.

—Yo investigaría a los profesores y a los alumnos que vivieron la transición de una etapa a la otra. Son ellos los que no pueden adaptarse a las condiciones actuales.

No le falta razón, aunque tengo la impresión de que Zisis ha dado más en el blanco. ¿Por qué habrían de ser alumnos o profesores los asesinos y no miembros de la administración universitaria que se sienten indignados con la situación actual?

—¿Qué te ha parecido el estofado? —le pregunto a Adrianí en el camino de vuelta a casa. Intento con sumo tacto no mencionar el pastel de verduras.

—Buenísimo, muy sabroso —me responde ella sin vacilar—. ¿Sabes una cosa? Cuando veo a una mujer que cocina tan bien, me imagino de qué casa proviene y me entran ganas de gritar al ver que ha acabado en un centro para indigentes.

Me callo, porque tiene razón. Mi mujer, sin embargo, no ha terminado todavía.

—Tendré que desempolvar las artes de mi madre —dice.

—¿Por qué? —pregunto en tono inocente, aunque ya conozco la respuesta.

—Para preparar yo misma el hojaldre la próxima vez que haga pastel de verduras e invitar a Lambros a probarlo. ¡Solo me faltaba que me den clases de



cocina los comunistas!

Miro la avenida EVELPIDON que se extiende delante de nosotros y piso el acelerador para cruzar el paso subterráneo conteniendo la risa. Hay una cosa segura, y es que Lambros nos ha puesto de buen humor.

El coche está parado en la calle Demóstenes, un poco más abajo del edificio de la Seguridad Social de Jalandri, en batería junto a otro coche. El conductor no tuvo tiempo de terminar la maniobra de aparcamiento antes de caer muerto sobre el volante.

Ahora son las nueve de la mañana, pero recibimos el aviso a las cuatro de la madrugada. La cena que nos ofreció Zisis anoche en el refugio de los sin techo terminó casi a medianoche. Cuando llegamos a casa y nos fuimos a dormir ya era casi la una. Así que me encuentro delante del coche de la víctima tras haber dormido tres horas escasas.

El vehículo es un Toyota Corolla y su conductor es Stellos Kostópulos, profesor de la Facultad de Ciencias Económicas. Parece que era conocido en el barrio, puesto que la persona que nos avisó nos facilitó también su nombre.

La información que hemos podido recabar tras una primera inspección de las inmediaciones habla de un profesor universitario que había ocupado el cargo de ministro de Economía durante tres años. Tras la última crisis de Gobierno, que tuvo lugar hace tres meses, perdió su cargo ministerial y volvió a ocupar su puesto académico.

Kostópulos vivía en la misma calle Demóstenes, un poco más allá del lugar donde lo han encontrado muerto. Estoy esperando las primeras conclusiones de Stavrópulos sobre las posibles causas de la muerte. Si ha fallecido de un síncope, podremos ofrecer nuestras condolencias a la familia e irnos a casa. Pero si la muerte ha sido resultado de una acción criminal, vamos de mal en peor. Porque sería un posible indicio de que los asesinos no matan solo a los profesores que migran al campo de la política, sino también a los que vuelven a los campus universitarios cuando finaliza su carrera política provisional.

Veo que Stavrópulos baja del coche de la víctima y se me acerca.

—Mucho me temo que nos encontramos ante una réplica del primer asesinato —me dice.

—¿De Rapsanis?

—No me acuerdo del nombre, me refiero a aquel que mataron con pesticida. Según parece, a este le han despachado con cianuro.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

—Tiene la americana ligeramente rasgada a la altura del omóplato izquierdo. Como si la hubiera roto al intentar librarse de algo que le molestaba. Le he quitado la chaqueta y la camisa. Hay un poco de sangre en su espalda,

como si le hubieran clavado una aguja. Al acercarme, he percibido un olor a almendras amargas. No puedo estar seguro al cien por cien antes de realizar la autopsia, pero tengo sospechas fundadas.

—¿Cuándo murió, más o menos?

—Entre la medianoche y las tres de la madrugada. Podré precisarlo mejor después de la autopsia.

Stavrópulos se aleja para supervisar el traslado del cadáver a la ambulancia. Espera hasta que Dermitzakis termine de registrar el cuerpo de Kostópulos y luego pone su propio coche en marcha y se aleja siguiendo la ambulancia.

Veo que Dimitríu y uno de sus ayudantes están examinando la calzada delante del coche y me acerco a ellos.

—¿Habéis encontrado algo?

Dimitríu se endereza para hablar conmigo.

—Hay huellas de neumáticos que indican que las ruedas se movieron de derecha a izquierda. Y las ruedas están giradas hacia la acera. Esto resulta extraño. Si el vehículo hubiera estado en movimiento, habría colisionado con el que ya estaba aparcado. El coche de la víctima, sin embargo, estaba parado. Solo se me ocurre una explicación.

—¿Cuál?

—Que el asesino apagó el motor antes de bajar del vehículo. Presa del pánico, la víctima pensó que el motor seguía en marcha e intentó conducir el coche. Hasta que cayó muerto sobre el volante.

Si la teoría de Dimitríu resulta acertada, los agresores fueron dos. Uno de ellos estaba sentado en el asiento de atrás y le clavó la aguja de una jeringa con veneno. El otro se encontraba al lado del conductor y fue quien apagó el motor antes de bajar del coche.

La otra incógnita es si se utilizó también en este caso un ciclomotor, aunque esto, seguramente, nunca lo sabremos. El ciclomotor habría abandonado el lugar del crimen mucho antes de que el transeúnte encontrara el cadáver y avisara a la policía.

—Llevaremos el coche al laboratorio para analizarlo, aunque dudo que encontremos las huellas dactilares de los asesinos. Estoy seguro de que llevaban guantes.

Ya no me queda nada más que hacer aquí. Acompañado de mis ayudantes, me dirijo a la casa de Kostópulos. Dejo a Dermitzakis que continúe solo el registro de la zona, aunque no creo que vaya a descubrir nada relevante. Era de noche, lo han asesinado con una dosis de cianuro, no de un tiro, y los vecinos no se habrán enterado de nada. Un poco más allá hay un quiosco, pero seguro que estaba cerrado cuando se produjo el asesinato.

Menos mal que Kula viene conmigo. Podría serme útil para interrogar a la mujer de Kostópulos.

Subimos a la cuarta planta y nos abre la puerta una muchacha joven.

—Soy la hermana de Mona, la mujer de Stellos —se presenta.

Mona Kostópulos está hecha un ovillo en el sofá de la sala de estar y tiene los ojos cerrados. Ni siquiera se da cuenta de nuestra llegada.

—Mona, es la policía. ¿Puedes hablar? —le pregunta su hermana.

Mona Kostópulos abre los ojos hinchados por el llanto y nos mira. Enseguida, Kula se le acerca.

—No queremos importunarla —le dice—. Si no puede hablar ahora, volveremos en otro momento. Además, el señor comisario solo le hará las preguntas necesarias.

—De acuerdo... —farfulla la mujer de Kostópulos—. Si va a ser breve..., de acuerdo...

—¿Cuándo y cómo la han avisado de lo sucedido, señora Kostópulos?

—Dios mío... Dios mío... —farfulla la mujer de nuevo—. Estaba durmiendo cuando sonó el timbre de la puerta. Corrí asustada y pregunté quién era. Una voz me dijo: «Tiene que bajar enseguida a la calle. Es urgente». Supe de inmediato que a Stellos le había pasado algo. Pensé que se trataba de un accidente de tráfico. Nunca me imaginé que...

Se calla y empieza a sollozar. Su hermana no soporta verla así y sale corriendo de la habitación. La mujer de Kostópulos consigue dominar un poco los nervios y continúa:

—Lo vi desplomado sobre el volante. Estaba sobre el volante, con los ojos abiertos de par en par. —Se lleva ambas manos a la cabeza y suspira. Después se vuelve hacia mí—. Dígame, ¿lo han matado o ha muerto de un infarto?

—En estos momentos no estamos seguros de la causa de la muerte, aunque tenemos la obligación de considerar todas las posibilidades. ¿Recuerda a qué hora la avisaron?

Ella intenta concentrarse.

—Recuerdo que me acosté en torno a las doce, pero no sé cuánto rato estuve dormida.

Esto significa que el asesinato se produjo después de la medianoche.

—¿Su marido tenía la costumbre de volver tan tarde a casa o había una razón en concreto? —pregunto.

—Había invitado a cenar a dos amigos suyos, profesores en Inglaterra. Me pidió que lo acompañara pero a mí me dolía la cabeza. Por eso me quedé en casa y él salió solo. —De repente, se da cuenta de las consecuencias de su negativa y empieza a gritar—. ¡Esto no habría pasado si hubiera ido con él! ¡Dios mío, si le

hubiera acompañado, habría podido evitarlo!

Se echa a llorar de nuevo, meciendo el cuerpo en el sofá. Kula intenta calmarla.

—Tranquilícese, señora Kostópulos. ¿Cómo iba a saber lo que sucedería? Además, si ha sido un asesinato, los asesinos habrían buscado otra oportunidad.

—¿Sabe si su marido había recibido amenazas últimamente? —le pregunto cuando logra dominar un poco los nervios.

—No, nunca me habló de nada parecido. Es más, nunca había recibido amenazas cuando era ministro, y eso que en muchas ocasiones tuvo que tomar medidas impopulares. ¿Por qué iba a recibirlas ahora que había vuelto a ocupar su viejo puesto en la universidad?

—¿Tienen hijos? —pregunta Kula.

—Dos hijos varones. Yannis estudia Filología en la Universidad de Ioánina y Dimitris está haciendo su posgrado en Cambridge.

La dejamos con su hermana y con su dolor. Mientras la mujer se encuentre en este estado, no podemos registrar el despacho de Kostópulos en su domicilio. Tendremos que volver en otro momento.

—Se lo agradecería mucho si pudiera localizar la llave del despacho de su cuñado y me la entregara —le digo a la hermana.

Ella sale de la estancia y reaparece poco después.

—Está cerrado con llave —me dice—. He preguntado a Mona, pero me ha dicho que Stellos siempre cerraba su despacho con llave.

La calle está desierta. Solo quedan los coches de Kostópulos y de Dimitríu con sus colaboradores.

—Llevaremos el vehículo al taller. Ya hemos terminado aquí —me dice Dimitríu.

Le pido que espere un momento, y me acerco a Dermitzakis.

—¿Habéis encontrado llaves en el cuerpo de Kostópulos? —le pregunto.

Él abre la caja en la que guardamos los objetos hallados en el lugar del crimen y me enseña un llavero. La llave del despacho de la víctima estará, sin duda, entre las demás, y podremos registrar el espacio más adelante.

Cuando nos disponemos a abandonar el escenario del crimen, me fijo en un cincuentón que está observando nuestros movimientos desde la acera de enfrente. Al principio no le doy importancia, pero el tipo se nos acerca en cuanto ve que subimos al coche patrulla.

—Vivo en la esquina de Demóstenes con Zenón. Pasaba por la calle Demóstenes cuando vi un coche aparcado más o menos en este lugar. —Señala el punto donde había estado aparcado el coche de Kostópulos—. Los faros de mi coche lo iluminaron, y vi que Kostópulos estaba dentro con dos mujeres.

—¿Se fijó en la marca por casualidad? —Le pregunta Dermitzakis.  
—Si no me equivoco, era un Toyota, pero no me pregunten por el modelo —responde nuestro testigo.  
—¿Usted conocía a Kostópulos? —le pregunto.  
Me mira como si fuera idiota.  
—Vaya una pregunta, lo conocía todo el mundo desde que lo nombraron ministro.  
—¿Recuerda a qué hora pasó usted por aquí, más o menos? —interviene Kula.  
El hombre piensa un poco.  
—Debió de ser sobre las once y media de la noche.  
—¿Le llamó algo la atención? —Vuelve mi turno de preguntas.  
—No. Estaban sentados dentro del coche y parecía que estaban charlando.  
—¿Podría describirnos a las mujeres?  
—Eran dos, ya se lo he dicho. Lo único de lo que estoy seguro es que no eran jóvenes.

Le tomamos los datos para citarlo en Jefatura y que pueda prestar declaración y nos ponemos en marcha.

La primera conclusión, la más fácil, es que no fue el asesino quien apagó el motor del coche de Kostópulos. Seguramente el motor ya estaba apagado y los ocupantes estaban hablando en el interior. Kostópulos no debió de recordar que había apagado el motor y, en su confusión, intentó en vano poner el Toyota en marcha.

Sin embargo, lo más relevante es el dato que acabamos de conocer: había dos mujeres desconocidas conversando con Kostópulos dentro del coche.

La presencia de estas dos mujeres me obliga a remontarme al asesinato de Rapsanis y el pesticida. Los pesticidas son el arma asesina predilecta de las mujeres. Por otro lado, no podemos estar seguros de que fueran las mujeres las que mataron a Kostópulos. Podría ser que el asesino esperara a que ellas se bajaran del coche para ocupar su lugar y matar a la víctima. Cabe la posibilidad de que las asesinas fueran las mujeres, pero es solo una posibilidad más, con un elemento a su favor: la utilización del veneno. Todavía no podemos estar seguros. Lo único seguro es que debemos investigar también la implicación de las dos desconocidas en este último crimen.

Pienso que mi siguiente paso es hablar con los profesores universitarios.

—Lo primero que has de hacer en cuanto llegemos a Jefatura es averiguar cómo se llama el decano de la Facultad de Ciencias Económicas —le digo a Kula.

—Esto es fácil. Solo tardaré un minuto.

Desde luego, esta es la parte fácil. La difícil será localizar a las dos mujeres que se encontraban con Kostópulos en el interior de su coche.

De repente, se me ocurre lo obvio. Si las dos desconocidas no son las asesinas, es muy posible que estén dispuestas a venir a declarar voluntariamente. Si no lo hacen, las posibilidades de que fueran ellas las que acabaron con la vida de Kostópulos aumentan significativamente.

Pienso en llamar al subcomandante para ponerle al día de los acontecimientos, pero decido posponerlo hasta llegar a Jefatura.

Enfilo el pasillo que conduce a mi despacho, preparado para lo que me espera. Están reunidos delante de mi puerta y hablan todos a la vez, aunque sus conversaciones cesan bruscamente en cuanto me ven. Espero hasta que mis ayudantes hayan entrado en sus despachos antes de dar comienzo a la tanda de preguntas y respuestas.

—Ya ha habido un tercer asesinato, señor comisario —dice el joven de la camiseta.

—¿Cree que el asesinato de Stellos Kostópulos es la continuación de los dos anteriores? —me pregunta Merikas.

—Todavía es demasiado pronto para tener una idea clara del asunto —le contesto—. Acabamos de recabar los primeros datos sobre este último asesinato. Desde luego, hay elementos en común, aunque en este caso se haya invertido el curso de los acontecimientos. La víctima no es un académico que se ha pasado a la política, sino un ministro que ha vuelto a la universidad. A pesar de todo, aún es demasiado pronto para sacar conclusiones definitivas.

—¿Es cierto lo que nos han contado? ¿Lo mataron con cianuro? —pregunta la bajita de medias rosa.

—A esto deberá responder el Departamento Forense. Nosotros todavía no hemos recibido los resultados de la autopsia.

—En otras palabras, no hay nada especial que comunicar al público —comenta Merikas.

—Me disculparé, señor Merikas, pero en estos momentos nuestra preocupación no es la información interesante que puedan incluir en sus crónicas, sino cómo avanzar en nuestra investigación de los tres asesinatos.

—¿Ha habido avances? —pregunta la enclenque, que, hasta el momento, se ha limitado a fulminarme con su mirada ácida.

—Los ha habido, aunque todavía no podemos comunicarlos, puesto que no hemos llegado a ninguna conclusión.

—Migajas —sentencia la enclenque con desdén.

No tengo ganas de discutir y pongo fin al encuentro. Observo cómo se alejan pensativos, porque no han conseguido lo que pedía Merikas: la noticia sensacionalista capaz de aumentar los índices de audiencia.

Me siento al escritorio y llamo por teléfono al subcomandante. Él me escucha sin interrumpirme, como hace siempre, y solo formula su pregunta cuando ya he terminado:



—¿Cree que el asesinato de Kostópulos está relacionado con los dos anteriores?

—Puede que sí y puede que no. Kostópulos también era profesor universitario. Este es el elemento en común con los dos asesinatos precedentes. La diferencia estriba en el camino inverso que había seguido la tercera víctima. A los dos primeros los asesinaron por haberse pasado a la política. A Kostópulos lo mataron después de volver a la vida académica. En cualquier caso, hay dos cuestiones pendientes que podrían ayudarnos a esclarecer el caso.

—¿Cuáles son?

—En primer lugar, la sospecha del forense de que a Kostópulos pudieron matarlo con una inyección de cianuro. De confirmarse su sospecha, tendremos dos asesinatos por envenenamiento. El de Rapsanis con pesticida, y el de Kostópulos con cianuro. Esto no puede ser casual. En segundo lugar, tenemos que esperar a ver si hay un comunicado. Si lo hay, este habrá sido el tercer asesinato de la serie. Si no lo hay, la muerte de Kostópulos podría deberse a otras causas.

—Parece que va bien encaminado. Informaré al comandante.

Estoy a punto de emprender un rápido asalto al bar cuando me detiene Kula.

—El decano de la Facultad de Ciencias Económicas se llama Zeódoros Raptis. —Y me pasa una nota con el nombre y el teléfono.

Antes de llamar voy al bar para pedir mi café y mi cruasán de todos los días. El café para despejar la cabeza, y el cruasán porque un oso hambriento no baila, como dice el refrán, y a mí me espera un baile que no es precisamente *El lago de los cisnes*.

En cuanto vuelvo a mi despacho marco el número del decano. Contesta su secretaria, quien me pasa enseguida con su jefe.

—Ya sé por qué me llama, señor comisario —me dice él tras las presentaciones de rigor.

—Urge que me reúna con usted, señor decano —le digo sin rodeos—. Es crucial que hablemos para el curso de las investigaciones.

—Puede venir ahora mismo. Le esperaré en mi despacho.

Me pongo en marcha con el Seat. Llegaría antes con un coche patrulla y la bendita sirena, pero temo que pueda haber alguna sorpresa desagradable si los estudiantes ven que llega la policía. Por suerte, hay poco tráfico en la avenida Alexandras y no tardo en llegar a la universidad.

La secretaria me conduce enseguida al despacho del decano. Raptis es un hombre calvo, que ha rebasado ya los cincuenta y cinco. Otro de sus colegas, un profesor con perilla, ocupa uno de los asientos que hay frente al escritorio del

decano. Este se pone de pie para recibirme. Me presenta a su colega, el vicedecano Nikos Demertzís.

—Estamos todos sobrecogidos, señor comisario —dice el decano a modo de introducción—. Hace apenas tres meses que Stellos volvió a la universidad. Era un científico extraordinario y un profesor muy competente. Su ausencia se hizo notar durante los tres años que fue ministro de Economía.

Le escucho, esperando a que terminen los elogios pertinentes, para entrar en materia.

—¿Tuvo la impresión últimamente de que Stellos Kostópulos estuviera preocupado? —pregunto a Raptis—. ¿Le confesó a usted o a algún otro colega que recibía amenazas, telefónicas o de cualquier otro tipo?

—Para nada. Estaba muy contento de haber vuelto a la universidad. «Por fin vuelvo a estar en el sitio que me corresponde», me dijo un día.

—¿Cuál fue la reacción de los demás profesores cuando Kostópulos volvió a la docencia tres años después?

Esta vez, Raptis no me contesta, sino que dirige la mirada a Demertzís.

—Las reacciones o, para ser más preciso, las emociones fueron diversas y contradictorias —toma la palabra Demertzís—. Por un lado, los colegas se alegraron de contar con más personal docente. Nuestras universidades se encuentran en una situación muy difícil, señor comisario. Padecen graves deficiencias, también de profesorado. En este sentido, la vuelta de Stellos supuso un alivio. Esa fue, precisamente, la reacción frente a Kostópulos: la alegría por su regreso. Subterráneamente, sin embargo, se produjo una corriente distinta, que solo se manifestaba en voz baja.

—¿Qué tipo de corriente?

—De indignación ante un compañero que abandona durante tres años su puesto y a sus colegas, que se ven obligados a luchar para cubrir el vacío que él ha dejado. El desertor disfruta de su cargo de ministro, y cuando lo pierde, vuelve a la universidad como si no hubiera pasado nada.

—Y usted afirma que esa indignación no fue verbalizada públicamente...

—Exacto, solo se hablaba de ello en voz baja.

—Por lo tanto, usted descarta que su asesinato se haya debido a un odio exacerbado o a un deseo de venganza por parte de personas vinculadas a la universidad.

—¡Por supuesto! ¿Qué está insinuando? —exclama Raptis con indignación. Intento tranquilizarle.

—No me malinterprete. Por desgracia, es mi obligación hacer todo tipo de preguntas, algunas desagradables.

—Yo también lo descarto, igual que el señor decano —interviene

Demertzís con más calma—. Aunque le diré otra cosa, señor comisario.

—Le escucho.

—He leído los comunicados de los dos asesinatos precedentes, y debo decir que los asesinos cometen una gran injusticia.

—No le entiendo —respondo, preguntándome adónde quiere ir a parar.

—Los asesinos han dedicado ambos crímenes a profesores de otro tiempo. Si fueran justos, se los dedicarían a los profesores actuales, que luchan abnegadamente por mantener las universidades en pie y trabajan hasta la extenuación para no dejar a los alumnos sin clases mientras otros lo abandonan todo para saborear las mieles del poder.

Hace una pausa, tal vez esperando alguna respuesta por mi parte, pero yo desconozco por completo la situación de las universidades más allá de lo que nos han revelado nuestras investigaciones hasta el momento, y no puedo tener opinión propia.

Al ver que permanezco callado, Demertzís continúa:

—Muchos de mis colegas aceptan puestos de profesor visitante en universidades extranjeras durante un semestre. ¿Sabe por qué?

—No.

—Para poder respirar durante seis meses en una universidad bien organizada, calmar su ansiedad y recobrar las fuerzas para así poder resistir la lucha cotidiana cuando vuelvan. Así pues, cuando detenga a los criminales, además de acusarlos de asesinato, le ruego que les diga que han cometido una gran injusticia con los profesores actuales, que están muy comprometidos con las universidades griegas.

—Se lo diré. Le doy mi palabra.

Me despido de ellos y salgo al despacho de la secretaria. Quiero volver cuanto antes al Seat para poner en orden algunas conclusiones que he sacado de mi conversación con Raptis y Demertzís, pero la secretaria tiene otros planes.

—La señora Lukaku se ha enterado de que está usted aquí y quiere comentarle algo —me dice, y señala a una mujer que está sentada en la silla frente a su escritorio.

—Por supuesto. Dígame.

—Hace algunos días recibí una llamada telefónica al mediodía. Una voz femenina me preguntó si el profesor Stellos Kostópulos había vuelto ya a la universidad y si había empezado a impartir clases. Le respondí que sí, que el profesor Kostópulos ya daba clases de nuevo en la universidad. Le pregunté el motivo de su llamada, y me dijo que quería hablar con él porque quería que dirigiera su doctorado, y me pidió que le diera su horario de clases. Me pareció un poco extraño, ya que los estudiantes de posgrado que quieren hablar con

algún profesor se pueden poner directamente en contacto con él durante el horario de visita y no necesitan pasar por secretaría. Además, muchos estudiantes ya conocen a los profesores de las clases y de los cursos de posgrado.

—¿Recuerda cuándo recibió esa llamada?

Piensa un momento y contesta:

—Debió de ser hace tres días. Me acuerdo porque se estaba celebrando una reunión y en secretaría estábamos preparando un expediente que nos había solicitado el decano.

—¿Qué le pareció la voz? ¿Era de una mujer joven o de una de más edad?

—Diría que de una mujer joven, aunque, por supuesto, no puedo estar segura.

—¿Me puede dar el número del teléfono desde el que se realizó la llamada?

La secretaria me da el número y yo lo anoto.

—Me alegro de que haya decidido comunicármelo —le digo—. Otra persona en su lugar no le habría dado la menor importancia.

Subo al Seat y me quedo sentado un rato, tratando de ordenar mis pensamientos. Sin querer, Demertzís ha reforzado una de las posibilidades que hemos estado barajando a lo largo de los últimos días. Los asesinos dedican sus acciones a los viejos profesores, no por indiferencia, sino porque no conocen a los nuevos. Matan a los profesores que pasan a la política, aunque sin tener un conocimiento directo de la situación actual de las universidades. Esta constatación refuerza la opinión de que debemos centrar nuestras investigaciones en el pasado.

La otra información relevante es la llamada telefónica de la que me ha hablado la mujer en secretaría. En primer lugar, porque la voz al teléfono era femenina. Este dato concuerda con la presencia de dos mujeres en el coche de Kostópulos justo antes de su muerte. Resulta evidente que no llamaron a la universidad para averiguar si el profesor había empezado a dar clases. Esto ya lo sabían. En cuanto al doctorado, no fue más que un pretexto. Lo que realmente deseaban saber eran los horarios de clase de Kostópulos, para así poder seguirlo y buscar la oportunidad para actuar.

Pongo freno a mis reflexiones, porque topo con un enigma que no puedo resolver. El testigo presencial declaró que las dos mujeres que había en el coche de Kostópulos no eran jóvenes. La empleada de secretaría, en cambio, me ha dicho que la voz del teléfono sonaba joven. Estos datos no concuerdan.

De repente, me acuerdo de la chica con casco de motorista que llevó la tarta a casa de Rapsanis en ciclomotor. No podemos descartar que la joven portadora de la tarta y la que llamó a la universidad sean la misma persona.

En cuanto llego a mi despacho, llamo a Dervísoglu.

—El punto de partida es la década de los ochenta. Tienes que empezar a buscar a partir de allí. Primero investigas al personal docente. Difícilmente nos aclararíamos con los estudiantes. Cuando termines con los profesores, empiezas con el personal administrativo.

Al poco de marcharse Dervísoglu me llama Stavrópulos, para confirmar que la muerte de Kostópulos se debió a una dosis de cianuro.

—Se lo inyectaron en la espalda y el veneno fue directo al corazón.

Llamo al subcomandante para ponerle al día.

—El uso de cianuro nos remite al primer asesinato, como usted muy bien me adelantó —comenta él.

—Exacto.

Después le informo de la llamada de la desconocida a la secretaria de la universidad.

—O sea que, de alguna manera, queda confirmada la presencia de dos mujeres —dice el subcomandante, y continúa—: El comandante ya ha informado al ministro, aunque, según me ha comentado, este no ha parecido inquietarse demasiado. Como no han asesinado a un ministro en activo, sino a un profesor universitario, se inclina a pensar que esta última muerte no guarda relación con las anteriores.

—Quizá se lo parezca, pero se están multiplicando los indicios que apuntan a ello.

—Ya lo sé —contesta el subcomandante, y a continuación colgamos el teléfono.

Le paso el teléfono de la secretaria de la universidad a Dimitríu para que ordene un registro de las llamadas recibidas, aunque no espero descubrir nada relevante. Estoy seguro de que la desconocida llamó desde una cabina telefónica.

Lo único que nos queda es esperar al nuevo comunicado. Me gustaría ver la cara del ministro después de leerlo.

El comunicado aparece en las noticias de esta misma tarde.

El profesor universitario y exministro de Economía Stellos Kostópulos está muerto. No solo castigamos a los que abandonan la universidad para convertirse en ministros, sino a todos aquellos que consideran que la universidad es su coto privado, al que pueden regresar tranquilamente una vez terminadas sus vacaciones en algún cargo gubernamental. Como era el caso de Stellos Kostópulos. La universidad no es una residencia privada ni una puerta giratoria que permita salir por un lado para volver a entrar por el otro.

La muerte de Kostópulos está dedicada a la memoria del profesor Xenofón Zolotas. El profesor Zolotas trabajó al servicio de su ciencia primero en la Universidad Aristóteles de Salónica y después en la Universidad Nacional y Kapodistriaca de Atenas, un trabajo docente que acompañó de una rica obra científica. Llegó a ser un científico de prestigio internacional. Xenofón Zolotas nunca abandonó la universidad. Fue perseguido por la dictadura militar en 1968, y fue lo bastante honrado para no volver. Es decir, para él la universidad no era su coto privado ni una puerta giratoria. Eterna sea su memoria.

Mientras leía el comunicado, me imaginaba la cara del ministro y las alarmas que se habrían encendido. Por otra parte, tampoco yo estaba para tirar cohetes. Habría preferido que no se hubieran confirmado mis sospechas y que este último asesinato no tuviera nada que ver con los anteriores.

Nada más terminar la lectura del comunicado me llama el subcomandante.

—Sus temores se han confirmado —dice, como si me hubiera leído el pensamiento.

—Sí, aunque no me siento ni orgulloso ni satisfecho —le contesto preocupado.

—Nadie lo está, se lo aseguro, empezando por el propio ministro. Ha abierto los ojos de golpe a la realidad y nos ha convocado a una reunión a las diez de la mañana.

—Tasía seguro que está sentada frente al televisor, disfrutando de una nueva entrega en este caso policial —dice Adrianí, sentada a mi lado en el sofá.

No le contesto, porque lo último que me preocupa en estos momentos es Tasía y las otras dos Gracias.

Mi mujer, sin embargo, está de humor para hacer confesiones y continúa:

—Respeto tu trabajo, Kostas, pero detesto los cadáveres y no quiero saber nada de ellos.

—Vale, lo entiendo, pero ¿por qué tanta animadversión?

—A ti los cadáveres te merecen un interés profesional, porque debes detener a los asesinos. A mí, en cambio, me amargan el día, porque siempre pienso en los funerales.

Son las nueve y media de la mañana y me dirijo a la avenida del Mediterráneo. Voy renegando entre dientes, porque el tráfico a estas horas está imposible y en la calle Mijalakopulu todos los vehículos están parados, excepto los ciclomotores, que se escurren entre nosotros y nos sacan de nuestras casillas.

La llamada de Dimitríu me pilla al borde de un ataque de nervios. Lo último que quiero es llegar tarde a la reunión y que el ministro aproveche para descargar contra mí toda la rabia que le ha generado el nuevo asesinato.

—Parece que queda confirmada la presencia de las mujeres en el coche de la víctima —me dice Dimitríu.

—¿Qué habéis encontrado?

—Un cabello de mujer en el respaldo del asiento del copiloto. Ya lo hemos enviado al laboratorio, aunque todavía no me han dado los resultados. Le llamaré en cuanto tenga noticias.

Es un dato que confirma la presencia de las mujeres en el Toyota de Kostópulos. Corrobora la declaración del testigo presencial y la llamada a la secretaría de la universidad. Sin duda, el análisis del cabello nos revelará también la edad de la mujer.

Llego al ministerio con cinco minutos de retraso. Me mandan directo a la sala de reuniones, donde ya me espera el ministro con mis dos superiores. Me disculpo por mi retraso por culpa del tráfico, y el ministro me dice:

—Estamos todos esperando ansiosos sus noticias, señor comisario.

Ofrezco un informe detallado, sin omitir ni ocultar nada.

—Dos datos resultan especialmente relevantes —concluyo—. El primero es la confirmación del método empleado para matar. Pesticida en el caso de Rapsanis, cianuro en el caso de Kostópulos. El segundo es la presencia de las dos mujeres en el coche de Kostópulos.

—¿Hasta qué punto le parece probable que los asesinos sean mujeres? —me pregunta el subcomandante.

—El uso del veneno es más propio de mujeres. El asesinato de Arjontidis, en cambio, parece haber sido obra de un hombre. También es cierto que la presencia de las dos mujeres en el coche de Kostópulos no demuestra automáticamente que fueran ellas las asesinas. No podemos descartar la posibilidad de que fueran unas simples conocidas y que el asesinato tuviera lugar después de que bajaran del coche. El vehículo estaba estacionado, y es casi seguro que Kostópulos no había puesto el seguro. Según nos contó su mujer, la

víctima no había recibido amenazas y, por lo tanto, no tenía nada que temer. Aunque hay un indicio más que centra las sospechas en las dos mujeres.

—¿Cuál? —pregunta el ministro.

—La llamada anónima a la secretaría de la universidad. Desde luego, la mujer que realizó la llamada no estaba interesada en hacer un doctorado. Lo que quería era conocer los horarios lectivos de Kostópulos para así poder seguirlo. Y hay algo más: si las dos mujeres no tienen nada que ver con el asesinato, cabe la posibilidad de que se presenten para declarar voluntariamente.

—Señor comisario, he pasado por muchos departamentos de la policía antes de llegar a ocupar mi puesto actual. Sin embargo, nunca he estado en el Departamento de Homicidios o de Crímenes Contra la Vida, como se llama en la actualidad. Doy gracias a Dios por haberme librado de eso —me dice el comandante.

Nos reímos todos menos el ministro, que más bien parece a punto de echarse a llorar.

Aún estamos riéndonos cuando suena mi móvil.

—Señor comisario, el cabello es de una mujer de unos sesenta años de edad —anuncia la voz de Dimitríu—. Todavía nos quedan detalles por confirmar.

Comunico la novedad a mis superiores de inmediato.

—Bueno, algo es algo. Hemos dado un pasito adelante —dice el ministro.

Los desesperados se agarran a un clavo ardiendo, diría Adrianí si le oyera.

Al contrario que el ministro, yo me aferro a otra idea que se me acaba de ocurrir. No obstante, de momento me la callo, para poder reflexionar a solas.

La reunión llega a su fin con la moral del ministro relativamente más alta. El comandante se queda con él para despachar otros asuntos, mientras que el subcomandante y yo salimos del despacho.

—Guikas tenía razón —me dice él en cuanto nos encontramos solos en el pasillo.

—¿En qué? —me extraño.

—Antes de retirarse, me dijo que usted sabe investigar con la cabeza clara y con un método sistemático, y tenía razón.

«Estás a un tris de llamarme también escarabajo», pienso para mis adentros, aunque me marchó complacido con el elogio. Como mínimo, tengo la sensación de que he podido empujar un poco la puerta para que se agrande el resquicio.

Ya dentro del Seat, retomo la idea que me ha estado obsesionando. Si la mujer en el coche de Kostópulos rondaba los sesenta, no estamos hablando de profesoras eméritas, sino de profesoras en activo. Lo mismo vale para el personal administrativo. Seféroglu se equivocó en este punto, y yo he mandado a Dervísoglu que lleve a cabo una investigación que no nos conducirá a nada. Sin



embargo, no perdemos nada con indagar. Quizá por el camino descubramos a algún personaje al que merezca la pena interrogar.

Encima de mi escritorio me esperan los listados de las llamadas telefónicas de los móviles de Rapsanis y de Arjontidis. Según el informe que los acompaña, casi todas iban dirigidas a colegas o a colaboradores en el Ministerio. No ha surgido ningún dato sospechoso que poder aportar a la investigación.

Convoco a mis ayudantes a una reunión, por si entre todos damos con algo que nos permita avanzar. Nada más sentarnos, suena en el pasillo el jolgorio habitual que produce la manada de periodistas.

—Sal y diles que en estos momentos no hay nada que comunicar y que vuelvan mañana por la mañana —le pido a Kula.

En medio del alboroto se oyen gritos de protesta, pero remiten enseguida y nos dejan en paz.

—¿Considera probado que los asesinos fueron dos mujeres? —me pregunta Askalidis para comenzar.

—Hay indicios que apuntan a esta posibilidad, pero solo son indicios. Lo importante es localizar a esas dos señoras y traerlas a Jefatura para interrogarlas.

—Esto es como buscar una aguja en un pajar, señor comisario —dice Dermitzakis—. Una mujer llamó a la secretaría de la universidad y pidió los horarios de Kostópulos. Como usted mismo ha dicho, seguro que llamó desde una cabina, de manera que será imposible localizarla. Dos mujeres estaban sentadas en el coche con Kostópulos. Era medianoche, un transeúnte las vio en la penumbra, pero a saber quiénes eran. Un ciclomotor estuvo implicado en los dos primeros asesinatos. En el primero conducía una chica, en el segundo, un hombre. Ambos llevaban casco de motorista. No tenemos las matrículas, no sabemos el modelo, no tenemos de dónde tirar. ¿Quiere saber mi opinión?

—¿Para qué te he llamado si no? ¿Para que me recites la tabla de multiplicar? Claro que quiero tu opinión.

—Los asesinos no son de la universidad. Si fueran colegas de las víctimas, habríamos encontrado alguna prueba, algún indicio. Pero no hemos encontrado nada. Por lo tanto, hacemos mal en seguir investigando en la universidad.

—¿Y dónde nos sugieres que investiguemos? ¿En los ministerios, porque fueron ministros? —pregunta Kula.

—No. Entre las organizaciones terroristas —contesta Dermitzakis, y se vuelve hacia mí—: Tenemos que vérnoslas con terroristas, señor comisario. Asesinan para aterrorizar el sistema. La política es parte del sistema, pero también las universidades, que alimentan al sistema. Pásele a Karambetsos la investigación del caso. No es un trabajo para nuestro departamento.

—Ya barajamos la posibilidad del atentado terrorista y la descartamos —le

recuerda Askalidis.

—Porque miramos el terrorismo desde una óptica muy limitada. Hoy en día todos son terroristas, desde los folloneros que destrozan bares y terrazas, hasta ISIS y el resto de los yihadistas que van sembrando Europa de cadáveres. El terrorismo está de moda, como los tatuajes que se estampan chicos y chicas en sus cuerpos sin distinción. —Se calla y me mira—. Nos hemos quedado en la interpretación del terrorismo como lo conocemos en Grecia, señor comisario. Pero el terrorismo ha cambiado. Hoy en día los terroristas no solo matan con bombas y kaláshnikov, empiezan por darse el gusto de aterrorizar al prójimo. ¿Cómo mataron a Arjontidis? Con un cuchillo. Piense en cuántos islamistas asesinan indiscriminadamente con cuchillos.

Dermitzakis deja de hablar y nos mira a todos. Se hace un profundo silencio, porque sus palabras nos han dado que pensar. Él se da cuenta y saca pecho.

—Lo que dices tiene fundamento y debemos considerarlo en serio —le digo—. Propongo que antes descartemos todas las posibilidades de que los asesinatos fueran planeados y ejecutados desde dentro de la Universidad, y que luego nos centremos en el terrorismo. Así evitaremos las broncas con el subcomandante y con el ministro.

—Si se demuestra que los asesinatos fueron atentados terroristas, el ministro dará una fiesta —dice Kula—. Le estaremos sirviendo la solución en bandeja.

Seguimos reunidos un rato para trazar nuevos planes de actuación. Mando a Kula a hablar con la mujer de Kostópulos y preguntarle si tiene idea de quiénes podrían ser las dos mujeres desconocidas. Ordeno a Dermitzakis y a Askalidis que vuelvan a la calle Demóstenes para que registren el barrio de nuevo e interroguen a los que entran a trabajar a primera hora de la mañana: los empleados de la oficina de la Seguridad Social y el quiosquero.

—¿No deberías pedir tu traslado a la Brigada Antiterrorista? —pregunto a Dermitzakis, que se dispone a salir—. De tus planteamientos deduzco que allí estarías más cómodo.

Él se lo piensa un poco.

—Da igual —dice al final—. Me entiendo bien con usted y no tengo ganas de pasar por otro periodo de adaptación.

En cuanto me dejan solo, llamo por teléfono al vicedecano Demertzís. Primero le informo de la llamada anónima y de las dos mujeres que estaban en el coche con Kostópulos.

—Quisiera pedirle un favor —le digo después.

—Usted dirá.

—Necesito que organice un encuentro con el personal administrativo de la facultad. Me gustaría averiguar si hubo otros intentos de comunicación a los que no prestaron atención, como sería lo lógico, por otra parte.

Demertzís reflexiona.

—Deme un poco de tiempo para que vea dónde y cuándo puedo organizar el encuentro.

«No será el único», pienso. Necesitaré celebrar encuentros similares con el personal administrativo de los ministerios de Rapsanis y Arjontidis. Esto resultará más difícil, ya que requerirá la aprobación del ministro.

Demertzís tarda en llamarme y estoy en ascuas. Por suerte, mientras espero vuelven mis ayudantes y tengo algo de lo que ocuparme mientras tanto, aunque la cosecha de informaciones no da ni para un aperitivo.

La primera en aparecer es Kula, que viene con las manos vacías. Mona Kostópulos no tenía ni idea de la vida laboral de su marido, ni en la facultad ni en el ministerio. En consecuencia, no conocía a sus contactos ni con quién se relacionaba.

—¿Te ha dado la impresión de que no quería hablar? ¿De que intentaba ocultar algo? —le pregunto.

—No. Sus explicaciones han sido totalmente convincentes. Ella es abogada, tiene su propio bufete y trabaja todo el día. Por la mañana está en los tribunales y por la tarde atiende a sus clientes hasta última hora. Con su marido coincidía por la noche y sus conversaciones giraban en torno a los hijos, que habían sido criados por los abuelos. No hablaban casi nunca de su trabajo.

La vida de Mona Kostópulos no me parece muy distinta de la de Katerina, así que sé que le ha dicho la verdad a Kula, de igual manera que sé que a nuestro Lambros lo criará Adrianí, ya que los padres de Fanis no viven en Atenas.

La conclusión evidente es que, incluso si las dos mujeres no se encontraron con Kostópulos por casualidad, sino que lo conocían del trabajo o de cualquier otro ámbito, la mujer de la víctima no podía saber nada de ellas.

Después llega el turno de Dermitzakis y de Askalidis. Mis ayudantes me describen un enjambre de personas de todo sexo y edad que entran y salen del edificio de la Seguridad Social.

—¿A quién quería que preguntásemos primero, señor comisario? —dice Dermitzakis—. Si nos hubiéramos dirigido a los empleados del Centro, nos habrían mirado como si fuéramos extraterrestres. Por allí dentro circula una verdadera marea humana. ¿Cómo iban a fijarse en dos mujeres que no se distinguían en nada de las demás?

—El quiosquero nos ha dicho lo mismo —añade Askalidis—. Cuando le hemos preguntado, se ha quedado boquiabierto. «Pero ¿qué me está preguntando? Por aquí pasan miles de personas cada día. ¿Cómo me iba a fijar en un par de mujeres que, por lo que me dicen, no tenían nada especial?», nos ha dicho. Cuando le hemos preguntado si alguna mujer se había interesado en saber en qué edificio vivía Kostópulos, se ha parado a pensar un rato, y al final nos ha respondido que no recordaba nada parecido.

Lógico. ¿Por qué iba a acordarse? Sin duda, las dos desconocidas ya sabían dónde vivía Kostópulos. No tenían por qué preguntárselo al quiosquero. Por desgracia, no tenemos ninguna fotografía, aunque solo fuera de una de ellas, para pasearla por el barrio y ver si alguien la reconocía.

Demertzís me llama, por fin, en torno al mediodía. Me pide disculpas y se justifica alegando que no resulta fácil coordinar al personal administrativo.

—Al final, lo he arreglado para que se reúna con ellos a las tres y media de la tarde —me dice—. He escogido la sala de actos como lugar de la reunión, así podrá verlos a todos juntos.

—¿Es mucho pedir que vaya usted también? —le pregunto—. Su presencia facilitará la comunicación, puesto que usted ya los conoce.

—Allí estaré, no se preocupe —me responde Demertzís—. Piense que es la primera vez que voy a ser testigo de un interrogatorio, la cosa tendrá su interés.

Consulto mi reloj y veo que todavía son las doce y media del mediodía. Me pregunto qué puedo hacer para matar el tiempo y, de repente, me doy cuenta de que hemos limitado nuestra investigación sobre las dos mujeres al entorno de Kostópulos, porque se las vio en su coche. Sin embargo, no hemos pensado en investigar si esas mismas mujeres habían estado en contacto con Rapsanis.

Nuestras pesquisas en el caso de Arjontidis serán, sin duda, más complicadas, porque era un tipo muy reservado, y de haberse reunido con ellas, seguro que lo habría hecho fuera del recinto universitario.

Le doy vueltas a con quién podría contactar en la Facultad de Derecho, y al final concluyo que la persona adecuada es Kardasis. Le telefono y, por suerte, me dice que está libre y que puedo ir a verlo ahora mismo. Le ruego que avise también a Fenekidis, para que esté presente en la reunión si se haya disponible.

Me pongo en marcha enseguida para no perder tiempo, porque necesito terminar mi trabajo en la Facultad de Derecho a tiempo para acudir desde allí directamente a la Facultad de Ciencias Económicas. Evito la avenida Alexandras y voy por la avenida Reina Sofía, para entrar luego en la calle Sólonos y así llegar antes a la facultad. Hasta Sólonos el tráfico es potable, pero luego me topo con un embotellamiento y me maldigo a mí mismo por no haber escogido la avenida Panepistimíu. Dejo el Seat en el aparcamiento de la calle Asklipiú y entro en la Facultad de Derecho.

Kardasis me está esperando en su despacho, acompañado de Fenekidis.

—Espero que sea importante, porque he cancelado y reprogramado una clase para verle —me dice este último.

Empiezo con una exposición general del asesinato de Kostópulos y de la implicación de las dos mujeres que se encontraban en su coche justo antes de su fallecimiento.

—No está confirmado que las dos desconocidas fueran las asesinas del profesor, aunque hay muchas posibilidades de que lo sean —les explico—. Sobre todo, porque ambas víctimas murieron por culpa de un veneno y estadísticamente el veneno es un arma femenina. Pero, aunque los culpables sean otros, es muy importante que localicemos a esas mujeres para poder interrogarlas. Fueron las últimas en ver a Kostópulos con vida y pudieron ver algo que nos podría resultar útil. Lo otro que necesitamos averiguar es si esas desconocidas también estuvieron en contacto con Kléarjos Rapsanis. ¿Les mencionó alguna vez Rapsanis a dos mujeres que no formaran parte del personal docente?

Los dos hombres intercambian miradas.

—¿Te habló alguna vez Kléarjos de mujeres que intentaran abordarle? —pregunta Kardasis a Fenekidis—. A mí no me dijo nada, pero tú lo veías a diario. Fenekidis reflexiona un poco.

—No. No recuerdo que me hablara nunca de mujeres —dice al final.

—Les contaré algo más, que tal vez les ayude a hacer memoria.

Les hablo de la llamada de la desconocida a secretaría y del doctorado que supuestamente quería hacer con Kostópulos.

Kardasis y Fenekidis se echan a reír al mismo tiempo.

—Creo que acierta al sospechar que la llamada no tenía nada que ver con un doctorado, señor comisario.

—De acuerdo. De todas maneras, ¿podrían explicarme el proceso un poco mejor, para que acabe de entenderlo?

—La mayoría de los estudiantes cursan un posgrado en la misma universidad donde realizaron sus estudios, señor comisario —me explica Fenekidis—. Aquellos que han concluido sus estudios de grado y de posgrado y desean hacer el doctorado en otra universidad, bajo la supervisión de un profesor de su elección, tienen las siguientes opciones: o bien venir aquí y esperar al profesor para poder verlo en su despacho en las horas en las que recibe a los alumnos o, si no consiguen dar con él, llamar a secretaría para solicitar una cita. En ambos casos, deberán acudir a la hora concertada. Es imposible que la mujer que llamó a secretaría desconociera el procedimiento.

Estas palabras me confirman que la desconocida no estaba interesada en hacer un doctorado, sino en conocer los horarios de trabajo de Kostópulos.

—Rapsanis tenía muy buena relación con la gente que trabaja en secretaría —prosigue Fenekidis—. A menudo salía con miembros del personal para tomar un café o para comer juntos. Esas relaciones le permitían ser el primero en enterarse de las novedades que podrían interesarle.

—Si las dos desconocidas hubieran estado en el coche de Rapsanis, le

podríamos indicar hacia dónde dirigir sus investigaciones —añade Kardasis—. Pero, aun suponiendo que Kostópulos mantenía relaciones amistosas con la secretaría de la Facultad de Ciencias Económicas, y que aquellas dos mujeres eran empleadas de la secretaría, es poco probable que conocieran también a Rapsanis, que pertenecía a la Facultad de Derecho.

La única certeza que he sacado de nuestra conversación es que la desconocida que llamó por teléfono nada tenía que ver con una tesis doctoral y, muy posiblemente, tampoco con la universidad.

Me sobra tiempo hasta mi encuentro con el personal de secretaría de la Facultad de Ciencias Económicas. Saco el Seat del aparcamiento y pongo rumbo a la avenida Patisión. Llego bastante antes de la hora acordada y pregunto dónde está el despacho del vicedecano.

Demertzís se encuentra en su despacho.

—Esperemos un poco hasta que estén todos reunidos —propone él.

Al cabo de un cuarto de hora, más o menos, nos dirigimos a la sala de actos de la facultad. El personal de secretaría ya ha tomado asiento y está charlando entre sí. La conversación queda interrumpida con nuestra llegada. Demertzís me conduce al estrado. Se sienta a mi lado y coge el micrófono para hacer una introducción.

—El comisario Jaritos querría hacerles algunas preguntas relacionadas con la trágica pérdida del profesor Stellos Kostópulos. Todos queremos que se detenga tanto a los culpables de su asesinato como a los de los otros dos profesores. Por eso, tanto el comisario como yo mismo les pedimos su colaboración.

A continuación me pasa el micrófono. En todos los años que llevo de servicio he vivido de todo, pero es la primera vez que hago un interrogatorio con un micrófono. Nada más abrir la boca, sale de los altavoces un chillido. Demertzís se apresura a alejar el micrófono de mi boca. Empiezo a hablar, al tiempo que me esfuerzo por controlar la ansiedad que me produce, por un lado, el micrófono y, por el otro, no olvidar las preguntas que tenía preparadas.

—Ayer, cuando vine a ver al señor decano, una compañera de ustedes me informó de que había llamado una desconocida para saber los horarios del profesor Kostópulos. Quería preguntarles si alguien más ha recibido alguna llamada similar.

Los empleados intercambian miradas y algunos se encogen de hombros. Un cuarentón se pone de pie.

—Lo único que recuerdo es que, hace más o menos una semana, alguien llamó y preguntó por la dirección del domicilio del profesor Kostópulos. Cuando quise saber para qué la necesitaba, me contestó que querían enviarle unos libros.

Le di la dirección, aunque también le dije que podían enviar los libros a la universidad.

—¿Era un hombre o una mujer la persona que llamó?

—Un hombre.

La explicación es fácil. La mujer llamó con el pretexto de hacer una tesis; y el hombre, para pedir la dirección. El quiosquero tenía razón. No hacía falta que nadie le preguntara por el domicilio de Kostópulos. Ya lo sabían.

—¿Sabe si finalmente enviaron los libros a la universidad?

—No podemos saberlo —responde un sesentón—. Llegan tantos libros cada día para los profesores que resulta imposible saber si están entre ellos los del tipo que llamó por teléfono.

—Ya que hablamos de llamadas, yo también recibí una bastante rara —dice una joven poniéndose de pie—. Un día llamó alguien para decirme que el Mitsubishi del señor Kostópulos estaba mal aparcado e impedía el paso. Cuando le contesté que el señor Kostópulos no conducía un Mitsubishi, la voz insistió. Entonces le dije que el profesor Kostópulos no tenía un Mitsubishi, sino un Toyota Corolla, tras lo cual el tipo me pidió perdón y colgó el teléfono.

—¿También una voz masculina?

—Sí, señor.

—¿Cuándo fue eso? ¿Se acuerda?

La muchacha reflexiona un momento.

—No lo recuerdo con exactitud, pero debió de ser hace una semana.

Pregunto si alguien tiene algo más que decir o que añadir, y recibo el silencio por respuesta. Les doy las gracias y pongo fin al interrogatorio por micrófono.

Le agradezco a Demertzís su ayuda, y cuando me dispongo a marcharme, él me invita a su despacho.

—Sinceramente, tengo curiosidad por saber a qué conclusiones ha llegado, comisario —me comenta en cuanto nos sentamos—. Si puede decírmelas, por supuesto —se apresura a añadir.

—Es sencillo —le contesto—. En el caso de Rapsanis, los asesinos sabían que era bulímico y le mandaron una tarta a su casa. En el caso de Arjontidis, sabían que salía a correr a primera hora de la mañana y le tendieron una emboscada. En el caso de Kostópulos no sabían nada y recurrieron a las llamadas telefónicas para averiguar lo que necesitaban. Aún nos queda por investigar si conocían la dirección de los domicilios de Rapsanis y de Arjontidis, o si consiguieron los datos con el mismo procedimiento. En cualquier caso, este encuentro ha sido muy útil y se lo agradezco.

Me monto en el Seat y vuelvo a Jefatura. Llamo enseguida a mis ayudantes



y les informo de mi conversación con los empleados de la Facultad de Ciencias Económicas.

—¿Cuáles son vuestras conclusiones? —pregunto al final.

—Que son pardillos y tienen miedo —afirma Dermitzakis—. Tienen un ciclomotor, podrían haber seguido a sus víctimas. No lo hicieron por miedo a que les descubrieran. Así que optaron por las llamadas, que son más seguras.

—Tienes razón —le digo, y me dirijo a Askalidis—: Mañana por la mañana irás a la secretaría de la Facultad de Derecho, y después a la de Filosofía, para averiguar si también allí recibieron llamadas.

Doy por concluida la reunión y llamo al subcomandante para informarle.

—Al menos ahora sabemos cómo procedieron los asesinos en el caso de Kostópulos —dice cuando termino.

—Mañana sabremos si siguieron el mismo procedimiento en los casos de Rapsanis y de Arjontidis. Si no hubo llamadas, significa que ya sabían dónde vivían.

Mi superior se muestra de acuerdo y colgamos. Ya no me queda nada más que hacer por hoy, así que pongo rumbo a mi casa.

Adrianí está sentada frente al televisor, vestida y emperifollada.

—¿Has ido de visita? —pregunto.

—No. Salimos a cenar.

—¿Quién invita? ¿Lambros otra vez?

—No, y los chicos tampoco. Ha sido Tasía. Me dijo que quería invitarnos, pero como no confía en sus dotes de cocinera, iremos a un restaurante.

Ya empiezo a estar un poco harto de estas salidas para cenar. Vuelvo a casa exhausto por el estrés de la jornada y por mi incapacidad de resolver el caso que nos ocupa, y la sola idea de abandonar la paz del hogar para ir a un restaurante me parece un calvario.

—¿No podrías ir tú sola? —propongo a mi mujer—. Dile a Tasía que me ha llamado el ministro y que no sé a qué hora terminará la reunión.

—Me dirá que vengas sea la hora que sea, que te esperaremos —responde Adrianí—. Y eso sería peor, porque cuanto más tarde llegues, más se prolongará la cena.

—¿Adónde vamos? —pregunto, viendo que no hay manera de zafarme.

Adrianí se echa a reír.

—Calla, que estás de suerte. Vamos a Karavitis, que está muy cerca, en Pangrati.

Conozco el restaurante y respiro con alivio. Está realmente muy cerca de casa. Al menos, no tendré que cruzar Atenas y acabar molido de tanto conducir.

Volvemos a subir al Seat, pero Pangrati es mi barrio y me conozco las calles y las callejuelas al dedillo, así que llegamos a la taberna en un tiempo récord.

—Pues, mira, no ha sido para tanto, también son ganas de quejarte —me dice Adrianí—. ¡Si llevas el mapa callejero impreso en la cabeza! Y pensar que nunca te han destinado a tráfico...

Es la manera que tiene mi mujer de elogiarme, generalmente en forma de protesta o de reprimenda.

Somos los primeros en llegar. Adrianí pregunta al camarero si hay una mesa reservada a nombre de Tasía. Este señala una mesa puesta para cinco, nos sentamos y mi mujer empieza a hablarme de sus conversaciones telefónicas con Katerina. La llama a diario para ver cómo va el embarazo y por si tiene complicaciones. Ya me veo a Katerina quejándose la próxima vez que hablemos, porque estoy convencido de que mi mujer la tiene agobiada.

Primero aparece Tasía, y cinco minutos más tarde llega Kaliopi con Arguiró. Cumplimos con el ritual de los abrazos y los besos y, por fin, nos sentamos todos a la mesa.

—Perdonad que no os haya invitado a casa, pero soy un desastre en la cocina —se disculpa Tasía.

—Te agradecemos la invitación, Tasía —responde Kaliopi—. En cuanto a la comida, no importa que no sepas cocinar. Tienes otras virtudes.

El camarero se acerca para preguntarnos qué queremos cenar. Dejamos que Tasía elija los primeros platos. Adrianí y yo pedimos hamburguesas; Kaliopi y Tasía, chuletas de ternera, y Arguiró, hígado. Cuando llega el turno de la bebida, las señoras piden vino y yo me limito a una cerveza. Si tomo vino, con el cansancio que llevo encima me quedaré dormido sobre el plato.

Como es natural, nuestro primer tema de conversación es el embarazo de mi hija. Adrianí nos ofrece una descripción detallada que resulta del todo innecesaria, pues el embarazo de Katerina va viento en popa y se puede resumir en una frase: todo va bien y no hay complicaciones. Añadamos un «toca madera», por si acaso. No debería quejarme, me digo a mí mismo. Me paso media vida informando al subcomandante, al comandante y al ministro. No está nada mal que sea mi mujer quien se encargue ahora de ponernos al día mientras yo me limito a escuchar.

Mis temores se confirman cuando terminamos el primer plato y el camarero nos sirve los segundos.

—Por cierto, Kostas, ya hay un tercer asesinato, ¿no? —me pregunta Tasía.

—Mientras no logremos detener a los asesinos, mucho me temo que tendremos un cuarto —le respondo.

—Pero ¿qué demonios les ha dado? ¿Por qué lo hacen? ¿Están locos?

—Si has leído los comunicados, ya sabrás por qué lo hacen. A juzgar por lo que dicen, al menos, no parecen estar locos en absoluto. Injustos, tal vez, pero locos no.

—¿Por qué injustos? —pregunta Kaliopi.

Les transmito la opinión de Demertzís sobre los profesores que permanecen en la universidad y luchan por mantenerla en pie.

—El vicedecano opina que, más bien, deberían dedicárselos a los que luchan hoy en día para defender las universidades, y no a los otros, los de la vieja guardia.

—Entre nosotros, razón no le falta —comenta Tasía.

—Vamos, todo esto carece de importancia —interviene Arguiró—. La cuestión es si hay pruebas, aunque sean indicios, que puedan conducir a los asesinos.

Les hablo de las llamadas a secretaría y de las dos mujeres en el coche de Kostópulos.

—¿Mujeres? —se extraña Kaliopi—. ¿Crees que pueden estar relacionadas con el asesinato?

—No necesariamente. Podría tratarse de dos conocidas que se bajaron del coche antes del crimen.

—Lástima que el testigo no les hiciera una foto con su móvil —dice Tasía—. Si la hubiera hecho, podríais localizarlas.

—Los transeúntes no suelen sacar el móvil para fotografiar a los pasajeros de los coches —le contesto—. Salvo que sea uno de esos jóvenes que van por la calle con el móvil en alto, como si llevaran un paraguas.

Entonces interviene Adrianí.

—Mi hamburguesa está deliciosa. Jugosa y nada chamuscada. ¿Qué tal lo que habéis pedido vosotras?

Me doy cuenta de que intenta poner fin a la conversación sobre los asesinatos, porque le pone nerviosa.

—Mi chuleta también está deliciosa —dice Kaliopi.

Tasía es la única que no está del todo contenta, porque encuentra que el hígado está demasiado hecho.

Gracias a Adrianí, nuestra conversación se aleja de los asesinatos y las investigaciones policiales y se centra en el hijo de Tasía y en la mudanza de Katerina.

—Mi hijo también se muda y tengo que ir a ayudarle con el traslado —anuncia Tasía.

—Te ha salido un viaje a Inglaterra, no puedes quejarte —contesta Kaliopi en broma.

—Sí, pero para abrir cajas llenas de libros, no para hacer turismo —insiste Tasía.

—Quizá deberíamos dejar de vernos hasta que termine esta historia de los asesinatos —dice Adrianí cuando subimos al Seat para volver a casa.

—¿Por qué lo dices? A ti te encanta que nos reunamos —le digo extrañado.

—Claro que me encanta, pero no soporto estar delante de un plato de comida deliciosa y que me corte el apetito la necrofilia de mis amigas. ¿Sabes qué decía mi madre, que en paz descanse? «Si en tu casa hay tiña, los matasanos hacen piña.»

—¿Y eso a qué viene? —pregunto sorprendido.

—La tiña en mi casa eres tú y tus investigaciones criminales. Y los matasanos son las otras tres, que revolotean a tu alrededor para satisfacer su vicio.

Me río y mi mujer me mira de reojo.

—Vale, pues. La próxima vez les dirás que debo trabajar por la noche y que prefieres esperarme en casa para que encuentre la cena caliente cuando vuelva —le digo muy en serio—. Hoy ya te lo he pedido, pero tú no querías.

—Tienes razón, ha sido una estupidez —admite mi mujer, y caigo en la cuenta de que es una de las rarísimas ocasiones en que reconoce que tengo razón.

Han llegado puntuales a la cita, como suelen hacer. Asomo por el pasillo a primera hora y los encuentro a la expectativa.

—Ayer nos evitó, señor comisario —se queja la bajita de medias rosa.

—No era mi intención. Simplemente, teníamos que aclarar algunos puntos y escuchar a los testigos. Hoy estoy en condiciones de ofreceros un informe más detallado. Puedo anunciaros oficialmente que el asesinato de Stellos Kostópulos se perpetró con una inyección de cianuro.

—¿Se lo inyectaron dentro del coche? —pregunta Merikas extrañado.

Doy un paso más y les hablo de la declaración del testigo que vio a las dos mujeres sentadas dentro del coche de Kostópulos. También de la llamada telefónica a la secretaria de la universidad, preguntando supuestamente por un doctorado. Omito por completo las otras llamadas telefónicas y demás datos recabados del interrogatorio colectivo del personal administrativo de la Facultad de Ciencias Económicas.

—¿Cree que las dos desconocidas son las asesinas? —pregunta el joven de la camiseta.

—No lo podemos descartar, aunque tampoco estamos seguros —le contesto, y le explico las razones.

—En otras palabras, están dando palos de ciego —se inmiscuye la enclenque, que por primera vez habla muy en serio.

—Coincido con usted. Es un caso muy complicado —le contesto en el mismo tono.

Los periodistas empiezan a retirarse, mientras que la enclenque no se mueve del sitio.

—¿Tiene un minuto, señor comisario? —pregunta cuando el pasillo queda vacío.

«Qué bien, ya hemos encontrado a la sustituta de Sotirópulos», me digo. La periodista que peor le caía ocupa su lugar y solicita que la informe en privado, como hacía él.

Abro la puerta de mi despacho y la dejo pasar. Ella aguarda educadamente a que la invite a sentarse y yo ocupo mi asiento detrás del escritorio. No digo nada, espero que sea ella quien inicie la conversación.

—En primer lugar, quisiera pedirle perdón por mi comportamiento, señor comisario. Soy consciente de que muchas veces me muestro desagradable. No es su culpa, ni yo tengo nada en contra de usted. La culpa es del trabajo que hago.

—Perdone la pregunta, ya que no es asunto mío, pero ¿por qué eligió este trabajo?

—No lo elegí, me vino impuesto por las circunstancias. En fin, es una historia personal y no estoy aquí para aburrirle con mis problemas personales. Le quería decir otra cosa.

—Soy todo oídos.

—He leído los tres comunicados repetidas veces y con mucha atención. Lo que más me impresiona son las dedicatorias a la memoria de los tres profesores. Resulta que los tres están muertos.

—Tiene razón, a nosotros también nos llama la atención este particular, pero no hemos podido encontrar una explicación.

—Yo estudié historia en Atenas e hice mi posgrado en Inglaterra, señor comisario. Cuando leí los comunicados, me recordaron algo de mis años en la universidad que había olvidado por completo.

—¿De qué se trata?

—Los grandes profesores no gozaban del respeto de sus colegas. Todos ellos tenían que convivir a diario, colaboraban o se peleaban, a veces unos se aliaban contra otros... El respeto no tenía cabida en aquellas circunstancias.

—¿Dónde tenía cabida, entonces? ¿Entre los estudiantes?

—Los estudiantes apreciaban mucho a los profesores que impartían bien sus clases, también a aquellos que se interesaban en los estudios y en los trabajos de sus alumnos. En cambio, detestaban a los profesores que daban clases aburridas o que no valoraban de verdad sus esfuerzos. —Hace una breve pausa y me mira—: El respeto provenía de cierta categoría de funcionarios administrativos, señor comisario. Tanto en Grecia como en Inglaterra, había funcionarios de dirección que reverenciaban a determinados profesores, como si fueran dioses del Olimpo. Cuando uno de ellos se detenía para hablar con ellos, lo recibían como el mayor regalo posible. Eso es lo que recordé cuando leí los comunicados, y quería decírselo.

—Ha hecho muy bien y se lo agradezco. Puedo asegurarle que hasta el momento nadie nos había hecho esta observación, ni dentro de la universidad ni fuera de ella.

—Cuando estás metido todos los días en la rutina académica, estos detalles se te escapan. Es a posteriori cuando te acuerdas de ellos. —Se levanta y me tiende la mano—. Me llamo Aretí Sterguíu. Espero que no me guarde rencor por mi comportamiento.

—No le guardo ningún rencor. Al contrario, le estoy agradecido, porque lo que acaba de decirme nos abre nuevos caminos de investigación.

Sterguíu me regala su primera sonrisa bondadosa desde que la conozco y se

marcha.

Este nuevo testimonio nos remite otra vez a las palabras de Seféroglu, aunque, en esta ocasión, con la aparición de un factor que él no podía haberse imaginado, precisamente por las razones que acaba de mencionar Sterguíu. El problema ahora es cómo conseguir localizar entre el personal administrativo de tantas facultades a aquellos que sienten debilidad por los viejos profesores.

Y eso sin olvidar un elemento adicional que debemos tener en cuenta. Los profesores a los que hacen referencia los comunicados terminaron su carrera universitaria más o menos en la década de los sesenta. Los funcionarios administrativos de aquella época tendrán ahora unos ochenta o noventa años de edad. Ni la naturaleza humana ni la lógica más elemental avalan que los asesinos sean funcionarios administrativos de aquellos años. Es decir, sigo vagando perdido por los espacios siderales.

Se abre de golpe la puerta de mi despacho y entra Askalidis.

—Señor comisario, hay una manifestación en el centro de Atenas.

—¿Y por qué me lo anuncias como si fuera lo nunca visto? No es la primera vez ni será la última. Los accesos al centro se cierran día sí y día también por culpa de concentraciones de cien asistentes escasos.

—Esta vez son unos quinientos.

—Vale. ¿Hay algo especial que nos pueda interesar?

—La convocan las asociaciones de estudiantes. Es una manifestación de protesta por los asesinatos de los tres profesores.

—¿Dónde están concentrados?

—Delante de los Propileos. Han cerrado la avenida Panepistimíu, y también la de la Academia.

—Has hecho bien en avisarme. Pide un coche patrulla y vamos a echar un vistazo.

No me interesa el número de asistentes a la manifestación ni los discursos de los cabecillas. Quiero hacerme una idea del ambiente que impera allí y ver si puedo identificar, aunque sea desde lejos, a alguna persona que pueda resultar de interés para nuestra investigación.

Dejamos el coche patrulla detrás de la barrera policial en la avenida Panepistimíu y hacemos el resto del camino a pie.

Cuando ya estamos cerca, me pregunto si ha valido la pena dejar el trabajo para venir aquí. El número de asistentes coincide con la estimación de Askalidis: unos quinientos. Han desplegado unas cuantas pancartas y un joven que está en lo alto de la escalinata habla sin ser oído, porque las consignas coreadas a través de los megáfonos tapan su voz. Los transeúntes miran con indiferencia y siguen su camino.



Maldigo para mis adentros la decisión de venir y perder mi tiempo inútilmente, cuando suena una voz detrás de mí.

—Buenos días, señor comisario.

Me vuelvo y veo a un calvo de baja estatura, trajeado y encorbatado. Se pone a mi lado y me sonrío.

—Usted no me conoce, comisario, pero yo le vi ayer en la universidad. Me llamo Kleon Rupakidis y soy profesor emérito de la Facultad de Ciencias Económicas. Cuando vino para reunirse con los funcionarios, yo tenía un seminario. Como terminó un poco antes del encuentro con usted, decidí quedarme un rato más, porque me interesaba oír lo que allí se decía.

Mi humor cambia enseguida, porque ahora sé que no es un día perdido. Puede que Rupakidis sea la persona que esperaba encontrar para avanzar en la investigación, siempre que pueda contarme algunas cosas que nos resulten útiles.

—Soy asiduo de las manifestaciones y de las concentraciones de protesta, ¿sabe? —continúa Rupakidis—. No me describiría como una persona politizada, pero, desde que no tengo compromisos académicos, no sé cómo llenar mi tiempo libre. Las manifestaciones me ofrecen una salida.

—¿Por qué le parecen tan interesantes? —le pregunto sorprendido.

—Hice una apuesta conmigo mismo. Intentar encontrar una manifestación que no tenga carácter de protesta ni de defensa de derechos adquiridos, sino una finalidad constructiva.

—¿Qué quiere decir?

—Por ejemplo, una concentración de protesta por la situación lamentable de nuestras universidades. Una manifestación por los enormes problemas de la enseñanza media que incluya también propuestas para su solución. Una concentración, en fin, que no se limite a reivindicar ni a defender derechos adquiridos. Cuando yo era estudiante, se organizaban manifestaciones para cambiar el régimen político, para derrocar el estado policial, para tener más democracia... En la actualidad, las marchas y las manifestaciones se organizan para que no cambie nada. Así que asisto y observo con la vana esperanza de encontrar una marcha o una concentración que reivindique un verdadero cambio.

No me da tiempo a responder porque, de repente, estalla un alboroto ensordecedor mientras un grupo de jóvenes con la cara cubierta irrumpen desde la calle Hipócrates y la avenida de la Academia gritando y tirando piedras.

Los manifestantes se dispersan enseguida y corren a buscar refugio. Unos van hacia la calle Sina para esconderse en la Facultad de Derecho, y otros, hacia la plaza Síntagma.

—Los únicos que no tienen derechos adquiridos que defender son estos que van armando follón —me dice Rupakidis—. Pero ellos no quieren cambios, sino

destrucción.

Se nos acerca un oficial de uniforme.

—Compañero, más vale que cojas a este señor y os marchéis. Esto pronto se convertirá en una batalla campal.

—¿Tiene tiempo para tomar un café en Síntagma y charlar un poco? —le pregunto a Rupakidis—. Después le llevaremos a casa con el coche patrulla.

—De acuerdo, aunque no es necesario que me acompañen a casa. Basta con que me lleven hasta la estación de Evanguelismós. Allí cogeré el metro a Palini, donde vivo. También podría cogerlo en la plaza Síntagma, pero mucho me temo que la estación esté cerrada por culpa de los disturbios.

Subimos al coche patrulla y nos dirigimos a Evanguelismós. Buscamos un café en el parque y nos sentamos a una mesa. Le presento a Askalidis y entramos en materia.

—Me gustaría saber qué opina de los asesinatos de sus colegas —le digo.

—Ya se lo he dicho. Como no queremos cambios, optamos por la destrucción.

—¿A qué se refiere? —pregunto, porque no entiendo adónde quiere ir a parar.

—Se lo explico. Alguien ha decidido matar a tres profesores porque abandonaron la docencia universitaria para ocupar cargos ministeriales. La abandonaron con la garantía de que, una vez concluido su servicio público, podrían volver a sus puestos académicos. Esto quedó meridianamente claro en el caso de Stellos Kostópulos. ¿Qué impide que las universidades, centros de enseñanza autónomos y autogestionados, cambien las normas para que los profesores que asumen funciones de ministro no puedan volver luego a la docencia? Entiéndame, señor comisario, no estoy hablando de permisos de excedencia ni de la oportunidad de formar parte de un consejo de administración, me refiero únicamente a aquellas actividades que requieren una interrupción por tiempo indeterminado de las obligaciones académicas del profesor. De haberse producido tal modificación de los estatutos, ningún profesor sacrificaría su puesto permanente en la universidad para ser ministro por un tiempo limitado.

—¿Cree que eso sería posible? —pregunta Askalidis, que le ha estado escuchando con mucha atención.

—No, joven. En teoría, sí es posible, pero en la práctica, por desgracia, no se puede hacer. Lo impiden los tejemanejes que tienen lugar en el seno de las universidades. Porque muchos de aquellos que condenan a los profesores que pasan a ocupar un sillón de ministro no tendrían ningún inconveniente en ocuparlo ellos también si se lo ofrecieran. Por lo tanto, la gran mayoría no

apoyaría tal modificación de los estatutos universitarios. Por eso le he dicho al principio: como no queremos un cambio, caemos en la destrucción y tres colegas han perdido ya la vida.

—Lo ha dicho, es cierto, y le he escuchado, pero hay algo que no entiendo. Seguro que habrá algunos, por pocos que sean, que no están de acuerdo con esta situación. ¿Por qué no han salido nunca a protestar en público?

—Porque estamos padeciendo una grave distorsión, señor comisario, tanto en lo que se refiere a las manifestaciones en defensa de los derechos adquiridos como en lo que concierne a los agitadores y también a las universidades.

—¿Qué distorsión? —Me extraño.

—Hemos aceptado lo anormal como normal.

Ahora empiezo a comprender mejor lo que me ha dicho Sterguíu esta mañana. Cuando uno oye hablar a Seféroglu o a Rupakidis, resulta imposible no sentirse fascinado por sus palabras y no quitarse el sombrero ante su discernimiento.

—Esta mañana una periodista me ha contado algo que podría ser relevante para nuestra investigación, y me gustaría conocer su opinión al respecto, señor Rupakidis. La reportera me ha dicho que los autores de los comunicados de los tres asesinatos deben de ser personas que sienten un profundo respeto por los profesores de antaño. Que debían de sentirse felices y orgullosos por el simple hecho de que estos se detuvieran para hablar con ellas. Por eso, en su opinión, dedican los asesinatos a esos profesores, todos ya fallecidos.

Es la primera vez que Rupakidis se echa a reír.

—Felicite a la periodista de mi parte —me dice—. Cuando entré en la universidad como joven estudiante, viví esa situación de primera mano. Mis profesores me trataban desde el prestigio que les otorgaban sus cátedras y con la autoridad que les conferían sus conocimientos. Nunca dejaban de marcar las distancias que nos separaban. No le voy a decir que me gustaba, porque no me gustaba en absoluto. Pero, al mismo tiempo, cualquier elogio de su parte era para mí como maná caído del cielo. Así que puede imaginarse el júbilo de un funcionario administrativo cuando uno de los profesores descendía a su nivel y le dirigía la palabra. —Se calla, me mira y me sonrío—. Puede que la distancia más corta entre dos puntos sea en ocasiones una curva, señor comisario, pero el camino más corto hacia el respeto es siempre la distancia.

Aquí termina la lección del profesor emérito al comisario de policía y su ayudante. Rupakidis se levanta y se despide de nosotros.

—En cuanto llegemos a Jefatura, llama a Dervísoglu y dile que vuelva. Quiero verlos a todos en mi despacho —le digo a Askalidis.

Ya dentro del coche patrulla doy las gracias por la suerte que he tenido hoy.

Tanto Sterguíu como Rupakidis me han abierto los ojos y me han ayudado a abrir nuevas líneas de investigación.

Están todos sentados a mi alrededor, atentos a lo que les cuento de mis encuentros con Sterguíu y con Rupakidis. Cuando acabo de hablar, se produce un prolongado silencio.

—¿Qué pasa? ¿No vais a decirme qué opináis? —pregunto impaciente.

—¿Qué quiere que le digamos, señor comisario? —Kula toma la palabra—. Soy la más veterana después de Dermitzakis, pero nunca he visto un lío tan grande.

—Si quiere mi opinión, eso del personal administrativo no se sostiene —dice Dermitzakis—. Los funcionarios actuales entraron en servicio después de que se jubilaran los profesores homenajeados en los comunicados, y los de aquella época ya deben de rondar los noventa, como usted muy bien ha dicho. Además, no se olvide de lo que ha dicho el profesor.

—¿El qué?

—Los derechos adquiridos, señor comisario. ¿Por qué damos por sentado que a todos los demás funcionarios solo les interesan sus derechos adquiridos mientras que los funcionarios de las universidades luchan por defender los centros docentes? Estos también son funcionarios públicos, piensan igual que los primeros y tienen las mismas preocupaciones.

—Lo que dices suena muy razonable. ¿Cuál es tu valoración del asunto?

—Hay dos posibilidades, señor comisario. En primer lugar, que se trate de viejos estudiantes que entraron en la universidad cuando aquellos profesores todavía impartían clases y, muy posiblemente, los llegaron a conocer. Esos estudiantes tendrían hoy unos setenta años. No les resultaría complicado utilizar veneno para asesinar. Claro que el caso de Arjontidis es más complejo. La otra posibilidad, que es la más convincente en mi opinión, es que los asesinatos fueran cometidos por profesores todavía en activo, que conocieron a los viejos siendo aún estudiantes.

—Perdonad, pero a mí me parece que nos hemos estancado elaborando hipótesis que no tienen ni pies ni cabeza —interviene Dervísoglu.

—¿Por qué? —pregunto.

—¿Estamos o no de acuerdo en que los asesinos son gente culta? —prosigue Dervísoglu.

—Estamos de acuerdo —contestamos todos a una.

—Los tres profesores que mencionan los comunicados han dejado una extensa obra científica. ¿Quién dice que los asesinos no han leído sus obras y por

eso los admiran tanto? Por eso dedican los crímenes a su memoria.

Nos quedamos todos callados, porque no podemos argumentar nada en contra. Su razonamiento es absolutamente impecable. Al ver que guardamos silencio, Dervísoglu continúa.

—Esta mañana, el profesor le ha hablado del respeto, señor comisario. Yo le hablaré de la admiración. Al menos algunos de los asesinos han leído las obras de los viejos profesores y los admiran por ellas. En mi opinión, las dedicatorias no se deben al respeto, sino a la admiración.

—¿Qué propones que hagamos? —le pregunta Dermitzakis, muy atento.

—Las propuestas no son cosa mía, aunque voy a deciros algo más. Llevo dos días buscando en los archivos del personal administrativo de la Facultad de Derecho. Ante mis ojos han desfilado listas interminables de nombres masculinos y femeninos. ¿Cómo vamos a localizar, en medio de esa avalancha, algún nombre que nos pueda interesar? ¿A quién vamos a preguntar? Cuando termine con la Facultad de Derecho iré a la secretaría de Filosofía y después a la Facultad de Ciencias Económicas, donde encontraré el mismo revoltijo de nombres. Perdonad que os lo diga, porque tenéis mucha más experiencia que yo, pero creo que estamos buscando una aguja en un pajar.

Dervísoglu ha dado en el clavo; eso es exactamente lo que estamos haciendo. Al no tener prueba alguna, ni siquiera un simple indicio, estamos buscando una aguja en un pajar, confiando en la suerte para dar con algo que nos llame la atención. Después, Dios dirá. Estoy de acuerdo con lo que ha dicho Kula, es uno de los casos más difíciles que he investigado en todos mis años de servicio.

—Fotis tiene razón —digo a mis ayudantes—. Como no tenemos pruebas, nos dedicamos a hacer análisis y a dar palos de ciego. Nos hemos visto atrapados en un laberinto y confiamos en que nos toque la lotería.

—¿No deberíamos buscar en otro laberinto? —aventura Kula.

Dermitzakis la mira sorprendido.

—¿Dónde?

—En Internet y las redes sociales. También son un laberinto, pero allí hay comentarios, conversaciones, la gente cuelga cosas... Quizás ese laberinto nos proporcione datos más rápidamente.

—Es verdad. De todas formas, vamos a ciegas. Enseguida hablaré con Velidis para que empiece a investigar, a ver qué sacamos de allí. Mientras tanto, tú sigue repasando los archivos, por pesado que sea —le digo a Dervísoglu.

Los mando a sus despachos y voy a hacerle una visita a Velidis. Me lo encuentro conversando con un colega suyo. Enseguida lo despacha para recibirme.

—Por la expresión de tu cara deduzco que se trata de algo urgente —me dice.

Le informo con todo detalle de la marcha de nuestras investigaciones y de los puntos donde hemos encallado. Lo único seguro en este asunto es que no paro de dar informes.

—Acabas de complicarme la vida —me responde Velidis—. Indícame, si puedes, qué tiene prioridad en la investigación, o nos veo hundiéndonos en el caos.

—Te aconsejaría que empieces por el personal universitario: los profesores, los estudiantes y el personal administrativo. Esta es, en mi opinión, la fuente de información más accesible.

—De acuerdo, aunque te advierto que el uso de seudónimos en las redes sociales no es ninguna excepción. Por lo tanto, muchos de los que investiguemos, sobre todo en Facebook, puede que escriban bajo seudónimo.

—Vale, pero si encontráis material pertinente, ¿podéis averiguar el verdadero nombre de su autor?

—Generalmente, sí. Se ha de ser muy lince en informática para que se nos escape.

Acordada ya la estrategia, bajo a mi despacho. Nada más sentarme suena mi móvil. Es Guikas.

—¿Tienes tiempo para charlar un poco con tu viejo superior jubilado? —pregunta—. No te voy a pedir que vengas a verme. Iré yo, nos podemos encontrar en una cafetería cerca de Jefatura y hablar un poco.

No sé si tiene algo en concreto que contarme o, simplemente, añora sus tiempos en activo y desea tener noticias de Jefatura. En cualquier caso, no tengo nada urgente que hacer y le propongo que nos encontremos en un café al final de la avenida Alexandras.

Cuando llego, él ya está sentado a una mesa al aire libre con un café griego delante. En cuanto me ve, se pone de pie, me da la mano y apoya la otra en mi hombro.

—Te agradezco que hayas venido, Kostas. No sabes lo que es vivir lejos del despacho, del trabajo que era tu vida, quedarse en casa y ver pasar las horas.

—¿Qué hay de la pesca? —le pregunto.

—Estamos a finales de septiembre y hace demasiado viento para salir a pescar. Pescar con viento no es para novatos. Fuimos a pasar una semana en la casa del pueblo, pero por las noches ya refrescaba, mi mujer tenía frío y volvimos a la ciudad.

Se calla un momento mientras el camarero toma nota de lo que quiero tomar y luego continúa:

—No te he pedido que nos veamos solo para quejarme. También quería darte buenas noticias. Me ha llamado Kapsidis.

—¿El subcomandante?

—Sí. Me ha dicho que he tenido a un oficial muy competente a mi lado todos estos años. También me ha dicho que tienes dos cualidades muy importantes: la mente clara y una gran experiencia. —Hace una pausa y se ríe—. Le he contestado que, de no haber sido así, no te habría mantenido tanto tiempo a mi lado, dejando que hagas lo que te sale de los mismísimos y teniendo que correr tras de ti para remediarlo.

—Te agradezco que me lo cuentes. Me alegra que el subcomandante esté contento conmigo, aunque no creo que mi trabajo merezca tantos elogios.

—Vamos, Kostas, déjate de falsa modestia. Nosotros ya nos conocemos.

—No es por eso. El caso que estamos investigando nos ha conducido a un callejón sin salida. O nos encontramos ante unos genios del crimen, o hay algo que se nos escapa.

Y, de pronto, me veo resumiendo el caso de nuevo. Por una parte, porque espero que, al repetir una y otra vez la misma historia, acabe descubriendo algo que se me está escapando, y por otra, porque sé que a Guikas le complacerá escucharme, como en los viejos tiempos.

Y así es. Me escucha con la misma atención que cuando era el director.

—Desde luego, parece un caso muy complejo. Aunque creo que pasas algo por alto, Kostas.

—¿El qué? —pregunto ansioso.

—Has olvidado que, antes de la crisis, las mujeres en Grecia se jubilaban a los cincuenta, y cuando tenían hijos menores de edad, a los cuarenta y cinco. Así se hacía en los bancos y también en el sector público.

Me entran ganas de darme de cabeza contra la pared. ¿Cómo he podido pasar esto por alto?

—Ya lo ve. Resulta que no soy ningún genio.

—Vamos. Siempre se nos escapa algo y las pasamos moradas hasta encontrarlo. Por eso trabajamos en equipo. Aunque algunos estemos jubilados —concluye riéndose.

Nos quedamos un rato más, hasta que nos acabamos los cafés y Guikas da por finalizados sus lamentos de jubilado.

Vuelvo a Jefatura sin poder quitarme mi estupidez de la cabeza. Para consolarme, pienso que los elogios del subcomandante confirman que no solo he conseguido mantener abierto el resquicio de la puerta, sino que he colocado una cuña para que no se pueda cerrar.



Katerina nos ha invitado a cenar en su casa. Es una de esas raras ocasiones en que mi hija decide migrar a la cocina. Hasta ahora, de la limpieza de la casa se ha estado encargando Fanis, que vuelve del trabajo antes que mi hija cuando no está de guardia, o la hacen entre los dos los fines de semana. En cuanto a la comida, Fanis come en el hospital al mediodía, Katerina pica cualquier cosa, y por la noche se preparan algo rápido, siempre que Adrianí no les haya provisto de fiambreras llenas de manjares.

—Como futura madre, debo acostumbrarme a cocinar, y será mejor que empiece a practicar ya —me había dicho por teléfono, riéndose.

—No te hagas la heroína. Tu madre te hará la comida y lo sabes de sobra.

—Claro, lo hará para compensarme, no te digo...

—¿Para compensarte por qué? —le pregunto extrañado.

—Por martirizarme. Que si he ido al ginecólogo, que si trabajo demasiado, que si como, que si bebo; le hago un informe completo por teléfono dos veces al día. Ahora me martiriza con el embarazo, mañana lo hará con el bebé. Mientras tanto, me cocinará sus exquisiteces a modo de compensación.

Me río, porque sé que mi hija no exagera. El único método eficaz que conoce Adrianí para combatir la ansiedad es la cocina o dar la matraca.

Mientras estoy recogiendo mis cosas para ir a casa me llama mi mujer.

—No pases a recogerme. Estoy con Tasía, Arguiró y Kaliopi e iré directamente a casa de Katerina.

La solución me conviene, ya que desde la avenida Alexandras me resulta más fácil ir directamente a Neo Psijikó que dar un rodeo por Pangrati.

Soy el primero en llegar, y Fanis me abre la puerta.

—Katerina está en la cocina con Maña —anuncia con solemnidad—. Katerina está cocinando y Maña le está ofreciendo ayuda psicológica.

En el salón está Uli con una copa de vino. Nos saludamos y voy a la cocina para saludar también a mi hija. No la veo desde la cena en el refugio para los sin techo y descubro que ha ganado peso y que su vientre ha crecido.

—¿Ya da pataditas? —bromeo.

—Papá, sabes que me gusta ver los partidos de fútbol, pero no pienso traer al mundo a un futbolista.

La dejo en la cocina con el apoyo psicológico de Maña y vuelvo al salón.

—Katerina me ha dicho que andáis liados con un caso difícil —me dice Uli cuando me siento.

Nunca he podido entender por qué, cuando nos reunimos la familia y los amigos, Fanis no tiene que hablar de sus pacientes, Katerina no tiene que explicarnos sus avatares judiciales, pero yo sí que debo satisfacer la curiosidad de la audiencia con mis relatos policiales, ya se trate de las tres Gracias o de Uli. Por otro lado, el chico me cae especialmente simpático y no quiero poner fin a la conversación bruscamente.

—Todos los casos son difíciles —explico—. La diferencia en esta ocasión es que nos toca trabajar en terrenos desconocidos, y esto complica las cosas.

—Uli, ¿por qué le das la lata al comisario para que te hable de asesinatos cuando tienes noticias mucho más agradables que contarle? —pregunta Maña, que justo en este momento entra en la sala de estar.

—¿Hay noticias agradables? —pregunta Fanis.

Uli duda un instante, pero al final decide desembuchar.

—Me han encargado un trabajo importante: administrar la presencia online de una gran empresa alemana en todos los países balcánicos.

—¡Bravo, Uli! ¡Enhorabuena! —exclamamos Fanis y yo al unísono.

—Este verano estuvimos en Alemania con unos amigos de Uli —nos explica Maña—. Allí estaba también una pareja conocida de ellos. El hombre es director de una gran empresa. Cuando supo a qué se dedica Uli en Grecia, le propuso colaborar, y hoy han firmado el contrato.

Mientras estamos dándole la enhorabuena suena el timbre de la puerta y aparece Zisis. Como siempre, no viene con las manos vacías.

—Escucha, tío Lambros —le dice Fanis, que se ha acostumbrado a llamarle «tío Lambros» gracias a Katerina—. El próximo detallito lo traerás cuando nazca tu tocayo. Hasta entonces, no hace falta que nos traigas nada más.

—No gastes saliva —le contesto—. Digas lo que digas, él seguirá trayendo sus regalitos. Zisis y sus regalos son como la Pascua y la Cuaresma, siempre van juntos.

—Si no es nada —se justifica Zisis—. Unas trufitas de chocolate para el postre.

Katerina sale de la cocina.

—¿Dónde está mamá? —me pregunta.

—Con sus amigas. No tardará en llegar.

—Ya entiendo —dice mi hija en tono insinuante, y me guiña el ojo. Luego le da un beso a Zisis y vuelve a la cocina.

Zisis nos cuenta una historia increíble de un grecocanadiense que ha irrumpido por la mañana en el refugio buscando a su hermana. Le había perdido la pista desde que fallecieron sus padres. Había venido a Grecia para encontrarla y llevársela consigo de vuelta a Canadá.

—Pero Aglaía, la hermana, no ha querido —continúa Zisis—. Le ha dicho: «Yannis, si quieres comprarme un billete de ida y vuelta para que vaya a conocer a tu mujer y a mis sobrinos, lo haré encantada. Si, además, puedes darme algo de dinero para que viva un poco mejor, estaré en deuda contigo. Pero este refugio es mi casa. Es demasiado tarde, soy demasiado vieja para empezar una nueva vida en Canadá».

—¿Se le ofreció tal oportunidad y la tiró por la borda? —se sorprende Maña—. Tiene agallas.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta Fanis a Zisis.

—No lo sé exactamente, unos setenta y pico.

—¿Qué esperabas? ¿Que se fuera a Canadá sin saber ni inglés ni francés? —pregunta Fanis a Maña—. Sería como hacer voto de silencio. No podría hablar siquiera con sus sobrinos. Comparado con una vida así, el refugio es el paraíso.

No podemos seguir la conversación porque llega Adrianí.

—Las embarazadas primero —sentencia, y va directa a la cocina sin saludar a nadie.

Pronto reaparece con una gran sonrisa de satisfacción.

—Ya se le nota la barriga —dice contenta, pero enseguida cae presa de la preocupación—. ¿Tantos años invitándonos como mucho a un café, y ahora que está embarazada le da por cocinar y gastar energía?

—No le pasará nada —le responde Fanis—. Al contrario, es bueno que se mueva.

—Que yo sepa, hijo mío, eres cardiólogo, no ginecólogo —le espeta Adrianí, sentenciosa.

—Sí, pero el ginecólogo es amigo mío desde la universidad y ya le he consultado —dice Fanis, zanjando el asunto.

—Lástima haberte conocido tarde, Adrianí —interviene Zisis.

—Lo mismo digo, Lambros, pero ¿por qué?

—Porque habrías sido una secretaria ideal para el partido. Habrías sabido imponer una disciplina férrea.

—Yo no sé nada de partidos, Lambros. Lo único que conozco es la disciplina de la pobreza.

Zisis se levanta, la abraza y la estrecha contra sí.

—Tantos años en el partido, y es la primera vez que oigo esta frase —le dice.

Y aquí terminan las efusividades, porque aparecen Katerina, Maña y la cena.

—¡Vamos, todos a la mesa! —exclama Katerina.

Nos sentamos y examinamos los platos con curiosidad, aunque mi atención

se centra en la reacción de Adrianí ante las habilidades culinarias de su hija. Ha preparado un suflé de espinacas de primero y carne de cerdo con espárragos de segundo.

—No acepto elogios por la ensalada. La ha preparado Maña —anuncia mi hija.

Primero expresamos nuestros buenos deseos por el nieto que está de camino, después deseamos a Uli mucha suerte en su nuevo trabajo y luego nos ocupamos del suflé, tanteando al principio, devorándolo después.

—Katerina, el suflé está delicioso —exclama Maña.

Todos manifestamos nuestra conformidad excepto mi mujer.

La observo de reojo. Está comiendo pausadamente, sin apresurarse, analizando cada bocado que se lleva a la boca.

—¿Y? ¿Qué te parece? —pregunta Katerina.

Adrianí deja de comer y la mira.

—¿Dónde has aprendido a cocinar? De mí, desde luego que no, porque cada vez que me metía en la cocina tú salías de casa.

No le dice que la cena es sabrosa, sino que le pregunta dónde ha aprendido a cocinar. Para Adrianí, eso equivale a un elogio.

—Mamá, despierta. Hay infinidad de libros con recetas de cocina.

—Si supieras cuántos suflés he tenido que comer hasta que estuviera segura de hacerlo bien... —dice Fanis a mi mujer.

La conversación termina aquí, porque pasamos a la carne de cerdo con espárragos, que es la segunda sorpresa culinaria de la velada. Hasta ahora he estado orgulloso de mi hija la abogada, ahora tengo que quitarme el sombrero también ante la cocinera. Estamos todos entusiasmados menos Adrianí, que otra vez opta por el mutismo. Empiezo a temer que la comida no le gusta, cuando mi mujer deja el tenedor y pregunta a su hija:

—¿Me darás la receta?

Por un instante, Katerina se queda anonadada. Luego empieza a gritar:

—¡Chicos, ahora sí que acepto felicitaciones! Si mamá me pide la receta, quiere decir que sé cocinar.

—¿Qué quieres que te diga, hija mía? Yo crecí en un pueblo donde las mujeres daban a luz con la ayuda de las parteras, y las chicas aprendían a cocinar de sus madres. Hoy las parturientas dan a luz con la ayuda de los tocólogos y los ginecólogos, y las chicas aprenden a cocinar con un libro de recetas. El mundo ha cambiado, pero es demasiado tarde para que yo cambie mi forma de pensar.

Katerina se levanta de un salto, va corriendo hacia su madre y le estampa un beso en la mejilla.

—Que sí, que la comida está muy sabrosa —confirma Adrianí—. Pero que

no se te suban los humos porque te queda mucho por aprender.

—De tal palo, tal astilla —dice Zisis.

Es la primera vez que Adrianí le abre su corazón a su hija y, además, delante de terceros. «Fíjate en lo que es capaz de conseguir un nieto», me digo. «Y pensar que todavía estamos en el periodo de gestación.» Cuando Lambros nazca, nos hará bailar al ritmo que él marque y Adrianí encabezará el baile.

El resto de la velada transcurre entre bromas y risas. Para acompañar las trufas de Zisis, Fanis nos sirve una bebida italiana que se llama *grappa*.

Ya es medianoche cuando nos levantamos de la mesa. Zisis viene con nosotros para que le llevemos al refugio. Las calles están vacías y llegamos en tiempo récord a Kypseli. Le damos las buenas noches a Zisis y bajo a la avenida Patisión para ir de Síntagma a Pangrati.

—¿Has leído los posos del café con tus amigas? —bromeo con Adrianí, porque estoy de buen humor.

—No he ido para eso, sino para verlas. Tú siempre tan bien dispuesto. Pero, ya que hemos tomado café, le hemos echado un vistazo al poso.

—¿Qué decía?

—Que a Lambros la vida le depara un buen camino, y eso me ha alegrado mucho. Después, Tasía ha estado tomándome el pelo.

—¿Por qué? ¿Por el nieto?

—No. Ha propuesto que Kaliopi te leyera el poso a ti también, a ver si te ayudaba a encontrar al asesino de los profesores. Kaliopi no ha dicho nada, pero Tasía ha comentado después: «Aunque, ¿para qué recurrir al café? Se enteraría de más cosas hablando con vosotras, que trabajasteis en la universidad».

Freno en seco.

—¿Dónde trabajaron?

—En la universidad. Aunque hace muchos años de eso.

Arrimo el Seat a la acera de Patisión.

—¿Tú ya lo sabías? —pregunto.

—¿Cómo iba a saberlo? Ya estaban jubiladas cuando las conocimos.

—¿Qué dijeron cuando Tasía mencionó la universidad?

—Pues el comentario de Kaliopi fue: «Nosotras trabajamos allí en tiempos inmemorables. ¿Qué podríamos contarle al comisario unas antiguallas como nosotras?». Y se rio. Ahí se acabó la conversación.

Piso el acelerador y arranco de golpe.

—¿Te has vuelto loco? —grita Adrianí—. ¡Has pasado con el semáforo en rojo! ¿Es que intentas matarnos antes de que podamos abrazar a nuestro nieto?

No he podido pegar ojo en toda la noche. Y Adrianí no ha dejado de quejarse porque no paraba de dar vueltas en la cama y la despertaba cada dos por tres.

Ahora estoy sentado a mi escritorio, devanándome los sesos. ¿Me enfrento a una casualidad diabólica? Este verano conocimos a tres mujeres en Pápingos, dos solteras y una viuda. Pero, para ser amigos, ¿es necesario hablar de la trayectoria profesional o de los estudios que se tienen? Millones de estudiantes, tanto chicos como chicas, han pasado por las universidades griegas, ¿qué tenían de particular esas tres señoras? Se limitaron a decirnos que estaban jubiladas, cosa que era cierta.

Aquí surge el primer interrogante. ¿Por qué, después de los asesinatos, cuando buscábamos desesperadamente un cabo suelto al que agarrarnos, no me dijeron que habían trabajado en la universidad? Vale, puedo aceptar que no se les ocurriera, como tampoco se les ocurrió a otros miles de antiguos estudiantes.

Pero aquí aparece el segundo interrogante, el que resulta verdaderamente crucial. ¿Por qué todos nuestros encuentros con las tres Gracias han coincidido con los asesinatos? Tras la muerte de Rapsanis nos llamó Arguiró. Tras el asesinato de Arjontidis, nos reunimos en mi casa, aunque fuera con el pretexto del nieto. Y, después del asesinato de Kostópulos, Tasía nos invitó a cenar. Cada vez que nos hemos encontrado me han preguntado cómo iban las investigaciones. ¿Ha sido casualidad? No puedo descartarlo, aunque tampoco me convence por completo, porque ha habido demasiadas casualidades. Nos conocimos, aunque fuera por azar, antes de los asesinatos, y hemos vuelto a vernos después de cada crimen. Esto último no puede ser casual.

Precisamente porque no puedo saber si es casual o no, decido investigarlo. El problema es que no sé por dónde empezar a tirar del hilo. Ni siquiera conozco los apellidos de las tres Gracias. En Pápingos se nos presentaron diciendo «soy Arguiró», «soy Kaliopi», «soy Tasía», y, a partir de ahí, han sido «señora tal» o «señora cual», usando sus nombres de pila.

Claro que podría llamar a la pensión de Pápingos para averiguar sus apellidos, pero corro el riesgo de que la dueña las avise, y yo prefiero empezar la investigación discretamente, porque, si me equivocara, no habría quien aguantase a Adrianí, que me acusaría de sospechar de sus camaradas de armas, como diría Zisis.

La otra solución sería pedir a mi mujer que las invite a casa para poder

interrogar a las tres extraoficialmente. No obstante, descarto esta idea de inmediato. Lo único que conseguiría sería levantar sospechas y que empezaran a recelar y a cubrirse las espaldas. Será mejor que sigan sin saber nada.

De repente, se me ocurre llamar a Askalidis. Le doy la dirección de Arguiró y le pido que repase los timbres del bloque de pisos donde vive, y que anote su nombre completo.

En cuanto se marcha Askalidis, llamo a Dervísoglu.

—No sigas buscando a ciegas. Localiza los expedientes de las funcionarias cuyo nombre de pila es Arguiró y Kaliopi.

Luego llamo a Dermitzakis y a Kula para ponerles al día.

—No sé qué puede surgir de esta nueva línea de investigación. Es posible que nada. Sencillamente, me he mosqueado por las razones que os he contado.

De repente, Kula estalla en carcajadas.

—¿Se puede saber qué te parece tan divertido? —pregunto irritado.

—Señor comisario, hemos investigado a los terroristas, hemos investigado en Internet, hemos investigado a los profesores y hemos acabado mirando los timbres de las casas.

Dermitzakis empieza a reír con ella, pero la joven se pone seria de golpe.

—¿Podría describirme a las tres mujeres? —me pregunta.

Se las describo.

—Si me da su permiso, me plantaré delante del bloque de pisos donde vive Arguiró y, en cuanto vea a una de las tres, la seguiré y procuraré entablar conversación con ella. Puede que saquemos algo en claro. Si damos por válido mirar los timbres, también daremos por válido recurrir al cotilleo.

Me parece que no le falta razón y le doy permiso para que lo haga. De todas formas, en estos momentos estoy siguiendo más mi instinto que las pruebas de las que dispongo.

Ya hemos acabado cuando vuelve Askalidis.

—La señora se llama Arguiró Terzidis —me informa.

Estoy a punto de llamar a Dervísoglu, pero me contengo. No podemos perder el tiempo inútilmente. Pienso que antes debería llamar a Fenekidis o a Kardasis para preguntarles si conocen a la tal Arguiró Terzidis. Al final, decido llamar a Kardasis, por ser el de más antigüedad.

—Se encuentra dando clase, señor comisario. Estará disponible dentro de una hora —me dice la secretaria.

Mientras tanto, llamo a Velidis y le pido que mire si hay una Arguiró Terzidis en Facebook o en Twitter.

—¿Es una sospechosa? —me pregunta.

—Todavía no lo sé. Solo la estoy investigando.

Me dispongo a llamar también a Dervísoglu, pero me detiene una idea que solo Menekidis puede aclararme. Como Kula no está, voy al despacho de mis ayudantes.

—Tenemos que encontrar la declaración de una tal Menekidis —digo a Dermitzakis—. Necesito su teléfono para hablar con ella.

Dermitzakis localiza enseguida el expediente con la declaración de la mujer. La leo por encima y descubro que los dos profesores que mencionan los asesinos en los primeros dos comunicados, Zeodorakópulos y Zoras, daban clases en la Facultad de Filosofía.

No sé si aguantaré la hora hasta que pueda llamar a Kardasis. Por suerte, al final doy con él.

—Señor profesor, le pido disculpas por molestarle. ¿Se acuerda, por casualidad, si pasó por la Facultad de Derecho una estudiante que se llamaba Arguiró Terzidis?

Él reflexiona un poco antes de contestar.

—No, no recuerdo haber tenido a una alumna con ese nombre. Aunque esto no significa gran cosa. He tenido a tantos alumnos y alumnas que es del todo imposible que recuerde los nombres de todos ellos.

—¿Pudo haber entre el personal administrativo alguien con ese nombre? Tendrá que remontarse mucho al pasado, porque no creo que se haya jubilado hace poco.

—No, tampoco recuerdo a ninguna administrativa con ese nombre, ni siquiera creo haberlo oído nunca.

Me pongo a pensar en lo que acaba de decirme. A Kardasis, por lo menos, no le suena el nombre de Arguiró. Y Menekidis declaró que los dos profesores, con excepción de Zolotas, impartían clases en la Facultad de Filosofía. En consecuencia, lo más probable es que estemos perdiendo el tiempo repasando los registros de la Facultad de Derecho. Hay más posibilidades de que los asesinos tuvieran que ver con la Facultad de Filosofía.

Llamo a Dervísoglu y le digo que vaya a la Facultad de Filosofía para buscar allí el nombre de Arguiró. Para agilizar la búsqueda, mando a Askalidis para que le ayude.

De pronto, me doy cuenta de que he estado tan metido en el trabajo que se me ha olvidado informar al subcomandante. Le llamo enseguida por teléfono y empiezo a contarle las novedades, aunque, en esta ocasión, me alegro de poder hacerlo, porque sé que mi jefe dará botes de alegría por haber podido avanzar un poco, por fin.

Él me escucha como hace siempre, sin interrumpirme con preguntas.

—Me está dando usted muy buenas noticias. Enhorabuena, comisario —me



felicita al final.

—No me felicite todavía. Primero, porque todo empezó con algo que me dijeron por casualidad, y segundo, porque aún no sé si estamos sobre la pista de los asesinos.

—Aun así, creo que debemos informar al comandante.

Se me ocurre que si surgen novedades, ya sea a raíz de las pesquisas de Kula o de los registros de Dervísoglu, lo más probable es que tenga que salir escopeteado, y no me dará tiempo para informes ni para reuniones.

—En este caso, le ruego que lo hagamos ya, porque cuando reunamos nuevos datos, no sé si me será posible ausentarme de la investigación.

—Muy bien. Venga ahora, le estaré esperando.

Subo al Seat y pongo rumbo a la calle Katejaki. Es la primera vez que hago este trayecto de buen humor, sin que me atormente la idea de reunirme con el comandante y el subcomandante. Sé que lo que voy a decirles creará un clima de euforia, no porque hayamos obtenido ningún resultado concreto, sino porque, por fin, parece haberse encendido una pequeña luz en la oscuridad, algo parecido a una chispa en medio de la tormenta.

Es mediodía y hay mucho tráfico en la avenida del Mediterráneo. Tardo media hora en llegar, pero no me preocupa en absoluto. La reunión ha sido acordada en el último minuto y no se ha fijado una hora concreta.

Voy directo al despacho del subcomandante. Al verme, se pone de pie.

—Venga conmigo, el comandante está ansioso por saber cómo van las cosas.

En efecto, lo encontramos caminando de un lado para otro en su despacho. Nos conduce enseguida a la mesa de reuniones, se sienta a la cabeza, y nosotros, a ambos lados.

—Y bien, señor comisario. Espero oír sus buenas noticias —me dice.

—No sé si son muy buenas, pero, sin duda, es la primera vez que nuestra investigación parece encaminarse hacia un objetivo concreto —respondo, procurando rebajar un poco sus expectativas.

Empiezo con una descripción detallada de los pasos que he dado desde que obtuve la información de forma accidental hasta las últimas decisiones que se han tomado.

—Esto no significa que hayamos encontrado a los culpables, pero, tal como acabo de explicarle, hay demasiadas casualidades para no sospechar.

—¿Cómo piensa proceder? —me pregunta el subcomandante.

—En primer lugar, tenemos que confirmar la relación de esas tres mujeres con la universidad, es decir, si formaban parte del personal administrativo. Si se confirma, las posibilidades de que estén implicadas en los asesinatos aumentan

considerablemente.

—Quisiera hacerle dos preguntas —interviene el comandante—. En primer lugar, qué le hace sospechar tanto de ellas. A fin de cuentas, no es un crimen que no hayan mencionado su relación laboral con la universidad.

—No es solo que no la mencionaran, comandante. Ellas se ocuparon de reunirse con mi mujer y conmigo después de cada asesinato. Procuraron obtener información sobre las investigaciones de forma indirecta, sin revelar que habían trabajado en la universidad. Esto último lo digo con reservas, hasta que se confirme que, efectivamente, trabajaron allí. Si lo demostramos, resultará extraño, si no del todo sospechoso, no solo el hecho de haber omitido revelarme su vinculación con el mundo académico, sino no haberme facilitado nombres con los que contactar en la universidad para poder avanzar en la investigación. Aunque le repito: digo todo esto con reservas, puesto que todavía no hemos podido demostrar su relación con el entorno universitario.

—De acuerdo. Mi segunda pregunta es: usted, que las conoce de primera mano, ¿las considera capaces de cometer asesinatos?

—Por norma general, los crímenes que nos plantean mayores dificultades son aquellos que cometen personas que, de entrada, no dan el perfil de posibles criminales. Aparte de esto, los dos asesinatos cometidos con veneno podrían haber sido fácilmente obra de mujeres. La muerte de Arjontidis nos plantea otros problemas, pero no olvidemos que contaban con dos cómplices, a los que todavía no hemos podido identificar.

—Me ha convencido —dice el comandante con satisfacción—. Creo que ya podemos informar al ministro.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Por supuesto.

—No informemos al ministro todavía. Esperemos hasta que haya concluido la investigación preliminar. Si no se confirman los datos de los que disponemos, mucho me temo que se sentiría frustrado.

El subcomandante acude en mi ayuda.

—Estoy de acuerdo con el señor comisario. No nos precipitemos.

Cerrado el acuerdo, vuelvo a poner rumbo a Jefatura.

Estoy saboreando todavía mi primer sorbo de café cuando Kula irrumpe en mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja.

—Kaliopi se apellida Zafiratos y vive en la calle Fokidos número once, en Ambelókipi —anuncia triunfante.

—¡Bien hecho, Kula, enhorabuena! —la felicito—. ¿Cómo lo has averiguado?

—He tenido dos golpes de suerte. Primero me he plantado en la acera frente al bloque de pisos donde vive Arguiró Terzidis. No sabía si iba a salir ni cuándo, pero, afortunadamente, ha aparecido en la entrada del edificio al cabo de una hora, más o menos. He visto que se dirigía a la parada del trolebús y me he subido al mismo que ella. Ha bajado en Ambelókipi y ha entrado en la calle Fokidos, un poco más allá de la parada. Me he detenido en la esquina y la he visto entrar en un bloque de pisos. He esperado un poco y luego me he acercado para mirar los nombres que figuran junto a los timbres. He encontrado el de Kaliopi Zafiratos. He repasado los timbres por si hubiera otra Kaliopi más, pero era la única.

—Te felicito de nuevo —le digo, mientras pienso que la suerte comienza a sonreírnos.

No puedo evitar la tentación de sospechar, aunque esté bastante cogido por los pelos, que Arguiró ha ido a casa de Kaliopi para hablar de la conversación que tuvieron ayer con mi mujer, y de la revelación fortuita de que ellas habían trabajado en la universidad. Esto excluiría, de hecho, a Tasía del grupo de sospechosas, porque, de haber participado en el complot, no habría sacado el tema.

Primero llamo a Velidis para darle el nombre completo de Kaliopi. Después decido volver a recurrir a Kardasis, como fuente de información fehaciente, pero, también en esta ocasión, su respuesta es negativa. El nombre de Kaliopi Zafiratos no le dice nada.

De repente, me acuerdo de Kleon Rupakidis. Cuando nos conocimos, me dijo que había impartido un seminario en la Facultad de Ciencias Económicas. Es decir, había sido profesor en este centro universitario. Yo había atribuido a la Facultad de Ciencias Económicas una importancia menor, porque a Zolotas le conoce el país entero y los otros dos profesores enseñaban en la Facultad de Filosofía. No obstante, no me cuesta nada intentarlo.

—Necesito que encuentres el teléfono de un profesor que se llama Kleon

Rupakidis y vive en Palini —digo a Kula.

Ella tarda dos minutos en facilitarme el número y llamo a Rupakidis. Él mismo coge el teléfono.

—Soy el comisario Jaritos, señor profesor —me identifico.

—¡Comisario Jaritos! ¿La sorpresa es agradable o desagradable? —me pregunta él, riéndose.

—Ni lo uno ni lo otro. Solo necesito cierta información.

—Le escucho.

—Quería preguntarle si le resulta familiar el nombre de Kaliopi Zafiratos.

—¡Kaliopi! —exclama él—. Kaliopi era toda una institución en la secretaría de la facultad. —Se produce una pausa, y luego me pregunta receloso —: ¿Qué ha pasado? ¿Tiene que ver con los asesinatos?

—No. Forma parte de la investigación, aunque preferiría contárselo en persona, si tiene tiempo.

—Un jubilado que no tiene tiempo sería una primicia mundial. —Se ríe de nuevo—. Puede venir ahora mismo si quiere.

Me hubiera gustado que me acompañara Askalidis, pero lo he enviado a ayudar a Dervísoglu. No me queda más remedio que ir solo. Puede que sea mejor así, porque Rupakidis se sentirá más cómodo si estamos solos. Para no perder tiempo, pido que me preparen un coche patrulla.

Antes de salir de Jefatura hablo con Dimitríu.

—Necesito que mandes a un fotógrafo a tomar fotos de dos mujeres.

Él guarda silencio por un momento.

—¿Es lo que me imagino? —pregunta después.

—Todavía no lo sé. De momento, solo se trata de hacer algunas comprobaciones. Le acompañará Kula Bólari, de Jefatura, porque ella ya conoce a las mujeres en cuestión.

Cuando Kula entra luego en mi despacho le digo:

—Irás con un fotógrafo de Identificación a tomar algunas fotos de Arguiró Terzidis y Kaliopi Zafiratos.

—Otra vez de plantón en la acera —protesta ella riéndose.

Subo al coche patrulla y le indico al conductor que ponga en marcha la sirena. Hay tráfico en las calles, pero con la sirena el camino se despeja y llegamos a Palini en media hora.

Rupakidis vive en una mansión de dos plantas rodeada de un amplio jardín muy bien cuidado. Llamo al timbre y la verja se abre automáticamente. Antes de que acabe de cruzar el jardín se abre la puerta de la mansión y el profesor aparece en el umbral.

—Tiene un jardín precioso —le digo al acercarme.

—El consuelo del jubilado. Me garantiza tres horas de ocupación diaria.

—Otros se dedican a la pesca, como mi exdirector.

—Ambos somos rehenes de las condiciones climatológicas. Si hace viento, no puedes salir a pescar, y si llueve, no puedes ocuparte del jardín.

Entra en casa y yo le sigo. Me conduce a una sala de estar espaciosa, llena de muebles antiguos, espejos y una consola. Me invita a sentarme en un sillón, mientras que él se sienta frente a mí en el sofá. Me ofrece un café, pero lo rechazo amablemente.

—Dígame, ¿qué pasa con Kaliopi Zafiratos? —me pregunta cuando ya nos hemos acomodado.

—En estos momentos no pasa nada. Sencillamente, en el marco de nuestra investigación, nos vemos obligados a examinar todas las posibilidades. Entre ellas, al personal administrativo de los centros universitarios, tanto los funcionarios actuales como los más antiguos. En los archivos de la Facultad de Ciencias Económicas encontramos el nombre de Zafiratos. Puesto que ya está jubilada, se me ocurrió preguntarle a usted si la conoce de la época en que trabajaba en secretaría.

—Zafiratos era la jefa de secretaría. En ella se daba una combinación de cualidades muy poco habitual: era extremadamente competente y, al mismo tiempo, muy voluntariosa. Siempre que surgía un problema o un asunto complicado, íbamos corriendo a Zafiratos para que nos lo solucionara. La primera vez que nos vimos, comisario, hablamos del respeto que el personal administrativo sentía por los viejos profesores. Puedo asegurarle que, en el caso de Zafiratos, aquel respeto era mutuo. No solo había aprecio por parte de Zafiratos, sino que también los profesores la apreciaban a ella. —Hace una pausa y me mira con atención antes de continuar—: Ahora que le he explicado quién era Kaliopi Zafiratos, ¿puedo preguntar por qué la está investigando?

—No estamos investigando a Zafiratos específicamente. Tenemos que interrogar a una serie de funcionarios de la administración universitaria. Es obvio que no podemos interrogarlos a todos, así que intentamos averiguar con quiénes vale la pena hablar para recabar datos que nos puedan ser de provecho.

Parece que mi explicación le convence.

—Zafiratos os puede contar muchas cosas. Vale la pena hablar con ella.

—¿Sabe, por casualidad, en qué año se jubiló? Se lo podemos preguntar a ella pero, si lo sabemos de antemano, nos ayudará a centrarnos en las preguntas más pertinentes.

Rupakidis intenta recordar.

—Si no me equivoco, fue de las últimas que se jubilaron a los cincuenta, poco antes de que cambiara la ley. Lo recuerdo porque yo también pasé a la

categoría de emérito poco después.

—Una última pregunta. ¿Cómo era la relación de Zafiratos con los profesores más jóvenes?

Antes de contestar, reflexiona un poco.

—Diría que puramente formal. Ella siempre se mostraba impecable, pero, a juzgar por su expresión, apostaría a que no les tenía una especial consideración. Su debilidad eran los profesores viejos, como yo —añade riéndose.

—Muchas gracias, señor profesor. Me ha proporcionado una información muy valiosa.

—¿Lo ve? A veces los encuentros casuales pueden resultar productivos —me responde.

Se pone de pie al mismo tiempo que yo y me acompaña a la salida. Vuelvo a cruzar el jardín y subo al coche patrulla.

Los datos que me ha facilitado Rupakidis son realmente valiosos. Confirman la predilección de Kaliopi por los profesores más veteranos al tiempo que demuestran que no tenía en gran estima a los nuevos.

El segundo dato importante es que, al menos Kaliopi Zafiratos, no se jubiló en tiempos inmemoriales, como le dijo a Adrianí, sino hace poco más de una década.

Estoy rumiando todo esto cuando llegamos a Jefatura, allí me espera una nueva sorpresa. Apenas he tenido tiempo de sentarme en mi despacho cuando aparecen Dervísoglu y Askalidis, ambos con unas sonrisas que rivalizan con la de Kula de esta mañana.

—La hemos encontrado, señor comisario —anuncia Dervísoglu con orgullo. Saca su bloc de notas y lee—: Se jubiló en 2005. Era la jefa de secretaría del Departamento de Psicología.

—Enhorabuena, chicos, habéis hecho un gran trabajo —les digo, y se marchan satisfechos.

De modo que tenemos a una jefa en la Facultad de Ciencias Económicas y a otra en la Facultad de Filosofía. No hemos encontrado ningún vínculo con la Facultad de Derecho, y aquí nos quedan cabos sueltos que atar, puesto que el primer asesinato fue de un profesor de Derecho. Podría investigar también a Tasía, aunque no tendría sentido. Si estuviera metida en el ajo, no nos habría revelado dónde trabajaron sus dos amigas.

Llamo al subcomandante para que no me eche de menos. Cuando termino de informarle, no puede ocultar su entusiasmo.

—No solo estamos avanzando, sino que estamos cogiendo carrerilla —dice—. ¿Cree que deberíamos informar al comandante?

—Sí, aunque le rogaría que se encargue usted. No quiero salir del despacho,

porque estoy esperando los resultados del fotógrafo.

El subcomandante manifiesta su conformidad y colgamos el teléfono.

Poco después me llama Kula.

—Ya tenemos las fotos de Kaliopi. Ahora estamos esperando a que aparezca Arguiró.

Considero innecesario quedarme pegado al teléfono y pongo rumbo a mi casa. Además, estoy convencido de que allí me estará esperando el siguiente informe de la jornada, ya que anoche corté la conversación en el coche para no estropear el buen humor que nos dejó la cena en casa de Katerina, y esta mañana he salido como una bala hacia Jefatura.

Adrianí está planchando en la cocina.

—¿Quieres un café? —me pregunta.

—No. Me sentaré para hacerte compañía.

—Hoy he puesto la casa patas arriba —anuncia mi mujer.

—¿Por qué? ¿Qué te ha dado?

—Estaba nerviosa. No sé qué te inquietó tanto anoche para arriesgarte a tener un accidente, pero soy consciente de que tiene que ver con nuestras amigas.

—Con las tres, no. Tasía queda al margen.

Adrianí deja la plancha y me mira.

—Desde el día en que conocimos a Arguiró, a Kaliopi y a Tasía me he visto implicada, sin querer, en los casos que llevas. Ya sabes que es algo que detesto. Anoche, sin embargo, tuve la sospecha de que no solo yo estoy implicada, sino también mis amigas. Si ahora me dices que estoy equivocada, daré saltos de alegría.

—Ya me gustaría, pero, por desgracia, no puedo.

—¿Los mataron ellas? —pregunta acongojada.

—No te precipites, puede que no. Sencillamente, cuando descubrí que ambas habían trabajado en la universidad y, sin embargo, nos lo habían ocultado, me entró la mosca en la oreja.

—Bueno, eso podría ser deformación profesional. Las tres están jubiladas y no tenían por qué contarnos cuál era su profesión antes de retirarse.

—No es exactamente así. Recuerda que después de cada asesinato procuraban encontrarse con nosotros y me acribillaban a preguntas. Mi experiencia profesional me dice que lo hacían para sonsacarme información. ¿Para qué necesitaban la información si no tenían nada que ver con el caso? Y luego, cuando Tasía reveló su profesión, nos mintieron.

—¿Cómo que nos mintieron?

—Dijeron que se habían jubilado en tiempos inmemoriales. Pues bien, se

jubilaron en el año 2005. Incluso es posible que Kaliopi lo hiciera más tarde.

Mi mujer no dice nada. Se limita a agarrar la plancha y empieza a planchar con empeño. Veo que está soliviantada e intento tranquilizarla.

—Si te sirve de consuelo —le digo—, mi posición es aún más delicada.

—¿Por qué?

—En mi fuero interno rezo por que nuestras amigas no tengan nada que ver con los asesinatos. Pero, si es así, volveré a encontrarme en un callejón sin salida y no sabré cómo encontrar a los culpables de los tres crímenes. En otras palabras, estoy entre la espada y la pared.

Adrianí deja la plancha otra vez para mirarme.

—¿Puedo pedirte un favor?

—¿Cuál?

—Que esta noche salgamos a cenar fuera. Nosotros dos solos. Si me quedo aquí, me volveré loca. A ti te pasó anoche y no pudiste pegar ojo. Yo llevo todo el día dándole vueltas y esta noche será mi turno.

—¿Adónde te gustaría ir?

—¿Qué te parece La Puerta del Vino? Nos gusta a los dos.

No tengo nada que objetar; en coche, Kesarianí está muy cerca de casa. La noche es agradable y nos sentamos en el jardín, detrás de la iglesia.

Intento encontrar un tema de conversación que pueda interesar a mi mujer, para que aparte los malos pensamientos de su cabeza. Como es lógico, acabamos hablando de nuestro nieto. Adrianí me habla de la ropa de bebé que, poco a poco, va a empezar a comprar. Luego pasa al tema de la habitación del niño en el piso nuevo, que Fanis y Katerina no han encontrado todavía.

Cuando llega la ensalada con las alcachofas y el marisco, y los boquerones marinados, que le encantan, mi mujer empieza a picar y se va tranquilizando. Procuero mantener su copa llena de vino para que pueda relajarse y dormir sin problemas.



Mi padre, que en paz descanse, siempre decía que las malas noticias llegan como un chaparrón, y las buenas, caen a cuentagotas. Con la primera noticia del día empiezo a pensar que ha llegado el momento de desmentirle.

Apenas llego a mi despacho, me llama Velidis.

—Hemos descubierto el seudónimo que usaba Arguiró Terzidis en Facebook —anuncia.

—¿Cuál es?

—«Modista.» Ha escrito parrafadas enteras sobre los tres asesinatos en su perfil de Facebook. Ahora mismo imprimo el texto y te lo mando.

En turco, modisto se dice *terzi*. Conozco la palabra turca, porque en Epiro, mi tierra, ha sobrevivido gran parte del vocabulario turco de la época de Alí Bajá.

Kula no ha venido a Jefatura esta mañana, y eso significa que todavía no han podido fotografiar a Kaliopi. Llamo a mis otros tres ayudantes y les cuento mi conversación con Rupakidis. Por un lado, para llenar el tiempo muerto durante la espera, y por otro, para mantener a raya mi ansiedad.

—Con el Rupakidis ese nos ha tocado la lotería —dice Askalidis.

—La suerte nos cayó encima cuando una de las señoras le hizo a la mujer del comisario aquel comentario sobre el trabajo de las otras dos. Esta partida la ganará el que tiene el comodín —le responde Dermitzakis.

Uno de los colaboradores de Velidis me trae impresos los artículos que Arguiró ha publicado en las redes. Se los paso a Dermitzakis y le explico de qué se trata.

—Repartílos para ir más rápido. Solo me interesan los artículos y los comentarios que tienen que ver con los asesinatos de los tres profesores.

Mis ayudantes se llevan las copias impresas y vuelven a su despacho. Es el turno de Kula, que aparece cinco minutos más tarde, portadora de buenas noticias.

—Ya está, también hemos podido fotografiar a Kaliopi. Nos ha costado un poco, porque no salía de casa, pero ahora ya lo tenemos. El fotógrafo ha ido a Identificación para descargar las fotografías.

Enseguida llamo a Dimitríu.

—Hay una gran variedad de fotos —me dice—. De perfil, de cara y de espaldas. En estos momentos las estamos editando.

—¿Cuándo estarán listas para enseñárselas al testigo que vio a las dos

mujeres en el coche de Kostópulos?

—En un par de horas como mucho. Ya le avisaré.

—Bien. Mandadme algunas a mí también, para incluirlas en el expediente.

—Le aconsejaría que cite al testigo en Identificación. Aquí tenemos los medios técnicos para que pueda verlas mejor. Si solo ve las copias, su testimonio podría resultar menos fiable, o mañana podría retractarse.

Estoy de acuerdo y encargo el asunto a Dermitzakis.

—Avisa al testigo de que irás a recogerlo dentro de un par de horas para llevarlo a Identificación. Allí le enseñarán las fotos de Terzidis y de Zafiratos. Queremos que nos confirme si fueron ellas las dos mujeres a las que vio en el coche de Kostópulos. Tú tienes experiencia, ya sabrás cómo tratarlo.

—No se preocupe. Si son ellas, lo confirmaremos.

Me cuesta dominar la impaciencia por dos razones distintas. En primer lugar, porque intuyo que nos estamos acercando al final de la investigación y esto me satisface, por mucho que las culpables sean personas que conozco y con las que hemos compartido buenos ratos mi mujer y yo. En segundo lugar, precisamente porque no sé cómo se lo tomará Adrianí y me preocupa su reacción.

Dermitzakis reaparece al cabo de una hora para anunciar que el laboratorio de Identificación ha terminado su trabajo y que va a buscar al testigo.

Mi ansiedad va en aumento hasta que le pone freno Askalidis, que entra en mi despacho esgrimiendo uno de los textos impresos de Facebook.

—Desde luego, el perfil de Terzidis está plagado de comentarios sobre los tres asesinatos, aunque también he encontrado una entrada que podría resultar absolutoria y me gustaría que usted la leyera, comisario.

Me la pone delante y la leo:

Puede que los tres profesores a los que los asesinos dedican sus crímenes fueran docentes ilustres y consagrados, pero yo creo que se está cometiendo una gran injusticia. Porque también hoy hay muchos profesores que luchan por mantener las universidades en pie. Ellos también se merecen nuestros elogios, no solo los profesores antiguos.

Vuelvo a leer el comentario y luego miro la fecha en que fue escrito. Es de hace tres días. Me dirijo a Askalidis:

—Este comentario no sólo no la absuelve, como tú dices, sino que agrava mis sospechas. —Le cuento la conversación que tuve con Demertzís y lo que me dijo sobre la lucha de los profesores actuales en defensa de la universidad—. Una noche les hablé de esta conversación a las tres sospechosas —añado—. El texto que acabas de enseñarme fue escrito después.

A Askalidis se le escapa un silbido de sorpresa.

—Así que nos enfrentamos a una persona sin escrúpulos —exclama—. Se apropia de opiniones ajenas y las sube a Facebook.

—¿Habéis encontrado algo más? —pregunto.

—Nada importante, excepto conversaciones con otros usuarios sobre el deterioro de las universidades.

Pronto será innecesario conducir las investigaciones puerta a puerta, me digo. Descubriremos a los asesinos leyendo lo que publican y comentan en Facebook. Kaliopi vive en otro mundo, sigo reflexionando. ¿Para qué necesitas leer los posos del café cuando tienes Facebook? A los usuarios les obsesiona hasta tal punto el deseo de llamar la atención, que pronto los propios asesinos subirán fotos de sus crímenes y, para cosechar elogios, dirán: «Mirad lo que he hecho». Entonces será el momento de presentar mi dimisión, porque yo de Facebook no tengo ni idea y me quedaré fuera de juego.

Se abre la puerta de mi despacho y entra Dermitzakis.

—¿Y bien? —le pregunto.

—Las ha identificado. Aunque dice que no puede estar seguro al cien por cien, ya que solo le echó un vistazo al coche de Kostópulos.

—No importa. Encontramos un cabello en el asiento del copiloto. Podría ayudarnos a confirmar la identificación. ¿Dónde está el testigo?

—En la sala de interrogatorios.

—Recuérdame su nombre.

—Se llama Kyriakos Dimulis.

—Ven conmigo.

Aviso a Kula para que acuda con su ordenador.

Nos trasladamos a la sala de interrogatorios. Llevo las fotografías conmigo. Kula ya está allí preparando el portátil. Me encuentro ante un hombre calvo, de unos cincuenta años. Está sentado con un café delante y observa a Kula mientras ella se afana para tener las cosas listas.

—¿Es usted Kyriakos Dimulis? —pregunto después de sentarme yo también.

—Sí, señor.

—Señor Dimulis, en el laboratorio de Identificación le han enseñado las fotografías de dos mujeres.

—Sí, señor.

—¿Reconoce a estas mujeres como las pasajeras que se encontraban en el coche de Kostópulos?

El testigo vacila un momento, como si se lo estuviera repensando.

—Mire, voy a serle sincero para que luego no haya malentendidos. Estoy seguro casi al cien por cien de la mujer que estaba en el asiento de atrás. Es la

misma que la de la fotografía. Sobre la otra tengo algunas dudas, porque ocupaba el asiento del copiloto y Kostópulos me la tapaba parcialmente.

Le pongo las dos fotos delante.

—¿Cuál de las dos iba sentada en el asiento trasero?

Él vuelve a examinar las fotos con mucha atención.

—Esta —dice señalando a Kaliopi—. La otra, ya le digo, creo que sí, pero no estoy seguro.

—Gracias, señor Dimulis. Puede usted marcharse después de firmar su declaración.

Vuelvo a mi despacho y llamo enseguida al subcomandante.

—Necesito que intervenga para conseguir de inmediato órdenes de registro de dos domicilios —le comunico, y le doy los nombres de Terzidis y de Zafiratos.

—¿Quiere decir que ya está? —pregunta alborozado.

—Tengo la sensación de que nos hallamos muy cerca del final, aunque todavía nos quedan algunos cabos sueltos. —Le cuento todos los detalles de la investigación—. Si le parece oportuno, ahora sí que podemos informar al ministro.

—Hablaré con el comandante y le llamaré.

—Tenga en cuenta que solo disponemos de tiempo hasta que lleguen las órdenes de registro. Después tendremos que actuar rápidamente.

El subcomandante me llama cinco minutos más tarde.

—Le esperamos todos ansiosos —dice—. El ministro ha cancelado una reunión porque considera que nuestro caso tiene prioridad.

Vuelvo a poner rumbo a la calle Katejaki. Me siento como si fuera el autobús que cubre la línea Alexandras-Katejaki. En cualquier caso, llego antes que el autobús, porque, exceptuando un pequeño embotellamiento en el paso subterráneo de la avenida del Mediterráneo, el camino está despejado.

Voy directo al despacho del subcomandante. El personal ya me conoce y me deja pasar con un simple «Buenos días, comisario».

—El ministro está entusiasmado —son sus primeras palabras en cuanto entro en el despacho—. Venga, nos está esperando.

Todas las puertas que dan acceso al despacho del ministro también están abiertas. Vamos directos a la sala de reuniones, donde nos está esperando el comandante. Poco después aparece también el ministro.

—Cuénteme las buenas noticias —dice al sentarse.

Empiezo por mi primer encuentro con las tres Gracias y le ofrezco una descripción detallada de todo lo sucedido hasta ahora y de por qué empecé a sospechar de ellas. Termino con la declaración del testigo presencial y la

identificación positiva de Kaliopi.

—El testigo no está seguro de la mujer que ocupaba el asiento del copiloto, porque Kostópulos estaba en medio y le impedía verla bien.

—O sea que la identificación de esta pasajera no está confirmada —dice el ministro.

—No, aunque yo no tengo la menor duda de que ambas amigas se encontraban en el coche de Kostópulos. Además, Identificación encontró un cabello en el respaldo del asiento del copiloto. La identidad se puede confirmar con la ayuda del ADN.

—Esto está muy bien —afirma el ministro, satisfecho—. Me gustaría que me explicara qué espera de los registros domiciliarios que ha solicitado.

—En estos momentos aún no disponemos de las armas con las que perpetraron los tres asesinatos. Claro que no sería la primera vez que no localizamos el arma de un crimen. Muchos asesinos intentan deshacerse de ella. Pero, si encontráramos al menos uno de los venenos, sería de gran ayuda de cara a los interrogatorios.

—En este caso, y debido a la inexperiencia de las asesinas, ¿espera usted poder encontrarlo? —me pregunta el comandante.

—Para serle sincero, no espero encontrar ni la barra metálica ni el cuchillo que utilizaron para asesinar a Arjontidis. No descarto, sin embargo, que podamos encontrar el pesticida o el cianuro, aunque solo sean restos en algún recipiente de la casa.

—Le deseo éxito —dice el ministro, y se pone de pie.

El comandante propone que pasemos por su despacho, por si han llegado las órdenes de registro. Para mi gran regocijo, allí están, esperándonos. Las recojo y me retiro hasta nueva orden.

El personal al completo está reunido en mi despacho. Entrego a Dermitzakis las órdenes de registro y le pido a Kula que avise a Identificación, para que estén preparados en el momento en que les llamemos.

—Quiero que vayáis a buscar a Arguiró Terzidis y la acompañéis a Jefatura —les ordeno a Dervísoglu y a Askalidis. Luego me dirijo a Dermitzakis—: Tú ve con un agente a casa de Zafiratos. Si os preguntan por qué hemos ido a buscarlas, decidles que necesitamos que respondan a algunas preguntas relacionadas con los asesinatos de los tres profesores. Ambos llevaréis encima la correspondiente orden de registro. Si cualquiera de las dos mujeres se niega a acompañaros, enseñadle entonces la orden y decidle que hay que esperar al equipo que llevará a cabo el registro domiciliario.

Se disponen a salir a toda pastilla, pero les retengo.

—Un momento, aún no he terminado. Cuando lleguéis con las dos mujeres, empezad a interrogarlas. Si os preguntan dónde está el comisario, responded que de los interrogatorios os encargáis vosotros. Mantenedme informado en todo momento para que sepa cuándo tengo que intervenir. No quiero tomar el relevo hasta que se sientan descolocadas.

Se van y me dejan solo, pero enseguida aparece Kula para informarme de que el equipo de Identificación está listo, esperando a que les dé luz verde.

Me dispongo a entrar en un compás de espera, pero Velidis me lo ahorra.

—También hemos descubierto el seudónimo de Zafiratos —me dice.

—¿Cuál es?

—«Pitonisa.»

Me pregunto desde cuándo los posos del café se consideran délficos.

—Ya que todos mis hombres están fuera, ¿qué te parece si subo y repasamos juntos las entradas y comentarios en la red? —propongo a Velidis.

—Lo preferiría. Si se lo encargo a uno de los míos, no sabrá qué buscar.

Enseguida subo a su despacho.

—Me interesan dos detalles en particular. El resto no hace falta examinarlo de momento.

Le doy primero la fecha en que Arguiró escribió en su cuenta de Facebook sobre los profesores actuales, a quienes considera víctimas de una injusticia. Buscamos la misma fecha en el Facebook de Kaliopi, pero no hay ninguna entrada.

—Ahora hay que mirar otra fecha —le digo, y le pido que busque el día

siguiente al que Tasía le reveló involuntariamente a Adrianí la profesión que habían ejercido las otras dos.

Velidis repasa el texto impreso y localiza la fecha. Lee el contenido por encima y me lo pasa.

—Aquí hay una pregunta curiosa que tal vez te interese.

Leo el punto que me señala Velidis. Kaliopi no solo hace una, sino dos preguntas que hablan por sí mismas: «¿Esa tía no podría haberse callado la boca? ¿Tenía que soltar dónde estuvimos trabajando?».

—Este es nuestro comodín —anuncio a Velidis, recordando las palabras de Dermitzakis.

—A mí también me ha llamado la atención, pero ¿a qué comodín te refieres? —se extraña él.

Se lo explico y suelta una carcajada.

—No sé si será un comodín, pero, en mi jerga, eso se llama chiripa.

Recojo los textos impresos y vuelvo a mi despacho. Pido a Kula que me traiga una copia de la cuenta de Facebook de Terzidis. Busco en la misma fecha y en la siguiente, pero no hay respuesta alguna a las preguntas de Kaliopi. Evidentemente, Arguiró fue más lista y no quiso continuar con el tema.

Al poco rato llega Askalidis.

—Las hemos llevado a la sala de interrogatorios —me comunica.

—¿Se han resistido?

—Más que resistirse, Terzidis ha empezado a protestar. «¿Qué quiere que le diga? Yo no sé nada.» Y también: «El comisario es amigo mío, podría habérmelo preguntado él mismo». Le hemos explicado que se trata de un interrogatorio oficial que está al margen de cualquier relación personal. Entonces ha agarrado su bolso y ha subido al coche patrulla con unos morros que le llegaban al suelo.

—¿Habéis mencionado el motivo de la investigación?

—No, no ha hecho falta.

—Bien, empezad el interrogatorio y mantenedme informado. Dile a Dermitzakis que venga.

Mi ayudante me cuenta que Zafiratos no ha puesto ninguna objeción y que le ha seguido sin problemas.

—Tú tienes más experiencia. Cuando creas que ha llegado el momento de que intervenga, avísame.

Ahora sí que me encuentro en un compás de espera. Quiero que las dos amigas se cansen y pierdan los nervios antes de que yo haga mi aparición. Intento decidir cuál es la mejor manera de empezar a interrogarlas y poner en orden las preguntas que les quiero hacer, porque, cuando hay relaciones

personales de por medio, las cosas se complican y resulta más fácil cometer errores.

Pasa casi una hora antes de que vuelva Dermitzakis.

—En realidad no estamos interrogándolas, sino que intentamos limar sus resistencias —me dice—. Las dos están fuera de sí. Terzidis amenaza con irse.

Ha llegado el momento de acudir a la sala de interrogatorios. Llevo conmigo la copia impresa de la cuenta de Facebook de Kaliopi que contiene las preguntas que le hizo a Arguiró.

Ambas están sentadas muy juntas a un lado de la mesa. Frente a ellas, Askalidis con Dervísoglu y, al lado de estos, Kula con su ordenador portátil.

Al verme, Arguiró se pone de pie de un salto.

—¡Por fin te has dignado a honrarnos con tu presencia! —exclama cabreada—. ¿Era necesario mandar a tus subordinados para que nos intimiden?

Me siento a la cabecera de la mesa y las miro sin contestar. Indico a Askalidis y a Dervísoglu que ya no les necesito. Solo Dermitzakis se queda conmigo en la sala.

Entonces me dirijo a las dos mujeres.

—Este es un interrogatorio oficial y tiene que cumplir todos los requisitos formales, puesto que será grabado —les explico con frialdad—. En consecuencia, yo me dirigiré a las señoras Zafiratos y Terzidis, y ustedes, al señor comisario.

Se miran atónitas. Parece que Arguiró quiere decir algo, pero se arrepiente. Decide esperar para ver adónde quiero ir a parar.

—La primera pregunta tiene que ver con algo que no entiendo. ¿Por qué no me dijeron, en todo el tiempo que nos conocemos, que antes de jubilarse ambas formaban parte del personal administrativo de la universidad? Usted, señora Terzidis, era jefa de secretaría del Departamento de Psicología de la Facultad de Filosofía, y usted, señora Zafiratos, era jefa de secretaría del Departamento de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas.

Arguiró no deja hablar a Kaliopi y se apresura a contestar:

—Ni se nos pasó por la cabeza —me dice—. ¿Por qué íbamos a mencionarlo? Nosotras ya no tenemos nada que ver con la universidad.

—Además, nos jubilamos hace muchos años —apostilla Kaliopi.

—No tantos. La señora Terzidis se jubiló en 2005, y usted, poco después. No conozco la fecha exacta de su jubilación pero me bastará hacer una llamada telefónica para averiguarla.

Las mujeres vuelven a intercambiar miradas.

—Vale, pero tampoco nos jubilamos el año pasado. Han pasado más de diez años —dice Kaliopi en tono condescendiente.



—Una cosa es el año pasado y otra los años inmemorables, como le dijeron a mi mujer. Desde que ustedes se jubilaron han pasado unos trece años. Es decir, conocían al menos a dos de los profesores asesinados. A Arjontidis, de la Facultad de Filosofía, y a Kostópulos, de la Facultad de Ciencias Económicas. Ustedes, sin embargo, se lo callaron, mientras que, de habérselo contado, podrían haber contribuido a nuestra investigación.

—Nosotras no somos policías. Ni se nos pasó por la cabeza. Nuestras disculpas —dice Arguiró.

—No son policías, pero ¿les parece casual que tras cada asesinato se produjera un encuentro entre ustedes y nosotros durante el cual me acribillaban a preguntas sobre el curso de las investigaciones?

—Nosotras, no. Fue Anguelidis —protesta Kaliopi—. Es Tasía quien está obsesionada con las historias policiacas.

—Si hago comparecer a la señora Anguelidis y llevo a cabo interrogatorios cruzados, estoy seguro de que me dirá que, valiéndose de algún pretexto, ustedes dos la obligaron a hacerme las preguntas para así poder reunir información.

—Eso es mezquino —dice Kaliopi con cara de ofendida.

—¿La hago comparecer? —insisto.

Espero una respuesta, pero ellas callan, así que continúo:

—Hay algo más —digo, y pongo delante de Kaliopi la copia impresa del comentario que había dejado en Facebook. Ella mira el texto en silencio y yo empiezo a leerlo en voz alta.

«¿Esa tía no podría haberse callado la boca? ¿Tenía que soltar dónde estuvimos trabajando?» Veo con el rabillo del ojo que Arguiró echa una mirada iracunda a Kaliopi.

—Estas preguntas demuestran, más allá de toda duda, que ustedes no querían revelar su antiguo lugar de trabajo.

De nuevo espero a que respondan, y de nuevo mantienen silencio.

—A la Unidad de Delitos Informáticos le ha resultado sencillo descubrir que detrás del seudónimo «Pitonisa» —continúo con una sonrisa— se esconde la señora Zafiratos, ya que se dedica a leer los posos del café. Y detrás de «Modista», la señora Terzidis, inspirándose en su apellido. *Terzi* significa «sastre» en turco.

De repente, las dos se vienen abajo. Mantienen la vista fija en la mesa y no se atreven a alzar los ojos para mirarme. Dermitzakis y Kula, por el contrario, que son testigos de la escena, me echan una mirada cargada de insinuaciones.

—Pasemos a otra pregunta. ¿Conocía usted bien a Aristotelis Arjontidis, señora Terzidis?

Arguiró se alegra del cambio de tema y recupera las energías.

—No le conocía bien, ni yo ni nadie. Cuando yo trabajaba en la Facultad de Filosofía, él tenía el título de profesor asistente. Era un hombre extremadamente reservado y muy formal. Mantenía las distancias con el resto del personal docente, y también con los funcionarios de administración. Comprenderá que yo tampoco tenía ninguna relación especial con él.

Me vuelvo hacia Kaliopi.

—¿Y usted podría decirme cuál era su relación con el profesor Stellos Kostópulos?

—La relación formal de una funcionaria de administración con un profesor —contesta ella sin vacilar.

—En tal caso, ¿me pueden explicar qué hacían ambas en el coche de Kostópulos la noche del crimen, poco antes de su asesinato?

Me miran estupefactas. Estaban preparadas para afrontar todo lo demás desde el momento en que a Tasía se le escapó su vínculo laboral con la universidad. Lo que no esperaban es que estuviéramos al tanto de su encuentro en el coche de la víctima.

—Por desgracia para ustedes, mientras estaban en el vehículo de Kostópulos otro vehículo pasó de largo. El conductor era vecino del profesor, reconoció el coche y lo iluminó con sus faros. Vio a la víctima en compañía de dos mujeres. Cuando le enseñamos las fotografías, las reconoció a ustedes dos. La señora Terzidis ocupaba el asiento del copiloto y la señora Zafiratos estaba sentada detrás del conductor. Poco después, Kostópulos caía muerto por una inyección de cianuro que le pusieron en la espalda. Aparte de eso, encontramos un cabello en el asiento del copiloto. Si tomamos una muestra de su cabello, señora Terzidis, estamos convencidos de que el ADN coincidirá. Así pues, repito, ¿pueden decirme qué hacían en el coche de Kostópulos?

Primero salta Arguiró, la más elocuente de las dos.

—Así que se trata de eso —comenta extrañada—. La hija de una amiga mía quería hacer el doctorado con Kostópulos, y le rogué a Kaliopi que me acompañara para hablar con él.

—¿Es la misma joven que llamó a la secretaría de la Facultad de Ciencias Económicas para averiguar los horarios de Kostópulos porque quería hablar con él de su doctorado?

Ella se encoge de hombros.

—No lo sé. Es posible.

—Estamos perdiendo el tiempo inútilmente, señoras. No cabe la menor duda de que la inyección de cianuro se la puso al señor Kostópulos la señora Zafiratos, que iba sentada en el asiento trasero, mientras la señora Terzidis le mantenía distraído hablándole de la supuesta hija de su amiga. Tampoco cabe

duda de que una de ustedes preparó la tarta con pesticida que mandó a Kléarjos Rapsanis. La bulimia de Rapsanis era proverbial, no solo en la Facultad de Derecho, sino en la universidad entera. Una joven con casco llevó la tarta a la casa de Rapsanis en ciclomotor. ¿Era ella la que quería hacer el doctorado con Kostópulos?

—Pero ¿qué está diciendo? —grita Zafiratos—. ¿Cómo se le ha ocurrido todo esto? Es usted peor que sus agentes.

—Dejemos de jugar al escondite, porque no tiene sentido —le contesto—. Es un hecho probado que ustedes contaron con algunos cómplices. En primer lugar, la joven que entregó la tarta a Rapsanis y que llamó para averiguar los horarios de Kostópulos; así, ustedes sabrían dónde y cuándo esperarle. También hubo un joven con casco y ciclomotor. Hay testigos que lo vieron dar vueltas por la zona donde murió Arjontidis poco antes de su asesinato. Ya sabemos que Arjontidis recibió primero un golpe por la espalda que le dio un ciclomotor con la rueda delantera. Cayó al suelo y fue entonces cuando le golpearon en la cabeza y lo apuñalaron. No se descarta que el joven del ciclomotor no fuera solo un cómplice, sino el asesino de Arjontidis.

—¡Esto no son más que historias para no dormir! —exclama Arguiró, alterada.

—Será fácil averiguar si solo se trata de historias —interviene Dermitzakis—. No tenemos más que coger sus teléfonos móviles y repasar sus contactos de uno en uno. Encontraremos todas las llamadas que han hecho ustedes y también a quién se las han hecho.

—Añadiré algo más —retomo la palabra—. Tenemos órdenes de registro de sus viviendas. Nos llevaremos sus ordenadores y los registraremos a fondo.

Sigue un profundo silencio. Arguiró y Kaliopi intercambian miradas. Finalmente, esta última se dirige a mí:

—¿Pueden dejarnos solas un par de minutos, señor comisario?

—No las puedo dejar completamente solas. La señora Bólari se quedará en un rincón de la sala. Si ustedes hablan bajito, no las oirá.

Hago señas a Dermitzakis para que salga conmigo de la sala de interrogatorios, aunque no nos alejamos mucho. Nos quedamos esperando al otro lado de la puerta.

—Es el caso más alucinante que he conocido en todos los años que llevo trabajando con usted, señor comisario —me dice Dermitzakis—. He visto a los asesinos más increíbles, pero dos jubiladas respetables que hayan asesinado a tres profesores universitarios..., ni en mis peores sueños. Podemos sentirnos orgullosos, Grecia vuelve a romper esquemas.

Cinco minutos más tarde se abre la puerta y Kula asoma la cabeza.

—Ya pueden entrar —dice.

En cuanto nos sentamos Arguiró toma la palabra.

—Bien, ha llegado el momento de poner fin a esta historia, señor comisario —me dice—. Cuando registre mi piso, verá que en el armario debajo del fregadero de la cocina hay una bolsa de lona. En su interior encontrarán los restos del pesticida y del cianuro. También encontrarán la barra metálica y el cuchillo. En la barra están mis huellas dactilares; y en el cuchillo, las de Kaliopi. Los matamos nosotras dos. No hay ni cómplices ni más asesinos. Si la señora quiere redactar nuestra confesión, la firmaremos. Nos puede tomar las huellas dactilares para compararlas.

—¿Y la chica que entregó la tarta? —pregunta Dermitzakis.

—No tengo ni idea —dice Kaliopi.

—¿Y el chico con el ciclomotor que empujó a Arjontidis por detrás?

—No sé quién era, pero debió de pasar por allí casualmente —contesta Arguiró—. Fui yo quien golpeó a Arjontidis con la barra, y cuando cayó al suelo, Kaliopi le clavó el cuchillo.

Me doy cuenta de que han decidido cargar con todas las culpas para no acusar a sus cómplices. Los buscaremos, pero será muy difícil encontrarlos. No tenemos la matrícula del ciclomotor, ni siquiera el modelo. No se puede descartar que hayan borrado ya los números de teléfono de sus móviles, pero, aun si no lo han hecho, se habrán puesto de acuerdo en cómo justificar las llamadas.

Mando a Dermitzakis a tomar las huellas dactilares de Arguiró y de Kaliopi y vuelvo a mi despacho.

La espera me produce un gran desasosiego. Estoy convencido de que en el registro domiciliario daremos con las pruebas de las que nos ha hablado Arguiró, pero una cosa es estar seguro, y otra muy distinta que te lo confirmen de manera oficial.

Ya casi he perdido el sentido del tiempo cuando, por fin, Dermitzakis entra sonriente en mi despacho.

—Ya está, lo hemos encontrado todo. El pesticida, el cianuro, la barra de hierro y el cuchillo. Estaban donde ha dicho Terzidis, en el armario debajo del fregadero de la cocina, dentro de una bolsa de lona. Identificación se ha llevado las pruebas para examinar las huellas dactilares.

—¿Dónde están ellas?

—Las hemos vuelto a conducir a la sala de interrogatorios para completar sus declaraciones.

—Bien, que vaya también Kula. Esta vez las interrogaré yo solo. Quiero conocer sus motivaciones, y creo que les resultará más fácil sincerarse si solo tratan conmigo.

Están sentadas juntas, cuchicheando por lo bajo. De vez en cuando una de las dos esboza una sonrisa. Las observo desde la puerta y no puedo evitar preguntarme si son conscientes de lo que las espera, o si les da igual y disfrutan del proceso.

Me siento frente a ellas.

—Ustedes han confesado, hemos encontrado las armas de los crímenes donde nos han indicado, y esto pone fin a las formalidades. Ahora podemos tener una conversación más personal. —Me callo un momento y luego pregunto —: ¿Por qué lo hicisteis, chicas?

No se esperaban el tono amistoso, y me miran sorprendidas. Se miran y Arguiró pregunta a Kaliopi:

—¿Se lo cuentas tú o lo hago yo?

—Cuéntaselo tú.

Arguiró se dirige a mí entre risas.

—La culpa de todo la tienen los alemanes —dice.

—¿Otra vez los alemanes? —pregunto extrañado, al tiempo que no entiendo de dónde saca las ganas de reírse—. ¿Qué mal os hicieron los alemanes para que hayáis matado a tres personas?

—No todos los alemanes —puntualiza Kaliopi—. Estamos hablando de los

alemanes que bajaban volando de la cima del Astraka.

Me las quedo mirando, atónito. Kula ha levantado la cabeza de la pantalla del ordenador y nos observa con ojos desorbitados.

—Te lo explico, querido Kostas, para que lo entiendas —me dice Arguiró—. ¿Te acuerdas de aquella mañana en Pápingos cuando vimos a un pájaro humano planeando sobre el Astraka?

—Claro que me acuerdo.

—¿Y te acuerdas de que aquella misma noche, cuando cenamos en la taberna con el grupo de alemanes, descubrimos que todos ellos eran profesores universitarios y que, según nos dijeron, tenían que volver a Alemania al día siguiente para reincorporarse a sus puestos de trabajo?

—También lo recuerdo.

—Kaliopi y yo compartíamos habitación. Aquella noche, cuando volvimos a la pensión, nos pusimos a hablar. Mira los profesores alemanes, decíamos. En verano les crecen alas, suben a una montaña, despliegan las alas, se convierten en pájaros mecánicos y se lo pasan bomba. A los nuestros también les crecen alas, a la primera oportunidad abandonan sus clases y a los estudiantes, se convierten en ministros mecánicos y vuelan hacia sus sillones. Los alemanes aterrizan en una ladera y luego vuelven a la universidad. Si, en lugar de la ladera, hubiesen aterrizado sobre un sillón gubernamental, las puertas de la universidad se les cerrarían para siempre. Los nuestros, en cambio, cuando termina su mandato, vuelan otra vez a la universidad y allí se quedan, como si no hubiera pasado nada. «¡Esto no pasaba en nuestros tiempos y tiene que acabar!», se indignó Kaliopi. «No te hagas ilusiones, amiga mía», le contesté. «Esto no terminará nunca por sí solo. Tendrían que morir algunos para que el resto se asustara y atendiera a razones. Sería la única manera de ponerle fin.» Allí acabó la conversación. Como sabes, yo vivo en una planta baja y tengo un patio trasero con plantas y flores. Siempre guardo pesticida en casa, para matar los insectos. Al día siguiente de que volviéramos de vacaciones, Kaliopi y yo nos encontramos y le conté mi plan. Prepararía una buena tarta, metería pesticida en la nata y se la enviaría a Rapsanis. Ella al principio me dijo que estaba loca, pero yo insistí en que no había otra manera de detener el mal y devolver la normalidad a las universidades. El resto ya lo sabes, Kostas.

—Sí, pero ¿por qué Rapsanis? —le pregunto—. Tú estabas en la Facultad de Filosofía y Kaliopi, en la de Ciencias Económicas. ¿Por qué elegir a Rapsanis?

—Por dos razones. En primer lugar, todo el mundo universitario sabía que Rapsanis era un paquidermo insaciable. Por lo tanto, yo estaba convencida de que caería sobre la tarta como una alimaña. Esta fue la primera razón.

—¿Y la segunda?

—Ioannis Zeodorakópulos era una leyenda en la Facultad de Filosofía cuando yo era aún estudiante. No lo tuve como profesor, pero asistí a tres de sus charlas cuando él ya era emérito. Escucharle hablar de Platón fue un regalo del cielo. Un día, en una conversación entre profesores, oí a Rapsanis decir que lo que contaba Zeodorakópulos de Platón pudo ser válido en sus tiempos, pero que ya estaba desfasado. Lo dijo con tanto desprecio que me repugnó. Una bestia omnívora se mofaba de una eminencia en el campo de las letras y de la filosofía. Por eso quise dedicar su muerte a la memoria de Zeodorakópulos.

—¿Y Arjontidis? —pregunto.

—Arjontidis era un investigador brillante. Todos los estudiantes alababan sus clases, sobre todo las que impartía sobre los poetas jónicos. Muchos colegas suyos afirmaban que había vuelto a colocar la enseñanza de esta escuela literaria al nivel de Georgios Th. Zoras. Sus clases siempre estaban llenas y tenía muchos estudiantes de posgrado. Y este científico abandona la enseñanza, a los estudiantes y a los doctorandos para ser ¿qué? ¿Secretario de Estado! Ni siquiera ministro, un vulgar secretario de Estado. Aunque debí haberme dado cuenta antes, cuando veía que era el niño mimado de las organizaciones políticas en la universidad. Solo más tarde me enteré de su actividad política en Italia. ¿Cómo es posible estudiar en la misma universidad que Solomós y Fóskolos y rebajarse a ser secretario de Estado? Espero que el alma de Zoras se regocijara cuando le dedicamos la muerte de Arjontidis.

Dentro de su locura, sus argumentos no carecen de lógica y me convencen hasta a mí, que nunca he tenido nada que ver con el mundo universitario.

—De acuerdo, sus motivaciones son convincentes —le digo—, pero la ejecución de sus planes no está clara. ¿Cómo pudieron dos mujeres de su edad tirar al suelo a un hombre atlético y acuchillarle? No lo pudieron hacer sin un cómplice.

—Te lo explico para que lo entiendas, amigo Kostas. Lo esperamos en el parque. Cuando pasó delante de nosotras, le saludamos con una sonrisa. En cuanto nos adelantó, corrí detrás de él y le golpeé con la barra en la cabeza. Él se detuvo, aturdido, pero no se cayó al suelo. Volví a golpearle, y entonces sí. Se desplomó. Le asesté un tercer golpe para estar segura. Él ya estaba inconsciente y entonces Kaliopi le clavó el cuchillo en la espalda, a la altura del corazón.

—¿Y el joven con el ciclomotor? ¿Dónde estaba exactamente? Encontramos rodadas de ciclomotor en el lugar del crimen.

—No sé de qué joven ni de qué ciclomotor me hablas —responde ella con entereza—. Nosotras no vimos ningún ciclomotor. Estábamos solas en el parque.

Han acordado su confesión para proteger a sus dos cómplices. No nos van a

revelar nada más.

Me dirijo a Kaliopi.

—¿A Kostópulos lo matasteis porque volvió a la universidad? —le pregunto.

—Exactamente. Como ya te ha dicho Arguiró, los alemanes aterrizan en la falda de la montaña y vuelven a la universidad. Nuestros profesores aterrizan en los sillones ministeriales, donde les esperan unos buenos sueldos, y después vuelan de nuevo a sus cátedras y vuelven a cobrar sus sueldos de docentes. No es solo que abandonaran su vocación y a los estudiantes. Indigna más todavía la mezquindad de su planteamiento: no tenemos nada que perder, la cátedra y el sueldo nos estarán esperando.

—¿Cómo pudisteis entrar en el coche de Kostópulos?

—Vaya pregunta —me contesta con desdén—. Tenía su número de móvil desde mi época en la secretaría. Por aquel entonces Kostópulos era profesor sustituto. Lo llamé por teléfono y le pregunté si aceptaría hablar conmigo del hijo de una amiga mía. Me contestó que tenía que cenar con unos colegas que habían venido del extranjero pero que, si quería, nos podíamos encontrar cerca de su casa para hablar. Añadió que le resultaría imposible reunirse conmigo en la universidad, porque no disponía ni de un minuto entre clase y clase. Así que le esperamos en la calle Demóstenes. Cuando llegó, le hice señas y subimos al coche. Le dije a Arguiró que se sentara a su lado y que empezara a hablarle del hijo de una amiga suya que estudiaba en el London School of Economics, pero que no se encontraba a gusto en Londres y quería hacer el doctorado en Grecia. Mientras hablaban, le puse la inyección. Nos bajamos enseguida del coche y subimos a un taxi. —Hace una pausa, y añade con una sonrisa—: No contábamos con el vecino, pero en la vida no todo viene como uno espera.

No tengo nada más que preguntarles. Tampoco tendría sentido insistir en el tema de los cómplices. No los delatarán. Puesto que ya tenemos el pesticida, el cianuro y sus huellas dactilares en la barra de hierro y en el cuchillo, los tres asesinatos aparecen como obra de ellas exclusivamente.

—No hay nada más que añadir —concluyo, y me pongo de pie—. Kula redactará vuestras confesiones para que las firméis. Solo quiero deciros que es la primera vez que resuelvo un caso con el ánimo apesadumbrado.

—No te lo tomes a pecho —dice Kaliopi—. Tampoco nosotras te guardamos rencor. Es un simple caso de conflicto de deberes. Nosotras cumplimos con nuestro deber; y tú, con el tuyo.

—Pero nos gustaría pedirte un favor —me dice Arguiró.

—¿Qué favor? —Pienso que me hablarán de Adrianí, pero me equivoco.

—Queremos que nos metan en la misma cárcel.



Me las quedo mirando anonadado. Al ver mi desconcierto, Arguiró se apresura a explicarse:

—Somos dos solteronas jubiladas, Kostas. Sufrimos la soledad por partida doble: la de la soltería y la de la jubilación. Si nos mandan a la misma cárcel, viviremos juntas y nos haremos compañía. Seguro que nos sentiremos menos solas que ahora. Además, tal vez podamos ayudar a otras presas. Piensa solo en el éxito que tendrá Kaliopi leyendo los posos del café.

—De todas formas, hasta que se celebre el juicio estaréis en la cárcel de mujeres de Korydallos. Procuraré que os metan en el mismo módulo.

—¿Y después del juicio? —pregunta Kaliopi—. Porque no nos cabe duda de que nos condenarán a cadena perpetua.

—La decisión le corresponde después al sistema penitenciario, que depende del Ministerio de Justicia, pero veré qué puedo hacer.

Arguiró se levanta y me estampa un beso en la mejilla.

—Gracias, Kostas. Y pídele perdón a Adrianí de nuestra parte. Dile que nosotras la queremos siempre.

Este ha sido el interrogatorio más atípico y anómalo que he hecho en toda mi carrera. Vuelvo a mi despacho con sentimientos encontrados. Por un lado, me alegro de haber podido resolver un caso tan difícil, por mucho que, a posteriori, pueda parecer sencillo. Por el otro, me apena tener que enviar a prisión a dos mujeres a las que conozco y con las que he pasado buenos ratos. No obstante, me consuela pensar que, dado su carácter, seguro que encontrarán la manera de pasarlo bien en la cárcel.

Llamo al subcomandante para anunciarle que el caso está cerrado.

—Tenemos las armas de los crímenes y las confesiones de las culpables.

—Mi enhorabuena, señor comisario. Informaré al comandante de inmediato —me contesta entusiasmado.

A los cinco minutos me llama.

—El ministro quiere oír la historia de primera mano.

Lo último que quiero en estos momentos es poner rumbo al ministerio. Podría pedir un coche patrulla, pero descarto la idea, ya que pienso ir a casa en cuanto termine la reunión.

No soy capaz de quitarme a Kaliopi y a Arguiró de la cabeza, de modo que no me fijo en el tráfico ni en el tiempo que tardo en llegar al ministerio.

Para mi sorpresa, el subcomandante me espera en la entrada.

—Venga, porque el ministro está que no se puede aguantar más —me dice riéndose.

Es la primera vez que el ministro y el comandante me esperan a mí.

—Le felicito —dice el comandante al verme, y me estrecha la mano.

—Estoy impaciente por que me cuente el final feliz —declara el ministro.

Me siento y ofrezco un informe completo de todas las novedades de la jornada. Ellos no solo me escuchan, sino que tengo la sensación de que están embobados con lo que les cuento.

—Resumiendo, ya podemos anunciar a los medios de comunicación que el caso está cerrado —concluye el ministro.

—Así es, y creo que debería ser usted quien se lo comunique, señor ministro. Se trata de los asesinatos de dos ministros en activo y de un exsecretario de Estado y, por tanto, me parece que el anuncio oficial le corresponde a la cabeza visible de la dirección del Ministerio. Si después los periodistas quieren más información, ya podrán dirigirse a mí. Mañana le enviaré un informe completo para que esté al tanto de todos los detalles.

—Me parece que el señor comisario tiene razón —me apoya el comandante.

—Mi enhorabuena, señor comisario —dice el ministro poniéndose de pie—. Valoro mucho su trabajo, ya que se trataba de un caso extraordinariamente complejo.

—¿A qué hora tendré el informe? —me pregunta el subcomandante ya en el pasillo.

—Mañana a las diez de la mañana estaré en su despacho.

Recibo una nueva tanda de felicitaciones y me monto en el Seat. Estoy muy contento con estas manifestaciones de entusiasmo, aunque sé que me espera una velada difícil con Adrianí.

No me quedan fuerzas para lidiar con Adrianí. Si ella pierde los nervios y empieza a gritar, no estoy seguro de poder responder con calma y darle las explicaciones necesarias.

En los momentos difíciles es bueno pedir ayuda. En este caso en concreto, el único que me puede ayudar es Zisis. Paso por el refugio de los sin techo para pedirle que me acompañe a casa. Nos sentamos a una mesa en la sala de recreo y le cuento toda la historia. Él escucha sin interrumpirme. Una de las curiosidades de este caso es que todo el mundo me escucha sin interrumpirme. No sé si se debe al hecho de tener más experiencia y haber aprendido a contar mejor una historia, o al interés intrínseco del caso. Seguramente, será esto último.

—Quería pedirte que vengas conmigo —le digo al final—. Si estás presente cuando le cuente todo, tal vez se controle y no estalle.

—Dame un minuto para ocuparme de algunos detalles y nos vamos —me responde.

Tardamos un cuarto de hora en llegar a casa. Adrianí le da a Zisis un beso al vuelo, pero está ansiosa y enseguida se vuelve hacia mí.

—¿Cómo ha ido? ¿Todo bien? —me pregunta en tono conspiratorio.

—No hace falta hablar en clave. Lambros ya lo sabe todo.

Mi mujer se dirige al salón en silencio y nosotros la seguimos. Le describo con todo detalle mi encuentro con Arguiró y Kaliopi, callándome el epílogo relativo a la cárcel. Adrianí me escucha sin mirarme. Mantiene la mirada fija en la pared, por encima de la pantalla del televisor. Cuando termino, permanece en silencio y sin desviar la vista. Miro a Zisis preocupado, pero él me hace una señal para que espere.

Poco después Adrianí se vuelve y me mira.

—¿Cómo han podido ser tan crueles —me pregunta con voz apenas audible—, tan bestias? Se nos pegaron en la pensión, hicimos excursiones juntos, seguimos viéndonos cuando volvimos a Atenas, fingieron ser nuestras amigas, y todo eso por hipocresía, para poder asesinar siendo uña y carne con el comisario encargado de los casos.

—Cuando nos conocimos, no tenían ninguna intención de matar. Fueron los alemanes los que les dieron la idea, ya te lo he explicado.

Me mira como si estuviera delante de un lelo.

—Kostas, eres un buen policía, pero, como hombre, eres un ingenuo —me dice con condescendencia. De repente, eleva el tono de voz y estalla—: ¿Qué

alemanes ni qué niño muerto? ¿Te has creído el cuento que te han soltado? Lo tenían todo planeado, y buscaron tu amistad desde el principio. ¿Qué tiene que ver Tasía con todo esto?

—Nada. Tasía fue una ingenua. Me hacía preguntas porque ellas se lo pedían, y no sospechó nada. Por eso te dije dónde habían trabajado sus amigas. Si estuviera metida en el ajo, jamás lo habría hecho.

—Mañana llamaré a María, la de la pensión, para que me diga si ellas ya sabían que estaríamos allí cuando reservaron sus habitaciones.

En este momento interviene Zisis.

—Adrianí, déjalo estar —le dice—. Son unas hipócritas, lo reconozco. Tienes todo el derecho de llamarlas bestias, eso también lo acepto. Pero déjalo estar ya. Al final, han caído en la trampa.

—¡Nos han traicionado, Lambros! —contesta mi mujer fuera de sí—. Lo que han hecho es una traición.

—¿A mí me hablas de traiciones? —le replica él con calma—. Me pasé media vida buscando a traidores entre mis camaradas. El miedo a la traición es el camino más seguro para ver traidores por todas partes. Al final, miras a todos tus amigos con recelo. Pregúntame a mí, que lo sé bien. —Hace una pausa y luego continúa—: Te diré algo más. En nuestros tiempos, tanto vosotros como nosotros ejecutábamos a los traidores. Pero así murieron también muchos inocentes. Hoy tus examigas están detenidas y serán juzgadas por sus crímenes. Si hay alguna traidora aquí, es la amiga que delató sus profesiones. Las traicionadas son ellas, no tú.

Me siento agradecido por la valiosa ayuda de Zisis, pero, al mismo tiempo, me felicito por haber tenido la inspiración de traérmelo a casa conmigo.

—Puedo asegurarte que no les pesa en absoluto la idea de ir a la cárcel —digo a Adrianí.

Mi mujer se queda con la boca abierta mientras le cuento la última parte del interrogatorio, cuando me han rogado que las envíe a la misma cárcel para hacerse compañía y pasarlo bien.

—Arguiró me ha dicho: «Solo piensa en el éxito que tendrá Kaliopi leyendo los posos del café».

—Están locas —farfulla Adrianí—. Están locas, deberían encerrarlas en el manicomio.

—No estoy seguro de que en el manicomio estuvieran mejor que en la cárcel —le contesto.

—Puedes llamarlas locas —interviene Zisis de nuevo—. Yo las llamaría personas con principios. Los principios que tenían en la vida las han conducido al precipicio. Por desgracia, los principios son así, Adrianí. Muchas veces te

llevan a la desesperación, y de allí a la destrucción.

De repente, Adrianí se levanta de un salto. Su expresión ha cambiado por completo.

—Lambros, no te vayas. Voy a la cocina a preparar algo y cenaremos los tres juntos.

—¿Vas a cocinar a estas horas? —le pregunto extrañado—. Mejor salir a cenar fuera, ¿no?

—Tengo una pierna de cabrito. No me da tiempo de pelar patatas, pero lo haré con pasta de cebada y estará listo en una hora. Nos quedan guisantes de anoche. Vosotros id a comprar una botella de vino.

—Algunas veces no entiendo a mi mujer —le confieso a Zisis por primera vez—. ¿Cómo puede ponerse a cocinar a estas horas?

—Esa es la diferencia.

—Diferencia... ¿Qué diferencia?

—Esas dos mujeres trabajadoras con principios mataron a tres personas para desquitarse. Tu mujer, ama de casa, se desquita en la cocina. Y tú te quejas en lugar de dar las gracias por la suerte que tienes...

No, si yo doy las gracias, claro, pero confieso que a veces me saca de quicio.

---

---

**notes**

## Notas a pie de página

<sup>1</sup> Tipo de aguardiente que se produce en el norte de Grecia. (*N. de la T.*)

<sup>2</sup> Brochetas de carne asada. (*N. de la T.*)

<sup>3</sup> Receta tradicional turca que forma parte de la cocina griega y también de la de los Balcanes. Consiste en berenjenas asadas con salsa de tomate y especias. (*N. de la T.*)

<sup>4</sup> Exarjia es un barrio popular céntrico de Atenas, lugar de asiduas manifestaciones anarquistas y antisistema. (*N. de la T.*)

<sup>5</sup> Frase de un juego infantil. (*N. de la T.*)

<sup>6</sup> Se refiere a la dictadura militar que gobernó Grecia de 1967 a 1974. (*N. de la T.*)

<sup>7</sup> Solon fue un estadista y legislador de la ciudad de Atenas en la Antigüedad griega. Se lo considera uno de los Siete Sabios de Grecia y estableció las bases de la democracia ateniense. (*N. de la T.*)

<sup>8</sup> Tarta típica que se preparaba tradicionalmente para la fiesta de San Fanurio, que se celebra el 27 de agosto, y entre cuyos ingredientes, por el intenso sabor, resulta fácil disimular el veneno. (*N. de la T.*)

<sup>9</sup> Makis sería una abreviación de Prodromakis, diminutivo cariñoso de Pródromos. (*N. de la T.*)

<sup>10</sup> Aris es el diminutivo de Aristotelis. (*N. de la T.*)

<sup>11</sup> Dionysios Solomós, uno de los poetas decimonónicos más importantes de Grecia. Nació en Zákynthos, una de las islas Jónicas, y su poema «Himno a la Libertad» es la letra del himno nacional griego. (*N. de la T.*)

<sup>12</sup> Adriano Sofri, intelectual, periodista y escritor italiano. Líder de Lotta Continua en la década de los sesenta. En 1988 lo condenaron a veintidós años de prisión por instigar el asesinato de un agente de policía. (*N. de la T.*)

<sup>13</sup> Hotel de lujo cercano al Parlamento griego. (*N. de la T.*)

<sup>14</sup> Traducción literal aunque selectiva de las acepciones de la entrada «banda» tal como aparecen en el original griego, ya que hay pocas correspondencias de sentido con las equivalentes en español. (*N. de la T.*)

<sup>15</sup> Pequeñas islas del mar Egeo donde, de 1947 a 1974, la dictadura militar, pero también el régimen anterior de derechas, exiliaba a los opositores de izquierdas. (*N. de la T.*)

# Table of Contents

## PETROS MÁRKARIS

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[Notas a pie de página](#)